



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE POSTGRADO

REPRESENTACIONES DE LA VIOLENCIA EN EL MUNDO DEL SALITRE:
ALTERIDADES E IDENTIDAD PAMPINA. TARAPACÁ (1900-1910)

Tesis para optar al grado de Magíster en Historia

PAMELA ALEJANDRA FERNÁNDEZ NAVAS

Profesor Guía:

Pablo Artaza Barrios

Co-tutor:

Sergio González Miranda

Santiago de Chile, año 2016

Resumen

Autor: Pamela Fernández Navas

Profesor Guía: Pablo Artaza Barrios

Co-tutor: Sergio González Miranda

Grado Académico: Magister en Historia

Título: Representaciones de la violencia en el mundo del salitre: Alteridades e identidad pampina. Tarapacá (1900-1910)

Contacto: pame.fernnav@gmail.com

Durante la primera década del 1900, Tarapacá constituirá un escenario caracterizado por las transiciones, debido —en gran medida— a la consolidación de los nuevos regímenes económicos y laborales, cuyas repercusiones sociales se observaron principalmente en la demografía y la movilidad ocupacional. En consecuencia, el gran movimiento migratorio hacia el Norte Grande, se confrontó con nuevas condiciones de vida y trabajo que generaron —a su vez— nuevas experiencias y conflictos en el elemento trabajador. En este escenario, el ejercicio de la violencia y la presencia de la otredad —en cuanto fenómenos socioculturales— no sólo estuvieron presentes, sino que tuvieron un rol significativo en la transición identitaria verificada en los sujetos populares de la pampa salitrera. Por lo tanto, la presente investigación busca establecer, la relación existente entre el proceso de configuración de la identidad pampina y la experiencia de la violencia y la otredad en el contexto del ciclo de expansión del salitre, situándose para ello en la perspectiva de los sujetos populares de la pampa que significaron su realidad. Es decir, entendiendo la identidad pampina desde su vertiente popular y vinculada al período de ascenso del obrerismo.

Agradecimientos

Este trabajo contó con el apoyo de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT). Lo anterior, a través de una Beca de Magíster Nacional obtenida el año 2012, constituyendo una ayuda fundamental durante el período lectivo del programa de postgrado. Asimismo, esta tesis fue patrocinada por el Proyecto Anillos SOC1109 "Relaciones transfronterizas entre Bolivia y Chile. Paradiplomacia y prácticas sociales, 1904-2004", dirigido por el profesor Sergio González Miranda.

Por otra parte, quisiera destacar la labor de Pablo Artaza Barrios, profesor guía de esta tesis, quien fue parte esencial en la estructuración del proyecto de investigación y pieza clave durante la ejecución del mismo. Mis sinceros agradecimientos por su confianza y sus valiosos aportes en cada parte de este escrito.

Agradezco encarecidamente también, a todo el equipo de trabajo que fue parte del Proyecto Anillos, por su colaboración constante en el desarrollo de esta investigación. Particularmente, quisiera manifestar mi gratitud a Sergio González Miranda, co-tutor de esta tesis, por invitarme a conocer las problemáticas del Norte Grande y por acoger mis primeras inquietudes, de cuyos resultados nacieron los lineamientos de esta investigación.

Además, me gustaría reconocer a José Manuel Sepúlveda, Jefe Sección Periódicos y Microformatos de la Biblioteca Nacional de Chile, por facilitarme el acceso a los ejemplares de prensa indispensables en esta investigación, y a todo el equipo de trabajo de esta unidad, por su amabilidad y colaboración en el proceso de revisión.

A Javiera Letelier Cosmelli, Nadia Padilla Poveda y Milton Godoy Orellana, quienes me aportaron con sus comentarios y/o trabajos personales.

A Fernando Venegas Espinoza por su constante ayuda y preocupación a lo largo de este proceso. Igualmente, a Leslie Lagos Aburto y a Diego Mundaca Machuca por su permanente amistad.

Índice

Introducción	1
Capítulo I. Representaciones de las violencias directa y estructural: Identidad pampina y configuración de la alteridad social y económica	35
I.1. Tarapacá en la primera década del siglo XX: cuadro económico y social de la provincia	35
I.2. Dimensiones discursivas de las violencias directa y estructural	41
I.2.a. Escenas del Salitre: las asperezas de la vida en la pampa	41
I.2.b. La muerte de los pampinos: peligros en las faenas del salitre	49
I.2.c. La subyugación pampina: arbitrariedad judicial y excesos policiales	58
I.2.d. Iniquidades del salitre: los abusos al interior de las oficinas	66
Capítulo II. "La invasión boliviana": inmigrantes indígenas en el mundo del salitre	82
II.1. La protesta pampina y el resguardo del interés obrero frente a los indígenas bolivianos	83
II.2. De la construcción social del inmigrante boliviano a la discriminación étnica	102

II.3. Otras aristas de la presencia boliviana	125
Capítulo III. "El peligro amarillo": inmigración asiática en Tarapacá	131
III.1. La protesta tarapaqueña y el resguardo del interés nacional frente a la presencia asiática	133
III.2. De la construcción social del inmigrante asiático a la discriminación racial	152
Capítulo IV. Civilización y barbarie en la pampa salitrera	172
IV.1. La violencia como afrenta al ideal de modernidad y progreso humano	174
IV.2. La incivildad de los "otros" en el mundo del salitre	185
Consideraciones Finales. Resistencias y proyectos en la identidad pampina	199
Referencias	206

Introducción

Cuando en los primeros días de julio de 1890 se iniciaba en el puerto de Iquique lo que luego sería la primera huelga general de Chile, se marcaba al mismo tiempo un punto de inflexión histórica en la organización social. No sólo el movimiento obrero adquiría nuevos tintes sino que, a la par, se asomaba un actor social distinto que poseía nuevas aprehensiones y comportamientos¹. Los aprendizajes e itinerarios previos comenzaron a cristalizar en nuevos cuestionamientos y formas de acción social que, mediante la generación de espacios de solidaridad, buscaron progresivamente mejorar las condiciones de vida y trabajo. Es en este contexto general en que ubicamos la temática de la violencia y la construcción de identidades en Tarapacá a comienzos del siglo XX, pues la recurrencia de nuevas reivindicaciones imprimirá una fuerte conflictividad al período, reforzando una reflexión identitaria que manifestará, a su vez, diversos modos de comprensión de la alteridad en el ciclo del salitre².

Consecuentemente, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, Tarapacá debe entenderse a partir de un proceso modernizador de amplio desarrollo capitalista en la economía y un simultáneo proceso de transformación social, que sumado a un fuerte flujo inmigratorio, conformaron una sociedad pampina compleja y culturalmente diversa³. Subsiguientemente, este paulatino afianzamiento de un conjunto social ligado a la explotación del salitre dio impulso a un buen número de asociaciones que, mediante

¹ Para más antecedentes de la huelga general de 1890 ver Grez, S. (2007a). *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. (2ª ed.). Santiago, Chile: RIL Editores, pp.717-762 y Pinto Vallejos, J. (1982). "1890: un año de crisis en la sociedad del salitre". *Cuadernos de Historia*, 2, pp.73-93

² Sobre el proceso de reconfiguración identitaria considerar Pinto Vallejos, J. (2012). *Trabajos y rebeldías en la Pampa Salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*. (1ª reimp.). Santiago, Chile: Editorial Universidad de Santiago de Chile y Pinto Vallejos, J. (2007). *Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)*. Santiago, Chile: LOM Ediciones

³ Nos referimos, por un lado, a la consolidación de nuevos regímenes económicos y laborales, y por otro, a las consecuencias derivadas de los continuos movimientos inmigratorios hacia el norte salitrero —crecimiento poblacional, inserción socioeconómica de extranjeros, etc.—, así como a los efectos de la constante renovación de mano de obra y la subsecuente movilidad laboral. Sobre las transformaciones sociales provocadas por la explotación minera, revisar Muñoz, O. (1977). "Estado e industrialización en el ciclo de expansión del salitre". *Estudios CIEPLAN*, 6, pp. 9-17; Ramírez Necochea, H. (2007). *Obras escogidas Volumen I: Balmaceda y la contrarrevolución; Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, siglo XIX*. Santiago, Chile: LOM Ediciones, pp.317-345. Respecto al problema de la ocupación, el nomadismo local y la inmigración ver Recabarren, F. (1954). *Historia del proletariado de Tarapacá y Antofagasta, (1884-1913)*. (Memoria de Título). Universidad de Chile, Santiago, pp.73-100; González Miranda, S. (2002b). *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*. Santiago, Chile: LOM Ediciones, pp.93-99; Ortiz Letelier, F. (2005). *El movimiento obrero en Chile, (1891-1919)*. Santiago, Chile: LOM Ediciones, pp.77-85

iniciativas culturales y el desarrollo de la prensa obrera, contribuyeron a generar un ambiente propicio tanto para la hibridación de prácticas y cosmovisiones como para la estructuración de demandas sociales. De este modo, frente al mutuo contacto y la difusión ideológica, el movimiento social popular adquiere nuevos bríos, motivando de forma simultánea enérgicas reacciones desde el capital salitrero y el Estado⁴.

En consecuencia, el sistema de producción capitalista y las arremetidas estatales y patronales, la cuestión social y la organización obrera, la amalgama de experiencias populares y la prolífica actividad cultural y periodística, así como la incesante presencia de la violencia son elementos que definen este período y nos plantean el desafío de indagar en los constructos mentales que permitieron a los sujetos explicar su realidad. En relación a esto, es menester señalar que la violencia no es nueva en la historia; casi ningún aspecto de la vida humana ha podido desprenderse de sus contenidos, adquiriendo caracteres diversos y manifestándose también de formas heterogéneas. Por ello, plantearse la violencia como problemática histórica implica hacerse cargo de un fenómeno de larga duración que, si bien ha modificado patrones de comportamiento, en lo esencial se ha mantenido como una realidad subyacente a lo largo de la historia.

Con la intención de despejar algunas de estas cuestiones es que nos hemos propuesto indagar en torno al papel desempeñado por las representaciones de la violencia en el —simultáneo y conflictivo— proceso de construcción de la alteridad y la identidad, hallando en los modos de advertir y simbolizar la violencia, algunas de las claves comprensivas para esclarecer transformaciones y emergencias identitarias en el mundo del salitre durante la primera década del siglo XX. Por consiguiente, lo que nos interesa rescatar es la experiencia de la violencia en los sujetos populares de la pampa, particularmente esa violencia observada, padecida e interpretada en la cotidianidad, así como esa violencia ejercida discursivamente a través de los prejuicios sociales y que en conjunto afectaron los contenidos de la identidad.

De este modo, constatando el carácter transversal de la violencia y la cualidad paradigmática de indígenas bolivianos e inmigrantes chinos en la construcción de la

⁴ En torno a la acción reivindicadora y política del movimiento obrero en el período del salitre, revisar Barria, J. (1971). *El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico-social*. Santiago, Chile: Ediciones de la Universidad Técnica del Estado, pp.15-30

otredad, hemos tomado estas dos variables para evaluar la configuración de la identidad pampina, entendiendo la identidad como una representación que permite la comprensión de sí mismos, el mundo y los otros.

Entonces, la pregunta que antecede este planteamiento se vincula con las significaciones culturales estructuradas en torno a la violencia, es decir, se cuestiona respecto a los contenidos simbólicos que subyacieron a su circulación discursiva. Se pretende iluminar desde ahí algunos intersticios referidos a ideas y actitudes que sustentaron determinadas concepciones de la violencia y la otredad, y el modo en que éstas fueron asimiladas por los sujetos, influyendo en el proceso de construcción identitaria en marcha. En este sentido, es necesario establecer que esta investigación se abstuvo de ahondar en los eventos huelguísticos y reivindicativos que marcaron el período, puesto que si bien formaron parte de la violencia social pampina, creemos que ha sido la problemática que ha suscitado mayor interés historiográfico, desarrollando importantes avances en esa materia⁵. Específicamente, aquí nos convoca el profundizar en esas otras aristas de la violencia, en los campos simbólicos paralelos que a través de contenidos de violencia se imprimieron en la identidad.

Considerando lo hasta aquí enunciado, hemos delimitado la investigación al escenario salitrero tarapaqueño de la primera década del siglo XX, juzgando que este espacio de tiempo constituyó una fase marcada por el ascenso del obrerismo y la progresiva consolidación del sujeto pampino⁶. En concreto, hacia principios de 1900 el movimiento social popular revelará su desarrollo, entre otros aspectos, con la formación de la Mancomunal de Obreros de Iquique, imprimiendo al decenio una gran actividad asociativa y huelguística, tanto en el puerto como en la pampa, que a su vez desencadenará una tenaz

⁵ Para el caso emblemático de Santa María de Iquique en 1907 revisar: Devés, E. (1997). *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907*. (3ª ed.). Santiago, Chile: LOM Ediciones; Artaza, P. (et. al.). (1998). *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*. Santiago, Chile: LOM Ediciones; González Miranda, Sergio. (2007b). *Ofrenda a una masacre. Claves e indicios históricos de la emancipación pampina de 1907*. Santiago, Chile: LOM Ediciones; Artaza, P., González Miranda, S. y Jiles, S. (Eds.). (2009). *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.

⁶ Ver Pinto Vallejos, J. (1994). "En el camino de la mancomunal: Organizaciones obreras en la provincia de Tarapacá, 1880-1895". *Cuadernos de Historia*, 14, 81-135 y Pinto Vallejos, J., Valdivia, V., y Artaza, P. (2003). "Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890)". *Historia*, 36, 275-332

represión⁷. En este sentido, y con posterioridad a los sucesos de 1907, se irá haciendo patente no sólo el ocaso del movimiento mancomunal y el subsecuente desligamiento obrero del partido demócrata sino también la irrupción de un proceso de chilenización compulsiva que hará desaparecer paulatinamente la trinacionalidad obrera —chilena, boliviana, peruana— que había caracterizado a la provincia⁸. Por lo tanto, la circunscripción al marco espacial tarapaqueño dice relación con el albergue de los movimientos y conflictos sociales más relevantes del período de ciclo de expansión del salitre y que marcaron un punto de inflexión histórica para entender las dinámicas obreras de la etapa posterior.

Ahora bien, remitiéndonos al estado de la cuestión, es preciso consignar que el proceso de construcción de identidades en Tarapacá durante el ciclo de expansión del salitre, sólo se había asomado tangencialmente como problemática histórica dentro de los primeros estudios en materia social. Por su parte, la problemática de la diversidad cultural pampina había quedado subsumida bajo categorizaciones de clase o nacionalidad, por lo que, es a partir de las últimas décadas que se han realizado los avances historiográficos más significativos en esa línea. La ausencia anterior, pareció traducirse en una cierta incompreensión de los fenómenos socioculturales que iban acompañando, simultáneamente, los procesos de transformación político-económicos experimentados en Chile durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX. No obstante, nuevas interpretaciones en torno a ejes como el multiculturalismo pampino y la asociatividad y politización popular, han abierto nuevos campos investigativos, que permitieron bosquejar los cruces entre la conformación de identidades y el rol de la violencia, entendiéndose generalmente ésta última dentro del ámbito de conflictividades sociales que caracterizaron el período.

Al respecto, los primeros acercamientos historiográficos que indirectamente incorporaron la temática de la violencia en sus análisis, se encuentran en los trabajos de Julio César Jobet, Hernán Ramírez Necochea, Jorge Barría Serón, Luis Vitale y Floreal

⁷ Artaza, P.(2006b). *Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900-1912*. Concepción, Chile: Ediciones Escaparate, p.18

⁸ Sobre este punto, revisar González Miranda, S. (2002b). *Op. cit.*, pp.69-70 y Artaza, P. y Godoy, E. (2013). "Hermanos en el trabajo: El internacionalismo del movimiento social tarapaqueño en la huelga y masacre obrera de 1907". En González Miranda, S. y Parodi, D. (Comps.). *Las historias que nos unen. Episodios positivos en las relaciones peruano-chilenas, siglos XIX Y XX* (pp.239-269). Santiago, Chile: RIL Editores

Recabarren, entre otros, quienes a través del estudio del movimiento obrero y las transformaciones sociales del país, integraron y reconstituyeron en perspectiva histórica las luchas y organizaciones de los sectores populares. Posteriormente, será Fernando Ortiz Letelier quien retome esta problemática, considerando conjuntamente la reivindicación obrera y las condiciones laborales y de vida de los trabajadores⁹. Por otra parte, Manuel Fernández Canque analiza igualmente el contexto social y material de las oficinas salitreras con la finalidad de establecer el carácter de la organización pampina, siendo posible agregar en esta línea investigativa además el trabajo de Enrique Reyes Navarro¹⁰.

Los estudios reseñados aluden al contexto nortino como un punto de referencia dentro del cuadro de gestación y desarrollo del movimiento obrero, aunque sin apuntar en todos los casos de forma exclusiva a este marco contextual. Ahora bien, lo cierto es que ninguno de los trabajos mencionados puede inscribirse, propiamente hablando, en un estudio en torno a las violencias sociales desplegadas en la zona de Tarapacá, pues el enfoque no está planteado de esa forma¹¹. Del mismo modo, tampoco se inscriben en el ámbito de las identidades sociales, puesto que se plantean desde el registro de la conciencia proletaria, y si bien no omiten la fuerte presencia extranjera en la extracción del "proletariado nortino", sus particularidades quedan eclipsadas por la categoría de clase. De todas maneras, al centrar el interés en la organización obrera han conseguido abordar los mecanismos de respuesta popular frente al accionar de la esfera estatal y patronal, remitiéndonos no sólo a acontecimientos históricos de evidente connotación violenta, sino además a las condiciones sociales de pobreza y explotación que marcaron el período.

⁹ Revisar Jobet, J. C. (1951). *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria y Jobet, J. C. (1955). *Luis Emilio Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chilenos*. Santiago, Chile: Editorial Prensa Latinoamericana; Ramírez Necochea, H. (2007). *Op. cit.*, pp. 267-506; Barriá, J. (1953). *Los movimientos sociales de principios del siglo XX*. (Memoria de Título). Universidad de Chile, Santiago y Barriá, J. (1971). *Op.cit.*, pp.15-56; Vitale, L. (1992). *Interpretación marxista de la historia de Chile*. Santiago, Chile: Ediciones Ceta; Recabarren, F. (1954). *Op.cit.*; Ortiz Letelier, F.(2005). *Op. cit.*

¹⁰ Ver Fernández Canque, M. (1988). *Proletariado y salitre en Chile, 1890-1910*. Londres: Monografías de Nueva Historia; Reyes Navarro, E. (1971). "Desarrollo del ciclo salitrero y su influencia en el desenvolvimiento de la conciencia proletaria en Chile (Postguerra del Pacífico-crisis capitalista de 1929)". *Boletín de la Universidad de Chile*, 114, 15-27 y Reyes Navarro, E. (1973). *El desarrollo de la conciencia proletaria: El ciclo salitrero*. Santiago, Chile: Editorial Orbe

¹¹ Tal como lo plantea Enrique Reyes Navarro: "Señalamos de inmediato uno de los rasgos propios y característicos que adquiere la lucha proletaria nortina [...]. Se trata del desarrollo de la categoría violencia, entendida como lo inherente e ineludible de la lucha de clases, de la pugna social entre poseedores y desposeídos, entre proletarios y burgueses. En el norte minero esta violencia adquiere una nitidez tal que constituye, diríamos, el impulso constante en que se afirma la conciencia proletaria para su avance histórico hacia la representación de sus intereses reales. Reyes Navarro, E. (1971). *Op. cit.*, p.16

Una aproximación distinta, que ha incorporado la violencia y las identidades populares como categorías analíticas, se relaciona con los estudios desarrollados en torno a la consolidación del Estado en Chile y el paulatino establecimiento de un modelo capitalista en el ámbito económico, en donde la imposición de un proyecto de sociedad necesariamente implicaba un acto de violencia contra quienes no encajaban y no deseaban ingresar a una estructura que les era ajena. En este sentido, se comprende que el sujeto era asimilado al interior de una dinámica que le sobrepasaba, un escenario que omitía su raíz identitaria y negaba sus principios culturales como válidos. Destacan aquí los estudios de Gabriel Salazar y María Angélica Illanes —principalmente—, quienes nos permiten acceder a las lógicas estatales y elitarias que predispusieron al bajo pueblo hacia un estado de resistencia permanente. Si bien los análisis aludidos no refieren específicamente al espacio regional de Tarapacá, sus resultados permiten esclarecer también ciertas dinámicas sociales observadas en el Norte Grande¹².

En directa relación con lo anterior, otra línea interpretativa se ha desarrollado en torno a la conceptualización del motín urbano y las revueltas populares. Desde aquí, la violencia ha sido abordada parcialmente a través del estudio de la conformación de los movimientos populares y de modo claro a partir de la agitación social y el conflicto con el Estado. Sin referir particularmente al escenario pampino, el trabajo de Sergio Grez ha contribuido en el esclarecimiento de los mecanismos de transición desde lógicas peonales de resistencia y organización, hacia métodos proletarios de estructuración social, lo que, a su vez, nos remite hacia las concepciones e identificaciones que estuvieron detrás de estas nuevas formas de acción social. Los distintos tipos de resistencia inicial han sido bosquejados como levantamientos inorgánicos que pretendían, en primera instancia, la defensa de la autonomía personal y que progresivamente habrían adquirido un sentido de intencionalidad¹³. La instalación de esta determinación vendría a demostrar el desarrollo de

¹² Revisar Salazar Vergara, G. (2000). *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. (3ª ed.). Santiago, Chile: LOM Ediciones; Illanes, M. A. (1990). "Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)". *Proposiciones*, 19, 90-122

¹³ Ver el trabajo de Grez Toso, S. (2000). "Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)". *Historia*, 33,141-225 y Grez Toso, S. (1998). "1890-1907: De una huelga general a otra. Continuidades y rupturas del movimiento popular en Chile". En Artaza, P. (et. al.). *Op. cit.*, pp. 131-137; Sobre esta dinámica específicamente en el norte salitrero, también revisar Pinto Vallejos, J. (2012). "Rebeldes pampinos. Los rostros de la violencia popular en las oficinas salitreras (1870-1900)". En Pinto Vallejos, J. *Op. cit.*, pp.85-151

un movimiento que produciría paulatinamente la confluencia de elementos mutualistas, demócratas y anarquistas, entre otros¹⁴.

Por su parte, los estudios de Igor Goicovic han sido ubicados explícitamente por el autor desde una perspectiva de la violencia, profundizando en las relaciones conflictivas de los sectores populares y las clases dominantes, y otorgando énfasis a las estrategias de la violencia social y los escenarios en que estos conflictos se expresaron en el espacio público. Al respecto, ha desarrollado una aproximación a las transgresiones del orden institucionalizado, aunque analizadas en cuanto prácticas de resistencia y protesta popular, mientras que —al mismo tiempo—, ha revisado los distintos abordajes teóricos e historiográficos de la violencia, así como los discursos sobre ésta en el escenario obrero, considerando esta noción desde una definición fundamentalmente relacional¹⁵.

Retomando la problemática de la proletarización, cabe consignar que ha sido interpretada como un fenómeno de transformación social y cultural, en donde la sujeción y la obligatoriedad como actos de violencia "desde arriba", desencadenaron —en lo sucesivo— explosiones populares "desde abajo". A partir de esta perspectiva, la violencia social ha quedado asociada a la noción de rebeldía popular, enfatizando en el enfrentamiento producido por el choque de intereses entre el sector dominante y las identidades de los grupos populares. En esta línea, el trabajo de Julio Pinto ha sido pionero en el análisis de la conflictividad identitaria, que supuso la implantación del sistema capitalista en el mundo del salitre, examinando las repercusiones que el modo de producción, el sistema salarial y la vida urbana tuvieron en la transformación de la identidad peonal. Desde este planteamiento, el componente de clase se evalúa como fruto

¹⁴ En torno a este último factor, Álvaro Vivanco y Eduardo Míguez han evaluado el papel del anarquismo en el período de gestación del movimiento obrero, una tarea emprendida también por Sergio Grez, refiriéndose ambos trabajos a un contexto nacional pero abordando las trayectorias particulares dentro de las tierras del salitre. Ver Vivanco, A. y Míguez, E. (1987). *El anarquismo y el origen del movimiento obrero en Chile: 1881-1916*. (Memoria de Título). Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, Chile; Grez Toso, S. (2007b). *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de "la Idea" en Chile, 1893-1915*. Santiago, Chile: LOM Ediciones; Goicovic Donoso, Igor. (2003). "El Discurso de la violencia en el movimiento anarquista chileno (1890-1910)". *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 7, 41-56; Para el caso tarapaqueño en particular, considerar Pinto Vallejos, J. (1998). "El anarquismo tarapaqueño y la huelga de 1907: ¿Apóstoles o líderes? En Artaza, P. (et al.). *Op. cit.*, pp.259-290

¹⁵ Revisar Goicovic Donoso, I. (2002). "La insurrección del arrabal. Espacio urbano y violencia colectiva. Santiago de Chile, 1878". *Revista de Historia social y de las Mentalidades*, 6, 39-65; Goicovic Donoso, Igor. (2003). *Op. cit.*; Goicovic Donoso, I. (2004). "Consideraciones teóricas sobre la violencia social en Chile". *Última Década*, 21, 121-145; Goicovic Donoso, I. (2006). "Los escenarios de la violencia popular en la transición al capitalismo", *Espacio Regional*, 1 (3), 75-80

de una reconfiguración de la identidad popular que, mediante un juego de aprendizajes sociales y culturales, transita desde un modelo tradicional hacia otro de contornos más modernos¹⁶.

Siguiendo estos lineamientos, Cecilia Osorio ha planteado que la violencia no sería un elemento más al interior del mundo salitrero, sino un rasgo preponderante de la masculinidad en un ambiente social y laboral monosexuado —al menos para el período de reestructuración social de la segunda mitad del siglo XIX—¹⁷. Encontramos aquí un planteamiento de género en torno a la identidad, que la autora empalma principalmente con el proceso de encuentros y enfrentamientos entre grupos de diversas nacionalidades en el escenario tarapaqueño —particularmente entre chilenos, peruanos y bolivianos durante el período previo a la Guerra del Pacífico—. Del mismo modo, dentro de las indagaciones referidas a la consolidación de una identidad cualitativamente distinta a la peonal, un estudio conjunto de Julio Pinto, Verónica Valdivia y Pablo Artaza, aborda el significado que tuvo para la decantación de la identidad pampina el rol jugado por el sentimiento nacional y la adscripción de clase, considerando la simultaneidad con que estos dos sentidos opuestos, en rigor, se presentaron al interior de la convivencia social¹⁸.

Ingresando al marco temporal del siglo XX, parece existir consenso entre diversos autores respecto al nivel de madurez alcanzado por el movimiento obrero tarapaqueño, destacando de manera particular la emergencia de la organización mancomunal. Al respecto, Pablo Artaza ha evaluado el papel desempeñado por la Mancomunal de Obreros de Iquique en un proceso de tránsito desde "lo social a lo político", realizando pesquisas en torno a la movilización y asociatividad popular, con la finalidad de esclarecer en qué medida el carácter clasista se va constituyendo en un referente gravitante, tanto en la construcción de la identidad pampina como para el fenómeno de politización popular¹⁹.

¹⁶ Pinto Vallejos, J. (2012). *Op. cit.*

¹⁷ Revisar Osorio, C. (1998). *Conflictos entre nacionalidades en el mundo salitrero: 1860-1880*. (Tesis de grado). Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago; Osorio, C. (2004). Ser hombre en la pampa. Aproximación hacia los rasgos de masculinidad del peón chileno en las tierras del salitre, 1860-1880". En Fernández Labbé, M. (el. al.). *Arriba quemando el sol. Estudios de historia social chilena: experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1830-1940)* (pp.91-110). Santiago, Chile: LOM Ediciones;

¹⁸ Pinto, J., Valdivia, V., Artaza, P. (2003). *Op. cit.*

¹⁹ Revisar Artaza, P. (2006b). *Op. cit.*; Artaza, P. (2006a). "La Mancomunal de Obrero de Iquique: su propuesta de vinculación entre movimiento social y politización popular, 1900-1909". *Espacio Regional*, 1 (3), 9-18; Artaza, P. (2008-

Por su parte, pero referido a la región nortina en su conjunto, el trabajo de Ximena Cruzat ha esclarecido aspectos de la estructura y funcionamiento de las mancomunales, mientras que Eduardo Devés, en un esfuerzo interpretativo por develar los contenidos implícitos de sus discursos, ha delineado lo que él denomina la "visión de mundo" de este movimiento. Así, la reflexión sobre el lenguaje de las mancomunales le permitió elucidar sentidos de comprensión y actuación en el mundo, que nos remiten a nuestro propio interés por explorar las representaciones articuladas alrededor de la violencia²⁰. Entre algunos de los aspectos considerados, Devés aborda la dicotomía Civilización/Barbarie, revelando en qué medida los indígenas americanos, los orientales y los africanos simbolizaron un estado de salvajismo y atraso. Sin extender el análisis, el autor enuncia esta problemática de la representación de la otredad en el norte salitrero, planteando a su vez otras polaridades conceptuales de las que es posible atisbar diversos grados de violencia²¹.

También desde un enfoque discursivo —aunque con otro énfasis— Julio Pinto ha abordado la consolidación de la identidad obrera pampina, lo anterior, a partir de la indagación de los diversos discursos de clase que participaron en la construcción ideológica del sujeto, esto en el marco histórico de la cuestión social²². Por otro lado, y partiendo desde un enfoque culturalista, Pierre Vayssière ha reparado en la experiencia de los trabajadores frente a los discursos ideológicos, lo que se vería reflejado en la pampa salitrera a través de la preponderancia de una utopía, en contraposición a una ideología racionalizada²³. Ahondando en esta línea —aunque con matices—, Eduardo Devés ha intentado develar el imaginario popular que estaría en la base de la labor y discurso de las diversas organizaciones sociales, adoptando para ello la noción de "cultura obrera ilustrada". Noción que conjugaría la acción de tres elementos fundamentales, a saber: el forjamiento de una ideología, la consolidación de formas de organización y expresión, y la

2009). "Movilización y asociatividad popular: dos facetas del papel de la clase en la configuración de la identidad pampina (Tarapacá, 1890-1907)". *Travesía*, 10-11, 45-72

²⁰ Revisar Cruzat, X. (1981). *El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907. Tomo I, El movimiento mancomunal: organización y funcionamiento*. Santiago, Chile: CLACSO y Devés, E. (1981). *El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907. Tomo II, La visión de mundo del movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907*. Santiago, Chile: CLACSO

²¹ Devés, E. (1981). *Op. cit.*, pp. 148-161

²² Pinto Vallejos, J. (2007). *Op. cit.*

²³ Vayssière, P. (1986). "Militantisme et messianisme ouvrier au Chili à travers la presse de la Pampa nitrière (1900-1930)". *Cahiers de Monde Hispanique et Luso-Brésilien*, 46, 93-108

creación de una intelectualidad trabajadora²⁴. Una cultura que buscaba su identidad en oposición al Estado, pretendiendo instaurar un modelo mejor, por lo que estuvo cargada de un fuerte misticismo que le llevó a concebir una dimensión "sacrificial" del movimiento obrero²⁵.

Desde otra mirada, María Angélica Illanes ha destacado en qué medida la escritura se convirtió en un instrumento de lucha puesta al servicio de la causa obrera, pues a través del texto se canalizaba la ofensiva, mientras que —a la par— se aunaban ánimos y se conceptualizaba la emancipación de los obreros del salitre, desprendiéndose de esta cultura obrera ilustrada un proyecto popular vinculado a la propia regeneración moral²⁶. Por su parte, Pedro Bravo Elizondo se ha concentrado en el estudio de las vías de canalización culturales, haciendo especial hincapié en la actividades de índole artística y literaria. De este modo, sin oponer ideas políticas y expresiones culturales, sino más bien apostando por una suerte de complementariedad entre ambas dimensiones, da cuenta del mundo social desarrollado en la pampa más allá del fenómeno productivo o económico²⁷.

Por consiguiente, la palabra escrita tendría un lugar de privilegio, puesto que — como señala Sergio González— fue a través de su desenvolvimiento por el cual los obreros manifestaron sus aprehensiones y percepciones de la realidad. Asimismo, la palabra habría constituido una herramienta intelectual fundamental para la emancipación del obrero pampino, destacándose su importancia política y cultural en el desarrollo de una conciencia

²⁴ Devés, E. (1991). "La cultura obrera ilustrada en tiempos del centenario". *Mapocho*, 30, p.131

²⁵ Ver Devés, E. (1995). "Luz, trabajo y acción: el movimiento trabajador y la ilustración audiovisual". *Mapocho*, 37, 191-204

²⁶ Illanes, M. A. (1998). "Lápiz versus fusil. Las claves de advenimiento del nuevo siglo. Santiago-Iquique, 1900-1907". En Artaza, P. (et. al.). *Op. cit.*, pp. 131-137. Ver también González Miranda, S., Illanes, M.A., Moulian, L. (1998) *Poemario popular de Tarapacá 1899-1910*. Santiago, Chile: DIBAM; Illanes, M. A. (2003). "La revolución solidaria. Las sociedades de socorros mutuos de artesanos y obreros: un proyecto popular democrático. 1840-1910". En Illanes, M. A. *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)* (pp. 263-361). Santiago, Chile: LOM Ediciones

²⁷ En este sentido, la literatura ha servido tanto a Pedro Bravo Elizondo como a Bernardo Guerrero para dar cuenta de cómo períodos de auge y crisis, huelgas y masacres, engendran un movimiento cultural que luego se plasma en la producción literaria como un continuum vital. Asimismo, la poesía ha sido utilizada por Jorge Núñez Pinto para ilustrar en qué medida se plasmó en la palabra, la represión y la violencia que se desataron principalmente durante la primera década del siglo XX. Revisar Bravo, P. (1986). *Cultura y teatro obreros en Chile: 1900-1930 (Norte Grande)*. Madrid, España: Ediciones Michay; Bravo, P. y Guerrero, B. (2000). *Historia y ficción literaria sobre el ciclo salitrero en Chile*. Iquique, Chile: Universidad Arturo Prat; También Guerrero, B. (1998). "Tarapacá, la novela maldita". En Artaza, P. (et. al.), *Op. cit.*, pp. 139-151 y Núñez, J. (1998). "Los sucesos de Santa María de Iquique en la poesía popular". En Artaza, P. (et. al.). *Op. cit.*, pp. 225-235

social²⁸. De este modo, considerando la literatura referida al tema obrerista nortino, Sergio González ha decidido abordar la identidad a partir de una perspectiva regional, que para el segmento popular contemplaría la dualidad configurada en torno al carácter obrero y pampino de este sujeto histórico. En este orden, la identidad pampina se ha vinculado a un proceso de apropiación del desierto y de construcción de un espacio social marcado por el sincretismo cultural, mientras que la condición obrera se ha considerado una dimensión identitaria complementaria que, a través de la organización social, politizó e introdujo el Estado y el capital dentro de la lógica cotidiana. En consecuencia, si la solidaridad de clase constituyó una categoría aglutinadora que normalizó los rasgos heterogéneos en el ámbito laboral y político, la categoría pampina emergió como una yuxtaposición de referentes sociales y culturales que permitió la identificación de los habitantes de las salitreras por sobre diferenciaciones locales y nacionales²⁹. Entendida de esta forma, la identidad pampina no englobaría únicamente al elemento popular de la pampa sino que comprendería también a otros sectores sociales.

Ahora bien, en relación a esta diversidad social registrada en la pampa salitrera, aunque ha existido acuerdo en el medio académico respecto al carácter cosmopolita del escenario tarapaqueño, sobre todo por la representación obrera internacional verificada en los sucesos de diciembre de 1907 —principalmente chilena, peruana y boliviana—, lo cierto es que no se habían desarrollado investigaciones que ahondaran y ponderaran la extensión de este fenómeno³⁰. En esta lógica, el trabajo de Sergio González ha sido precursor al situar el énfasis en las resistencias culturales manifestadas por los trabajadores en un contexto pluriétnico y plurinacional, destacando la presencia boliviana e indígena en la sociedad del salitre e ilustrado el papel de las migraciones al interior de una dinámica transfronteriza de influencias mutuas. Desde ahí se ha contribuido en la visualización de grupos sociales y étnicos que permanecían en una dimensión oculta dentro de los estudios

²⁸ González Miranda, S. (2003a). "Habitar la pampa en la palabra: creación poética del salitre". *Revista de Ciencias Sociales*, 13, 53-65; González Miranda, S. (2008). "La pluma del barretero. La cultura obrera ilustrada en Tarapacá antes de la masacre de 1907. Una reflexión en torno a la figura de Osvaldo López Mellafe". *Universum*, 1 (23), 66-81

²⁹ González Miranda, S. (2002b). *Op.cit.*; González Miranda, S. (2007b) *Op. cit.*; González Miranda, S. (2004b). "La lixiviación cultural del hombre y el desierto (1830-1930): la transformación del desierto en pampa y del enganchado en pampino". *Polis*, 9, 1-11; González Miranda, S. (2003b). "Visibilidad e invisibilidad en la identidad pampina". *Si somos americanos*, 4, 151-163; González Miranda, S. (1990). "La identidad regional en Tarapacá: el caso salitrero a modo de ejemplo". *Diálogo Andino*, 9, 75-82

³⁰ Revisar Artaza, P. y Godoy, E. (2013). *Op. cit.*

referidos al ciclo salitrero, exhortando a una reflexión de la otredad en el escenario pampino³¹.

Sin embargo, además de los estudios migratorios y culturales, se han realizado algunas contribuciones a partir de una perspectiva demográfica, la que Marcos Calle ha empleado para examinar pautas matrimoniales de migrantes fronterizos en Tarapacá, develando desde ahí una determinada asimilación al interior de la sociedad de acogida, principalmente en el caso de peruanos y bolivianos, aunque sin hacer mayores alusiones a la variable étnica³². En esta misma línea, el autor ha examinado la inserción socioeconómica de los inmigrantes chinos en la provincia tarapaqueña, aportando datos de los rubros económicos en que desplegaron su labor, así como de los contextos de sociabilidad y estrategias de integración utilizados por los chinos en el litoral y la pampa³³.

Desde otra vereda —en cambio—, Luis Alberto Galdames ha propuesto estudiar la presencia china desde la cuestión del otro, abordando el universo de valores que permearon la actuación estatal frente a los habitantes asiáticos de Tarapacá, planteando —al mismo tiempo— que la población china compartiría con la andina un perfil contradictorio en relación a las coordenadas impuestas desde el Estado³⁴. Por su lado, Diego Lin Chou ha realizado un extenso estudio sobre la presencia china en el contexto chileno, a través del cual ha documentado el rechazo popular suscitado por la inmigración asiática en el norte salitrero, proporcionando antecedentes alusivos a los discursos discriminatorios que circularon en la prensa hacia el primer tercio del siglo XX³⁵. En resumidas cuentas, si bien la diversa literatura referida al movimiento obrero dedicó un breve apartado descriptivo en

³¹ Considerar González Miranda, S. (1995a). "Cochabambinos de habla quechua en las salitreras de Tarapacá (1880-1930)". *Chungara*, 27 (2), 135-151; González Miranda, S. (1998). "La compleja y conflictiva identidad del obrero pampino en el ciclo del salitre: la presencia indígena". *Valles*, 4, 37-45; González Miranda, S. (2006b). "La presencia indígena en el enclave salitrero de Tarapacá: una reflexión en torno a la fiesta de la Tirana". *Chungara*, 38 (1), 35-49; González Miranda, S. (2009). "La presencia boliviana en la sociedad del salitre y la nueva definición de la frontera: Auge y caída de una dinámica transfronteriza (Tarapacá 1880-1930)". *Chungara*, 41 (1), 71-81; González Miranda, S. y Rodríguez, G. (2008). "Cochabamba y Tarapacá en el ciclo del salitre: dos regiones y una economía (1880-1930)". En Cavieres, E. y Cajías de la Vega, F. (Coords.). *Chile-Bolivia, Bolivia-Chile: 1820-1930. Desarrollos políticos, económicos y culturales* (pp. 227-256). Valparaíso, Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso

³² Calle, M. (2008). "Peruanos, bolivianos y argentinos en Tarapacá según sus pautas matrimoniales: ¿Pluralismo cultural o crisol de razas? 1885-1910". *Revista Ciencias Sociales*, 21, 29-59

³³ Calle, M. (2014). "Hijos del Dragón: inmigrantes chinos y su inserción socioeconómica en la provincia de Tarapacá, 1860-1940". *Revista Ciencias Sociales*, 23 (32), 25-61

³⁴ Galdames, L. A. (2001-2002). "Chinos en Tarapacá o la cuestión del otro (y de uno): dos documentos oficiales inéditos del Archivo de la Intendencia de Tarapacá". *Diálogo Andino*, 20/21, 133-138

³⁵ Lin Chou, D. (2004a). *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)*. Santiago, Chile: DIBAM.

torno a la presencia china en Tarapacá, los dos últimos trabajos revisados permiten una aproximación diferente. Desde ahí, es posible inferir las actitudes e imágenes negativas que contribuyeron en la construcción de una particular forma de comprender la otredad, dejando abierto así una multiplicidad de cuestionamientos que —como hemos constatado— también competen a otros grupos humanos. Entre ellos, los indígenas en tierras tarapaqueñas, quienes quedaron subsumidos en categorías nacionales en las secciones de inmigración boliviana y peruana de estos mismos estudios referidos al obrerismo nacional.

Por consiguiente, podemos constatar que la historia social ha avanzado en la instalación de la violencia como problemática histórica, revelándose —en particular— a través de los procesos de transformación de la identidad que corrían en paralelo a la profundización de las organizaciones obreras y al progresivo encuentro entre diversos grupos nacionales y culturales en las faenas salitreras. De manera que —frente a lo expuesto—, corroboramos que la violencia, la identidad y la alteridad, han sido puntos de análisis visitados por la historiografía en los últimos años, sin que haya sido posible identificar una propuesta interpretativa concreta que permita explicar qué papel estarían jugando las diversas interpretaciones en torno a la violencia dentro del proceso de construcción de alteridades e identidad en el mundo del salitre.

En esta línea, es posible afirmar que se ha explicado —parcialmente— cómo se ha manifestado la violencia en el contexto del ciclo de expansión del salitre y en qué condiciones socio-históricas se ha desplegado. No obstante, aún faltan análisis centrados en la circulación discursiva de la violencia en la sociedad, sus contenidos y repercusiones sociales. Juntamente, el tema de la construcción de la alteridad en el mundo del salitre, resulta un panorama más incierto, pues aunque se ha instalado la problemática de los "otros" a través de las dinámicas de inserción e interacción social, los avances en materia de representaciones e ideas asociadas a la otredad son más bien secundarios. En la contracara, la temática de las identidades sociales se ha presentado como una preocupación constante de la historiografía que —en el último tiempo— ha estimado no sólo las influencias del obrerismo, sino también los aportes culturales concretados desde la multiplicidad de elementos sociales que confluyeron en la pampa. No obstante, la relevancia identitaria de los rechazos culturales sólo ha aparecido de manera tangencial en estos estudios.

¿De qué manera ha transitado la violencia en la sociedad del salitre? ¿Qué rol ha tenido la violencia cultural en la conceptualización del otro en el mundo pampino? ¿Qué papel podemos asignar a la representación de indígenas bolivianos e inmigrantes asiáticos en el proceso de configuración identitaria de la pampa? Son preguntas sin responder, por lo que —en definitiva— la violencia como representación social y su relación con la identidad pampina y la construcción social de la otredad en el contexto salitrero es todavía una tarea pendiente. Por lo tanto, la presente investigación busca establecer la relación existente entre el proceso de configuración de la identidad pampina y la experiencia de la violencia y la otredad en el contexto del ciclo de expansión del salitre, situándose para ello en la perspectiva de los sujetos populares de la pampa que significaron su realidad, es decir, entendiendo la identidad pampina desde su vertiente popular y vinculada al período de ascenso del obrerismo. De manera que la pregunta que informa esta problemática la formulamos del siguiente modo: ¿Qué función cumplieron las representaciones de la violencia en el marco de construcción de alteridades e identidades en Tarapacá entre 1900 y 1910?

Es dentro de este marco en que formulamos nuestra hipótesis, pues parece haber más avances en términos del influjo de la asociatividad, la acción colectiva y las migraciones, que en esclarecer cómo determinadas construcciones culturales actuaron como componentes de la identidad. En relación con esto, postulamos que durante la primera década del siglo XX las representaciones sociales organizadas en torno a la violencia directa y estructural, desempeñaron un continuo y transversal papel en el proceso de construcción identitaria en Tarapacá, cuyo desarrollo reforzó la acción de una violencia cultural deliberada en contra de indígenas bolivianos e inmigrantes asiáticos. Escenario en donde ambos campos de representación —violencia directa y estructural por un lado, y violencia cultural por otro— emergieron como referentes de sentido diferenciados³⁶.

Concretamente, se plantea que las representaciones de la violencia directa y estructural, proporcionaron herramientas conceptuales para la construcción de una identidad marcada por la diferenciación frente al Estado y los sectores sociales dominantes,

³⁶ Sobre esta división de la violencia en tres ámbitos diferenciados, nos apoyamos en la conceptualización de Johan Galtung. Profundización teórica que abordaremos más adelante. Galtung, J. (1990). "Cultural violence". *Journal of Peace Research*, 27 (3), 291-305

delineando una alteridad de carácter social y económico. En contraste, se esgrime que la violencia cultural intervino como una representación en sí misma que, mediante una conceptualización prejuiciada del "otro", marcó la configuración de una alteridad cultural dentro del mismo segmento popular. En cualquier caso, estos dos ámbitos de representación estarían operando de manera sincrónica. Lo anterior, en la medida en que la percepción e interpretación de la violencia directa y estructural, esbozaría una identidad por oposición a una alteridad social. Perfil identitario que, a la par, impulsaría una diferenciación respecto a otros grupos reconocidos como culturalmente diversos.

La violencia cultural —ejercida como representación legitimadora— profundizaría entonces algunas diferencias culturales al interior de la sociedad pampina, obstaculizando una cabal integración social. De suerte que, la segregación discursiva operada sobre la otredad cultural en el mundo del salitre, nos permite cuestionar el carácter integrador de la identidad pampina y sospechar que previo al proceso de chilenización ya estaban actuando —de forma subrepticia pero constante—, categorías discriminadoras y racistas que instan a sopesar el grado de identificación de los sectores populares con el proyecto identitario obrerista y con los lineamientos socioculturales emanados "desde arriba". Particularmente, sugerimos que la categoría Civilización/Barbarie tuvo una persistente función identitaria, capaz de reflejar la interacción entre las distintas dimensiones de la violencia y evidenciar el impacto del discurso modernizador en la pampa.

Sin embargo, estas dinámicas no se efectuaron de manera lineal y los quiebres en los modos de advertir y simbolizar la violencia denotaron, al mismo tiempo, inflexiones en el contexto identitario que interpretamos como una transición desde una identidad de resistencia a una identidad proyecto³⁷. Al respecto, proponemos dos espacios de tiempo que muestran una concordancia relativa entre los dos ámbitos de representación que hemos delineado. En primer lugar, desde inicios del siglo XX y hasta la inflexión obrera de 1907, bosquejamos un periodo caracterizado por un intenso discurso de resistencia a la violencia capitalista y de rechazo a la otredad cultural indígena, que en conjunto indicarían un

³⁷ Hacemos referencia a la distinción que establece Manuel Castells entre tres formas y orígenes de la construcción de identidad, a saber: identidad legitimadora, identidad de resistencia e identidad proyecto. Constructo teórico que utilizamos para esclarecer el modo en que los cambios identitarios tuvieron lugar dentro de la realidad pampina. Ver Castells, M. (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen II, El poder de la identidad*. México D. F.: Siglo XXI Editores, pp. 29-30

atrincheramiento identitario al interior del mundo del salitre. En segundo lugar, posterior a los sucesos de 1907 y hasta 1910, esbozamos un repliegue discursivo en donde la violencia mantiene su presencia transversal, aunque dando cuenta de un proyecto identitario de transformación social que marginó explícitamente al componente asiático y en donde los chinos emergieron como un otro opuesto, modelando por contraste las expectativas del mundo pampino.

Considerando todo lo expuesto, advertimos que el presente trabajo de investigación tiene como objetivo principal, desentrañar algunas resistencias y proyectos de la identidad pampina hacia la primera década del siglo XX en Tarapacá, lo anterior a través de la caracterización y análisis de las representaciones sociales estructuradas en torno a la violencia y su relación en la construcción de la otredad. Particularmente, examinaremos por un lado el rol de la violencia directa y estructural en la visualización de una alteridad social, mientras que por otro, evaluaremos el papel de la violencia cultural en la construcción social de indígenas bolivianos e inmigrantes asiáticos.

No obstante, antes de comenzar el análisis histórico propiamente tal, es preciso delimitar algunas categorías que se utilizan en nuestro planteamiento, puntualizaciones que sólo pueden lograr mayor claridad al interior del contexto teórico del que emanan, razón por la que intentaremos despejar —al menos parcialmente— estos asuntos.

Marco Teórico

Atendiendo al planteamiento del problema, establecemos como sostén teórico-metodológico de esta investigación el enfoque de las representaciones sociales, perspectiva que suele ubicarse en un esquema confuso, donde las líneas divisorias con el imaginario social se tornan borrosas. Al respecto, entendemos que representaciones e imaginarios comparten la idea del proceso mental mediante el cual se construye sentido, no obstante, si los imaginarios sociales constituyen el conjunto de símbolos y creencias presentes en la sociedad, la representación social se configura como el mecanismo o esquema figurativo que permite organizar e interpretar la realidad, es decir, serían las formas de pensamiento o

sentido común resultantes de la interacción social³⁸. En palabras de Serge Moscovici, "la representación social es una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos"³⁹. De este modo, hablamos no sólo de un contenido figurativo, sino además de un proceso de comunicación del conocimiento. Punto que no permite asociar la representación social con simples reflejos o actitudes, puesto que su doble función indica un sentido distinto: primero, orientar la acción mediante el establecimiento de un orden mental, y segundo, posibilitar el intercambio social a través de la codificación de la realidad.

Haciendo hincapié en estos aspectos, Jodelet señala que las representaciones sociales caracterizan una forma de pensamiento social que es eminentemente práctico, pues buscan conducir hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno, tanto desde su esfera social como desde el plano material e ideal. Ahora bien, se nos advierte que la representación no puede analizarse como un mero duplicado, ya que lo esencial en el proceso no es la reproducción sino la construcción⁴⁰. En esta línea, otro ámbito importante implicado es la noción de construcción social de la realidad, es decir, la capacidad que tiene la representación de generar esa misma realidad de la cual, se supone, es representación⁴¹.

En cualquier caso, la representación no constituye meramente una forma de conocimiento intraindividual ni tampoco un tipo de pensamiento social. Se trata de una actividad mental que sucesivamente se ve intervenida por el contexto de desenvolvimiento de los sujetos, los marcos de aprehensión propios del bagaje cultural y los códigos y valores asociados a determinadas posiciones sociales, entre otros aspectos⁴². Delineamos entonces, una secuencia que va desde lo individual a lo colectivo y que se esclarece mediante los procesos de objetivización y anclaje descritos por Moscovici, en donde el primero

³⁸ Baeza, M. (2008). *Mundo real, mundo imaginario social. Teoría y práctica de sociología profunda*. Santiago, Chile: RIL editores, 2008, p.106

³⁹ Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires, Argentina: Huemul, 1979, p.17. Citado en Mora, M. (2002). "La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici". *Athenea Digital*, 2, p.7

⁴⁰ Más que una imagen-reflejo, lo que verdaderamente existe es una relación de aproximación, en donde un acto mental restituye simbólicamente algo ausente. Jodelet, D. (1985-1986). "La representación social: fenómenos, concepto y teoría". En Moscovici, S. *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona, España: Paidós, p.476

⁴¹ Revisar Araya, S. (2002). *Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión*. San José de Costa Rica: Cuadernos de Ciencias Sociales, FLACSO, p.30. En palabras de Jodelet: "cómo lo social transforma un conocimiento en representación y cómo esta representación transforma lo social". Jodelet, D. (1985-1986). *Op. cit.*, p.480

⁴² Jodelet, D. (1985-1986). *Op. cit.*, p.473

corresponde a la constitución formal de un conocimiento, en tanto que el segundo a su integración dentro de un pensamiento preexistente⁴³. Hablamos pues, de la construcción de lo real mediante una relación de correspondencia entre cosas y palabras, un proceso dependiente de lo social en cuanto interviene la movilización de determinados elementos del fondo cultural, los que se destacan a modo de referentes dentro del universo mental del individuo. De este modo, la mediación social se observa en los significados y utilidades que le son otorgadas a la representación.

Ahora bien, lo importante de retener es que las representaciones sociales logran unificar lo simbólico con lo social, el pensamiento con la acción. En suma, "hacen referencia a un tipo específico de conocimiento que juega un papel crucial sobre cómo la gente piensa y organiza su vida cotidiana", por lo que se constituyen en principios interpretativos y orientativos del actuar en el mundo⁴⁴. Representar el mundo significa entonces, un intento de comprensión de nuestra realidad cotidiana, por lo que Moscovici señala que la situación en que se piensa y se constituye la representación determina su emergencia, siendo un rasgo común que surja en períodos de crisis y conflictos. Más aún, el autor ha identificado la existencia de tres condiciones básicas de emergencia, a saber: una información insuficiente y desorganizada, una focalización o implicación de acuerdo a la mismos intereses o pertenencia social de los sujetos, y un contexto conflictivo que demanda posturas frente a los hechos⁴⁵. De acuerdo con lo anterior, Jodelet ha destacado que las representaciones pueden surgir de formas diversas —y más o menos complejas—, por lo que es posible que se presenten como imágenes cargadas de significados, como sistemas de referencia o teorías, y finalmente como categorías clasificatorias de fenómenos, acontecimientos o individuos que interactúan en nuestra realidad⁴⁶.

Por consiguiente, la perspectiva de las representaciones sociales nos permitirá ir más allá de la verificación de determinados fenómenos socioculturales en el mundo del

⁴³En pocas palabras, la objetivización comprende la materialización de lo abstracto a través de la estructuración de una imagen que se naturaliza, es decir, nos referimos a una operación formadora de esquemas conceptuales que concretizan el exceso de significados circundantes. Por su parte, el anclaje se refiere a la incorporación social de la representación al interior de una configuración ya constituida, por lo que conlleva la articulación de tres cometidos esenciales, a saber: la función cognitiva de integración de la novedad, otra función de interpretación de la realidad y finalmente la función de orientación de las conductas y las relaciones sociales. Jodelet, D. (1985-1986). *Op. cit.*, pp.481-486

⁴⁴ Ver Araya, S. (2002). *Op. cit.*, p.11

⁴⁵ Mora, M. (2002). *Op. cit.*, p.8.

⁴⁶ Jodelet, D. (1985-1986). *Op. cit.*, p.472

salitre, mostrando nuevos recovecos de interpretación histórica para el proceso de configuración identitaria. De este modo, aquí entenderemos la identidad como una auto-representación que buscó proporcionar explicaciones frente a un escenario marcado por la conflictividad. De suerte que, más que remitirnos a la violencia y a la otredad en sí mismas, apuntaremos hacia sus representaciones, esto es, al conjunto de ideas, imágenes y creencias asociados a estos aspectos y que circularon discursivamente en la pampa.

Identidad como representación

La temática identitaria es una reflexión que se ha emprendido a través de una multiplicidad de perspectivas al interior de las ciencias sociales y desde donde se han hecho evidentes no sólo diversos campos analíticos sino además los distintos niveles de la acción social⁴⁷. Concretamente, la reflexión sobre la identidad constituye un ámbito complejo y heterogéneo en términos conceptuales, no obstante, más que reproducir aquí una minuciosa confrontación teórica, nos concentraremos en precisar algunas ideas que nos resultan fundamentales para la investigación. En primer lugar, es necesario apuntar que las nociones elementales de una teoría de la identidad ya están delineadas por una larga tradición en ciencias sociales, por lo que en el último tiempo asistimos más bien a una reactivación de las premisas concernientes a la temática identitaria, que ha nacido primordialmente a partir del denominado retorno del sujeto en la esfera académica y de la reflexión en torno a la proliferación de diversos movimientos sociales en el plano político⁴⁸.

⁴⁷ Portal, M.A. (1991). "Diversas perspectivas en la construcción teórica de la identidad: una bibliografía básica". *Alteridades*, 1 (2), p.122. Siguiendo el esquema de Gilberto Giménez, subrayamos la existencia de dos polos teóricos en confrontación: por un lado, una concepción fuerte representada por la noción parsoniana de la identidad como una estructura estable y socialmente condicionada, y por otro, una concepción débil encarnada por el modelo dramático de Goffman que piensa la identidad en términos de una configuración transitoria e independiente del reconocimiento social. No obstante, entre ambos ejes se ubican posiciones intermedias que inscriben la identidad dentro de conceptualizaciones más eclécticas, que confieren continuidad pero sin confinar la flexibilidad propia de todo referente identitario. En esta línea, entendemos que frente a un escenario de propagación de referentes simbólicos heterogéneos, la sociedad moderna no puede cimentar su identidad en pilares uniformes sino que se muestra abierta, reflexiva y susceptible a un vaivén de posibilidades identitarias y opciones de acción. Giménez, G. (1997). "Materiales para una teoría de las identidades sociales". *Frontera Norte*, 9 (18), p.9; Revisar también Giménez, G. (1992). "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología". *Versión*, 2, pp.184-186; Scandroglio, B., J. López y M. C. San José. (2008). "La Teoría de la Identidad Social: una síntesis crítica de sus fundamentos, evidencias y controversias". *Psicothema*, 20 (1), pp.80-81

⁴⁸ Giménez, G. (1997). *Op. cit.*, p.9

Particularmente, consideramos indispensable hacer notar el inherente rasgo intersubjetivo y relacional del proceso identitario⁴⁹. Reconocerse en algo implica invariablemente una negociación social entre el "auto-reconocimiento" y el "hetero-reconocimiento", ya que no todos los rasgos culturales considerados desde la alteridad son significativos para el "nosotros", mientras que muchos de los aspectos invocados como determinantes de la propia identidad pueden ser ostensiblemente imaginados. Como señala Fredrik Barth, lo socialmente efectivo en la identificación de un grupo es la autoadscripción y la adscripción por otros, en donde "los rasgos que son tomados en cuenta no son la suma de diferencias "objetivas", sino solamente aquellas que los actores mismos consideran significativas"⁵⁰.

Tal como lo señala Gilberto Giménez, hablamos de una auto-percepción que demanda del reconocimiento externo, por lo que ubicada en esta encrucijada, la configuración identitaria puede ser examinada a través de las representaciones sociales, pues "la identidad tiene que ver con la organización, por parte del sujeto, de las representaciones que tiene de sí mismo y de los grupos a los cuales pertenece, así como también de los "otros" y de sus respectivos grupos"⁵¹. En consecuencia, la identidad aparece como un campo conceptual operativo que surge en primera instancia a partir de un principio de diferenciación, a través del cual se toma conciencia de las diferencias en contraposición a otros individuos y otros grupos, lo que simultáneamente conlleva un principio de integración que neutraliza a la par las diferencias internas⁵².

Así, en términos generales, la construcción de identidad se entiende como un proceso de afirmación de una singularidad a través de la selección y jerarquización de uno o varios atributos culturales. En palabras de Manuel Castells, la identidad corresponde a una fuente de sentido que no excluye la presencia de múltiples matrices y, por lo tanto, de conflictos en la "representación de uno mismo como en la acción social"⁵³. Es decir, que los sujetos son capaces de albergar referentes en sí mismos diversos y discordantes. En esta

⁴⁹ "La identidad de un actor social emerge y se afirma sólo en la confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social, la cual frecuentemente implica relación desigual y, por ende, luchas y contradicciones". Giménez, G. (1997). *Op. cit.*, p.12

⁵⁰ Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, p.15

⁵¹ Giménez, G. (1992). *Op. cit.*, p.188

⁵² *Ibidem*, p.190

⁵³ Castells, M.(1999). *Op. cit.*, p.28

misma dirección, Luis Alberto Romero señala que la identidad se vincula a la constitución de un "nosotros", que proporciona el acento general dentro del campo social, sin descartar lineamientos alternativos o contradictorios⁵⁴.

Sin embargo, lo esencial estaría no sólo en la conformación de una experiencia social compartida, sino además en el diálogo con los "otros". Más aún, Jorge Larraín nos advierte que la pregunta por la identidad adquiere particular relevancia en un contexto de crisis, traducido como "una amenaza al modo de vida tradicional, especialmente si esto sucede en presencia de otras formas culturales"⁵⁵. Por lo tanto, toda identidad supone caracteres atribuidos desde una alteridad, mensajes que son transformados, asimilados o rechazados⁵⁶. Desde esta perspectiva, no cabe pensar en una única y permanente identidad sino que estamos ante un conjunto de identidades polarizadas y en movimiento, esto es, cristalizaciones identitarias provisionales⁵⁷. Al respecto, Manuel Antonio Baeza afirma que "la identidad constituye así una estructura precaria, con motivo mismo de su complejidad; la construcción identitaria debe ser concebida más bien como un proceso inestable e inacabado que como una arquitectura definitiva"⁵⁸.

Ahora bien, resulta imprescindible destacar que la identidad no sólo constituye una afirmación de la diferencia sino también una "igualdad o coincidencia consigo misma", lo cual no debe entenderse en términos de una permanencia inamovible, sino más bien como una continuidad que logra integrar las distintas experiencias de cambio⁵⁹. Existe pues, una lectura diacrónica de los hechos que permite visualizar ese "algo" que cohesiona y, en este sentido, la identidad implica un alto grado de historicidad, no sólo por los procesos de construcción social implicados, sino además por la constante referencia y asimilación de un pasado así como por la tentativa de apropiación de un futuro⁶⁰. La identidad no implica

⁵⁴ Romero, L. (1990). "Los sectores populares urbanos como sujetos históricos". *Proposiciones*, 19, p.277

⁵⁵ Larraín, J. (1994). "La Identidad Latinoamericana. Teoría e Historia". *Estudios Públicos*, 55, p.33

⁵⁶ Tal como lo señala Jorge Larraín, "la construcción de la identidad es un proceso intersubjetivo de reconocimiento mutuo", afirmando más adelante que "en la construcción de cualquier versión de identidad, la comparación con el "otro" juegan un papel fundamental". Larraín, J. (2001). *Identidad Chilena*. Santiago, Chile: LOM Ediciones, pp. 29-32

⁵⁷ Ver Romero, L. (1987). "Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad". *Desarrollo Económico*, 106, pp. 220-222.

⁵⁸ Baeza, M. (2000). *Los caminos invisibles de la realidad social. Ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales*. Santiago, Chile: RIL Editores, p.49

⁵⁹ Giménez, G. (1997). *Op. cit.*, p.19

⁶⁰ Ver Milos, P. (1998). "Historia regional, identidad y memoria: la noción de vectores del recuerdo". En Artaza, P. (1998). *Op. cit.*, pp. 209-223

entonces sólo un sentimiento de pertenencia, sino que también una "*praxis* identitaria" que cubriría un posicionamiento espacial, relacional y temporal⁶¹. En este sentido, habría un empeñamiento en construir simbólicamente un espacio, un objetivo y formas singularizadas de relaciones con los otros, lo que ciertamente contribuye a pensar la identidad como un concepto explicativo. La identidad, entonces, permite dar sentido a la acción y desde ahí se ha manifestado apropiada para la comprensión de los conflictos sociales.

No obstante, lo que se intenta es delinear simbólicamente fronteras, puesto que las identidades no hacen sino fijar sus propios límites y decantar en el camino aquello que incluyen o excluyen, razón por la que toda comprensión de un grupo social se hace a partir de "un entramado de relaciones que repone una situación de contacto, una situación de frontera"⁶². En este sentido, —y en tanto zona de encuentro— la frontera ha sido definida principalmente desde su carácter permeable, es decir, no como un escenario cerrado, sino como un espacio de movimiento donde confluyen los diversos elementos que conforman la diferencia. Empero, frente al carácter poroso e híbrido, no podemos olvidar que la frontera sigue siendo separación y discontinuidad. Como ha destacado Alejandro Grimson, las fronteras son espacios de condensación de procesos socioculturales y en esta lógica pueden estar sujetas a desplazamientos y reformulaciones, pero no pueden desvanecerse en la nada, pues son parte misma de la vida social. Por lo tanto, son zonas de expansión, pero también de límite en cuanto reflejan no sólo la multiplicidad de identidades, sino además los estigmas y las luchas de poder⁶³. En esta línea, la insistencia en los vínculos —más que en los quiebres— puede llevar a invisibilizar el conflicto social subyacente. El exceso de integración dentro del discurso, significa no entender que el conflicto forma parte central del encuentro entre culturas e implicaría el ocultamiento de las asimetrías y las dinámicas de exclusión⁶⁴.

⁶¹Baeza, M. (2000). *Op. cit.*, p.49

⁶² Grimson, A. (2005). "Fronteras, Estados e Identificaciones en el Cono Sur". En Mato, D. (Ed.). *Cultura, Política y Sociedad. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO, p.127

⁶³ Revisar Grimson, A. (2005). *Op. cit.*, pp.127-142

⁶⁴ Grimson, A. (2004, 25-30 Julio). "Fronteras, Naciones y Región". Presentada en Fórum Social das Américas, Quito, Ecuador, p.4

Dejando aparte la materialidad de la frontera y considerando su carácter simbólico, es preciso insistir en la existencia de dos tipos de fronteras que usualmente se sobreponen en la discusión teórica: nos referimos a la distinción entre límites culturales y límites identitarios, esto es, entre fronteras de significados y fronteras de sentidos de pertenencia⁶⁵. Concretamente, Grimson postula la necesidad de visualizar la cultura y la identidad como procesos diferenciables aunque entretnejidos en diversas situaciones sociales, y si bien reconoce la complejidad de esta misma distinción, señala como punto de partida necesario esta diferenciación entre tramas de prácticas y creencias, por un lado, y categorías de identificación, por otro⁶⁶. Es así que podemos entender la heterogeneidad cultural al interior de un conjunto social en donde todos sus miembros se identifican, pues no existe correspondencia obligada entre fronteras culturales e identitarias. Del mismo modo, no es posible establecer una correlación ineludible entre el ámbito territorial y el identitario, pues la cercanía física no constituye un indicador de proximidad simbólica. Más aún, es el mismo contacto lo que decanta el afán por diferenciarse: "Nadie se preocupa demasiado por diferenciarse de grupos lejanos. "Los otros" que más nos importan generalmente son nuestros vecinos, los grupos limítrofes geográfica o simbólicamente"⁶⁷. En este sentido, el extranjero se ha convertido en el símbolo de la diferencia⁶⁸.

Representación de la Alteridad

La condición de "ser otro" no significa aquí una simple diferenciación, puesto que existe la previa constatación de que somos distintos a cualquier ser humano. Cuando nos referimos a la alteridad, aludimos a una particular diferenciación que nace de la experiencia de lo extraño, de lo ajeno. No se reconocen las particularidades individuales, sino más bien

⁶⁵ *Ibidem*, p.3

⁶⁶ Grimson, A. (2010). "Culture and Identity: two different notions". *Social Identities*, 16 (1), pp. 63-79. Traducción en español, p.3

⁶⁷ Grimson, A. (2004, 25-30 Julio) .*Op. cit.*, p.16

⁶⁸ Su rechazo se explica a partir de sentidos de pertenencia que nos dirigen hacia la problemática de las nacionalidades. Siguiendo a Todorov, comprendemos que el nacionalismo cívico o político "procede de la preferencia que damos a los 'nuestros', en detrimento de todos los 'otros'. Más aún, "la valoración del grupo tiene dos caras: implica el olvido de la entidad inferior (de uno mismo) al igual que el de la entidad superior (de los otros grupos, de la humanidad)", por lo que, "el apego al grupo es simultáneamente un acto de solidaridad y de exclusión". Así, esta prioridad por lo propio conlleva un menosprecio por lo que no le pertenece, particularmente los extranjeros. Todorov, Z. (2003). *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*. México: Siglo XXI Editores, p.204-213

la condición "como miembro de una sociedad, como portador de una cultura, como heredero de una tradición"⁶⁹. Ahora bien, esta relación entre los unos y los otros no resulta en absoluto estática, pues la categoría de la alteridad se va modificando en tanto ese "otro" es observado y experimentado, lo que ciertamente suele hacerse visible en los momentos de crisis. Por otra parte, la misma conceptualización de ese "otro" no se construye de forma uniforme sino que a través de distintos matices y mecanismos⁷⁰.

En esta línea, la experiencia con lo ajeno produce una realidad compleja y contradictoria, frente a lo cual las categorías habituales se hacen insuficientes. Se hace imperativo pues, simplificar la diferencia mediante modelos discursivos que asimilen lo extraño, es decir, pasar de la "alteridad como «génesis del desorden» a la combinatoria regulada de semejanzas y diferencias, condición necesaria para que pueda ser pensado, y administrado, el Otro"⁷¹. No obstante, esta urgencia por reducir la realidad inédita no puede resolverse desde la total libertad, sino que precisa de "imágenes o conceptos ya existentes que sirvan de referencia para intentar comprender el «nuevo» elemento descrito"⁷². Comprendemos entonces, que el encuentro con la alteridad puede traslucir los prejuicios y las imágenes respecto al mundo y su acontecer, reflejando en este acto la simultaneidad del yo y del otro: "El discurso del otro anuncia a la vez la alteridad parlante de mi propio discurso y la experiencia que yo hago de una palabra adversa. Así mi discurso es provocado, puesto en acción, por este discurso de la alteridad"⁷³.

Por añadidura, el estigma del otro está manifestando un intento de preservación de un "nosotros", una diferenciación respecto a otros actores sociales y al mismo tiempo una "identificación" o intento de inclusión dentro de una colectividad⁷⁴. En consecuencia, constatamos que existe una propensión humana al prejuicio, una normalidad que se deriva de la necesidad de la mente humana para pensar a través de categorías, por lo que se

⁶⁹Clastres, P. (2004). "Entre silencio y diálogo" en Boivin, M., Rosato, A. y Arribas, V. (Comps.). *Constructores de Otridad. Una Introducción a la Antropología Social y Cultural*. Buenos Aires, Argentina: Antropofagia, p.20

⁷⁰ Revisar Boivin, M., Rosato, A. y Arribas V. (Comps.). (2004). *Op. cit.* pp. 27-104

⁷¹ Poupény, C. (1996). "El autóctono entre la construcción y la reivindicación de su diferencia". En Theodosiadis, F. (Comp.). (1996). *Alteridad ¿La (des)construcción del otro? Yo como objeto del sujeto que veo como objeto*. Santafé de Bogotá, Colombia: Cooperativa Editorial Magisterio, p.51

⁷² Theodosiadis, F. (1996). "Los primeros contactos y la invención de la Alteridad". En Theodosiadis, F. (Comp.). *Op. cit.*, p.30

⁷³ Theodosiadis, F. (1996). "Introducción". En Theodosiadis, F. (Comp.). *Op. cit.*, p.9

⁷⁴ Chanady, A. (1996). "«Nuestra América Mestiza» y la conceptualización de la especificidad Latinoamericana". En Theodosiadis, F. (Comp.). *Op. cit.*, p.87

transforma en un proceso inevitable, "cuyo contenido representa una simplificación excesiva de su mundo de experiencias"⁷⁵. De este modo —y siguiendo a Allport—, entendemos que el prejuicio implica un proceso mental complejo en donde entran en juego categorías, dinámicas cognitivas y rótulos lingüísticos, cuyo resultado es la cristalización de un pensamiento parcial que permite afirmar la adhesión a nuestra propia forma de vida⁷⁶.

La familiaridad de lo propio, entonces, es el origen del desprecio por lo ajeno, en cuyo tránsito se deja entrever la visión del mundo para sí. Esto es, una interpretación de la realidad que se muestra plausible y permite otorgar inteligibilidad y sentido al entorno. Así, estas categorías de sentido común pueden convertirse en "instrumentos para comprender al otro, para saber cómo conducirnos ante él e, incluso, para asignarle un lugar en la sociedad"⁷⁷. Sin embargo, estas representaciones de la otredad no sólo se asoman al contexto social para explicar y entender al otro en sí mismo, sino que además pueden emerger para explicar un conjunto de situaciones conflictivas asociadas en donde destaca el problema de la inmigración. Ahora bien, lo singular de la figura del inmigrante es su dimensión dual, al condensar la cercanía física con la distancia cultural y/o identitaria, creando una nueva espacialidad simbólica que surge del convivir⁷⁸. En cualquier caso, las fronteras culturales trazadas tienen como correlato la construcción de fronteras físicas que, a suerte de muros, pretenden asegurar la comunidad de semejanza y replegar a la otredad hacia un afuera, esto es, segregación socio-cultural. De este modo, la inseguridad y los temores generados ante lo desconocido impulsan acciones de exclusión que incluyen la negación de la subjetividad, por lo que, "una vez despojado el Otro de 'rostro', su debilidad invita a la violencia con naturalidad"⁷⁹.

⁷⁵ Allport, G.W. (1971). *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA, p.43

⁷⁶ No obstante, si bien este modo de operar pareciera tener un significado funcional, lo concreto es que normalmente el prejuicio "es sólo una cuestión de una ciega conformidad con las costumbres dominantes". Allport, G.W. (1971). *Op. cit.*, p.27

⁷⁷ Jodelet, D. (1985-1986). *Op. cit.*, p.472

⁷⁸ Grimson, A. (2010). *Op. cit.*. Traducción en español, p.1

⁷⁹ Bauman, Z. (2011). *Daños Colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica, p.84.

Respecto de los inmigrantes, Tortosa nos advierte: "Y también es sabido que esa inmigración da pábulo para el racismo preexistente, con los resultados violentos que se producen con cierta asiduidad en formas que van desde la quema de residencias hasta las agresiones físicas directas". Tortosa, J. M. (1994). "Violencia y pobreza: una relación estrecha". *Papeles*, 50, p.3

Ahora bien, los límites de grupo conservan pretensiones de continuidad hacia el pasado, pero manifiestan fronteras flexibles en la definición presente, puesto que la recreación constante es parte de la incesante búsqueda de un otro al cual estigmatizar y hacer objeto de explotación⁸⁰. Es así que esta jerarquización social no se asienta sencillamente en una concepción nacionalista, también posee su justificación económica. En cualquier caso, más allá de la influencia o no de un racismo teórico, lo cierto es que existe una práctica racista ejercida desde abajo y que hace aparecer a las masas como sujeto y objeto de este mismo fenómeno. Es lo que Etienne Balibar denomina racismo de clase, cuya violencia no surge espontáneamente en los períodos de crisis, sino que se encuentra anclado en las estructuras, en la larga duración. Aquí, la estratificación social permanente da paso a coyunturas de exclusión y hostilidad, en donde —más allá del rechazo—, lo característico es la explicación de cualquier problema social mediante la figura de los inmigrados como causantes o agravantes de esta conflictividad⁸¹. Y es que, en la medida en que los sectores obreros "proyectan sobre los extranjeros sus temores y su resentimiento, su desesperación y su desafío, no sólo combaten, como se pretende, la competencia, es algo mucho más profundo: de lo que tratan de distanciarse es de su condición de explotados. El objeto de su odio son ellos mismos, como proletarios, o la posibilidad de volver a caer en la noria de la proletarización"⁸².

Representación de la Violencia

Podemos afirmar que la violencia constituye un fenómeno históricamente situado y, en este sentido, si bien las diversas significaciones sociales a través del tiempo y su repercusión en el cambio histórico nos manifiestan la pertinencia de su estudio dentro del campo historiográfico, lo cierto es que las dificultades para definir y fijar los límites de la violencia obstaculizan el análisis⁸³. Su conceptualización está fuera de remitirnos a una

⁸⁰ Balibar, E. (1991). "El «racismo de clase»". En Wallerstein I. y Balibar, E. *Raza, Nación y Clase*. Madrid, España: IEPALA, p.326

⁸¹ Balibar, E. (1991). "Racismo y crisis". En Wallerstein I. y Balibar, E. *Op. cit.*, pp.338-339

⁸² Balibar, E. (1991). "El «racismo de clase»". En Wallerstein I. y Balibar, E. *Op. cit.* p.327

⁸³ Revisar Aróstegui, J. (1994). "Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia". *Ayer*, 13, 17-55; Elías, N. (1994). "Civilización y Violencia". *Reis*, 94 (65), 141-151; Platt, T. (1992). "La violencia como concepto descriptivo y

inequívoca referencia y, por el contrario, se inserta al interior de un nutrido debate teórico, que podemos resumir a través de las categorías elaboradas por Coady para esquematizar las distintas posiciones al respecto⁸⁴. Nos referimos, pues, a la distinción entre posturas legitimistas, restringidas y amplias de la violencia⁸⁵.

No obstante, para objeto de esta investigación nos remitiremos únicamente a las definiciones amplias, que constituyen una extensión del concepto más allá de la manifestación física del fenómeno, contemplando una serie de situaciones conflictivas que quedaban fuera de los análisis anteriores. Nos referimos a conceptualizaciones complejas que entienden la violencia al interior de esquemas sociales injustos y donde el énfasis está en la violación de los derechos humanos⁸⁶. Sin embargo, esta expansión semántica del término ha sido criticada por su plasticidad, aduciéndose una pérdida del valor descriptivo de la violencia y esgrimiéndose —además— que el ensanchamiento de las fronteras le haría inoperante hasta hacerle confundir con juicios éticos⁸⁷. Frente a lo anterior, consideramos que el carácter amplio del término posee una capacidad analítica significativa en la medida en que logra integrar, a la par, ámbitos tan disímiles y vinculados como lo fáctico y lo simbólico, reconociendo la violencia a través de las distintas esferas de despliegue humano y entendiendo su ejercicio no sólo a través del daño físico, sino también mediado por

polémico". *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 132, 173-180; Blair, E. (2009). "Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición". *Política y Cultura*, 32, 9-33

⁸⁴ Coady, C. A. J. (1986). "The Idea of Violence". *Journal of Applied Philosophy*, 3 (1), 3-19. Las categorías de Coady serían análogas a las elaboradas por Grundy-Weinstein (1974), quienes distinguieron entre definiciones estrictas, observacionales y expansivas, respectivamente. Citado en Leyton, I. y Toledo, F. (2012). *A propósito de la violencia: reflexiones acerca del concepto*. (Memoria de Título). Universidad de Chile, Santiago, p.31

⁸⁵ Las perspectivas legitimistas hacen hincapié en el uso ilegal o ilegítimo de la fuerza, encerrando con ello a las acciones consideradas transgresiones o rupturas respecto del ordenamiento jurídico. Y si bien no se distingue entre las distintas formas de manifestación, en rigor, estas definiciones son bastantes restrictivas, pues reducen la violencia exclusivamente a los actos desprovistos de legitimidad desde la visión del Estado o la autoridad vigente. Por su parte, las nociones restringidas son lo que podríamos identificar con una definición tradicional de la violencia, pues acotan el concepto a un acto relacional y directo que conduce a algún daño personal o material. Normalmente asocian el término a la utilización intencional de la fuerza física o la amenaza de su uso, por lo que tienen la debilidad de convertirse en un equivalente de ésta o caer en una asimilación parcial con términos como agresividad. Hablamos de definiciones concretas que se ciñen fundamentalmente a las consecuencias visibles más que a las causas u objetivos de estas mismas acciones. Dentro de esta última línea, revisar: Rojas, L. (1996). *Las semillas de la violencia*. Madrid, España: Espasa; Keane, J. (2000). *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid, España: Alianza Editorial

⁸⁶ Johan Galtung se ha convertido en uno de los principales exponentes de esta última línea conceptual que hemos demarcado, sin embargo, también destaca el trabajo de Newton Garver. Para un análisis aplicado al caso regional consultar: Mac Gregor, F. y Rubio, M. (1994). "Síntesis regional sobre violencia y pacificación en la región andina". En Echeverría, J. y Menéndez-Carrión, A. (Eds.). *Violencia en la Región Andina: El caso de Ecuador* (pp.215-258). Quito, Ecuador: FLACSO; González, S. (2001-2002). "Violencia en los Andes de Tarapacá: una reflexión teórica". *Diálogo Andino*, 20/21, 9-35

⁸⁷ Ver Keane, J. (2000). "Los juicios sobre la violencia". En Keane, J. (2000). *Op. cit.*, 57-90; Y también, Platt, T. (1992). *Op. cit.*; Aróstegui, J. (1994). *Op. cit.*

agentes culturales y sistémicos. En este sentido, más que un obstáculo para el estudio, contemplamos una oportunidad interpretativa para la investigación vinculada a la circulación y legitimación social de la violencia —entre otros campos—.

Es así que nos parece pertinente profundizar en el significado habitual de la violencia, tomando como punto de referencia las teorizaciones elaboradas por Johan Galtung al respecto. Desde esta perspectiva, la violencia se concibe como el conjunto de aspectos eludibles que obstaculizan la realización personal, lo que significa no sólo la insatisfacción de las necesidades humanas, sino también "la causa de la diferencia entre lo potencial y lo efectivo, entre aquello que podría haber sido y aquello que realmente es"⁸⁸. En este sentido, la serie de acciones o situaciones posibles de evitar se entienden como afrontas o privaciones en contra de factores esenciales de la constitución humana que incluyen necesidades materiales básicas o de subsistencia, derechos humanos o necesidades de bienestar, y necesidades asociadas al desarrollo integral del hombre, esto es, de identidad y de libertad⁸⁹. Por otro lado, esa identificación de necesidades es lo que permitió a Galtung elaborar una tipología que no se redujera a un mero inventario de categorías, sino a un esquema relacional que ha dado lugar al triángulo de la violencia. En él participan integradamente tres ámbitos desde donde la violencia se hace presente, a saber: de forma directa, estructural y cultural, siendo la primera categoría un tipo visible de acción, mientras que las dos últimas corresponderían más bien a un modo intangible de operación⁹⁰.

La violencia directa correspondería a actos perceptibles cuyas consecuencias y actores pueden ser rastreados fácilmente, es decir, lo esencial aquí es la intencionalidad y el carácter manifiesto de las acciones ya sean éstas de orden físico o psicológico⁹¹. Por su parte, la violencia estructural es aquella que se ejerce a través de los ordenamientos

⁸⁸ Galtung, J. (1995). *Investigaciones Teóricas. Sociedad y cultura contemporáneas*. Madrid, España: Tecnos, p.314. Revisar además Galtung, J. (1981). "Contribución específica de la irenología al estudio de la violencia: tipologías". En Domenach, J. (et. al.). *La violencia y sus causas*. Paris, Francia: UNESCO, p.96

⁸⁹ Galtung, J.(1990). *Op. cit.*, p.292. De la edición en español: Gernika Gogoratuz, 2003, p.10

⁹⁰ Asimismo, el autor nos advierte que es posible entender la violencia a partir de estratos o niveles de penetración temporal, entendiendo la violencia directa como un acontecimiento, la violencia estructural como un proceso y la violencia cultural como una constante en la larga duración. Galtung, J.(1990). *Op. cit.*, p.294

⁹¹ Las violencias directa y estructural son empíricamente independientes, es decir, que no se presuponen mutuamente. Sin embargo, la posibilidad de que ésta última se exprese a través de una acción directa hace necesario mencionar la distinción que "se establece entre la violencia que golpea a los seres humanos como resultado directo de las acciones [...], y la violencia que los golpea indirectamente a causa de la existencia de estructuras represivas [...] sostenidas por la acción acumulada y concertada de los seres humanos". Existe pues, una diferencia cualitativa que está en las consecuencias objetivas y no en las intenciones subjetivas. Galtung, J. (1995). *Op. cit.*, pp.336-337

sistémicos, lo que dice relación con la organización del poder y las distribuciones sociales desiguales⁹². Concretamente, se trata de un tipo de violencia latente, difícil de visualizar, y que no se ciñe al plano interpersonal, por lo que posee un causante difuso. Así, la estructuración social violenta tiene como eje la explotación, la segmentación y la marginación, razón por la que Galtung la ha identificado como condición análoga a la idea de injusticia social⁹³. Finalmente, la violencia cultural se ubica en el plano simbólico, constituyéndose en todos aquellos elementos de la cultura que justifican o legitiman la violencia, sea ésta directa o estructural. Es decir, hablamos del conjunto de representaciones, ideas y comportamientos sociales que naturalizan o institucionalizan cualquier tipo de acción violenta, otorgando invisibilidad a determinados aspectos de la realidad o cambiando el color moral de los mismos⁹⁴.

Desde esta perspectiva, la violencia cultural se constituye en una suerte de marco legitimador de la violencia en general y su traducción más concreta puede verse expresada en actitudes que permiten hacer aceptables las injusticias de la estructura. Así, la violencia cultural se contempla como un entramado de prejuicios y valores que se refuerzan socialmente y que posibilitan la colaboración pasiva o activa de los sujetos en disposiciones injustas. Y es en este punto, donde la violencia naturaliza situaciones de orden estructural como la segregación y/o posiciones sociales discriminatorias que no sólo se enfrentan a determinados rasgos culturales o identitarios, sino que además justifican diversas acciones violentas en contra de la colectividad portadora. Al respecto, Galtung señala que la distinción Yo/Otro corresponde a una manifestación de la violencia cultural cuyo corolario

⁹² En este sentido, se ha destacado la carga valorativa y explicativa determinante de la violencia estructural, pues no sólo permite introducir los mecanismos de ejercicio del poder en situaciones de privación de las necesidades humanas, sino que permite ganar conocimiento en las interacciones mutuas entre los distintos tipos de violencia (directa, estructural y cultural). Asimismo, se señala que la violencia estructural no sería la única denominación posible. Se podrían utilizar como equivalentes, a pesar de algunas diferencias de énfasis, términos como violencia sistémica, ocultada, indirecta o institucional. La Parra, D. y J. M. Tortosa. (2003). "Violencia estructural: una ilustración del concepto", *Documentación social*, 131, 57-72

⁹³ Galtung, J. (1995). *Op. cit.*, p.322

⁹⁴ Galtung, J. (1990). *Op. cit.*, p.291. Es lo que Peyrú y Corsi también entienden como procesos psicosociales de facilitación de la violencia, es decir, aquellas operaciones que tienden a negar, disimular y justificar las acciones violentas, tales como: la invisibilización, la naturalización, la insensibilización y el encubrimiento. En conjunto, estas acciones deforman los cuadros de la vida cotidiana y su contenido real pasa a ser atenuado e incluso ignorado. Se produce entonces, un fenómeno de desconocimiento que disocia el hecho violento de su significación real, lo que para estos autores tiene una explicación netamente cultural, puesto que "nuestra capacidad de percibir la violencia se apoya básicamente en construcciones culturales. Estas construcciones organizan nuestro modo de registrar y otorgar significados a la realidad". Corsi, J. y Peyrú, G. (Coords.). (2003). *Violencias Sociales*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Ariel, p.49

es la deshumanización estructural de determinados sujetos y la facilitación de la violencia directa contra los mismos⁹⁵.

Violencia, alteridad e identidad en la pampa salitrera

Ubicados en este punto, deducimos entonces que la abundancia de contenidos circundantes produce en los sujetos la necesidad de explicaciones, planteando el desafío de construir una imagen del mundo que sea manejable. Es pues, este intento por otorgar sentido al entorno y la circunstancia de constituir experiencias socialmente compartidas, lo que nos remite de forma inmediata hacia el problema de las representaciones sociales. De acuerdo a lo anterior, entendemos que la identidad se comporta como una auto-representación del "nosotros" que determina la adscripción hacia determinados universos simbólicos, desde donde se definen principios, visiones de mundo, comportamientos sociales y actitudes individuales que incluyen la interacción con los "otros". No obstante, lo cierto es que las dos aristas que le son intrínsecas a la otredad, a saber, la diferencia y el desconocimiento, hacen que su confrontación sea —por lo general— desde la vereda de la desconfianza o el rechazo. De este modo, ya sea por desigualdad o incomprensión, la relación con la alteridad se construye a partir del conflicto, lo que ciertamente nos conduce hacia la problemática de la violencia.

En esta línea, las modalidades de representación de la violencia, en cuanto variables de análisis, posibilitan el ingreso hacia las formas de filtrar información y construir razonamientos, lo que simultáneamente nos acerca al ideario en formación⁹⁶. En efecto, es preciso indicar que la presente investigación pone énfasis en la capacidad de las representaciones sociales para actuar en el proceso identitario, es decir, el modo en que éstas influyeron, modificaron o impulsaron determinadas configuraciones de la identidad y

⁹⁵ Más aún, Galtung señala que "las personas se degradan por la explotación, y son explotadas porque se las ve como degradadas, deshumanizadas. Cuando el Otro no sólo está deshumanizado sino que se ha logrado convertirle en un Ello, privado de humanidad, está dispuesto el escenario para cualquier tipo de violencia directa, cuya responsabilidad seguidamente se carga sobre la víctima". Galtung, J. (1990). *Op. cit.*, p.298

⁹⁶ Nos apoyamos en la noción de cosmovisión de acuerdo a Eduardo Devés: "Una cosmovisión es una forma de comprender el mundo, es también una forma de filtrar o de seleccionar o de construir la información. La cultura obrera ilustrada es ciertamente una manera de concebir los hechos, una manera de recibirlos, de imaginarlos, de constituirlos. Los eventos se encadenan y se estructuran, se piensan y se responde a ellos a partir de coordenadas ordenadoras que por cierto no son inmutables, sino que están en juego con la realidad y sus embates". Devés, E. (1991). *Op. cit.*, p.135

la otredad. Lo anterior, considerando que la representación no constituye un espejo de la realidad, sino un elemento de comunicación y explicación, que se caracteriza más por "construir realidad" que por reflejarla. Dicho esto, apuntamos que para acercarnos a esos constructos mentales y culturales que actuaron en la identidad pampina, nos remitiremos a las circulaciones discursivas producidas mediante la prensa obrera y que nos facilitan la entrada hacia esas coordenadas que organizan la forma de concebir, recibir o imaginar los hechos⁹⁷.

Metodología

Los lineamientos previamente enunciados implicaron la adopción de técnicas de investigación cualitativas, en donde el abordaje interpretativo de las fuentes fue clave. Al respecto, es preciso consignar que el estudio consistió en la ejecución de dos etapas progresivas, siendo posible catalogar la primera fase de exploratoria, pues consistió en la identificación de la bibliografía y fondos documentales pertinentes a la investigación. Por su parte, la segunda etapa correspondió a la sistematización de la literatura académica y al procesamiento de los antecedentes proporcionados por las fuentes. No obstante, más allá de estas operaciones metodológicas generales, se ejecutaron algunos procedimientos específicos, a partir de los cuales se avanzó desde la observación de indicadores a la construcción de antecedentes.

De este modo, frente a la idea de indagar en el proceso de configuración de la identidad y la alteridad en Tarapacá (1900-1910), considerando como variable de análisis las representaciones de la violencia —a partir de la experiencia de los sujetos populares de la pampa salitrera—, hemos determinado establecer como eje de nuestro proceso indagatorio a la prensa obrera del período. Específicamente, circunscribimos el corpus de la investigación a los periódicos *El Trabajo*, perteneciente a la Mancomunal de Obreros de Iquique, y a *El Pueblo* y *El Pueblo Obrero*, vinculados a la Agrupación Demócrata de Tarapacá, todos editados en Iquique y revisados en la Sección Periódicos y Microformatos de la Biblioteca Nacional de Chile.

⁹⁷ Devés, E. (1991). *Op. cit.*, p.135

Los medios escogidos para el contexto nacional los hemos situado en la categoría de prensa de raigambre popular, ya que si bien fueron expresión de una intelectualidad obrera y distinguidos por un determinado carácter ideológico o doctrinario, lo cierto es que reflejaron mediante diversas secciones —a saber, remitidos, colaboraciones, entre otras— el abanico de opiniones y posiciones existentes al interior del mundo popular. Por consiguiente, nos permitieron acceder a las ideas y discrepancias que van más allá de la dirigencia obrera y que trascendieron hacia los miembros de base de la escena tarapaqueña. Al respecto, precisamos que si bien *El Trabajo* tuvo mayor presencia en el litoral que en la pampa, igualmente presentó una sección con noticias del interior, publicando editoriales e inserciones de sus suscriptores referidas a las oficinas salitreras, que nos permitieron cotejar las referencias encontradas en *El Pueblo* y *El Pueblo Obrero*, publicaciones que verificaron una mayor circulación al interior de la pampa.

Se descartó la utilización de periódicos obreros de trayectorias reducidas, pues se priorizó la permanencia de la línea editorial con el fin de poseer una perspectiva más amplia de las continuidades y cambios en las representaciones. Por otra parte, es preciso consignar que la investigación no contempla el análisis de la visión patronal —a través de la incorporación de la prensa convencional— ni el cotejo con otro tipo de fuentes —Fondo de Intendencia, por ejemplo—, ejercicios que superaban nuestras pretensiones y posibilidades, pues el propósito de este trabajo ha sido indagar en las aprehensiones y constructos simbólicos de los propios sectores populares vinculados a la pampa salitrera. Lo anterior, bajo los límites que impone una tesis de magíster.

Ahora bien, para objeto de esta investigación se seleccionaron y transcribieron de las distintas secciones de prensa, todas las referencias que aludieron directa o indirectamente a contenidos de carácter violento, utilizando para ello los criterios conceptuales descritos en el marco teórico. Posteriormente, se llevó a cabo un ejercicio simplificado de análisis de contenido, iniciándose el procesamiento de los textos con una selección de frases y párrafos significativos. De esta manera, las unidades básicas de relevancia quedaron delimitadas, por un lado, mediante las rúbricas de violencia directa y estructural en un plano general de conflictividad al interior de la pampa, mientras que por otro, el rótulo de violencia cultural encapsuló concretamente la animosidad discursiva en

contra de inmigrantes bolivianos y asiáticos. Una vez elaborada esta catalogación, se procedió a la identificación de conceptos claves que permitieran elaborar categorías relacionables. Sin embargo, esto no significó aislar palabras de forma literal en los textos extractados, sino que deducir correspondencias con determinadas ideas asociadas a la violencia.

Para la violencia directa, se establecieron primordialmente las nociones de abuso, represión y miseria, mientras que para la violencia estructural utilizamos principalmente los términos explotación, injusticia y marginación. Por su parte, para la dimensión cultural, que básicamente hemos asociados al problema de la alteridad, el tema se circunscribió tanto para el caso boliviano como para el asiático, a una amplia gama de entradas que remitían a una construcción prejuiciada del otro, lo cual incluyó la discriminación étnica y/o racial. Finalmente, se empleó la dualidad civilización/barbarie para aunar bajo un mismo criterio de análisis, el acceso simultáneo a las tres dimensiones de la violencia. En cualquier caso, debe entenderse que esto no constituyó un modelo metodológico rígido, por lo que la descripción anterior corresponde a una ejemplificación del modo de proceder, con vistas al seguimiento de conceptos-guías articulados en torno a la violencia⁹⁸.

Seguidamente, se llevó a cabo un análisis adaptado de las representaciones sociales, cuya primera operación consistió en identificar los diversos contenidos, connotaciones y actitudes construidas socialmente mediante discursos en circulación. De manera que, más allá del carácter descriptivo o el mero inventario de los sucesos, importó rescatar las observaciones respecto al detalle del proceso histórico, lo cual se presentó en ocasiones como insinuación, advertencia e incluso moraleja. Motivos que hicieron pertinente la recuperación de los juicios de valor y consideraciones que dieron cuenta de una interpretación de la realidad. Por último, se procedió a develar el conjunto de relaciones que organizaban las diversas representaciones, para finalmente aislar las significaciones centrales y las condiciones contextuales que posibilitaron su estructuración. Esto es, se

⁹⁸ A cada una de estas categorías señaladas se agregaron conceptos afines que nos permitieron una entrada alternativa hacia esas concepciones. Así, los vocablos opresión o atropello nos abrieron accesos diversos a los abusos experimentados por los pampinos, palabras como inequidad nos trasladaron inequívocamente hacia la idea de injusticia social, mientras que acepciones como progreso y adelanto nos remitieron a la noción de civilización.

procuró develar la producción de sentidos y simbolismos que se escondieron tras lo cotidiano, realizando para ello un tratamiento hermenéutico de las fuentes.

De acuerdo a lo anterior, los resultados obtenidos en este trabajo fueron organizados en cuatro capítulos, que pretenden dar cuenta de ese desarrollo progresivo dado al problema durante la investigación. Por esto, en el primer capítulo se presentan concisamente las características económicas y sociales que contextualizaron la problemática de la violencia en la pampa salitrera, pasando enseguida al planteamiento de cuatro escenarios discursivos desde donde se estructuraron las representaciones de la violencia directa y estructural y a partir de las cuales se develó la alteridad social en el mundo pampino. En el segundo capítulo se aborda la violencia cultural, específicamente desde el problema de la inmigración indígena hacia las oficinas salitreras, haciendo hincapié en el rechazo por parte de los trabajadores pampinos y en el papel de la etnicidad en la conceptualización del inmigrante boliviano. El capítulo tercero, en efecto, se refiere de forma particular a las protestas suscitadas por la internación de chinos a la zona tarapaqueña, discutiendo el aspecto racial verificado en la construcción social del inmigrante asiático. Por su parte, en el cuarto capítulo se analizaron simultáneamente las tres dimensiones de la violencia a partir de la dicotomía civilización/barbarie, cotejando en qué medida los diversos abusos e inequidades del espacio salitrero, así como la presencia de determinados comportamientos sociales y culturales, fueron interpretados como una afrenta a las expectativas de progreso social y económico. Finalmente, el último apartado recoge las ideas generales que se han obtenido de los análisis anteriores, confrontando nuestro planteamiento teórico inicial con las informaciones emanadas desde las fuentes, situando en interacción las tres dimensiones de la violencia y dilucidando su rol en el proceso de configuración de la identidad pampina.

Capítulo I

Representaciones de la violencia directa y estructural: Identidad pampina y configuración de la alteridad social y económica

"Al pobre trabajador
se le explota con usura
sufre penas y amargura
y no escuchan su clamor.
Es víctima del dolor,
del trabajo rudo y fiero,
del crimen del altanero,
que soporta resignado;
con su trabajo forzado
se enriquece el salitrero"⁹⁹.
T.D. Monio

I.1.- Tarapacá en la primera década del siglo XX: cuadro económico y social de la provincia

El despliegue del fenómeno social de la violencia en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX, debe entenderse en Tarapacá a partir de un escenario de amplias transformaciones en lo económico que irradiaron, por su parte, una serie de cambios en el ámbito social¹⁰⁰. Todo lo anterior, reforzado por el contexto de la guerra que —luego de su ocaso—, refuerza las nuevas lógicas capitalistas en la minería del salitre¹⁰¹. Este nuevo sistema se implantó de manera notable en la organización del capital y la interacción con el mercado mundial a través de la formación de compañías y la relación con redes bancarias¹⁰². Sin embargo, la explotación propiamente tal continuó conservando la mayoría de sus rasgos tradicionales aunque nominalmente se hable del carácter capitalista de éstas.

⁹⁹ El Pueblo, 19 de Octubre de 1905

¹⁰⁰ Ver Muñoz, O. (1977). *Op. cit.*; Ramírez Necochea, H. (2007). *Op. cit.*, pp.317-345; Bahamonde, M. (1973). *Pampinos y salitreros*. Santiago, Chile: Quimantú.

¹⁰¹ Consultar Bermúdez, O. (1984). *Historia del salitre. Desde la Guerra del Pacífico hasta la Revolución de 1891*. Santiago, Chile: Ediciones Pampa Desnuda; Blakemore, H. (1977). *Gobierno chileno y salitre inglés 1886-1896: Balmaceda y North*. Santiago, Chile: Editorial Andrés Bello.

¹⁰² Revisar Bermúdez, O. (1987). *Breve historia del salitre. Síntesis histórica desde sus orígenes hasta mediados del siglo XX*. Santiago, Chile: Ediciones Pampa Desnuda; Cariola, C. y Sunkel, O. (1982). *Un siglo de historia económica en Chile 1830-1930. Dos ensayos y una bibliografía*. Madrid, España: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana; Reyes Navarro, E. (1994). *Salitre de Chile: apertura, inversión y mercado mundial*. Santiago, Chile: Universidad Católica Blas Caña, Dirección de Investigación

La circulación monetaria allí desarrollada, la división del trabajo, así como la pervivencia de determinadas formas culturales al interior de los campamentos, nos manifiestan —en la práctica— relaciones que no se ajustan dentro de los márgenes de lo estrictamente capitalista e industrial¹⁰³.

Acerca de esto, Oscar Bermúdez nos advierte que el gran desarrollo experimentado por la industria del salitre a partir de la década de 1880 no debe evaluarse sólo desde la perspectiva de la inversión de capitales, pues si bien el aspecto financiero fue fundamental para desplegar la actividad, se requirieron además procedimientos favorables a las nuevas demandas de producción¹⁰⁴. Lo anterior explicaría la incorporación generalizada del sistema Shanks durante el primer período del ciclo de expansión, una innovación que de todas formas no consiguió subsanar la totalidad de los inconvenientes en la elaboración del nitrato, marcando la "incapacidad de mantener un ritmo sostenido de crecimiento y modernización"¹⁰⁵. Un estancamiento y ausencia de flexibilidad en la industria que para Pinto y Ortega se explicaría principalmente por el monopolio productivo imperante, pues "sometidos a una demanda mundial siempre fluctuante e inestable, los productores de salitre optaron sistemáticamente por refugiarse en acuerdos restrictivos de la producción antes que por seguir modernizando sus equipos e incrementando su productividad"¹⁰⁶.

Sin embargo, a pesar de las dificultades que a la postre implicarían estas deficiencias en la técnica, el ciclo salitrero se caracterizará fundamentalmente por "la inserción de la economía chilena en el capitalismo internacional a través de las exportaciones de salitre, y por un desarrollo institucional, económico y social de sus sectores internos", produciendo importantes incrementos en términos de rentas fiscales e inversiones en materia de conectividad e infraestructura¹⁰⁷. Al respecto, Cariola y Sunkel señalan que la excepcional expansión de la actividad salitrera luego de la Guerra del Pacífico implicó "un extraordinario aumento de la actividad productiva en esa región desértica, un notable aumento de la ocupación, la masa asalariada y la población, la

¹⁰³González Miranda, S. (2002b). *Op. cit.*, p.88; Revisar además, Pinto Vallejos, J. y Ortega, L. (1990). *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado (Chile 1850-1914)*. Santiago, Chile: Universidad de Santiago de Chile

¹⁰⁴ Bermúdez, Oscar.(1987). *Op. cit.*, p.33

¹⁰⁵ Pinto, J., y Ortega, L. (1990). *Op. cit.*, p.45

¹⁰⁶ *Ídem*

¹⁰⁷ Ver Muñoz, O. (1977). *Op. cit.*, p.6; Revisar además Reyes Navarro, E. (1994).*Op. cit.*

creación de una amplia infraestructura urbana y de transportes, y la generación de un volumen muy importante de ingresos públicos y privados, nacionales y extranjeros"¹⁰⁸.

Como es posible atisbar, más allá de las repercusiones en la estructura económica y productiva de la región de Tarapacá y el resto del país, el ciclo de expansión del salitre también tuvo su correlato en materia social. La debilidad del sistema productivo requirió de un tipo de explotación que hizo uso extensivo de la mano de obra, razón por la que la captación de operarios a través del sistema de enganche constituyó uno de los rasgos fundamentales de una industria en cuyas faenas no prosperó la tecnificación. En esta línea, Pinto y Ortega destacan que el salario fue un instrumento eficaz de reclutamiento y el elemento que le permitió a la industria superar las limitaciones geográficas del medio, además de permitir la movilidad de acuerdo a los períodos de expansión y recesión¹⁰⁹. De este modo, la zona del salitre logró atraer a una importante cantidad de población, emergiendo un fenómeno demográfico de proporciones.

Se da inicio entonces, a la proletarización de los trabajadores del salitre, quienes se dividieron en dos formas diferenciadas de faenas. La primera tenía lugar en la pampa, de donde se extraía el caliche y predominaba el trabajo manual, mientras que la segunda se daba en la planta elaboradora, en donde se refinaba el caliche y prevalecía la mecanización y especialización de labores. De todas formas, el cuadro general era uniforme, "las habitaciones, especialmente en las oficinas más antiguas, eran chozas miserables; el pago de los salarios se hacía generalmente por medio de fichas, y el suministro de los víveres estaba monopolizado por las compañías mediante su venta en las pulperías"¹¹⁰.

Acerca del pampino como sujeto histórico, es preciso ubicarlo en un proceso económico de gran envergadura, que delimitaría sus contornos a partir de la segunda mitad del siglo XIX, espacio de tiempo en que se producía "la avalancha peonal" o las grandes migraciones hacia el Norte Grande¹¹¹. En consecuencia, el pampino —en cuanto trabajador

¹⁰⁸ Cariola, C., y Sunkel, O. (1982). *Op. cit.*, p.88. Una posición distinta tiene al respecto Manuel Fernández Canque, quien cuestiona la capacidad del ciclo salitrero de influir en el resto de la economía chilena, sosteniendo que la industria del nitrato se comportó a lo largo de su desarrollo, fundamentalmente como un enclave económico. Ver Fernández Canque, M. (1981). "El enclave salitrero y la economía chilena, 1880-1914". *Nueva Historia*, 3, 2-36

¹⁰⁹ Pinto, J. y Ortega, L. (1990). *Op. cit.*, p.67

¹¹⁰ Bermúdez, O. (1987). *Op. cit.*, p.40

¹¹¹ Ver Pinto Vallejos, J. (2012). "Cortar raíces, criar fama: el peonaje chileno en la fase inicial del ciclo salitrero (1850-1879). En Pinto Vallejos, J. *Op. cit.*, pp. 55-83

del salitre—, no fue oriundo del desierto, sino que debió trasladarse a él, aventurándose en un nuevo escenario geográfico-social. Por esta razón, la gestación del pampino y su identidad estuvieron marcadas por el desarraigo, pues no se llegó al desierto desprovisto de los elementos culturales socializados en el lugar de procedencia¹¹². Al respecto, Sergio González ha enfatizado en la persistencia de las diversas identidades locales, así como en la importante presencia indígena, calificando a la región salitrera como una zona pluriétnica y plurinacional¹¹³.

Subsiguientemente, los aprendizajes sociales y culturales ejecutados por el sujeto popular, desencadenaron una progresiva asimilación de las nuevas condiciones laborales implantadas por la industria del salitre, integrándose paralelamente la pampa como un espacio de connotaciones geográficas e identitarias¹¹⁴. El desierto obligó entonces, a reflexionar y a descifrar el entorno, lo que desembocó en la conceptualización de la pampa y de una identidad vinculada a ella. De esta forma, el sincretismo cultural y la comprensión del desierto como espacio vital forjaron esta primera dimensión del pampino: "venidos de los más variados rincones de Chile, Bolivia, noroeste argentino, sur peruano, etc., trajeron sus formas de vida, sus costumbres, sus lenguas, sus esperanzas de retorno, y terminaron creando un espacio nuevo y propio; construyeron un conjunto de valores y normas consuetudinarias de comportamiento y saberes (*ethos*) y una fidelidad y un sentimiento a esos valores y normas (*pathos*)"¹¹⁵.

En este escenario social, los indígenas conformaron por lo general una dimensión oculta detrás de alguna clasificación nacional o de clase, emergiendo de forma conflictiva y paradigmática en la figura del obrero indígena boliviano¹¹⁶. De manera que, el carácter inclusivo de la identidad pampina modelado por la migración internacional e intercultural, no implicó una homogeneización cultural ni estuvo exenta de hostilidades. Situación ilustrada en los campamentos salitreros, los que hicieron eco de la diversidad humana llegada a las faenas y separó a los obreros de acuerdo a su procedencia y condición.

¹¹² Revisar González Miranda, S. (2003b). *Op. cit.*, p.154; González Miranda, S. (2004b). *Op. cit.* pp. 1-3

¹¹³ González Miranda, S. (1998). *Op. cit.*, p.40

¹¹⁴ González Miranda, S. (2004b). *Op. cit.*, pp. 5-6

¹¹⁵ González Miranda, S. (2002b). *Op. cit.*, p.32

¹¹⁶ *Íbidem*, p. 43

En este sentido, más allá de la comprensión e incorporación de la pampa al sujeto, lo cierto es que el salitre como labor y la clase como condición no podían quedar fuera de este conjunto identitario. De modo que, el trabajo asalariado, el régimen y disciplina laboral así como la congregación en campamentos, transformarían la identidad en un doble sentido: primero, hacia una identificación obrera a través de la organización social y, segundo, hacia un sentimiento nacional. Siguiendo a Julio Pinto, observamos que en una “tensión permanente entre cambio y permanencia, el mundo popular pampino fue entrelazando sus antiguas culturas y sus nuevas experiencias en un tejido que, a final de cuentas, constituyó el contenido mismo de la identidad pampina: híbrido de tradición y modernidad, de peonaje y proletariado, de patria y clase, de lo local y lo cosmopolita”¹¹⁷. En suma, la reconfiguración de las identidades populares que supuso la implantación del capitalismo en el mundo del salitre, así como los encuentros y enfrentamientos entre grupos de diversas nacionalidades durante la segunda mitad del siglo XIX, bosquejaron en parte el escenario para la decantación de la identidad pampina, jugando en este proceso un rol significativo la simultaneidad del sentimiento nacional y la adscripción de clase¹¹⁸. Asimismo, el desarrollo de los acontecimientos conllevará el afianzamiento de una identidad obrera que se evidenciará en la construcción discursiva y en el despliegue de una cultura ilustrada¹¹⁹.

Sin lograr suprimir las sociabilidades de carácter peonal, este período fue otorgando un espacio a nuevas realidades como la filarmónica, la mutual y la huelga, conformando una época en donde la pampa salitrera paulatinamente dejará de ser remecida por las explosiones de inusitada violencia peonal¹²⁰. Así, una vez que las confrontaciones directas cedieron paso a una lucha que adoptaba como nuevas herramientas la conceptualización de un espacio y un rol dentro de él, es el momento en que irrumpen también con fuerza las representaciones sobre sí mismos y los otros. En este contexto, la expresión escrita de

¹¹⁷ Pinto Vallejos, J. (2012). *Op. cit.*, p.315

¹¹⁸ Sobre a la reconfiguración de las identidades populares, ver Pinto Vallejos, J. (2012). *Op. cit.*; Respecto al conflicto entre nacionalidades en la pampa salitrera, revisar Osorio, C. (2001). "Chilenos, peruanos y bolivianos en la pampa: 1860-1880 ¿Un conflicto entre nacionalidades?". *Historia*, 34, 117-166; Sobre el papel del nacionalismo y el clasismo en la identidad pampina, considerar Pinto Vallejos, J., Valdivia, V. y Artaza, P. (2003). *Op. cit.*

¹¹⁹ Respecto a los discursos de clase, revisar Pinto Vallejos, J. (2007). *Op. cit.* y para un análisis de la cultura obrera ilustrada, ver Devés, E. (1991). *Op. cit.*

¹²⁰ Acerca de las primera luchas y organizaciones obreras, revisar: Ortiz Letelier, F. (2005). *Op. cit.*; Grez Toso, S. (2007). *Op. cit.*; Para el caso concreto del Norte Grande, ver: Recabarren, F. (1954). *Op. cit.*

raigambre popular no constituyó únicamente una vía de canalización social frente a los contenidos de violencia presentes en el diario vivir, sino que además emergió como un canal de flujos de información e identidades culturales que confirman una dinamización del mundo del salitre hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX¹²¹.

En relación a esto, los petitorios, periódicos y memoriales obreros constituyeron un punto clave en la mudanza hacia una concientización de la población popular, lo anterior en detrimento del acostumbrado ejercicio de la violencia directa contra empleados y administradores¹²². Esta fase del movimiento obrero significó, de todos modos, la actuación del obrero ilustrado, quien tuvo a cargo la redacción de prensa y la preocupación por la cultura y educación de los pampinos¹²³. No obstante, los diversos artículos, cartas y editoriales publicados en los periódicos de raigambre popular deben entenderse también al interior de un discurso que no es únicamente obrero, sino además pampino¹²⁴.

A la producción ideológica le siguió una abundante creación literaria, que vino a trasvasar tanto los contenidos de la experiencia laboral como los de la vida cotidiana, logrando hacer confluir la mixtura de identidades yuxtapuestas y expresando —desde la subjetividad— las aprehensiones y sentimientos frente a la realidad. Sin embargo, es preciso consignar que no siempre es posible separar la realidad de sus representaciones, puesto que éstas no son simples productos de un contexto social determinado, sino que contribuyen a su construcción a través de la circulación de imágenes, tradiciones y contenidos simbólicos. La extensa producción textual de la época fue depositaria no sólo de una interpretación de la realidad social, igualmente fue capaz de vehicular ideas e identidades que influyeron y modificaron esa misma realidad.

¹²¹ Revisar Illanes, M. A. (1998). *Op. cit.*; González Miranda, S., Illanes, M.A., y Moulian, L. (1998). *Op. cit.*; Bravo, P. (1986). *Op. cit.*; González Miranda, S. (2003a). *Op. cit.*

¹²² Revisar Fernández Canque, M. (1988). *Op. cit.*; Reyes Navarro, E. (1973). *Op. cit.* y también González Miranda, S. (1987a). "La cosmovisión obrera en los memoriales de 1904: el caso del obrero-particular salitrero". *Revista Camanchaca*, 5, 25-30

¹²³ Ver González Miranda, S. (2008). *Op. cit.*

¹²⁴ Revisar González Miranda, S. (1998). *Op. cit.*; González Miranda, S. (2003b). *Op. cit.*

I.2.- Dimensiones discursivas de la violencia directa y estructural

Pese a constituir dos dimensiones diferenciadas de violencia, hemos decidido hacer el análisis de forma conjunta, apelando a la constatación de una presencia transversal y entrelazada, tanto de su forma directa como de su vertiente estructural. En este sentido, la división temática de la violencia —en lugar de su fraccionamiento por niveles— nos permitirá develar con mayor claridad la conformación de esas alteridades que se traslucieron a partir de los diversos conflictos económicos y sociales verificados en la pampa salitrera.

I.2.a.- Escenas del Salitre: las asperezas de la vida en la pampa

Partiendo de la mirada de quien se aventuraba temporalmente por el desierto de Atacama, éste no podía dejar de representar un afuera inerte, en donde el modo de vida se convertía en lo único susceptible de ser relatado. La pampa no ofrecía "campo para que un viajero saque partido con sus apuntes, y presente capítulos literarios. No hay vegetación, que es lo que un cronista puede aprovechar para una narración florida; no hay novedad y cambios de paisaje, para que un escritor pueda colorear un cuadro descrito con la pluma; ni siquiera existe variedad alguna en los caseríos, llamados oficinas, donde moran tantos millares de hombres con sus familias"¹²⁵. Desde esta perspectiva foránea, la crónica pampina emergía como una descripción carente de todo contenido poético, debido a la adversidad y monotonía del entorno, el que era definido en términos de un "eterno desierto con sus montoncitos de tierras, sus arenales, los salares y las continuas laderas más altas o más bajas, que cansan inmediatamente al más empecinado turista"¹²⁶. Nada destacable se atribuía a la geografía pampina, mientras se insistía en que únicamente la necesidad económica justificaba el tránsito por esas pampas desnudas¹²⁷.

¹²⁵ El Pueblo, 23 de Diciembre de 1899

¹²⁶ El Pueblo, 14 de Julio de 1900

¹²⁷ Acerca de las impresiones de los "recién llegados", de los inmigrantes, Sergio González nos señala que "ellos debieron acostumbrar sus ojos, familiarizados a otros paisajes, a los colores del desierto, comenzaron viendo sólo grises, para terminar reconociendo y disfrutando de violetas, anaranjados, amarillos, rojos intensos, el blanco del caliche. Incluso supieron la hora de los colores en los cerros. Agudizaron el oído para escuchar el silencio de la pampa, identificaron los

Una colaboración remitida desde la Oficina Tres Marías y titulada "Los de arriba y los de abajo", describía la pampa como la "tierra del salitre y del yodo, del tamarugo y las libras esterlinas", presentando un cuadro ambivalente en donde la vida áspera sólo corría para un determinado sector. De este modo, para los de arriba, la pampa era una tierra de promisión y fortuna, mientras que para los de abajo, era una tierra maldita de esclavitud, en donde algunos rasgos característicos de la naturaleza pampina, mostraban una especial analogía con la condiciones de vida de los trabajadores del salitre:

En verdad que es curiosa la tierra de los tamarugos!

Un tamarugo! he aquí la única y burlesca manifestación de vida vegetal en medio de la espantosa aridez de la pampa!

Da una risa triste, hija de penosa impresión, contemplar uno de esos miserables arbolillos, creciendo sucios y débiles, aislados y abatidos, semejantes a esqueletos en pena, envueltos en el amarillento sudario del polvo salado del desierto!

¡Pobre pampino! esa es tu imagen; desconsoladora y triste, por cierto, pero exacta!

¡Qué desconsoladoras antítesis presentan los múltiples panoramas de la Gran Naturaleza!

[...] estáis olvidados de vuestro gobierno, como los escuálidos tamarugos están olvidados de las nubes del cielo.¹²⁸

Progresivamente, la pampa —como espacio geográfico y como albergue de la vida social y laboral— fue adquiriendo connotaciones conflictivas, siendo recurrente una conceptualización trágica de ésta, en donde los mismos elementos de la naturaleza se volvían una y otra vez contra el trabajador¹²⁹. Desde esta visión fatalista, los eventos climáticos de la pampa eran representados como un obstáculo más dentro de la pesada vida de las faenas salitreras, señalándose al respecto que como contraparte de la fría camanchaca de las mañanas y "por ley de compensaciones, al mediodía se disipan los nublados, y entonces ¡Vive Dios! deja ver su rubicunda faz el padre Febo y empieza a lanzarnos una

perfiles de la cordillera y de los ripios al atardecer y al alba. Conocieron el desierto con todos los sentidos, caminándolo, hasta incorporarlo a sus percepciones, sentimientos, mentalidad e identidad: fue el proceso de la transformación cultural en «pampino». González Miranda, S. (2007a). "El mundo de las casas de lata. La vida en la pampa salitrera". En Sagrado, R. y Gazmuri, C. *Historia de la vida privada en Chile. Tomo II: El Chile moderno de 1849 a 1925*. Santiago, Chile: Taurus, p.188

¹²⁸ El Pueblo, 14 de julio de 1900

¹²⁹ Mario Bahamonde nos menciona que el pampino "sentía su destino como una sujeción fatal, es decir, inevitable a la tierra", expresando de diversas maneras la "relación inalterable de su destino con el paisaje". En Bahamonde, M. (1973). *Op. cit.*, p.56

andanada de sus saetas inflamadas, capaces de sacar de quicio al mismo Lucifer"¹³⁰. Sin embargo, pronto se abrían fuertes vientos que amainaban el calor de un sol abrasador y que hicieron de la pampa merecedora del apelativo "La Siberia Caliente", designación que se manifestó frecuentemente y que —en lo fundamental— consideró los siguientes aspectos:

Pampas interminables, talares de una aridez desesperante, sin vestigio de vegetaciones, salvo uno que otro tamarugo perdido en aquellas soledades de una monotonía interminable.

Un calor sofocante, el aire siempre caliente, un sol que reverbera sobre la superficie salitrera sin la menor evaporación que pueda atemperar aquella atmósfera abrumadora, que seca las fauces y convida constantemente a beber agua donde no existe una sola vertiente que pueda apagar la sed.

Y sin embargo, bajo corteza rugosa, dura como argamasa de cemento, se encuentra el codiciado caliche [...]

Y allí van los deportados del trabajo, seducidos por los falsos mirajes del desierto tras la ansiada fortuna, persiguiendo un mejoramiento de condición que nunca llega, hasta que pagan tributo a las penalidades y agotan su vida bajo aquel clima mortal [...]¹³¹

Observamos la representación de un escenario climático y laboral de connotaciones violentas, en donde la riguridad del espacio convertía a los operarios en deportados de la miseria, pues en semejanza con la Siberia rusa, a los rigores del ambiente se sumaban las dificultades para escapar de esa realidad. Frente a la necesidad de trabajar en ese medio agreste, únicamente para suplir las necesidades de subsistencia, las labores fueron interpretadas como una condena a trabajo forzado, en tanto que los salitreros se presentaban en la "Siberia chilena" más despiadados que los zares. Intentando expresar una atmósfera similar, un ex pampino manifestaba que luego de años de rudo batallar y regar con el sudor de su frente las áridas pampas del Tamarugal, dejaba la barreta para alzar "la pluma cual espada vengadora", señalando al respecto que tal "nos lo describe el inmortal Dante en el primer canto su terrible infierno, Tarapacá es un facsímil de aquel antro de sempiterno dolor, donde con pavor se oyen y se ven en todas las manifestaciones del sentimiento humano, llantos y carcajadas, plegarias y blasfemias, imprecaciones y juramentos"¹³². El sol calcinaba y ponía en "combustión" a esa pampa desnuda y seca, insoportablemente

¹³⁰ El Pueblo, 2 de Abril de 1903

¹³¹ El Trabajo, 30 de Abril de 1904

¹³² El Pueblo, 20 de Diciembre de 1904

ardiente de día e insufrible de noche a causa del "frío glacial". El desierto amparaba, de esta forma, un mar de inconvenientes y contribuía con su carga en los pesares del pampino:

Escondidos en los repliegues del inmenso e inclemente desierto, haciendo vida de desterrados, están los operarios de las salitreras, los que arrancan a la madre tierra pedazos de sus entrañas, para convertirlos en sacos de blanco y niveo salitre, que parte para Europa, a fertilizar los campos anémicos del viejo mundo.

En las oficinas, verdaderas cárceles, trabajan miles de hombres, desde el alba hasta el crepúsculo vespertino, sin saborear los goces y diversiones morales de las ciudades, como los desterrados de la Siberia.

Después de la ruda labor del día, en la Pampa, bajo un sol que tuesta la piel; en la máquina o en el fondo de los cachuchos, con una temperatura infernal, que hace brotar torrentes de sudor; en los carros y en las diversas faenas, teniendo a cada momento la vida en peligro, llega la noche, y las tinieblas invaden los campamentos, nombre con que se designa el hacinamiento de cuartuchos, pequeños y malsanos, que constituyen las habitaciones de los trabajadores¹³³.

De las líneas precedentes podemos vislumbrar en qué medida las inclemencias del clima y el espacio físico incrementaron —alegóricamente en el discurso— el contenido de violencia implícito en las crudas labores del salitre. Sin embargo, desde esta misma tribuna, observamos también cómo la violencia capitalista subrepticamente fustigaba la intrincada relación del trabajador con la pampa, creando una situación marcada por la explotación indiscriminada y la consecuente enajenación que esto producía respecto al desierto. Es la transformación de la pampa en una zona de abusos, la razón que la hace emerger como un referente identitario, pasando de ser un mero emplazamiento pasivo, a convertirse en un escenario de acción y en una fuente de estímulo¹³⁴. La pampa azotaba con sus asperezas pero al mismo tiempo era asolada por la actividad salitrera, circunstancia que permitió un punto de identificación entre el pampino y el desierto¹³⁵.

¹³³ El Pueblo, 21 de Octubre de 1905

¹³⁴ Las costumbres de origen se harían inútiles y el pampino se vería compelido a interpretar desde otras claves comprensivas, por lo que en este complejo proceso de disolución de la cultura de origen, la creación de un lenguaje para nombrar así como también la acción de habitar y trabajar en el desierto cristalizaron —luego de un proceso de asimilación mutua, en una identidad que no es en absoluto restringida a la condición obrera. Al respecto, ver González Miranda, S. (2003a). *Op. cit.*, p.58

¹³⁵ En torno a la desilusión de los "enganchados", Mario Bahamonde nos señala que "la fantasía se desmoronaba con el tremendo frío de la noche o con los chorros de fuego del mediodía. Sin embargo, tenían que quedarse y se quedaron hasta convertirse en pampinos. [...] Y el carácter del pampino fluctúa entre una manera especial de mirar su propia existencia con algo de escepticismo y un trago de fatalidad. Bahamonde, M. (1973). *Op. cit.*, p.57. Asimismo, Sergio González nos advierte de "esos hombres y mujeres que llegaron a ese desierto con los ojos llenos de esperanza verde y encontraron un mundo distinto, único, donde el sentimiento de la primera impresión era devolverse sobre lo andado, pero había sido tan

Ahora bien, en torno al contexto de las oficinas, la tónica del discurso fue describir la precariedad del espacio destinado para la residencia de los trabajadores pampinos y sus familias, destacando el evidente estado de insalubridad que afectaba a la mayoría de los campamentos¹³⁶. En esta línea, desde fechas tempranas, los periódicos obreros publicaron reclamos respecto al punible desaseo que predominaba en estos recintos, e instaban a los administradores a que asearan los campamentos para "hacer siquiera algo más soportable la vida del pobre trabajador"¹³⁷. Dentro de este escenario, los diversos remitidos provenientes desde el interior de la pampa, manifestaban gran preocupación por los sobresalientes montículos de basuras y las insoportables emanaciones derivadas, haciendo hincapié en el "feo y nauseabundo aspecto" que configuraban los barriales formados con las aguas servidas y los peligros que éstos acarrearaban para la salud de los habitantes. Para enfatizar en el repugnante estado de las oficinas, se hacía uso de distintos recursos discursivos que las describían como "campamentos de chanchos", en donde se arrojaban "aguas podridas, sapos y culebras", aduciendo que por todas partes se encontraban "zunchos, latas, alambres, y demás objetos por el estilo, además de las cloacas inmundas". De este modo, se advertía que las malas condiciones higiénicas sumadas a la carencia de hospitales y médicos, constituían una amenaza permanente sobre los trabajadores, además de presentar un deprimente panorama para éstos.

Respecto al ámbito material, se recalca la estrechez y falta de ventilación de habitaciones que, en algunas oficinas constituían "verdaderas cuevas", calientes como hornos y carentes de toda higiene, tanto que era "de admirarse cómo puede vivir la gente"¹³⁸. Frente a la necesidad de habilitar más piezas, se procedía con total improvisación constructiva, "concretando a clavar unas cuantas tablas y a colgar algunos sacos, dividiendo los cuartos y hacer dos de uno, con sólo unos trapos sucios de división", transformando el lugar en un "indecente gallinero", en una "saquería de muy mal gusto", que fuera de la

largo lo caminado, navegado o cabalgado, para llegar a las salitreras, que les templó el alma y el cuerpo. Almas y cuerpos que terminarán por curtirse bajo el sol de la pampa en el trabajo en las calicheras. González Miranda, S. (2007a). *Op. cit.*, pp. 187-188

¹³⁶ Acerca del problema de la vivienda, revisar Ortiz Letelier, F. (2005). *Op. cit.*, pp.105-108. Para el caso concreto del Norte Grande, considerar Fernández Canque, M. (1988). *Op. cit.*, pp. 21-23 y Recabarren, F. (1954). *Op. cit.*, pp. 66-68

¹³⁷ El Pueblo, 2 de Febrero de 1901

¹³⁸ El Pueblo, 19 de Febrero de 1900

imprevisión, denotaba el hacinamiento de que eran objeto los pampinos¹³⁹. Posteriormente, se continuará recalando en la utilización de sacos como un síntoma de pobreza y descuido patronal, afirmándose que en algunas oficinas "casi todas las habitaciones, son de sacos sucios y negros, llenos de telarañas"¹⁴⁰, una situación que no se había modificado sustancialmente para el segundo lustro de 1900, pues se reiteraba que las viviendas no pasaban de ser inmundas pocilgas y que, en determinados campamentos, "las habitaciones de los obreros son hechas de sacos viejos y completamente insalubres"¹⁴¹.

En este sentido, se consideraba que por regla general los campamentos para la gente trabajadora conformaban establecimientos perjudiciales para su salud, considerándose que algunos eran definitivamente inhabitables. Asimismo, se aseguraba que era de conocimiento público que "los cuartos son hechos con la mayor economía y sencillez de manera que se vive en una casi promiscuidad inmoral". Presentadas así las cosas, los obreros no albergaban esperanza alguna en la visita de delegados —comisionados para informar sobre las condiciones de las habitaciones obreras—, pues los salitreros no harían más que "arrojar algunos techos sucios", mejorando relativamente los campamentos y "haciendo aparentemente habitables las pocilgas"¹⁴².

Por su parte, los edificios de la administración emergían como un insulto constante frente a las tristes viviendas de calamina o de costras, agregándose en torno a éstas, que las "primeras, en las noches nos hacen temblar de frío, y en el día nos hacen sudar de calor; las segundas son verdaderos criaderos de ratas, arañas y sabandijas", siendo ambas completamente contrarias a la salud"¹⁴³. Por consiguiente, el ambiente poco acogedor que caracterizaba a las moradas obreras no invitaba a su ocupación, explicando en parte la alta

¹³⁹ El Pueblo, 14 de Agosto de 1902

¹⁴⁰ El Pueblo, 12 de Enero de 1904

¹⁴¹ El Pueblo Obrero, 7 de Mayo de 1908

Apreciaciones compartidas por Semper y Michels, quienes exponían que "las habitaciones proporcionadas las oficinas más antiguas eran miserables chozas, hechas con sacos usados, trozos de fierro acanalado i pedazos de costra amontonados.

Las oficinas más recientes tienen verdaderos campamentos con calles anchas i estensas viviendas, hechas con fierro acanalado o casas con muralla de costra.

A los obreros obreros casados se les proporcionan dos piezas, mientras que los solteros suelen vivir varios en una sola.

El arreglo interior es muy descuidado i sucio, por lo jeneral; porque la mayor parte de los trabajadores aprecian poco la comodidad i la hijiene domésticas i se llevan con frecuencia vagando de una oficina a otra con su reducido equipaje a cuestras." Semper, E. y Michels, E. (1908). *La industria del salitre en Chile*. Santiago, Chile: Imprenta Barcelona, p.103

¹⁴² El Trabajo, 28 de de Marzo de 1908

¹⁴³ El Trabajo, 23 de mayo de 1903

conurrencia de los operarios a las tabernas, pues "su casa y tal nombre merece su choza le disgusta"¹⁴⁴. Las poblaciones mantenidas por los salitreros, con calles estrechas convertidas en barriales y un ambiente malsano, en donde las habitaciones eran verdaderos tugurios, generaban un escenario perturbado por la miseria. Un cuadro cuya violencia se hacía más patente al contrastar con las habitaciones pulcras y elegantes de la administración, en donde dominaban los rostros alegres de la opulencia, sentenciándose al respecto: "Así es la vida. Mientras los de arriba ríen, los de abajo lloran"¹⁴⁵.

Ese ejercicio comparativo constituyó un recurso discursivo que permitió revelar el marco de desigualdades que contextualizaban la propia pobreza. De este modo, es posible constatar que la falta de abrigo, en un sentido literal de necesidades materiales, pero también en otro más metafórico relativo a la amparo moral de los trabajadores, se experimentó como una violenta exterioridad que inundaba la cotidianidad del trabajador pampino, mediante la cruda y constante presencia de la miseria. No obstante, es preciso enfatizar que su vivencia y asimilación estuvo, en gran medida, condicionada por el juego de contrastes que sugería la misma proximidad. Acerca de esto, los periódicos obreros resaltaban continuamente cómo al lado de "los sucios y miserables campamentos se alzan soberbias las suntuosas administraciones y sus anexos", subrayando además cómo "en medio de tantos sentimientos despedazados por los infortunios de la vida y los rigores de pasados trabajos surgen las alegrías, las altaneras insolencias de los que expolian, de los que hacen gala, lujo, derroche de ser amos y señores". Fue pues la constatación de la riqueza y poder del otro, la que develó con claridad las propias carencias. La otredad personificada en los salitreros, administradores y demás empleados, violentaba "desde afuera" por medio de una opulenta existencia, haciendo cuestionar "desde adentro" las propias necesidades y la negación que el sistema social ejercía en su satisfacción.

Lo anterior se manifestaba en un estado anímico inundado por la desesperanza y la frustración, pues todo se mostraba ennegrecido ante la vista de los obreros: "De día, el trabajo rudo, matador, a pleno sol africano, o en las ollas caldeadas de los cachuchos,

¹⁴⁴ El Trabajo, 23 de Abril de 1904

¹⁴⁵ El Pueblo, 31 de Agosto de 1905

Al respecto, Mario Bahamonde nos señala que "la vida rutinaria en las oficinas, monótonas y sin otro sentido que el trabajo, reducía al mínimo las expectativas de los hombres. Los que vivían en el campamento obrero no podían pasar al rancho de los empleados. Bahamonde, M. (1973). *Op. cit.*, p.56

sudando a mares, laborando como condenados de un infierno; de noche, para unos, siempre el trabajo, y para otros, el descanso, pero no la tregua agradable de las ciudades, sino el reposo salvaje del desierto, en plena obscuridad, en las puertas de las covachas heladas y antihigiénicas del campamento"¹⁴⁶. De esta manera rutinaria transcurría el tiempo para los pampinos, "sin más chispazos de alegrías, en su cielo plomizo" que alguna celebración, en donde desvanecían su esfuerzo para retornar enseguida al triste escenario del salitre:

En esas callejuelas donde siempre está cubierto el ambiente con una nube de polvo sutil, lleno de emanaciones amoniacales, y donde se ven a cada paso los desperdicios y las aguas servidas de cada habitación, se levantan las hileras de casitas de la misma forma y dimensión. Dos piezas para los casados y una para los solteros. Paredes, techos y puertas de calamina, sin una ventana para la renovación del aire y sin más pavimento que el suelo nativo.

La insalubridad de esas habitaciones y de ese campamento se presenta al menos observador.

En la época del estío las paredes y los techos despiden un aliento de fuego asfixiante.

Ahora en el invierno -en estas noches penetrantes- las planchas de zinc dejan ver en el interior el sudor de nieve que atraviesa sus poros.

Para el estío no hay baños con que aplacar el calor. No hay un átomo de vegetación que sature el aire, y éste no se renueva en las habitaciones, ni hay donde aspirarlo más puro.

En el invierno las piezas parecen atravesadas por un millón de astas de hielo. Todas las ropas no son capaces de dar un poco de calor al pobre y desvencijado lecho.

Al influjo de ese ambiente tiene que caer el hombre arrollado por mil enfermedades que destruyen su organismo.¹⁴⁷

En consecuencia, los periódicos se preguntaban: "¿Cuál es la impresión que reciben [los obreros] al penetrar a los campamentos? ¿Es de alegría, de olvido al cansancio físico, a sus hondos dolores espirituales?". La respuesta a estas interrogantes se imponía a través de la abismante realidad, pues las calles constituían unos "hacinamientos de pestilentes basurales", mientras que las viviendas construidas con toscos materiales exhibían un "horrible aspecto". Lo que sumado al "triste espectáculo de mujeres pobremente vestidas, niños sucios, andrajosos y descalzos, animales flacos que circulan por todas partes", configuraban un horizonte desolador que sólo terminaba por "amargar más los sentimientos

¹⁴⁶ El Pueblo, 18 de Enero de 1906

¹⁴⁷ El Pueblo Obrero, 11 de Julio de 1908

de los obreros"¹⁴⁸. De esta forma, la crudeza de los campamentos y la presencia avasalladora del desierto, conformaron paulatinamente una identificación dual ante la pampa, cuyas vertientes hallamos en el insondable sufrimiento que desde sus inicios se había padecido en este lugar, así como en la profunda añoranza que al mismo tiempo sentía por éste.

En suma, hemos hecho hincapié en el carácter mortificante del desierto y las oficinas, para recalcar la conflictividad identitaria que producía el entorno inmediato en este período, sin negar con ello el valor de la sociabilidad en los campamentos y en las labores. Más aún, ambos aspectos se encuentran fuertemente ligados, pues la resistencia, tropiezos y padecimientos, no sólo desencadenaron una progresiva asimilación de las nuevas condiciones laborales y económicas, sino que simultáneamente permitieron asumir la pampa como un espacio de connotaciones sociales y culturales. Al tiempo que emergía la resignación obrera, también brotaban sentimientos de identificación con el desierto, pues del mismo modo en que el salitre contorneaba las cualidades de un oficio, la pampa comenzaba a bosquejar los lineamientos de un ser social¹⁴⁹.

I.2.b.- La muerte de los pampinos: peligros en las faenas del salitre

Durante el período en estudio son manifiestamente frecuentes las crónicas y editoriales dirigidas a informar y generar conciencia en torno a los accidentes laborales ocurridos en el contexto de las faenas salitreras, destacando titulares como "el martirologio obrero" y "la inquisición pampina", todos ellos con un alto contenido trágico¹⁵⁰. No obstante, advertimos que las desgracias del mundo del trabajo no fueron interpretadas como episodios fortuitos, sino más bien como situaciones de carácter evitable, circunstancias que

¹⁴⁸ El Pueblo Obrero, 24 de Julio de 1909

¹⁴⁹ Al respecto, revisar González Miranda, S. (2013). "Del descampado de Atacama a la Sociedad del Salitre. Balance y perspectivas en el estudio del ciclo de expansión del nitrato". En González Miranda, S. (Comp.). *La sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos*. Santiago, Chile: RIL Editores, pp. 23-37

¹⁵⁰ Sobre esto, Bermúdez indica que "la falta de medidas protectoras del trabajo en las calicheras y en las máquinas elaboradoras, determinaba un alto porcentaje de accidentes", mientras que la inexistencia de una legislación laboral determinaba una inestabilidad constante en las faenas. Bermúdez, O. (1987). *Op. cit.*, p.40.

De acuerdo a algunos datos recabados por de Floreal Recabarren, en el año 1903, el Hospital de Iquique albergaba 812 enfermos procedentes de las salitreras, "de los cuales, un 60% provenían de accidentes del trabajo". El número de quemados en los cachuchos —considerando los últimos 10 años—, eran solamente 258, pero aquellos eran los casos más graves, pues la mayoría se curaba en sus casas. Recabarren, F. (1954). *Op. cit.*, p.60

otorgaban a estos hechos una carga ineludible de violencia. Si los pampinos permanecían constantemente con "la vida pendiente de un hilo" no se debía a casualidades de la existencia. A las repetidas desgracias ocurridas en las oficinas salitreras, se les atribuía como principal causal la falta de previsión por parte de administradores y empleados encargados de velar por el funcionamiento de las labores.

De esta manera, ante una "horrible catástrofe" ocurrida en la oficina San Pedro, la prensa obrera se manifestaba por las responsabilidades comprometidas en la muerte de tres operarios y en la "inutilización o sufrimientos de otros siete", cuestionándose al respecto si "¿El culpable será el ingeniero, que no supo cómo se hacía operación tan difícil; el administrador que por ahorrar los operarios, ordenó que se fundieran 150 libras en un sólo día, cuando pudo hacérselo en cuatro o cinco; o son las célebres autoridades de esta provincia, para quienes la vida del pobre trabajador es un grano de arroz?"¹⁵¹. De este modo, la pregunta planteaba la simultaneidad de tres ámbitos de culpabilidad, cuya conjugada inoperancia, había desencadenado funestos resultados. Así, la carencia de vigilancia o la ausencia de criterio fueron los argumentos esgrimidos para sindicar a los oficineros como los responsables inmediatos, sin embargo, las autoridades gubernamentales se transformaron en los responsables últimos, al no fiscalizar ni legislar en favor de la protección de la vida de los obreros¹⁵².

En cualquier caso, la culpa siempre recaía de forma directa e incuestionable sobre los industriales salitreros, a quienes se acusaba de preocuparse sólo "de acaparar dinero y no de mejorar ni remediar en parte siquiera los peligros que a cada paso se encuentran para el trabajador"¹⁵³. Particularmente, se aducía que la excesiva labor incrementaba los riesgos en las faenas, convirtiendo a los operarios en verdaderas máquinas humanas que eran abandonadas y sustituidas frente a cualquier "desperfecto". La explotación exigía una sobrecarga de trabajo que, en el contexto de los cachuchos, significaba mantener las rejas destapadas y atravesar tablones para el desplazamiento de los trabajadores, convirtiéndose esto último en una verdadera trampa mortal "para los infelices que están obligados a hacer

¹⁵¹ El Pueblo, 8 de Febrero de 1902

¹⁵² Una apreciación que, también es recalada por Ortiz Letelier: "La seguridad en el trabajo se desconocía. En el salitre era corriente que ocurrieran accidentes, sin que las autoridades, mucho menos las empresas, adoptaran precauciones especiales para evitarlos". Ortiz Letelier, F. (2005). *Op. cit.*, p.104

¹⁵³ El Pueblo Obrero, 17 de Noviembre de 1906

su tráfico por sobre ellos con precipitación y agilidad, en donde resbalan y caen al fondo hirviente, uno tras otro, sin que el salitrero se inmute de este tétrico desfile"¹⁵⁴.

Al respecto, administradores y empleados argüían que las desgracias que diariamente se producían en los cachuchos se explicaban —casi en su totalidad— por la embriaguez con que se presentaban a trabajar los operarios, hallando incluso referencias sobre versiones de trabajadores que avalaban esta tesis¹⁵⁵. No obstante, los periódicos insistían en imputar cargos a los oficineros por permitir —contra toda sensatez— la presencia de obreros en estado de ebriedad en tan arriesgados escenarios laborales. Más aún, se inculpaba directamente a los jefes de elaboración por su negligencia al consentir gente ebria en la máquina, siendo éste uno de los lugares más expuestos al interior de las faenas¹⁵⁶. En este sentido, una de las más enérgicas y constantes protestas enarboladas por los periódicos obreros, tenía relación precisamente con las caídas en los caldos de caliche hirviendo que prácticamente a diario afectaban a los operarios y que acarreaban terribles quemaduras¹⁵⁷. En ese clima, la caída de un administrador a un cachucho permitió recalcar la total indiferencia con que se actuaba frente a los accidentes protagonizados por obreros y lamentar —además— la poca equidad que la misma suerte demostraba con éstos, pues el caldo salitrero se encontraba frío. Por esa razón, se esperaba que la situación sirviera de lección "para hacer tapan los cachuchos, y no tener que ver diariamente a hombres adeptos para el trabajo, quemados únicamente por la indolencia, la miseria, la injusticia o la infamia de los que nada les importa la vida de los pobres trabajadores chilenos"¹⁵⁸.

Habitualmente, en casi todos los números de la prensa obrera de Iquique, se daba cuenta de un sinnúmero de accidentes laborales que se sucedían "como la nube en el verano, sin dejar rastros en la dirección de los trabajos, porque la muerte de los operarios no da a los salitreros siquiera el trabajo de retirar de la faena a los cuerpos mutilados, pues de ello se encargan los deudos"¹⁵⁹. El encargado de la faena simplemente se comunicaba con el médico de la oficina, quien podía hallarse a más de un día de distancia del lugar, motivo

¹⁵⁴ El Trabajo, 14 de Diciembre de 1904

¹⁵⁵ El Trabajo, 4 de Marzo de 1905

¹⁵⁶ El Pueblo, 15 de Febrero de 1902

¹⁵⁷ De acuerdo a Floreal Recabarren, "fueron los cachuchos, los que más atormentaron la existencia de los trabajadores, provocando muertes o terribles quemaduras de difícil curación". Recabarren, F. (1954). *Op. cit.*, p.57

¹⁵⁸ El Pueblo, 6 de Octubre de 1900

¹⁵⁹ El Trabajo, 8 de Septiembre de 1906

por el que con frecuencia se remitía "a los heridos a Iquique al Hospital, la mayor parte de las veces a sala de caridad, y otras ocasiones los deudos o los compañeros de trabajo los recogen y bajo su amparo y peculio transportan al malogrado al puerto"¹⁶⁰. En determinadas oportunidades la administración de la oficina encabezaba una lista de suscripciones, generalmente con una ínfima suma, mientras que otras veces no sólo no aportaba un centavo, sino que obstaculizaba o derechamente impedía la ayuda que los trabajadores procuraban entregar al afectado o a la viuda.

Las escenas de dolor entonces, no estaban marcadas únicamente por el accidente mismo, sino que acentuadas por la falta de asistencia médica y económica, así como por acciones que pretendían justificar u ocultar las desgracias obreras. Además de recibir atención tardía por parte de los profesionales de la salud designados por la oficina, algunos administradores obstaculizaban el traslado de los accidentados hacia el hospital de Iquique, con el fin de ocultar el incidente, atemorizándolos o incluso culpándolos de algún empeoramiento en el trayecto¹⁶¹. Los administradores también argüían que algunos trabajadores se accidentaban de forma voluntaria para cobrar indemnizaciones¹⁶², mientras que en otros casos, utilizaban los argumentos médicos para aseverar que la muerte de un obrero se explicaba por una enfermedad preexistente y no necesariamente por el accidente¹⁶³.

En torno a esto, el periódico El Trabajo denunciaba —en 1905— que a fuerza de las incesantes demandas judiciales que se estaban iniciando en la pampa, principalmente por malogramientos en los cachuchos, los salitreros estaban apelando a "infinitos medios a cual más absurdo para procurar eliminarse responsabilidades", entre los que destacaba el "colocar carteles en el recinto de los cachuchos, advirtiéndoles que tengan cuidado de no caer al caldo hirviendo, porque la oficina no responderá de accidentes de esa naturaleza"¹⁶⁴. Persistentemente se denunciaba que las oficinas, fuera de burlar las escasas reglamentaciones del trabajo, también intentaban ocultar las desgracias por todos los medios posibles, llegando al extremo de "ofrecer dinero a los deudos de los que fallecen,

¹⁶⁰ El Trabajo, 8 de Septiembre de 1906

¹⁶¹ El Pueblo, 24 de Julio de 1902

¹⁶² El Trabajo, 26 de Julio de 1905

¹⁶³ El Pueblo, 30 de Enero de 1906

¹⁶⁴ El Trabajo, 3 de Junio de 1905

para que se vayan al sur o a Bolivia, a fin de evitar las noticias a la prensa y el juicio que pudieran iniciar"¹⁶⁵.

De este modo, desde muy temprano se denunció la desidia con que se procedía ante la inefable frecuencia de los accidentes laborales en la pampa, llamando la atención — igualmente— respecto a la nula preocupación por averiguar las causas de las explosiones imprevistas de la dinamita y plantear un modo de subsanarlas¹⁶⁶. En relación a esto, unos años más tarde se denunciaba que, "continuamente la crónica pampina se ve llena de noticias de muertes y heridas, causadas por las costras que lanzan los tiros. En tantos años de existencia que tiene la industria salitrera, los señores administradores de oficinas y los representantes del ejecutivo en la pampa, no han podido tomar medidas destinadas a evitar las miles de víctimas que producen los tiros"¹⁶⁷. Por consiguiente, los pampinos comprendían que no existía interés para resolver el problema e idear la manera de hacer más seguro el trabajo. Por el contrario, acusaban que "los capitalistas inventan el modo de obtener salitre más puro, más barato; pero no se preocupan de asegurar la vida de sus operarios. Y si no, que lo digan los cachuchos, que achicharran a la gente, y las calicheras, que siempre se derrumban"¹⁶⁸. De suerte que los trabajadores dilucidaban que se encontraban con la muerte sobre sus cabezas no por fatalidad, sino por la propia voluntad de los oficineros, quienes no exhibían ninguna señal de cuidado en la seguridad de las maquinarias, además de cometer la imprudencia de disponer a individuos inexpertos o de fuerzas insuficientes, factores que en conjunto dejaban en evidencia un triste cuadro:

En las salitreras es ya algo espantoso lo que ocurre.

Los que caen a los cachuchos pueden contarse por centenares mensualmente, y de ellos el 50 por ciento cae para no volver a levantarse, y el resto va a formar el ejército de la mendicidad, de la miseria y del dolor.

Las maquinarias de las oficinas o la pólvora y la dinamita en la pampa, hacen otro número considerable de víctimas inmoladas en homenaje al capital.

Y tanto los muertos como los heridos dejan detrás de sí un reguero de llanto y de miseria que necesita contemplarse de cerca para ser apreciado en todo su desgraciado valor.

¹⁶⁵ El Pueblo Obrero, 20 de Junio de 1908

¹⁶⁶ El Pueblo, 23 de Junio de 1900

¹⁶⁷ El Pueblo, 1 de Febrero de 1902

¹⁶⁸ El Pueblo, 5 de Julio de 1902

Causa horror saber solo el número de víctimas que anualmente produce la pampa salitrera¹⁶⁹.

Las alarmantes cifras de accidentados arrastraban tras de sí dramáticos escenarios de muerte, invalidez y orfandad, frente a los cuales los legisladores y administradores se manifestaban con una simbólica "encogida de hombros". La conformidad con los hechos se alzaba entonces como una insoportable impasibilidad, en donde ni las escenas más devastadoras de sufrimiento eran suficientes para encender las alarmas y apagar la insensibilidad salitrera, pues "en vano ven los oficineros, salir sancochados a los trabajadores; en vano escuchan los lamentos de viudas y huérfanos. Sus corazones son más duros que las rocas que cubren el salitre. No hay dinamita que los ablande"¹⁷⁰. Así, en los años sucesivos se continuaba insistiendo en la inmutable frialdad de los salitreros, quienes al verse exentos de toda obligación de indemnización, no reparaban en el cuantioso números de víctimas, y peor aún, ponían en práctica un nefasto proceder: "Si caen unos, buscan otros. Al que muere se le entierra; al que se enferma se le abandona por inservible"¹⁷¹. De esta manera, la figura del reemplazo en circunstancias de desdicha emergía con una inconmensurable violencia para los trabajadores, puesto que no sólo no había ningún tipo compensación económica por el perjuicio, sino que además eran arrojados a la pampa, cerrando así la inicua explotación capitalista y también cualquier posibilidad de otro horizonte de vida más humano. A tal punto había llegado el clima de indiferencia frente a los desgraciados efectos que conllevaban los accidentes del trabajo, que algunos obreros decidieron acabar con sus vidas buscando escapar de la indigencia a la que les condenaba la invalidez física:

Es indudable de que la desgracia que sufrió Valdés Barahona, y el criminal abandono en que lo dejaron sus patrones, amargó profundamente sus sentimientos. A esto se unió una mayor miseria por no poder trabajar en condiciones de ganar salarios regulares; más la desenfrenada explotación capitalista que se ha desbordado en que ya casi es imposible vivir.

Herido cruelmente, optó por el suicidio; pero la saña capitalista, lo persiguió hasta la tumba...

¹⁶⁹ El Pueblo Obrero, 10 de agosto de 1907

¹⁷⁰ El Pueblo, 8 de Enero de 1903

¹⁷¹ El Pueblo Obrero, 13 de Febrero de 1908

El administrador de la oficina Puntilla de Huara, oficina en que trabajaba el extinto, negó hasta un miserable cajón de ínfima calidad, para sepultura.

Cuando se observan estos casos de crueldad y dureza de sentimientos en los patrones, para con sus infortunados obreros, en verdad que subleva el espíritu contra la inicua e infame explotación capitalista.

Ese obrero se ha suicidado en fuerza de la despiadada explotación que fatalmente, siempre pesó sobre él.

Y así como este caso que comentamos, hay cientos en la pampa¹⁷².

El trabajador en cuestión había sido obligado a ejecutar labores para las cuales no poseía la experiencia adecuada, resultando con la pérdida de sus dos pies y sin ningún tipo de auxilio económico¹⁷³. El suicidio en este caso constituyó un salida drástica frente al desamparo social que experimentaban los discapacitados, pero también fue utilizada por muchos obreros para escapar de la aflictiva situación material y moral que los afectaba, pues "nadie ve una remota idea de descanso, no vislumbra un destello de esperanza, ni divisa el fin de una esclavitud odiosa y de una explotación que no acaba", por lo que ante el peso abrumador de ese calamitoso sistema de vida, algunos operarios buscaban "desprenderse de una existencia desesperante, humillada, miserable, escarnecida, vilipendiada"¹⁷⁴. Todo se mostraba fríamente calculado para que el obrero pereciera en el desierto: "un día la maquinaria mutila feroz a un trabajador, otro día una costra de salitre da una muerte horrible a otros, mientras en los cachuchos se cuecen diariamente una infinidad de víctimas, sin que por todo este cúmulo de atrocidades el gobierno se preocupe de impedir los destrozos de esta verdadera máquina de muerte conocida con el nombre de Pampa del Tamarugal"¹⁷⁵. El contexto mismo de las faenas industriales fue representado a través de un laberinto infernal en donde una compleja composición de engranajes, poleas,

¹⁷² El Pueblo Obrero, 12 de Agosto de 1909

¹⁷³ En este caso, la discapacidad física adquirida por algún accidente puede equipararse al peso de una enfermedad invalidante. Al respecto, Marcos Fernández plantea que la enfermedad se convirtió en una de las causas esgrimidas para la decisión suicida, puesto que, "por sus efectos invalidantes, por la desazón y el dolor que imponía a su cuerpo, por el desprecio que generaba entre sus congéneres, el hombre enfermo se veía a sí mismo como un inválido, como un inútil sufriente, una carga inspiradora tan solo de lástima y compasión". Fernández Labbé, M. (2004). "Ansias de tumba y de la nada: prácticas sociales del suicidio en el mundo pampino. Chile, 1874-1948". En Fernández Labbé, M. (et al.). *Arriba quemando el sol. Estudios de historia social chilena: experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1830-1940)*. Santiago, Chile: LOM Ediciones, p.203

¹⁷⁴ El Trabajo, 14 de Mayo de 1904

En torno a esto, Sergio González nos señala que "el obrero salitrero era un sujeto libre y de ideas avanzadas [...]. Empero, fue también fatalista. La dinamita fue su amiga en sus miedos, ya sea en el famoso «tiro echado o dormido» o como último recurso en sus cuitas de amor. Dinamitarse con un tiro en la cintura fue cosa corriente." González Miranda, S. (2007a). *Op. cit.*, p.206

¹⁷⁵ El Pueblo Obrero, 13 de Febrero de 1908

ruedas, entre otros elementos, transformaban al taller en "ogros mudos y sin responsabilidad"¹⁷⁶ o bien en "verdaderas bocas de monstruos, que devoran sin piedad a los hijos del trabajo"¹⁷⁷. Figuras que en su conjunto buscaron representar la connotación fatídica inherente a las oficinas salitreras.

En este contexto, una de las mayores indignaciones estaba precisamente en el estado de apatía, a través del cual la sociedad se convertía en un testigo pasivo de los accidentes, analizando las cosas desde la superficialidad y sin capacidad de comprender las consecuencias para el hogar pampino: "Un roto menos, dirán los burgueses; una desgracia como cualquiera otra, exclamarán los demás". Perdieran la vida en las maquinarias o quemados en los cachuchos, aplastados por las costras o destrozados por las carretas, la maniobra común era "arrojarlos a la fosa, y santas pascuas", expresión en absoluto aleatoria, pues de este modo se apuntaba a la carga de violencia implícita que existía en todo abandono y en todo intento de desvinculación por parte del capitalista. La omisión se implantaba sobre los hechos y sobre las víctimas, pues nadie se hacía cargo de responsabilidades ni secuelas, "ni los patrones, a cuyo servicio han muerto; ni la justicia, cuyo deber es buscar la responsabilidad que afecta a los capitalistas en las desgracias; ni las autoridades y prensa, que deben trabajar porque se cree una legislación obrera"¹⁷⁸. En efecto, no existía entidad alguna que garantizara algún tipo de reparación a viudas y huérfanos.

Así, mediante diversos recursos discursivos se fue instalando de forma permanente, tanto la indolencia capitalista como el carácter mortífero de las faenas salitreras. Esto es, un contexto adverso en donde el operario caído se convertía sencillamente en uno menos "que los patrones miran con indiferencia, y que muy luego olvidan los mismos compañeros"¹⁷⁹. Acerca de esto, una extensa editorial de El Trabajo exponía que "son tan frecuentes los casos de accidentes en el trabajo de las faenas salitreras, que ya no causa impresión alguna en el público la noticia de una pierna o un brazo quebrado, una cabeza partida o un hombre cocido en el caldo hirviente del salitre". Más aún, a causa de tan persistente contacto con

¹⁷⁶ El Pueblo, 7 de Octubre de 1905

¹⁷⁷ El Pueblo, 18 de Enero de 1906

¹⁷⁸ El Pueblo, 21 de Abril de 1904

¹⁷⁹ El Pueblo, 7 de octubre de 1905

las desgracias, cualquier sentimiento de compasión se hallaba embotado, pues "a fuerza de vernos rodeados de miserias y de los quejidos de las víctimas diarias, que agonizan despedazadas por los elementos de trabajo, implantados en forma inconsulta, el oído se acostumbra a tantas calamidades y, generalmente, el clamor público se pronuncia solo cuando la desgracia asume las proporciones de una catástrofe"¹⁸⁰. Un análisis que también compartía el colega de prensa El Pueblo:

Generalmente, los pampinos, saben que la muerte aletea sobre ellos; ninguno tiene segura la existencia; todos saben que la catástrofe, se produce de un momento a otro, y que ellos, serán las víctimas de la industria del salitre.

Truena un tiro, se elevan las costras y caen, aplastando a los que alcanzan. ¿Un hombre ha muerto? ¡Pobrecito!

Es la exclamación, que se oye alrededor del cadáver. ¡Todos tienen que morir así, y no vale la pena afligirse por una cosa tan común!

¡Cayó uno a un cachucho! ¡Se quemó medio cuerpo! ¡Que le echen un poco de aceite de nieve! ¡Si está muy grave, al Hospital de Iquique!

La más cruel indiferencia, rodea los túmulos de los hijos del trabajo. Los patrones, no sienten esas muertes, porque nada les importa la vida de los operarios; y estos, tampoco las lamentan, porque están acostumbrados a ellas.

¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo! exclaman como Espronceda¹⁸¹.

En consecuencia, el persistente enfrentamiento con los accidentes laborales en el día a día acabó por generar una sensación de normalidad, a partir de la cual la violencia de estos hechos fue débilmente percibida por el mundo popular en la pampa salitrera¹⁸². Sólo la irrupción de acontecimientos de inusitada crudeza lograron perturbar el ambiente, razón por la que el trastorno social se vinculó más con la cualidad que con la cantidad de violencia en sí misma. Se producía entonces un estado de insensibilización, puesto que "cuando las acciones violentas predominan [...] se requiere de dosis cada vez mayores de

¹⁸⁰ El Trabajo, 26 de Julio de 1905

¹⁸¹ El Pueblo, 18 de Enero de 1906

¹⁸² Este fenómeno de acostumbramiento también puede evaluarse, a partir del marco simbólico de una cultura obrera ilustrada que conceptualizó la muerte en términos positivos, mediante la figura del "sacrificio": "La muerte fue un simple accidente, una excepción dentro del progreso o bien fue un sacrificio del dar la vida por la causa. [...] No hay lamento sino protesta, hay que sacarle el último jugo de vida al masacrado, hay que aprovechar hasta su muerte en la lucha política, debe transformarse la injusticia cometida en conciencia de nuevos luchadores." Devés, E. (1991). *Op. cit.*, p.133

La vida se iba en el trabajo, en la lucha diaria por la subsistencia. La muerte se decodificó entonces, a través de un carácter heroico, puesto que "morir en el cepo o en un pique lanzado por los rompehuelgas, palomeado o de un dinamitazo accidental o intencional, cocido en le cachucho hirviendo o por el acero de un corvo, tenía siempre algo de honor." González Miranda, S. (2007a). *Op. cit.*, p.206

violencia para producir algún efecto"¹⁸³. Es decir, existía una especie de acostumbramiento social a la desgracia, que sólo alcanzaba algún grado de alteración cuando los hechos incrementaban su rigor.

I.2.c.- La subyugación pampina: arbitrariedad judicial y excesos policiales

La configuración de la pampa salitrera como un espacio de adversidad también incluyó factores como el ejercicio policial y la administración de justicia en los pueblos y oficinas del interior, destacando ambos aspectos —en particular— como circunstancias determinantes en la percepción general de inequidad social por parte de los trabajadores. En este sentido, la prevalencia de la arbitrariedad policíaca y la falta de garantías judiciales para el sector obrero, extendió los márgenes del conflicto social y determinó que instancias ajenas a la esfera de la acción salitrera emergieran como un apéndice más del poder de los oficineros, perdiendo en este acto el carácter autónomo y mediador que —en teoría— se adjudicaba a la actuación de autoridades, jueces y policías¹⁸⁴. En relación a esto, desde fechas muy tempranas los periódicos obreros se manifestaron en abierta oposición a una serie de irregularidades que rodeaban a los poderes públicos, especialmente al funcionamiento de los juzgados:

Tal vez alguien se preguntará ¿cómo es posible que se cometan tantas barbaridades sin llamar la atención de nuestras autoridades superiores?

Ah! es que nuestras autoridades superiores huyen de estos pueblos de la pampa; es que nuestras autoridades superiores tienen ojos pero no ven, oídos y no oyen; es que nuestras autoridades superiores se hacen desatendidas, y protegen y amparan a los jueces que ellos mismos colocan para que vengan a lucrar con los pobres pampinos. Todos decimos cómo es posible que nuestras autoridades nombren para estos cargos de jueces de Subdelegación, que no son rentados, a personas que no tienen oficio, profesión o industria que les proporcione los medios de subsistencia.

Ah! es que nuestras autoridades, desde algún tiempo a esta parte, han adoptado el sistema de entregar los puestos de jueces de Subdelegación de los pueblos de la pampa para que sean explotados como cualquiera otra industria.

¹⁸³ Corsi, J. y Peyrú, G.(Coords.). (2003). *Op. cit.*, p.60

¹⁸⁴ Acerca de la actitud de los poderes públicos en el problema social y, en particular, sobre el papel de la justicia y la acción judicial en la zona norte, revisar Recabarren, F. (1954). *Op. cit.* pp. 155-161

Estos jueces de Subdelegación sin renta, son una verdadera calamidad, de las más terribles que pueden existir. [...]

Nosotros quisiéramos hacer esta sola pregunta a los señores Jueces Letrados e Intendente de la provincia:

¿Podrán desempeñar fiel y honradamente las funciones de jueces de subdelegación, sin sueldo, individuos sin domicilio ni medios de subsistencia, y que no tienen otro horizonte ni otra ambición: nada más que satisfacer las exigencias de su estómago y las pasiones del juego y de la bebida?

Oh! justicia de nuestra tierra!¹⁸⁵

A través de las palabras precedentes, los trabajadores denunciaban que los funcionarios encargados de fiscalizar y custodiar la estricta observancia de las leyes del país, actuaban con la más desvergonzada parcialidad, haciendo vista gorda de los odiosos procedimientos efectuados en la pampa y amparando un sistema judicial cuyas bases de funcionamiento se encontraban viciadas desde el nombramiento mismo de los jueces¹⁸⁶. De este modo, se acusaba falta de honorabilidad en los medios de financiamiento sostenidos por los individuos designados para esa labor judicial y que no contaban con una fuente de ingresos predeterminada. Las circunstancias dudosas que enmarcaron la investidura de estos funcionarios, además de una práctica judicial indecorosa, les hicieron equiparables al criminal común, con la diferencia sustancial de aquí se trataba de un delito "público, desvergonzado y cínico" a plena luz del día.

Ciertamente la respetabilidad de los jueces de la pampa era altamente cuestionada y se afirmaba que era de conocimiento general que estos empleados del poder judicial eran "rentados o subvencionados por los poderosos de las oficinas a fin de que no se atiende reclamo alguno de los esclavos que ellos creen tener"¹⁸⁷. Más aún, en un texto remitido al Ministro del Interior, los trabajadores de las distintas oficinas salitreras de la pampa del Tamarugal exponían, entre otros abusos, que "no siendo rentados todos los jueces de Subdelegación o de Distrito, que residen en los pueblos cercanos a las oficinas, dichas

¹⁸⁵ El Pueblo, 7 de Febrero de 1900

¹⁸⁶ En torno a la acción de las agencias estatales en el proceso de construcción nacional chileno, particularmente la aplicación de justicia y los problemas de implementación de un aparato judicial independiente, revisar: Godoy Orellana, M. (2016). "La ley es una moneda en el desierto: Agentes estatales, empresarios mineros y conflictos de intereses en la periferia del Estado nacional chileno: Taltal, 1850-1900". *Estudios Atacameños*, 52, 31-48; Respecto a la escasa presencia del aparato estatal en el espacio andino de Tarapacá, específicamente las dificultades en el ejercicio administrativo y ocupación de cargos de Subdelegado, Inspectores y Jueces de Subdelegación y Distrito, ver: Castro, L. (2008). "El Estado chileno, los agentes fiscales y el temprano ordenamiento administrativo del espacio andino de la provincia de Tarapacá (1880-1930)". *Chungara*, 40 (2), 219-233

¹⁸⁷ El Pueblo, 6 de Octubre de 1900

autoridades se crean sueldos, que por lo común, los pagan los administradores, resultando de ahí una justicia muy parcial, siempre en desmedro del pobre hombre de trabajo"¹⁸⁸. Las reclamaciones de este tipo perduran por todo el período de estudio, por lo que resulta frecuente encontrar a los jueces representados como "empleados de los salitreros", esto es, como un subordinado más del poder omnipotente de los oficineros en la pampa¹⁸⁹. Sin embargo, también aparecían detentando facultades ilimitadas, que hacían emerger a Tarapacá como "un mar de injusticias cometidas por malos jueces, que basan su criterio con tanta libertad como el más refinado autócrata"¹⁹⁰. En este sentido, se advertía que sólo la "influencia de la organización social defensiva" y la "esperanza de una redención" habían evitado que los trabajadores castigaran de forma directa "las flaquezas de los jueces".

En lo sucesivo, la prensa obrera continuó informando de innumerables inequidades cometidas con los obreros de la pampa, reiterando que la corrupción persistente de la justicia de menor cuantía se explicaba porque estos organismos "radicados en los pueblos del interior o salitreras, dan la razón y voto a quien pague mejor, no siendo nada extraño que pronto se empiece a poner los gallos en subasta pública al mejor postor"¹⁹¹. Particularmente, se aseveraba que "cada juez de la pampa, ya sea de subdelegación o de distrito, si no es empleado de las salitreras recibe subvención, o por lo menos casa gratis y grandes ventajas en los precios de las pulperías", un incentivo que determinaba que estos funcionarios accedieran a las pretensiones de los salitreros sin excepción y aunque aquello significara "toda clase de arbitrariedades contra los obreros"¹⁹². No obstante, esta actitud

¹⁸⁸ El Pueblo, 23 de mayo de 1901

¹⁸⁹ En relación a esto, Ortiz Letelier nos señala que "los proletarios no soñaban con el poder de la justicia. La sabían minada". Agregando que en el salitre, "los jueces de Menor Cuantía eran empleados de las compañías y en vano los obreros pedían a las autoridades que se remunerara por el Estado a estos representantes del poder judicial. Era natural que, existiendo tal vicio, no existiera la menor posibilidad de jueces imparciales. Tampoco podía esperarse rectificaciones de los más altos magistrados". Ortiz Letelier, F. (2005). *Op. cit.*, p.111

¹⁹⁰ El Trabajo, 1 de Julio de 1905

¹⁹¹ El Pueblo Obrero, 28 de Mayo de 1907

¹⁹² El Pueblo Obrero, 23 de Mayo de 1908

En relación a la justicia fuera del cuadro urbano de las ciudades, Daniel Palma subraya que, "a los agentes y guardianes que aparecen ejerciendo labores de vigilancia y represión, debemos añadir otras presencias policiales, como los subdelegados e inspectores de distrito que cumplían funciones policiales y judiciales en los espacios rurales y productivos. Estas autoridades están íntimamente asociadas al cuidado del orden en las haciendas y campamentos mineros. Eran hombres que, en su mayoría, desempeñaban funciones no remuneradas, y que han ido cobrando protagonismo en algunos estudios que en los últimos años se han abocado a la historia social del delito y de la justicia en Chile." Palma, D. (2014). "«Una historia en verde»: Las policías en Chile. Balance y sugerencias para la investigación". *Revista Historia y Justicia*, 2, 1-27. Revisar además: Illanes, M.A. (1990). *Op. cit.*; Palma, D. (2012). "Los fantasmas de Portales. Bandidaje y prácticas judiciales en Chile, 1830-1850". *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 16 (1),13-49

rentista respecto a los oficineros no cerraba el cuadro de los controvertibles ingresos judiciales, pues existía otra situación que afectaba de un modo aún más directo a los trabajadores. Al respecto, los periódicos afirmaban que era de conocimiento público que el sueldo de esos funcionarios salía de los "bolsillos de los obreros a quienes se les esquilma a punta de multas, la mayor parte de las veces sin ser infractores, porque generalmente se les inventa cualquier falta"¹⁹³.

En este contexto, la noción de justicia simbolizaba todo lo contrario para los obreros, pues fuera de la patente dependencia y confabulación de los jueces con administradores y salitreros, el sistema judicial se mostraba como una realidad engorrosa y materialmente imposible de sostener no sólo por carencia de recursos económicos, sino además por dificultades que se relacionaban con el nivel de instrucción de los trabajadores¹⁹⁴. Por una parte los abogados de turno se negaban a atender y orientar debidamente a quien se encontraba imposibilitado de solventar los gastos particularmente, mientras que por otro lado, se imponían obstáculos como juicios por escrito que la gran mayoría no podía continuar¹⁹⁵. Por último, ante el inconveniente de encontrar alguna entidad judicial en la pampa que considerara las denuncias obreras, algunos se trasladaban a Iquique con los percances que ello significaba.

Ahora bien, como se mencionó más arriba, los jueces incurrieron en el cobro indebido de multas a los trabajadores, una práctica que los vinculó a situaciones aún más censurables. En torno a esto, las páginas de la prensa obrera atestiguaban que el Juez de Zapiga regentaba una cantina y que una vez previendo que "a la gente le queda poco dinero, los despide muy políticamente, avisando acto continuo a la policía, que echa guante a la gente y se la lleva por infracción al 131". Los reos eran enviados al juzgado "al lado de la cantina, y el mismo que antes ha administrado licor, administra una multa que varía entre 6,

¹⁹³ El Pueblo Obrero, 4 de Abril de 1908

¹⁹⁴ En torno a las percepciones que "desde abajo" se han generado sobre la justicia y el crimen, Daniel Palma señala que "los *puetas* en tanto voceros del pobre urbano realizaron una virtual autopsia a la justicia y denunciaron persistentemente sus arbitrariedades, empleando un lenguaje directo, de claros contornos clasistas. Se trató de una estrategia para sensibilizar a sus lectores ante temas como la criminalización de los pobres, los malos tratos durante el proceso penal, la parcialidad de los jueces y la «desigualdad de las leyes entre el pobre y el rico». Palma, D. (2006). "«La ley pareja no es dura». Representaciones de la criminalidad y la justicia en la Lira Popular chilena". *Historia*, 1 (39), p.196

¹⁹⁵ El Trabajo, 12 de Noviembre de 1904; El Pueblo, 11 de Mayo de 1901

20 y más pesos, por andar ebrios"¹⁹⁶. En este sentido, no son escasas las referencias que nos hablan de jueces inescrupulosos que en connivencia con los policías, utilizaban las multas para "llenar sus bolsillos", de suerte que "los trabajadores de las oficinas cercanas a Catalina, cuando van al pueblo, entran como si fueran a robar, aguaitando a los guardianes, para poder hacer tranquilos sus diligencias, pues la Policía tiene la consigna de llevar al cuartel a los forasteros, y ahí entregarlos al juez, para que los multe"¹⁹⁷. Por consiguiente, la imposición de multas fue interpretada por los trabajadores como una "prebenda tiránica y cínica", llegando a tal punto el nivel de corrupción de la justicia pampina que los periódicos obreros denunciaban que los jueces hacían "ronda nocturna en las calles, buscando en compañía de policiales, gente a quien encarcelar"¹⁹⁸.

Al igual que los jueces, los policías aparecieron vinculados en un evidente y cínico compadrazgo con los administradores de diversas oficinas, "una especie de sociedad mutua" en la que ambas partes encubrían sus delitos¹⁹⁹. De esta manera, se denunciaba constantemente que por "mero capricho y con la censurable aquiescencia de la policía, los dichos jefes de oficinas emplean esa autoridad para desalojar a los habitantes del campamento", lo anterior mediante procedimientos indiscutiblemente violentos²⁰⁰. Asimismo, las continuas reclamaciones que iniciaban los trabajadores a causa del robo de caliche por parte de las mismas oficinas, recibía por toda respuesta "la amenaza del cuartel y de la fuerza de policía", mientras que si persistían en sus demandas "se le sablea, se le aprisiona y finalmente se le arroja de la faena"²⁰¹. De suerte que todas las voces de protesta eran acalladas sin excepción mediante la violencia, una situación de abuso que comprometía a un tercer actor. Al respecto las páginas de los periódicos obreros exponían que, frente a los mínimos indicios de agitación social, los salitreros en complicidad con las autoridades gubernamentales utilizaban la amenaza de la fuerza como medio para extirpar la progresiva intranquilidad, acarreado con ello escenas de gran dramatismo:

¹⁹⁶ El Pueblo, 24 de Marzo de 1903

¹⁹⁷ El Pueblo, 24 de Junio de 1905

¹⁹⁸ El Pueblo Obrero, 6 de Julio de 1910.

¹⁹⁹ El Pueblo, 20 de Marzo de 1902

²⁰⁰ El Trabajo, 9 de Agosto de 1905

²⁰¹ El Trabajo, 29 de Octubre de 1904

Sulfura la sangre y hiere el alma al palpar y conocer los actos arbitrarios y faltos de razón o causas; los vejámenes y violaciones; los inauditos crímenes y desvergonzadas y atrevidas intervenciones que la fuerza armada o la autoridad superior, por medio de sus órdenes y facultades, descargan de tarde en tarde sobre el indefenso y tranquilo como honrado y laborioso pueblo obrero, luchador de sus libertados y defensor ardiente de los fueros de la patria, que tanto ama. Bajo la sombra y representación de orden y justicia; bajo el amparo y apoyo de altos funcionarios que siempre autorizan y jamás castigan esos desmanes y actos atropelladores y violadores de los sagrados derechos del pueblo; bajo el respeto que revisten envueltos en sus uniformes del servicio policial, o alentados por el mando o título que se les ha dado, casi siempre inmerecidamente, y escudados por la calumnia y la mentira que tan fácilmente intercalan en sus partes o informes, muchas veces la institución de orden y garantía, de respeto y tranquilidad, llamada policía, comete los actos y abusos más criminales y atentadores a nuestras prácticas democráticas y republicanas, que narrarse pueda²⁰².

Los tácitos acuerdos entre salitreros, autoridades y fuerzas de orden habían configurado un escenario en donde el despliegue de cuerpos armados para reprimir cualquier signo de protesta, se había convertido en una "conminación humillante" que indignaba a los trabajadores y aumentaba el contenido de violencia implícito a sus condiciones de vida y trabajo²⁰³. En relación a esto, se indicaba que los obreros del salitre ya cargaban con un fatigoso conjunto de abusos "sobre sus hombros doloridos" que delineaban las incipientes fermentaciones de odio popular, una situación que venía a recrudecer la severa coacción policial. Alarmados por la efervescencia del sector trabajador, los salitreros instaban permanentemente al gobierno por el aumento de efectivos policiales, sin reparar que para los operarios, la justicia constituía la única solución posible "para el problema pavoroso existente en las comarcas del nitrato"²⁰⁴.

En este contexto, más allá de la presencia palmaria de la noción de injusticia, las representaciones de violencia que emergían en relación al sector policial hacían alusión a hechos directos, en donde el abuso de autoridad quedaba plasmado en la figura de las "prisiones ilegales" y el "garrotazo". En consecuencia, los funcionarios policiales de la

²⁰² El Pueblo, 10 de noviembre de 1903

²⁰³ De acuerdo a Floreal Recabarren, la función de la policía "se limitaba a proteger a los empresarios de las diversas faenas". Anomalía, cuya causa "residía en la organización de estos cuerpos y en el bajo sueldo que percibía la tropa". Asimismo, "se llegaba al extremo de que los oficineros se encargaban de mantener los cuarteles, el rancho y la alimentación de los animales. Por supuesto que a éstos no les desagradaba el sistema, pues de esta manera podían disponer, —como realmente lo hicieron— de un cuerpo armado listo para amagar los movimientos reivindicatorios". Recabarren, F. (1954). *Op.*, cit., p.156-157

²⁰⁴ El Trabajo, 14 de Noviembre de 1903

pampa se convirtieron en los ejecutores de múltiples atropellos, pero también en el segmento que amparaba las distintas tropelías cometidas por los administradores de las oficinas, adjudicándose mayores atribuciones de las que los trabajadores consideraban legítimas:

La policía y la fuerza de ejército como es público y notorio, están a disposición de los salitreros.

[...] En ninguna parte se admiten reclamos a los operarios y cualquiera que lo haga, es entregado a la fuerza armada que lo conduce como si fuera un gran criminal a los cuarteles de la pampa.

Allí se les atormenta a golpes de sable y patadas hasta dejarlos aturridos, ensangrentados, heridos y algunos casi moribundos.

En este estado se les pone a la barra hasta el día siguiente.

La barra se coloca siempre en unos cuartuchos llenos de inmundicias, con olores particulares, verdaderamente asfixiantes²⁰⁵.

De las líneas que anteceden observamos que al igual que los juzgados, el cuerpo policial fue retratado como una institución al servicio de los administradores de la pampa, aunque caracterizado por procedimientos particularmente violentos. De manera individualizada, los excesos de los funcionarios policiales determinaron que éstos fueran representados como los verdugos por antonomasia de los pueblos y oficinas del interior, esto es, como personajes considerablemente crueles, cuyo cometido social quedaba delimitado por la aplicación de escarmientos al sector trabajador, más allá de lo estimado racional o proporcional a una infracción. La figura de la "brutalidad policial" entonces, se reforzaba discursivamente con la idea de que los apremios, fuera de su carácter ilegítimo, sólo podían ser eventualmente soportados por el obrero, a causa del vigor físico pero también moral que le caracterizaba. De este modo, el contexto de las represalias policiales hacía aflorar reivindicaciones identitarias, marcando a través de lo correcto y lo inaceptable, un antagonismo respecto a la policía y los jueces.

Los innumerables atropellos transformaron a estos funcionarios en "el terror de los trabajadores", afirmándose que se les temía "más que a la bubónica", debido a "los caballazos, los palos y demás abusos" que prodigaban a destajo a cuanto pobre caía en sus

²⁰⁵ El Pueblo Obrero, 23 de Mayo de 1908

manos²⁰⁶. En este mismo sentido, un trabajador comunicaba mediante la prensa obrera que ya no era posible "ir de las oficinas inmediatas al pueblo de Pozo Almonte sin tener que sufrir algún exceso de la fuerza de los resguardadores [sic] del orden como sarcásticamente se les llama en vez de llamárseles provocadores de desórdenes. Así lo pueden afirmar el que suscribe y muchos otros trabajadores honrados, gente tranquila y pacífica que teme más a la policía que a los acechadores de camino"²⁰⁷. Esta apreciación se había extendido por toda la pampa y unos años más tarde se notificaba que el pueblo de Negreiros pasaba por una época realmente sombría, quedando sólo en pie el abuso que la policía ejecutaba sin contrapeso, razón por la que los pampinos huían "asustados de esa plaga siniestra, en quienes ven a sus más encarnizados enemigos y se privan de salir de sus faenas para ir al pueblo, como si se tratara de una horda de bandoleros que ha sentado sus reales en esa comarca para asaltar y despojar al que pasa"²⁰⁸.

En lugar de representar el amparo del orden, las libertades y derechos ciudadanos, las guarniciones de policía de los distintos pueblos de la pampa comenzaron a simbolizar un verdadero azote para la opinión pampina, pues además de no velar por la seguridad de los habitantes, los trabajadores acusaban que estos funcionarios perturbaban la tranquilidad del desierto, cometiendo abusos con los transeúntes y formando grandes escándalos que provocaban la indignación general²⁰⁹. A tal punto había llegado el ensañamiento de la policía que no son escasas las referencias que nos describen sanguinarios ataques a sablazos, palos y patadas que dejaban a las víctimas desfallecidas, ensangrentadas e incluso desprovistas de sus pertenencias. La imagen del policía se confundía entonces con la del verdugo y la del saqueador, motivo por el cual la prensa obrera se preguntaba: "¿Y esta es la fuerza que el Gobierno nos manda para salvaguardar la vida y los intereses de la Provincia?"²¹⁰.

Los públicos y reiterativos desmanes de la fuerza policial promovieron la imagen de Tarapacá como una tierra de opresión y esclavitud. Al sentir de los pampinos, los campamentos se habían convertido en verdaderas prisiones o recintos militares donde regía

²⁰⁶ El Pueblo, 1 de Agosto de 1903

²⁰⁷ El Trabajo, 15 de septiembre de 1906

²⁰⁸ El Pueblo Obrero, 4 de Junio de 1908

²⁰⁹ El Pueblo Obrero, 13 de Agosto de 1908

²¹⁰ El Pueblo Obrero, 27 de Agosto de 1908

la despótica ley del fusil, no quedando exentas ni las rutas del desierto, pues a través de la policía los oficineros pretendieron impedir el tránsito por los caminos que atravesaban las faenas salitreras²¹¹. Por consiguiente, las innumerables "opresiones inhumanas" que se dejaron sentir en la pampa, se experimentaron como acciones protegidas y ejecutadas por la policía, un asunto por el que los periódicos obreros acusaban que este cuerpo desatendía que tenía "reglamentos que cumplir y leyes que resguardar y sobre todo que come y viste a cuenta del común, esto es del pueblo contribuyente, del trabajador a quien en pago de su comodidad le da el abuso y el atropello poniéndose al servicio del poderoso"²¹². La presencia omnipotente de la fuerza opresora hacía palpar como ausentes la justicia y la libertad, conformando una situación en donde los vejámenes y la apatía se tornaban norma. En consecuencia, la institución policial se convertía en sinónimo de corrupción, de avasallamiento y de una serie de conceptos que denotaban, desde la violencia misma de sus efectos, una distancia respecto a las propias filiaciones que los trabajadores demarcaban. Así, frente a la condición inmoral e irracional adjudicada a las fuerzas policiales y autoridades judiciales, emergía en la contraparte la honestidad y serenidad del elemento trabajador. El accionar arbitrario e ilícito de la policía y los jueces permitía identificar un otro enemigo, pero también configurar los propios rasgos identitarios por oposición.

I.2.d.- Iniquidades del salitre: los abusos al interior de las oficinas

Hemos revisado cómo las representaciones en torno a los rigores de la vida en la pampa, los peligros de las faenas salitreras y las arbitrariedades del aparato judicial y policial modelaron sistemáticamente un escenario cargado por la violencia, en donde el accionar de salitreros y administradores cruzó transversalmente los argumentos. De todas formas, la imagen de éstos últimos se asomó con mayor preeminencia en contextos específicos al interior de las oficinas y seguida además por una cohorte de empleados, tales como correctores, pulperos, serenos y médicos, que conjuntamente reforzaron la noción de explotación. En este sentido, los oficineros simbolizaron el poder absoluto en la pampa,

²¹¹ El Trabajo, 9 de Agosto de 1905

²¹² El Pueblo Obrero, 26 de Febrero de 1910

emergiendo como "amos y señores" dentro del radio de sus posesiones, pero también en sus contornos, por lo que cuanto más distantes se encontraban estos recintos industriales de los centros urbanos importantes, mayores eran los "caprichos e insolencias" que se debían soportar por parte de los "grandes patronos".

En relación a esto, las páginas de los periódicos obreros dan cuenta de un empleo abundante de etiquetas con el objeto de representar a los salitreros y describir la opresión que éstos simbolizaban para el sector trabajador, destacando alusiones que remitían directamente a la metáfora del despotismo oriental, a saber, rótulos como "sultán" o "visir de Turquía", "sátrapa" y "virreyes de la India". De este modo, los trabajadores hacían resonancia del pensamiento europeo decimonónico que definió la realidad occidental en términos de negación del otro, perspectiva que bosquejaba la imagen del gobernante oriental a través de las nociones de arbitrariedad, insensibilidad y autoridad sin sujeción a leyes, constituyendo un perfil que por extensión fue adjudicado también a Rusia²¹³. Es así que los oficineros aparecieron representados igualmente como "zares", siendo también frecuentes las catalogaciones de "tirano" y "emperador", que se vinculaban asimismo a un contexto oriental. Por su parte, la utilización de apelativos como "reyes" y "señores feudales" hacían referencia a marcos históricos europeos caracterizados también por una determinada cuota de absolutismo en el poder²¹⁴.

Habitualmente las oficinas aparecían también reseñadas como reinados, imperios, condados o feudos salitreros, en donde prevalecía la voluntad absoluta del oficinero. De Aragón, por ejemplo, se indicaba que era "un pueblo netamente español, en que el Virrey de esta comarca es el administrador, su Real Majestad", quien se encontraba "plenamente convencido que está en su reinado y sus súbditos son los esclavos de antes de nuestra independencia". Asimismo, de San Antonio de Zapiga se comentaba que constituía un imperio "donde gobierna el gran visir, conocido con el nombre de Don Carlos no hay fichas, porque nadie ha podido saber su apellido", quien acostumbraba a aplicar multas "a diestras y siniestras, con lo cual aumenta su caudal, o tonel sin fondo, llamado: caja de la

²¹³ Revisar Galtung, J.(1990). *Op. cit.*, p.300. De la edición en español: Gernika Gogoratuz, 2003, pp.18-19

²¹⁴ En cualquier caso, lo cierto es que estas apreciaciones encuentran su punto de partida al interior de una cultura obrera marcada por la herencia ilustrada y un fuerte carácter sarmientino, que nos habla de un proyecto civilizador. En este sentido, Occidente se convertía en el único patrón o paradigma de civilización, lo que incluía las naciones de Europa Occidental y Estados Unidos. Revisar: Devés, E. (1991). *Op. cit.*, p.132 y Devés, E. (1981). *Op. cit.*, pp. 148-149

administración"²¹⁵. De este modo, las citadas referencias nos revelan las diversas estrategias discursivas mediante las cuales se conceptualizó el despotismo salitrero y se dimensionó el nivel de abusos experimentado en la pampa, dividiendo la realidad pampina en dos mundos antagónicos, pues "en las oficinas salitreras no existen sino sultanes y lacaya, o mejor dicho, verdugos y víctimas"²¹⁶.

Innumerables situaciones —cotidianamente irritantes— hicieron experimentar la pampa como un cúmulo de arbitrariedades, que reducían a los trabajadores a una apremiante condición de sometimiento²¹⁷. Se insistía en que las libras esterlinas derivadas de las rudas faenas de la industria salitrera eran producidas con "el trabajo, el sudor y la sangre de los obreros", acentuándose con ello el convencimiento de que eran "burdamente explotados"²¹⁸. Las oficinas se habían convertido en escenario de múltiples penurias debido a los odiosos tratamientos y la "absoluta crueldad" con que operaban los salitreros y demás empleados, puesto que "estos reyezuelos consideran al trabajador como un esclavo y se creen con derecho a cometer con él las mayores atrocidades"²¹⁹. En este sentido, se denunciaba que la violencia empleada con la gente de la pampa constituía una abierta y premeditada hostilidad, una provocativa actitud de los oficineros que concertaba la total indiferencia de las autoridades competentes. La vida se hacía insoportable en las oficinas, pues todo se convertía en reglas e imposiciones tendientes a despellejar a los pobres²²⁰.

Los trabajadores advertían que los oficineros actuaban con total independencia de los decretos gubernamentales, de suerte que la impunidad marcaba la "explotación e inhumanidad con que tratan a los esclavos blancos, llamados operarios pampinos". Ningún documento u ordenanza modificaba la realidad social y laboral al interior de las oficinas, por lo que los pampinos confirmaban que "el pulpo capitalista" no sólo obtenía franquicias sobre los mantos salitrales, sino también exenciones legales que le permitían exprimir "más

²¹⁵ El Pueblo, 15 de Diciembre de 1900

²¹⁶ El Pueblo, 11 de Abril de 1903

²¹⁷ La distancia de las oficinas salitreras respecto a los centros urbanos del norte, determinó que los trabajadores estuviesen "obligados a residir dentro de los recinto de trabajo, que los capitalistas estimaban como propiedad privada y por ende sometidos a su arbitrio". Tratando de develar algunos aspectos referidos a la libertad dentro de los centros industriales, Floreal Recabarren señala que "la táctica de los salitreros era concentrar a los trabajadores dentro de los recintos industriales para poder someterlos material y espiritualmente". Recabarren, F. (1954). *Op. cit.*, p.101

²¹⁸ El Trabajo, 25 de Enero de 1902

²¹⁹ El Trabajo, 21 de Noviembre de 1903

²²⁰ El Pueblo, 27 de Agosto de 1903

y más con sus tentáculos a las pobres víctimas del trabajo"²²¹. De este modo, los periódicos obreros se cuestionaban respecto a la reales pretensiones que existían detrás de tanta ignominia, pues los abusos de los salitreros y sus empleados sucedían diariamente, con una frecuencia que rayaba "en lo criminal". Se podía deducir el interés económico que existía detrás de la explotación del esfuerzo del trabajador, pero no conseguían explicar "aquello de urgir al hombre del que se sirven, humillándolo en todos los actos de su existencia, sin excluir los de su vida privada y hasta en la familia"²²².

Por consiguiente, las salitreras de Tarapacá fueron consideradas un verdadero infierno "en donde los ángeles malos o demonios son los salitreros, sus esbirros las autoridades que los apoyan en su criminalidad y las víctimas los trabajadores que soportan pacientemente todas sus injusticias, sus imposiciones sultanezas y sus caprichos"²²³. El transcurrir de los años no alteraba esa percepción y se permanecía afirmando que la explotación era "verdaderamente criminal e inhumanitaria", al punto de que ningún operario de la pampa podía subsistir "ni a media ración con sus haberes", viéndose impelido a elaborar con la finalidad única de saldar la deuda que le ocasionaba la satisfacción de sus necesidades básicas. Por tal razón, los periódicos obreros advertían que si aquello no era esclavitud, ciertamente no encontraban otro término para describir la situación, y agregaban que solamente "hombres poseídos de una avaricia desmedida" podían cometer semejante abuso, pues parecía necesario "para adoptar procedimiento tan inicuo y tan vil, estar poseídos de la aversión profunda que el capital tiene a las clases trabajadoras". De modo que la industria salitrera se presentaba polarizada en "una lucha encarnizada entre el capital y el trabajo"²²⁴.

Así, por extensión del accionar de los salitreros, las oficinas representaron no sólo un escenario de la inequidad social, sino fundamentalmente una "opresión brutal" y el "anti-humanismo más desenfrenado" que se pudiera encontrar²²⁵. Por este motivo, las mismas denominaciones de estos recintos emergían como disparates que se estrellaban con la propia realidad:

²²¹ El Pueblo, 26 de Marzo de 1904

²²² El Trabajo, 8 de Julio de 1905

²²³ El Pueblo Obrero, 13 de Febrero de 1908

²²⁴ El Pueblo Obrero, 11 de Febrero de 1909

²²⁵ El Pueblo Obrero, 14 de Octubre de 1909

Los burgueses, dueños de oficinas, han puesto a sus dominios, nombres que chocan por lo extravagantes, que no concuerdan con el establecimiento.

¿Puede haber mayor cinismo, que llamar Progreso a una oficina, en la que tritura el caliche a macho, y se derripan los cachuchos por arriba?

¿Y Democracia? ¡Una oficina demócrata! ¡Qué barbaridad! Democracia, es una aristocracia tirana y cruel, donde se prohíbe hasta la libertad de leer.

Al oír Buenaventura, cualquiera creerá encontrar su suerte en esa oficina, siendo que los que trabajan ahí, se quejan de lo miserable de los jornales.

"Es una perla", se dice por una cosa muy buena. Sin embargo, La Perla, es tan mala como cualquiera otra de sus hermanas. Y peor hoy, que la viruela la ha visitado.

La Providencia de la Pampa del Tamarugal es inicua. Por eso, nade quiere encomendarse a ella, porque es preferible el infierno. ¡Aténgase usted a esta Providencia!

Un buen retiro, es donde se vive descansado, tranquilo, sin trabajar. En el Buen Retiro de esta provincia, es todo lo contrario; hay que echar los bofes y sufrir como en todas partes.

Mentira que los obreros, tengan Porvenir, porque siempre están pobres, y mueren en la miseria.

En cambio, cuando se vayan a otras tierras, llevarán un eterno Recuerdo de las pellejerías que han sufrido en esta Guayana inglesa, donde el Verdugo extranjero, los ha explotado despiadadamente²²⁶.

La confrontación de las cualidades evocadas por el vocablo utilizado para designar un lugar y las características concretas de éste, expresaron de manera manifiesta un conflicto de correspondencia para los pampinos, de modo que esta referencia nos revela esa violencia implícita que se hallaba inscrita en la palabra. Ciertamente, los nombres de las oficinas salitreras fueron experimentados como una verdadera burla frente a las condiciones de explotación y miseria que a diario vivían los trabajadores de la pampa, por lo que patentizar esa contradicción constituyó una de las estrategias discursivas persistentes a lo largo del período en estudio. En este sentido, lo efectivo dentro del mundo pampino eran los "robos de las pulperías" y las "irritantes expoliaciones" que se hacían del trabajo obrero, conformando una situación en donde la mayoría de los pampinos trabajaba "nada más que por la comida y la indispensable ropa para el trabajo"²²⁷.

Vinculado a lo anterior, se señalaba que la situación del obrero de Tarapacá se hacía insostenible, pues mediante la inversión de capitales, los salitreros se habían convertido en

²²⁶ El Pueblo, 1 de Noviembre de 1904

²²⁷ El Trabajo, 8 de Febrero de 1902

"amos de esta provincia, imponiendo su voluntad a todo el mundo, desde las autoridades que se doblegan ante ellos, a trueque de un poco de pitanza, hasta los obreros, que tenemos que someternos a sus caprichos, porque no contamos con quien nos defienda". En un tácito convenio entre capitalistas extranjeros y los legisladores y estadistas chilenos, los pampinos se encontraban abandonados "a las fauces insaciables del ogro europeo, para que los triture a su antojo"²²⁸. Tal situación separaba alegóricamente al mundo pampino en dos escenarios contrapuestos, en donde "la bestia llamada operario pampino, ya trabaje en la pampa, bajo un sol que tuesta la piel, o en la máquina, al calor de los cachuchos, es el único ser que no goza de bienestar en la pampa", mientras que "los administradores, empleados, médicos, jueces, subdelegados, policiales, en una palabra, los ociosos, disfrutaban de toda clase de gollerías"²²⁹. La disparidad de prerrogativas de uno y otro lado, junto a las derivadas diferencias materiales, configuraron un ambiente escindido que reforzaba la emergencia de una alteridad social indolente, frente a la cual los trabajadores se alzaban con la dignidad de las labores. Los "otros" simbolizaban la holganza y el goce de privilegios sin mérito, mientras que el "nosotros" representaba el sacrificio y rectitud ante las afrentas de la vida.

Resignándose a los descuentos de las fichas y a la carestía de las pulperías, los pampinos demandaban que en un mínimo acto de deferencia se les tuviera conmiseración en el trabajo. Sin embargo, no sólo recibían miserables jornales, sino que además se les aplicaban multas, les imponían trabajadores suplentes con un descuento del doble o el triple del trabajo en caso de enfermedad u otro motivo de ausencia, y se les negaba frecuentemente el abono de carretadas de caliche de buena calidad. Frente a estos abusos, si un trabajador decidía presentar sus reclamos "a las autoridades pampinas, ya tiene para morir de hambre, porque los jueces, subdelegados y policías pampinas, no oyen a los operarios. La voz del administrador, es la única que vale". De esta forma, los operarios "oprimidos por los oficineros, despreciados por las autoridades, mirados como carne de cogote por los médicos, a quienes da un peso mensual, a trueque de un poco de tilo y un pedazo de tela emplástica, viven en Tarapacá, apurando el cáliz del dolor en medio de una

²²⁸ El Pueblo, 11 de Junio de 1903

²²⁹ El Pueblo, 13 de Junio de 1903

atmósfera que ya no puede tolerar"²³⁰. En este desfavorable escenario para la existencia del pampino, sólo existía para él la certeza de un "vergonzoso ultraje" y la inicua explotación de los "corrompidos industriales". Una aflictiva situación que se podía corroborar años más tarde:

Esa explotación despiadada ha vuelto a su auge, como en los tiempos de las mayores inequidades.

La disminución de los salarios, la baja en los precios de las carretadas de caliche, en el de los pies de los tiros barrenados, está arreciando tanto que ya se hace demasiada aflictiva la situación económica de nuestros compañeros de la pampa.

Lo gerentes de las compañías salitreras o los jefes de pulperías que compran las mercaderías con grandes rebajas y descuentos, para oprimir más a los obreros alegan las fluctuaciones del cambio bancario: tras este cómodo armario de los grandes especuladores y agiotistas, las pulperías de las oficinas explotan, esquilman a los obreros hasta lo increíble.

Los correctores envalentonados con la excesiva abundancia de trabajadores, se portan altaneros, tiranos, insolentes.

Los boleteros botan carretadas de caliche, a diestra y siniestra, porque hay que complacer a los amos, a los grandes verdugos y explotadores del pueblo.

Los serenos andan en continuas bravatas en los campamentos, estimulados, aleccionados por los empleados de escritorios, amparados por la policía, con el beneplácito de las autoridades.

Todos estos y otros abusos que vamos a evidenciar en el curso de este trabajo, están reduciendo a nuestros compañeros de la pampa, a una mísera situación, tan solo comparable a los legendarios ilotas de la Edad Media.²³¹

Si bien algunas referencias reconocían en el pasado un contexto más próspero para las pampas salitreras, lo concreto es que el tiempo presente se vivía como una época de desolación similar a la que podemos hallar en años anteriores, en "donde la vida es una lucha cruenta y el trabajo un agobio penoso y estéril". De este modo, en la percepción de los trabajadores, los acontecimientos del 21 de diciembre de 1907 habían obligado a retroceder por la fuerza de las armas, sometiendo a los pampinos a un estado de humillación y sujeción incondicional con "dominio absoluto de los explotadores del capital". Los centros laboriosos del desierto se hallaban implacablemente devastados por el abandono de las autoridades y por el dominio inconsciente de la fuerza bruta y el agio, y es

²³⁰ El Pueblo, 18 de Junio de 1903

²³¹ El Pueblo Obrero, 13 de Julio de 1909

que "rota la nivelación y equidad entre los precios de los alimentos y el importe de los salarios", la vida se tornaba insostenible en la pampa²³².

En este sentido, la rebaja de los jornales fue una de las causas que se esgrimieron tempranamente para justificar la constante emigración de los operarios desde las oficinas, pues se atestiguaba que no era por un "gusto de ser andariego", sino porque la gente huía en busca de mejores condiciones antes de que les azotara el hambre y la miseria²³³. La disminución de los sueldos fue interpretada como una artimaña de la Combinación Salitrera para "hacer retirarse a la gente de la pampa, o bien para hacerle perecer de hambre", indicándose además que la estrategia se complementaba con un sistema de hostilización de la policía o la odiosa actuación de correctores y serenos²³⁴. Así, a consecuencia de los anuncios de "paras y carreras", se articulaban las frecuentes "bailas" de la gente por la pampa, de modo que cuando una oficina iniciaba las actividades de elaboración, se decía que esta iba "a correr", aunque lo que usualmente corría era "la usura y la especulación a parejo con el abuso y el atropello". La "para" por su parte, se valía en algunos establecimientos de cualquier fútil pretexto, "apretando a la gente o sitiándola por hambre para que líe sus monos y vayan a tocar el violón a otra parte"²³⁵.

De cualquier forma, la emigración no se adjudicaba a la conformidad de los trabajadores, sino que invariablemente al hostigamiento del que eran objeto por el simple antojo de los salitreros, incluso a través de la escasez de comestibles y la mala calidad del agua. Por su parte, el anuncio de la paralización de faenas a causa de refacciones de máquinas, fue percibido como una mezquina excusa, puesto que las oficinas paraban cuando hacían cumplimiento de las cuotas de elaboración, alegándose que por la Pampa del Tamarugal "vaga la gente, cual judíos errantes" a consecuencia de la "tiranía de la

²³² El Pueblo Obrero, 10 de Mayo de 1910

²³³ El Pueblo, 2 de Marzo de 1900

²³⁴ El Pueblo, 10 de Noviembre de 1900

A partir de 1901 se da inicio a la cuarta Combinación Salitrera, la cual debió concluir en 1906, pero le continuó de inmediato una quinta que se extenderá hasta 1910. González Miranda, S. (2013a). "Las combinaciones salitreras: el surgimiento del empresariado del nitrato en Chile (1884-1910)". *Diálogo Andino*, 42, p.49

²³⁵ El Pueblo, 15 de Noviembre de 1900

La situación inestable de la mano de obra del salitre y las consecuentes migraciones son explicadas por la "formación de combinaciones en que los productores acordaban reducir la producción para poder mejorar los precios del salitre en los mercados internacionales. Estas reducciones de producción se lograban de diversas formas, pero la más frecuente consistía en que una oficina producía a capacidad plena por un período de 8 a 10 meses y luego cerraba por el resto del año. En consecuencia, durante el período de cierre, los obreros temporalmente cesantes migraban en busca de trabajo en otros distritos o permanecían desempleados durante el tiempo improductivo". Fernández Canque, M. (1981). *Op. cit.* p.15

Combinación"²³⁶. La expulsión de los trabajadores daba origen a cuadros de desesperación colectiva, bosquejados por el llanto y la aflicción de padres de familia "que recorrían la Pampa de un lado a otro en busca de trabajo, contándose por muy felices los que podían colocarse en oficinas inmediatas"²³⁷. De este modo, la involuntariedad que determinaba los continuos éxodos de trabajadores desde las oficinas, sumado a los inconvenientes de los desplazamientos, constituyó una vivencia marcada por la violencia del despotismo salitrero²³⁸.

El carácter súbito que caracterizó a estos despidos y la sensación de que constituían situaciones evitables, además de las consabidas secuelas económicas, es lo que marcó el contenido violento de estas obligadas salidas, afirmándose al respecto que "mientras el capital tiene palacios, sus acomodos y satisface su desmedida ambición, el trabajo vaga errante como un mendigo, sin pan y sin abrigo"²³⁹. Algunos operarios aceptaban trabajar por menos sueldo para evitar quedarse sin hogar, mientras que otros se veían impelidos a "vagar" por la pampa buscando en qué ocuparse. Sin embargo, se advertía que la gente era parada "sin piedad" y que, en lugar de la franqueza, los administradores robaban a los trabajadores "carretadas de sudor" para luego arrojarlos de los recintos salitreros²⁴⁰. De esta forma, las injusticias abrían nuevamente camino a los contrastes: "los de arriba" aparecían bajo la imagen del derroche, mientras "los de abajo" se representaban "errantes, desesperados, en busca de pan y trabajo"²⁴¹.

La paralización repentina de las oficinas constituyó una verdadera contrariedad para los pampinos que se arrastró a lo largo de los años, reviviendo en cada momento las mismas escenas de miseria y exasperación entre los numerosos obreros sin trabajo, pues

²³⁶ El Pueblo, 6 de Febrero de 1904

Al respecto, Sergio González plantea que la capacidad de aglutinación de los empresarios salitreros en torno a las Combinaciones, es lo que les permitió enfrentarse tanto a los gobiernos nacionales como a las demandas del movimiento obrero. González Miranda, S. (2013a). *Op. cit.*, p.42

²³⁷ El Pueblo, 24 de Enero de 1903

²³⁸ "Cuando el trabajador quiere retirarse, se le obliga a dar un aviso de diez o más días; pero cuando ellos quieren despedir a la gente, no hay aviso que se tenga.

Se le hace bajar la herramienta al trabajador, se le niega el diario y, por fin, se le arroja de sus viviendas, para que vayan de un lado para otro, dejando diseminado por todas partes el pobre mueblaje conseguido a costa de muchos sacrificios.

Esa es la condición del pobre trabajador pampino, eterno esclavo del capricho de los gringos, que se muestran sordos al clamoreo de la gente pobre". El Pueblo, 24 de Enero de 1903

²³⁹ El Pueblo, 16 de Abril de 1903

²⁴⁰ El Pueblo, 19 de Mayo de 1903

²⁴¹ El Pueblo, 26 de Enero de 1904

una vez que el trabajador era separado de sus labores, se le arrojaba "puerta afuera del campamento con familia, y una carreta se encarga de ir a botarlos al medio de la Pampa, fuera del radio que ocupa el feudo del tirano"²⁴². De modo que, cuando una oficina salitrera "apagaba sus fuegos", cesando en la elaboración total o parcial de salitre, como era "uso y costumbre, los pobres obreros tienen que peregrinar por la pampa, con familia y enseres, buscando techo y trabajo para atender a sus desgraciadas familias"²⁴³. El hecho de ser lanzados desde los recintos industriales para iniciar extensas caminatas por la "pampa terrosa", acosados por el calor o vencidos por el cansancio y la sed, fue interpretado como un auténtico vía crucis, la representación más exacta de las aflicciones que se vivían en el desierto de Tarapacá.

Ahora bien, como se ha mencionado más arriba, el carácter involuntario de estas emigraciones de trabajadores no estuvo determinado necesariamente por la conminación directa de los salitreros, sino también por las malas condiciones de vida de una determinada oficina²⁴⁴. El conocimiento de una pulpería más barata podía desencadenar la movilidad pampina aunque el jornal fuese el mismo, no obstante, esta necesidad de "facilitarse un pan más holgado" alentaba de forma simultánea a un número considerable de trabajadores, razón por la que los salitreros acordaban "bajar los precios de los jornales o aumentar los de la pulpería, con lo que aquellos que han venido de otras oficinas haciendo enormes sacrificios para trasladarse a donde creían estar mejor, han quedado en igual o peor situación que la que tenían antes"²⁴⁵. En este escenario, los periódicos obreros denunciaban con insistencia que "alrededor de la pampa de Tarapacá pululan miles de obreros que andan de una oficina a otra en pos de mejor suerte; pero desgraciadamente todo es igual, todo está

²⁴² El Pueblo Obrero, 2 de Junio de 1908

²⁴³ El Pueblo Obrero, 25 de Marzo de 1909

En este sentido, el principal logro de las Combinaciones Salitreras no estuvo en la generación de una estabilidad en el precio del nitrato, sino de un equilibrio interno en el plano social. Lo anterior, "a través del convencimiento de haber alcanzado una normalización de la crisis, pero sin que la percepción de ella desapareciera totalmente". González Miranda, S. (2015). "«Normalización» de la crisis y posición estratégica empresarial durante la expansión de la economía del salitre". *Polis Revista Latinoamericana*, 40, p.10

²⁴⁴ Al respecto, Floreal Recabarren plantea que los continuos cambios de ocupación del trabajador salitrero pueden interpretarse a partir de un nomadismo local, que hace énfasis en ese carácter voluntario de las migraciones, motivadas principalmente por la búsqueda de mejoras en las condiciones de vida y salarios. Lo anterior, sin negar los efectos de los períodos de crisis provocados por las Combinaciones Salitreras. Recabarren, F. (1954). *Op. cit.*, pp.73-80

²⁴⁵ El Pueblo Obrero, 13 de Octubre de 1906

monopolizado por un mismo precio por los capitalistas"²⁴⁶. Los pueblos de la pampa bullían en gente que, en lugar de un trabajo bien remunerado sólo conseguía, "una esperanza y un mal jornal".

Independiente de si se debía a la amenaza directa o indirecta de desalojo por parte de los salitreros, la asiduidad de las referencias sobre emigraciones forzadas con que tropezamos, nos permitieron avizorar la magnitud y los significados inmersos en éstas, trasluciendo la infinitud de abusos cometidos en la pampa salitrera y poniendo en evidencia la multiplicidad de contenidos violentos que circularon a través de ésta. En este sentido, se revelaba la ausencia total de garantías para "los ocupantes de las habitaciones que les son dadas para viviendas en los campamentos o pueblos que forman en las oficinas", ocurriendo con habitualidad que "por un reclamo o desacuerdo cualesquiera del operario, muchas veces hasta por intriga, es expulsado de la faena, e incontinentemente se le pone carreta a la puerta y se les bota a la pampa, o cuando más, a la estación más inmediata", circunstancia que era decodificada por la gente de la pampa como un "abuso de superioridad hiriente y de atropello incalificable por parte de los salitreros"²⁴⁷. Los administradores empleaban la fuerza policial "para arrojar de una manera violenta a los operarios"²⁴⁸, lanzando a la "pampa rasa los pocos enseres que guarnecen la boardilla del pampino"²⁴⁹.

Asimismo, las trabas a la libertad de comercio se experimentaban como una odiosa imposición que les sometía al antojo e "inquisitorial conducta" de los pulperos, denunciándose con frecuencia la agresividad y obscenidad que caracterizaba su tratamiento hacia las mujeres de la pampa²⁵⁰. Otro punto común fue la utilización de la expresión "sitiar por hambre" para representar las carencias que soportaban las familias pampinas a causa del aprovechamiento de las pulperías, a las que se denominó en muchos casos "estrujerías", pues no hacían más que arrebatarse ilícitamente el fruto del trabajo de los operarios. Al

²⁴⁶ El Pueblo Obrero, 8 de Diciembre de 1906

²⁴⁷ El Trabajo, 18 de Enero de 1908

²⁴⁸ El Trabajo, 9 de Agosto de 1905

²⁴⁹ El Trabajo, 12 de Julio de 1902

²⁵⁰ Respecto a esto último, Sergio González señala que era la mujer "la que soportaba el abuso de las pulperías, el monopolio de ese almacén aprovechando el uso legal de vales y fichas, el robo en los pesos y medidas y la lejanía de los pueblos donde comprar en almacenes regidos por el comercio libre, todo lo cual hacía que la pulpería se transformara en un lugar conflictivo". González Miranda, S. (2007a). *Op. cit.*, p.203

respecto, los periódicos acusaban que se "prohíbe en absoluto la introducción a la oficina de comestibles u otros objetos necesarios para la vida. Se le sitia por hambre, obligándolo a proveerse en las pulperías de comestibles de pésima calidad y a precios exorbitantes ¿Por qué se ha de someter al obrero a esta odiosa tutela?"²⁵¹.

Sin embargo, los trabajadores no se quejaban únicamente de la mala calidad de los alimentos expendidos, sino también del tipo de víveres que se veían forzados a adquirir por mera voluntad de los pulperos, acusando que se les hacía "comer solamente carne de corderos flacos, tal como carne de perro", situación que —desde la visión obrera— minusvaloraba el esfuerzo que realizaban en la obtención del dinero²⁵². Si bien la carne no fue el único producto por el que se desencadenaron estas reclamaciones, nos resultan significativas las referencias encontradas en torno a este asunto, pues su negación se experimentaba como una verdadera afrenta identitaria. Así, las preferencias de alimentación constituyeron también un factor relevante al interior de la construcción de identidades, indicando a través de la adquisición los niveles de exclusión social, así como determinadas connotaciones adjudicadas a los alimentos. En el caso particular de la carne, esta comida representaba la renovación de las fuerzas y reafirmaba la virilidad, siendo ésta última una característica que fue reivindicada frecuentemente por los sectores populares de la pampa²⁵³.

De este modo, además del abuso en los precios así como en las medidas y calidad de lo vendido, los trabajadores debieron soportar que se les obligara a comprar y comer de acuerdo a los designios de la oficina salitrera, circunstancia que les violentaba a diario ante la imposibilidad de satisfacer los requerimientos a voluntad, debido a los impedimentos opuestos por los salitreros para remediar esta situación²⁵⁴. Así, se expresaba que fuera de los consabidos abusos, lo que pasaba "de castaño oscuro, y lo que subleva la sangre, es que impacientemente tengamos que vivir casi pereciendo, sin encontrar los artículos de primera

²⁵¹ El Trabajo, 14 de Marzo de 1903

²⁵² El Pueblo, 7 de Julio de 1900

²⁵³ Revisar Sánchez, R.(2013)."Las clases, las comidas y los banquetes en la sociedad salitrera". En González Miranda, S. (Comp.).*Op. cit.*, pp. 318-319

²⁵⁴ Para mayores antecedentes sobre la libertad de comercio y el funcionamiento y ganancias de las pulperías, revisar: Recabarren, F. (1954). *Op. cit.*, pp.136-147; Ortiz Letelier, F. (2005). *Op. cit.*, p.101

necesidad"²⁵⁵. Más aún, la iniquidad mayor consistía en que, sabiendo perfectamente que la pulpería carecía de mercaderías, no se permitía la compra fuera del recinto salitrero.

Los trabajadores terminaron por tolerar con resignación la usura de las pulperías y demás abusos cometidos por los pulperos y sus subordinados, sin embargo, interpretaban como una situación ultrajante que se les vedara toda iniciativa para suministrarse los elementos que consideraban básicos para su subsistencia. Una apreciación que se puede fichar a partir de innumerables cartas remitidas desde la pampa, pues ya no se trataba del "robo con el descuento en el cambio de fichas, ni el arrebato que se les hace a nuestras esposas de cualquier compra que se haga en un pueblo cercano, ni las obscenidades de los pulperos dirigidas a nuestras hijas, ni el robo en el peso de todo lo que se compra en la pulpería, ni la rebaja de salarios, es cosa peor todavía, se trata de martirizarnos como en tiempo de la inquisición"²⁵⁶.

No obstante, este clima de opresión marcado por la privación de alimentos o el abastecimiento de agua "inmunda o salada" que debían beber a riesgo de morir de sed, así como la obstaculización de cualquier medio alternativo para satisfacer esas necesidades, se veía agravado por el despliegue de un verdadero y arbitrario "servicio de aduana", regentado "sin escrúpulos ni dignidad" por los jefes de pulperías. Para lo cual le servían de "dóciles instrumentos para el cumplimiento de sus sultánicas órdenes, los serenos, armados de sendos revólveres y gruesos pedromones"²⁵⁷. De esta manera, hasta el más insignificante "atadito" cargado por un obrero, viajero o comerciante ambulante era registrado meticulosamente por los serenos, quienes acusaban enseguida de contrabando y sometían por la "fuerza o el terror a semejante cínica humillación", puesto que "solamente en la región del salitre, en el imperio absoluto de los abusos, explotaciones e imposiciones de todas clases que ejerce el capital sobre el trabajo, es permitida semejante monstruosidad"²⁵⁸.

Por su parte, los médicos eran interpretados como otra explotación más de los oficineros, que implicaba el descuento de uno o más pesos del salario pero sin ningún

²⁵⁵ El Pueblo, 20 de Junio de 1901

²⁵⁶ El Pueblo, 15 de Diciembre de 1903

²⁵⁷ El Pueblo, 4 de Agosto de 1903

²⁵⁸ El Pueblo, 4 de Agosto de 1903

beneficio real para el trabajador, puesto que "si se malogra un hombre, medio se le atiende cuando se quiere", y enseguida afuera "a medicarse con los recursos que cuenta la familia, y si no de caridad, o del generoso desprendimiento de los compañeros de trabajo, o bien por medio de una institución obrera de beneficencia"²⁵⁹. Lo cierto es que los enfermos pasaban desapercibidos por las administraciones salitreras, las que practicaban el más "punible abandono", soslayando "su responsabilidad y culpando sistemáticamente al trabajador de no querer recibir las atenciones médicas en la oficina". Argumentos que se presentaban especialmente irrisorios e irritantes para quienes veían morir a los habitantes del campamento en "agonía lenta y dolorosa", a causa de no existir asistencia médica a tiempo ni medicina pertinente en la pampa²⁶⁰.

De forma permanente, los periódicos obreros denunciaron el trato negligente de los "doctores pampinos" que escasamente acudían a los campamentos, examinando de forma indolente a los enfermos, recetando aleatoriamente "el único medicamento que hay en la oficina y que tiene la virtud de servir para todas las enfermedades", o derivando repetidamente hacia el hospital, al aducir que no existían las condiciones necesarias en las oficinas para atender o curar²⁶¹. En otros casos, los mismos compañeros de trabajo debían auxiliar mediante precarios procedimientos a los accidentados, llegando el facultativo cuando éstos ya habían fallecido o habían sido trasladados a Iquique, lo que demostraba la incompetencia de los médicos rentados por los trabajadores, "que son inútiles cuando se les necesita; pero que están prontos para alargar la mano en demanda del consabido pesote"²⁶². En tal escenario, términos como despotismo e indiferencia, constituyeron descripciones frecuentes para estos profesionales, a quienes se acusaba de menospreciar asiduamente al operario pampino.²⁶³

²⁵⁹ El Trabajo, 19 de Julio de 1902

²⁶⁰ El Trabajo, 26 de Julio de 1902

²⁶¹ El Pueblo, 12 de Octubre de 1901; El Pueblo, 13 de Septiembre de 1902

²⁶² El Pueblo, 17 de Octubre de 1901

²⁶³ "Ya que nos vemos precisados a pagar un peso mensual para pagar al médico que visita esta oficina, sería muy bueno que ese señor tuviera un poco de más humanidad con los pobres que caemos enfermos.

A más de que los remedios que da no sirven para nada, ahora está usando un procedimiento del que protestamos todos los trabajadores.

En días pasados fueron siete a pedirle remedio para el dolor de espaldas, rogándole los examinara, pero el señor doctor se negó a ello, diciendo que no estaba para aplicar el oído a las espaldas de unos hombres que llevan las camisas llenas de tierra, y que si querían que los examinara debían ir con las camisas bien planchadas, con cuello bien tieso, corbata a la moda y no recuerdo qué otras pijerías.

De esta manera, más allá de los sentimientos de opresión que evocaban los distintos abusos padecidos en las oficinas salitreras, el conjunto de actitudes despreciativas que caracterizó a salitreros, administradores y demás empleados, acabó por marcar una existencia de humillación en donde el incansable hostigamiento del medio determinó la adopción de posturas radicales. Con un porvenir oscuro y una vida llena de miserias, el pampino se sumergía en un caos que le precipitaba a abrazar un desenlace, búsqueda que podía terminar con su vida o estrellarse violentamente contra la fuente de sus pesares. Es así que tocando el límite de lo admisible, los pampinos comenzaban a ejecutar acciones vengativas, haciendo explotar cartuchos de dinamita en administraciones y pulperías, lo que tenía una fuerte carga simbólica en cuanto se anhelaba no sólo una medida de represalia, sino fundamentalmente extirpar el origen de sus males:

Los obreros de las oficinas, están en una situación crítica: abandonados a su propia suerte; explotados miserablemente por los infames burgueses, que les roban descaradamente sus escasos salarios, botándoles carretadas de caliche bueno, con el achaque de que es malo; tratados con la mayor inhumanidad, exponiéndoles a cada paso a dejar girones de su carne o la vida, en las faenas peligrosas de la industria salitrera, como esos malditos cachuchos abiertos, la pesadilla de los operarios de las máquinas; olvidados y mirados con indiferencia por el Gobierno y sus representantes, desde el Presidente de la República, hasta el último juez pampino [...].

El desaliento, el cansancio de tanto sufrir, el aburrimiento, la pérdida de toda esperanza de mejores días, hacen que, los obreros de las salitreras, vayan evolucionando hacia un objetivo tenebroso y sombrío, que es al que los arrastran sus verdugos.

Las injusticias, los atropellos, los abusos, las explotaciones y la inhumanidad, no tienen nunca buen fin, aunque esas calamidades, sean impuestas con el poder del dinero y de las bayonetas.²⁶⁴

La "dinamita en acción" constituyó la representación de un ejercicio de justicia que, si bien no involucró a los trabajadores masivamente, estableció un antecedente de cómo la experiencia cotidiana de la violencia podía hacer emerger, a su vez, actos violentos

Como nosotros estamos aquí para trabajar y no para ponernos futres y darle gusto al mediquillo, sería muy conveniente que renunciara la atención médica que le está encomendada, que no faltará otro doctor que no sea tan escrupuloso como el médico que tenemos, el que muy bien se embolsa nuestro dinero, sin fijarse en si los billetes están mugrientos o limpios".
El Pueblo, 26 de Junio de 1902

²⁶⁴ El Pueblo, 17 de Junio de 1905

considerados legítimos, pues emanaban en respuesta de una agresión previa.²⁶⁵ En este sentido, la actitud violenta era mediada por un aprendizaje socio-cultural en donde el trabajador se habituaba a su entorno, asimilando y reproduciendo pautas de comportamiento, cuyo origen era precisamente la incesante vivencia y contacto con la violencia. Ciertamente el uso de la dinamita constituyó un método de venganza que venía a patentizar el malestar de los pampinos a causa de los "abusos, explotaciones e intemperancias de los oficineros", pero simultáneamente figuró como el "árbitro supremo" de la pampa, cuya misión era anular las diferencias implantadas por el capital²⁶⁶. De todas maneras, este procedimiento sólo pudo ser registrado en períodos anteriores a la matanza de Santa María de Iquique, advirtiendo que en épocas subsiguientes el discurso es palmariamente derrotista antes que revanchista.

²⁶⁵ En cualquier caso, este proceder puede contextualizarse al interior de un discurso y acción anarquistas, en donde se asume que "el enfrentamiento violento constituye una condición explicativa de la resolución del problema del poder", reivindicando la violencia como "estrategia de autodefensa obrera". Particularmente, entre las manifestaciones de violencia adoptadas por el movimiento anarquista, la utilización de dinamita puede entenderse dentro del tipo «terrorismo individual o propaganda por el hecho», cuyo "rasgo característico es el atentado individual o colectivo contra representantes del sistema de dominación". Goicovic Donoso, I. (2003). *Op. cit.*, 42-43. También revisar Godoy Sepúlveda, E. (2016). "Discurso y práctica sobre la violencia en el anarquismo argentino a comienzos del siglo XX. (La venganza de Radowitzky y Wilckens)". *Palimpsesto*, 6 (9), 69-90

²⁶⁶ El Pueblo, 12 de Septiembre de 1905

Capítulo II

"La invasión boliviana": inmigrantes indígenas en el mundo del salitre

"Por fin los gringos rastreros
que a Tarapacá han venido
millonarios han salido
con el sudor del obrero,
porque el roto calichero
a todos da que comer
y en pago quieren tener
peruanos y bolivianos
y a todo fiel ciudadano
quieren echarlo a correr"²⁶⁷.
Sagasquino

El origen peruano de la provincia de Tarapacá y la vecindad con los territorios bolivianos hizo notoria la población de estas nacionalidades durante el ciclo salitrero, desplegándose una creciente entrada de inmigrantes peruanos y bolivianos hacia principios del siglo XX, principalmente a causa de los enganches promovidos por las compañías salitreras²⁶⁸. Sin embargo, y a pesar de la importante proporción demográfica de ambas nacionalidades en las labores del salitre, serán los trabajadores bolivianos los que irán afianzando su presencia y significación en el desarrollo del ciclo²⁶⁹. En torno a esto, es preciso consignar que los enganches de trabajadores bolivianos fueron más numerosos y regulares²⁷⁰.

En consecuencia, los periódicos obreros de Iquique manifestaron una constante preocupación por estos eventos inmigratorios que se hicieron patentes, principalmente, luego de la contracción económica del período 1900-1902, así como en fechas sucesivas a la inflexión obrera de 1904. En cualquier caso, el problema de la inmigración boliviana

²⁶⁷ El Pueblo, Marzo 28 de 1903

²⁶⁸ Recabarren, F. (1954). *Op. cit.*, p.30; Ortiz Letelier, F. (2005). *Op. cit.*, p.79

A pesar de que muchos peruanos y bolivianos ya residentes en Tarapacá fueron requeridos por las faenas del salitre, Marcos Calle señala que entre 1885 y 1907 se produjo un aumento considerable de esta población, debido a emigraciones masivas que se producían desde el altiplano. Calle, M. (2008). *Op.cit.*, p.39

²⁶⁹ González Miranda, S. (2009). *Op. cit.*, p.72

²⁷⁰ González Miranda, S. (2006a). "Cruzando los Mallkus. Las migraciones bolivianas pendulares durante las grandes crisis salitreras (1914-1933). *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 2 (10), p.18

emergió transversalmente en las páginas de la prensa tarapaqueña, marcando presencia al menos hasta los sucesos de 1907 y desvaneciéndose totalmente en los años posteriores.

II.1.- La protesta pampina y el resguardo del interés obrero frente a los indígenas bolivianos

Las alusiones a la presencia boliviana se encuentran a partir de números tempranos de la prensa obrera revisada, encontrando hacia 1899 referencias de una sublevación en South Lagunas, cuyos protagonistas fueron trabajadores bolivianos. Aparentemente, el origen habría estado en algunas complicaciones laborales, pero la noticia es sucinta y sólo se indica que los bolivianos habrían tenido que abandonar la oficina para buscar albergue en otro establecimiento, sin proporcionarse más detalles sobre las causas que habrían desencadenado el conflicto²⁷¹. Por otra parte, informaciones sobre accidentes laborales sufridos por trabajadores de esta nacionalidad nos entregan antecedentes de algunos reclutamientos menores hacia 1900²⁷². Sin embargo, no será hasta fines de 1901 que hallaremos referencias explícitas sobre enganches más recurrentes: "No hay en esta oficina más que doce trabajadores, que tenemos por corrector a un tal Félix Pinto, el que creyendo muy subido el precio que se paga por los jornales, ha prometido traer un enganche de bolivianos que le trabajen a dos pesos cincuenta centavos el día"²⁷³.

Como se puede desprender, no se trataba simplemente de la puesta en práctica de los enganches, sino de la amenaza de su uso para evitar demandas concernientes al salario, despertando tempranamente un sentimiento de alerta entre los trabajadores de la pampa. No obstante, estas primeras alarmas no suscitaron un rechazo explícito hacia los bolivianos, traduciéndose al comienzo en una preocupación referida únicamente al tema salarial. De este modo, tiempo más tarde se seguía insistiendo en el menor precio pagado por el trabajo de los obreros de esta nacionalidad, señalándose que un corrector boliviano de la oficina San Pedro había traído "unos cuantos incautos, paisanos suyos, a los que les paga \$2.50 al

²⁷¹ El Pueblo, 7 de septiembre de 1899

²⁷² El Pueblo, 2 de junio de 1900

²⁷³ El Pueblo, 23 de noviembre de 1901

día, cuando la gente gana aquí \$3.50". Rebaja que se veía agravada con el aumento de la carga laboral²⁷⁴.

Como hemos sugerido, los reclamos no secundaron de forma inmediata a los enganches de bolivianos ni tampoco parecen ser desencadenados por la convivencia con éstos sino que, más bien, se evidenciaron en concomitancia a flujos migratorios profusos, que coincidieron con una merma general de los salarios y frente a lo cual los trabajadores pampinos tomaron posición prontamente. Al respecto, se señalaba que el roto chileno estaba en la pampa en un peligro inminente de ser "reemplazado por serranos traídos por engaños de Bolivia", a quienes se les pagaría "a razón de dos pesos diarios y en fichas o billetes fabricados en la imprenta Bini de este puerto"²⁷⁵. Se interpretaba la inmigración boliviana como una respuesta de hostilización de los oficineros frente al ambiente de disconformidad pampina, "trayendo de la altiplanicie enganches indígenas que vienen como reses al Matadero"²⁷⁶. Y si bien se reconocía la legitimidad que poseían los salitreros para proveerse de trabajadores, se rechazaba la aversión selectiva hacia los "hijos del país", situación que se calificaba de "inicua ingratitud"²⁷⁷.

La inmigración extranjera fue entendida entonces como una estrategia para ahuyentar a los chilenos de Tarapacá, quienes no lograban asentarse de forma estable en las oficinas en búsqueda de un mejor jornal. De modo que la resistencia opuesta por los chilenos a trabajar por salarios reducidos, implicó que los salitreros reforzaran su maniobra, empeñándose en "ir a buscar enganches al país de la Coca"²⁷⁸. Por consiguiente, fue el abarrotamiento de las faenas salitreras y la exclusión de que fue objeto el obrero chileno lo que finalmente exaltó los ánimos. El énfasis no estaba sencillamente en el abandono forzado que debían hacer los antiguos trabajadores de la pampa para forjarse un mejor vivir sino primordialmente en el hecho de ser expulsados de esa "tierra que conquistara con su sangre en Pisagua, en Dolores y en Tarapacá"²⁷⁹. En consecuencia, se entremezclaban sentimientos de humillación por la expulsión de que eran objeto a manos de extranjeros y

²⁷⁴ El Pueblo, 5 de abril de 1902

²⁷⁵ El Pueblo, 30 de Octubre de 1902

²⁷⁶ El Pueblo, 11 de Noviembre de 1902

²⁷⁷ El Pueblo, 11 de Noviembre de 1902

²⁷⁸ El Pueblo, 11 de Noviembre de 1902

²⁷⁹ El Pueblo, 30 de octubre de 1902

en favor de inmigrantes bolivianos, mientras que, por otra parte, se sumaban sentimientos de defensa por lo que consideraban su "propia casa":

Esta es la conducta que vemos que se observa y que condenamos terminantemente los que estamos pendientes de la conservación de lo que nos ha costado nuestra sangre conquistar y que ha florecido y progresado bajo el impulso vigoroso de más de veinte años de labor constante y sacrificada. [...]

O dejamos que nos reemplacen y emigramos al Sur, abandonando el hogar formado a costas de tantos años de trabajo, o entraremos a defender de nuevo lo que tanta sangre nos costó para conquistar a fin de mantener el dominio de exclusiva propiedad que nos dio el esfuerzo del propio brazo.

En las oficinas no faltan brazos, lo que falta es trato racional y salario en dinero efectivo.

Pero se quiere explotar las oficinas a fuerza de fichas y ración de coca y ron.²⁸⁰

Observamos que a las preocupaciones en torno a la conservación del puesto de trabajo y al mantenimiento del valor de los jornales, se suman argumentos que llamaron a la preservación de un espacio considerado exclusivo. Se trataba de la defensa de un lugar forjado en el trabajo pero también, alegóricamente, de la custodia de un territorio conquistado con sangre²⁸¹. El pasado reciente y el presente se anudaban, acreditando el "derecho indiscutible" de los chilenos para gozar de los beneficios que producía el suelo patrio y ratificando el carácter innecesario de una inmigración que atentaba contra el bienestar popular de la provincia²⁸². Años más tarde, en un contexto de nuevas inmigraciones bolivianas, se continuará apelando a este recurso y los obreros se preguntarán: "¿Por qué no oírnos, por qué tanta ingratitud con los que ayudaron a conquistar este suelo, que costó la sangre de nuestros padres, hermanos, parientes y amigos?"²⁸³. Más aún, denunciarán que los salitreros les estarían despojando de ese suelo conquistado con su sangre, "internando bolivianos y peruanos, con la aquiescencia antipatriótica de la primera autoridad de la provincia"²⁸⁴.

²⁸⁰ El Trabajo, 18 de Octubre de 1902

²⁸¹ Respecto al conflicto entre nacionalidades en la pampa salitrera, revisar Osorio, C. (2001). "Chilenos, peruanos y bolivianos en la pampa: 1860-1880 ¿Un conflicto entre nacionalidades?". *Historia*, 34, 117-166; Sobre el papel del nacionalismo y el clasismo en la identidad pampina, considerar Pinto Vallejos, J., Valdivia, V. y Artaza, P. (2003). *Op. cit.*

²⁸² El Trabajo, 25 de diciembre de 1902

²⁸³ El Pueblo, 10 de noviembre de 1904

²⁸⁴ El Trabajo, 25 de febrero de 1905

La utilización de esa estrategia simbólica se alimentaba de la memoria colectiva en torno a la Guerra del Pacífico, que destacaba cómo el pobre roto había dado "su sangre para conquistar glorias y este suelo para la Patria", mientras sus "representantes lo abandonan y permiten que lo desprecien"²⁸⁵. Pero, por otro lado, se hacía referencia al esfuerzo que habían invertido los antiguos pampinos en el sostenimiento de la industria del salitre, descifrando "la gran inmigración de indios bolivianos" como un método de los oficineros para "arrojar de este suelo a sus verdaderos dueños, los que, a costa de su vida, conquistaron los millones del salitre, de los cuales, hoy, gozan todos, menos ellos"²⁸⁶.

Esta arista del discurso se expresó entonces como defensa y reivindicación de un territorio considerado propio y en justicia a la "sangre derramada", que representó simultáneamente los sacrificios vertidos tanto en el plano bélico como en la esfera laboral y económica. Asimismo, advertimos que esta imagen dejó traslucir las aprehensiones frente a la sustitución de los trabajadores antiguos, quienes vieron en estas acciones un plan concertado de hostilización y expulsión del elemento nacional. Al respecto, se sostenía que "con la plétora de los trabajadores bolivianos, los salitreros han empezado a hostilizar a los chilenos de tal manera, que ya están haciendo imposible la vida en la pampa a los hijos del país"²⁸⁷. Más aún, se calificaba la situación como una abierta "guerra a los chilenos" en donde los oficineros acordaban anticipadamente la repartición de los "contingentes de indígenas"²⁸⁸.

No palpando la necesidad de gente foránea para las labores del salitre, los obreros se cuestionaban respecto al fin que se proponía el capital salitrero internando peruanos y bolivianos²⁸⁹. La respuesta se presentaba forzosamente a la vista: "El salitrero, en contra de toda noción de respeto al derecho, en contra de la estabilidad misma de la soberanía chilena en Tarapacá, inundó de peruanos y bolivianos la provincia a fin de llevar la indecisión y el hambre a todos los hogares proletarios; paralizó oficinas y lanzó a la pampa a los operarios a que se buscaran el pan abrumados de miseria y acosados por la necesidad"²⁹⁰. Los obreros

²⁸⁵ El Trabajo, 4 de febrero de 1905

²⁸⁶ El Pueblo, 18 de marzo de 1905

²⁸⁷ El Pueblo, 27 de noviembre de 1902

²⁸⁸ El Pueblo, 2 de diciembre de 1902

²⁸⁹ El Trabajo, 8 de noviembre de 1902

²⁹⁰ El Trabajo, 4 de abril de 1903

creían constatar así que la inmigración proveniente de las Repúblicas vecinas representaba un plan anti-chileno previamente trazado por los oficineros y que estaba lejos de detenerse, muy a pesar de los lamentos de quienes recorrían la pampa en busca de trabajo²⁹¹.

De este modo, un nuevo escenario de inmigraciones invocaba las mismas sospechas y la prensa obrera sostenía que "la sociedad, formada dentro de la Combinación Salitrera, para traer inmigrantes del Perú y Bolivia, con el objeto de hostilizar al operario nacional, debe obedecer al plan de combatir a los obreros chilenos, que conocen sus derechos, y no se dejan atropellar fácilmente"²⁹². Se acusaba además, que la "prensa seria" hacía "obra antipatriótica, mintiendo descaradamente, y ocultando el plan malévolo de los oficineros, de botar a los chilenos, para reemplazarlos por indios del Perú y Bolivia"²⁹³. En este sentido, si bien los trabajadores barajaron otras explicaciones que tradujeron la inmigración como una táctica para enviar operarios hacia los centros salitreros del Sur, la visualización de una suerte de proyecto para reemplazar a los chilenos se presentó como una respuesta mucho más plausible:

Los salitreros, piensan que los peones peruanos y bolivianos, son más sumisos y fáciles de explotar, y es por eso que se apresuran a reemplazar a los chilenos, a quienes hoy, muy bien, puede adjudicarse las frases de "extranjeros en sus propia tierra".

Hay oficinas, como Angela, Camiña, Porvenir y otras, adonde es cosa rara encontrar un chileno. Entre 200 o 300 operarios, hay de 5 a 10 chilenos ¿Qué se han hecho los bravos hijos del desierto? Han tenido que abandonar las oficinas, corridos por las rebajas de salarios y las tiranías, y caer en manos de los enganchadores de Tocopilla, Antofagasta y Taltal, que actualmente, recorren la pampa de Tarapacá, buscando víctimas.

Algunos creen que, los oficineros, traen inmigrantes de los países vecinos, para llevar a los chilenos, a los nuevos centros salitreros de Antofagasta y Taltal, donde están instalándose muchas maquinarias; pero nosotros pensamos que no ha de ser así, porque de aquí, van, también, enganchadores a Tocopilla, Antofagasta y Taltal, a traer incautos.

En esto, no hay otra cosa que un plan preconcebido, en contra de los operarios chilenos, a quienes se hostiliza en todas las faenas. Se les arroja de Tarapacá, para que los enganchadores, los lleven al Sur, y allá, hacen otro tanto con ellos, para que regresen al Norte.

²⁹¹ El Pueblo, 29 de enero de 1903

²⁹² El Pueblo, 9 de Febrero de 1905

²⁹³ El Pueblo, 4 de Marzo de 1905

Es un juego del llevan y traen, que tiene por objeto mantener a los operarios en la miseria, viviendo al día, para que de esa manera tasque, pacientemente, el freno que les tienen puesto los capitalistas²⁹⁴.

Visiblemente, los trabajadores daban crédito a la idea de un propósito premeditado de los salitreros de Tarapacá, a quienes veían "empeñados en llenar la provincia de miseria y sustraerla, enseguida, del dominio del actual gobierno". Situación que se confirmaba para éstos con una internación de gente hacia 1902, que pasaba de "tres mil hombres en poco más de dos meses", cantidad suficiente —acotaban—, "para poblar no solo dos oficinas"²⁹⁵. Previniendo, al respecto, sobre una suerte de saturación de la zona que podía acarrear episodios de hambre, seguidos de "conmociones sociales que pueden ser para todos de funestas consecuencias"²⁹⁶.

En un primer acercamiento, la protesta obrera parece albergar tintes nacionalistas, no obstante, una nueva lectura nos permite vislumbrar que el conflicto se arraigó antes en un sentido de pertenencia local, que en otro de carácter nacional. En relación a esto, las referencias a una vaga noción de soberanía y asociada al concepto de nacionalidad, no son escasas, sin embargo, creemos ver en estas alusiones la utilización de un recurso discursivo, más que los lineamientos de un discurso estrictamente nacionalista²⁹⁷. Con lo anterior, no desestimamos el rol de un sentimiento de pertenencia nacional en Tarapacá, empero, consideramos que el énfasis en la construcción de un espacio social en el tiempo, cimentado en la apropiación simbólica de una realidad geográfica y en la experiencia cotidiana de una labor, parece otorgar preponderancia a la trayectoria del habitar²⁹⁸. Existe pues, una fuerte autoafirmación local que reclama el derecho de los pioneros independientemente del origen nacional de éstos:

²⁹⁴ El Pueblo, 9 de Febrero de 1905

²⁹⁵ El Trabajo, 25 de Diciembre de 1902

²⁹⁶ El Trabajo, 22 de Enero de 1903

²⁹⁷ En este sentido, se ha esgrimido que las quejas expresadas por el órgano de difusión de la Combinación Mancomunal Obrera, no se debían "porque se tratara de bolivianos y estuviera inspirada en una nacionalismo a ultranza, sino porque el enganche fue una institución creada por los patrones para bajar los salarios o quebrar los movimientos huelguísticos". Maldonado, C., González, S. y McGee, S. (1993). *Revista de Investigaciones Científicas y Tecnológicas*, 1 (2), p.39

²⁹⁸ Para el último tercio del siglo XIX se ha documentado en Tarapacá la expresión temprana de un nacionalismo popular que paradójicamente se trasladó con nitidez detrás de reclamaciones clasistas. Al respecto revisar Pinto Vallejos, J., Valdivia, V. y Artaza, P. (2003). *Op. cit.*

Protestamos de la inmigración peruana y boliviana, no por el hecho de que Chile tenga mala voluntad a esos países.

Protestamos, porque esos inmigrantes, arrancados a sus hogares con falsas promesas, vienen a servir de verdugos de los miles de obreros de la Pampa del Tamarugal, no solo de los chilenos, sino de sus mismos paisanos, peruanos y bolivianos, que hacen años comparten con los chilenos las ásperas faenas de la elaboración del salitre.

Protestamos en nombre de todos los obreros de Tarapacá, sin excepción de nacionalidades, porque todos salen perjudicados en esta especie de revancha que quieren tomar los oficineros²⁹⁹.

Más allá del nivel manifiesto de lo retórico, estos pronunciamientos comenzaron a revelar las fragmentaciones identitarias derivadas de las tensiones entre una posición de clase universalista y una identificación de clase localista o territorial³⁰⁰. Ciertamente, el aporte de la migración determinó una trayectoria histórica particular en Tarapacá, en donde hasta bien avanzado el siglo XX prevaleció una identidad regional —por sobre la nacional— que se sustentó en la plurinacionalidad, de ahí el juego entre lo local o regional y lo universal³⁰¹. En esta línea, la protesta contra la inmigración boliviana estructuró su discurso esgrimiendo como principio legitimador el interés obrero tarapaqueño, dejando entrever una pretendida intención de racionalidad y justicia en las reclamaciones:

No nos oponemos a que vengan a buscarse la fortuna a nuestro país los habitantes de las cinco partes del mundo, si así conviene a sus intereses, bien dueños son y los recibiremos siempre como cumple al carácter hospitalario y generoso del corazón chileno, y esto no puede alarmarnos en manera alguna, porque vemos en esta conducta de los hombres una aspiración legítima, basada en la civilización y progreso humano. Pero creemos notar que la inmigración que se viene extendiendo de una manera sistemática parece obedecer a un maligno plan estratégico de cambiar la faz de las cosas eliminando al elemento nacional de las industrias para ocupar a gentes de las serranías de las repúblicas vecinas [...]

No exageramos, porque existen oficinas en que sólo se emplean bolivianos serranos a quienes mantienen con un poco de coca y ron.

Y tan es así, que la oficina Cala-Cala tiene puestos avisos en quechua llamando a esa gente a sus faenas con promesas por cierto halagadoras; y no admiten trabajadores chilenos.³⁰²

²⁹⁹ El Pueblo, 29 de Enero de 1903

³⁰⁰ Tomamos esta distinción de Harambour, A. (2009). "Racialización desde afuera, etnización hacia adentro. Clase y región en el movimiento obrero de la Patagonia, principios del siglo XX". En Gaune, R. y Lara, M. (Eds.). *Historias de racismo y discriminación en Chile* (pp. 369-394). Santiago, Chile: Uqbar Ediciones

³⁰¹ González Miranda, S. (1990). *Op. cit.*, p.78

³⁰² El Trabajo, 18 de Octubre de 1902

Sin embargo, notamos que el reclamado recurso de sensatez es desplazado por estrategias simbólicas que simplificaron la diferencia representada por el boliviano. Al espíritu solidario e internacionalista de las primeras líneas le siguieron, casi por regla general, sospechas y aprensiones que justificaron el rechazo y la puesta en marcha de acciones tendientes a evitar la internación de bolivianos. El componente territorial y la defensa del espacio social construido no agotaron el conflicto por la inmigración, pues los discursos nos hablan de una diferencia cualitativa importante que alude a consideraciones de orden étnico. De este modo, creemos advertir que la solidaridad de clase y la identidad pampina prevalecieron por sobre contingencias y diferencias de origen nacional, pero no necesariamente en aquellas referidas a la raíz étnica³⁰³. Los periódicos obreros nos indican que no fue la nacionalidad sino las particularidades étnicas del inmigrante, lo que comenzaría a justificar el llamado a defender los puestos de trabajo, lo anterior frente a una inmigración que se mostraba perjudicial no sólo para trabajadores chilenos, sino además para antiguos operarios bolivianos y peruanos:

No es cierto que la protesta de los obreros de Tarapacá se refiera a la gente que llega del Perú y Bolivia, por tratarse de esas nacionalidades. La protesta tiene su origen en que esos inmigrantes vienen a poner por los suelos los salarios, trabajando por menos precio.

Los indígenas peruanos y bolivianos que se están trayendo del interior, se conforman con un sueldo mezquino, creyendo que aquí la vida es barata como en sus países.

Y aceptando los jornales bajos, hacen un mal grandísimo, no sólo a los operarios chilenos, sino también a los peruanos y bolivianos antiguos, que hace años comparten con el esforzado obrero nacional [...] ³⁰⁴.

De esta manera, avizoramos que la variante étnica constituyó una tercera arista en el cuadro de tensión ya delimitado entre una dimensión obrera internacionalista y el sentimiento de pertenencia local, dibujando simultáneamente distintos criterios de

³⁰³ Particularmente, proporcionamos algunos antecedentes que permiten cuestionar la ausencia de conflictos étnicos en la sociedad pampina. Un matiz respecto a lo planteado por Sergio González, para quien la identidad pampina estuvo "por sobre fundamentales contradicciones sociales como la de clase, de nacionalidades, étnica; y por sobre identidades locales y laborales, etc." González Miranda, Sergio. (2002b). *Op. cit.*, p.32; Esgrimiendo, particularmente, que "entre 1890 y 1907 prevaleció entre chilenos, bolivianos y peruanos una solidaridad de clase que estuvo por sobre las contingencias y diferencias de origen étnico o nacional". González Miranda, S. (1999). "El proceso de chilenización de la región de Tarapacá: Ligas patrióticas y escuela fiscal, 1907-1950". *Travesía*, 3, p.59. Sobre el internacionalismo obrero, también revisar Artaza, P. y Godoy, E. (2013). *Op. cit.*

³⁰⁴ El Pueblo 13 de Enero de 1903

diferenciación³⁰⁵. El problema no se reducía entonces a la distinción entre obrero nacional y obrero extranjero, ni tampoco entre pampino antiguo e inmigrante (nacional o extranjero). Lo particular de esos enganches estuvo en la internación de un operario que, paralelamente, se construía como trabajador inmigrante, extranjero e indígena, siendo esta última característica lo que permitió edificar un discurso defensivo aunque coherente con las lógicas obreras, pero también pampinas³⁰⁶.

De acuerdo con Sergio González, "no hubo entre los obreros separaciones y discriminaciones claras y evidentes que recoja la memoria histórica", pero que —de todas formas— "la disputa entre el obrero organizado y el boliviano o indígena no comprometido fue importante en algunas circunstancias"³⁰⁷. En torno a esto, observamos que bajo la apelación al mundo indígena, los trabajadores pampinos pudieron explicar la desastrosa situación económica que experimentaban sin poner en peligro la unión plurinacional del elemento obrero —en tanto bandera reivindicativa—, pues el conflicto inmigratorio no fue decodificado primordialmente en términos nacionalistas, sino que fue presentado como una dicotomía entre el elemento trabajador y el componente indígena. Al poner el acento en la identidad étnica se anulaban premeditadamente las otras dimensiones identitarias de los inmigrados, por lo que la deliberada denominación de "indios" develaba los fines exculpatorios del segmento obrero pampino³⁰⁸.

En esta línea, los periódicos obreros fueron explícitos en su protesta, manifestándose en una abierta campaña contra la internación de indígenas, los que fueron representados bajo una funesta rivalidad laboral, pues como era "gente acostumbrada al poco salario que se paga en las faenas agrícolas, inicia una desastrosa competencia con nuestro roto, haciendo por menos precio el pesado trabajo de la pampa"³⁰⁹. Se afirmaba que de esa forma se había ido "depreciando el trabajo en la pampa, antes tan productivo para el

³⁰⁵ Sobre la variable étnica dentro de la problemática "nacional", considerar: Gundermann, H. (1998). "Comunidad aymara, identidades colectivas y estados nacionales en los albores del siglo XX". En Artaza, P. (et al.). *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp. 153-181). Santiago, Chile: LOM Ediciones, DIBAM

³⁰⁶ Lo anterior, pues a pesar de los conflictos diplomáticos entre Chile, Perú y Bolivia, "la sociedad del salitre demostraba tener una gran capacidad de resistencia, al restaurar los tejidos dañados por el discurso nacionalista de los tres países a través de la sociabilidad, la vida en comunidad, los movimientos sociales y las fiestas religiosas". González Miranda, S. y Rodríguez, G. (2008). *Op. cit.*, p.243

³⁰⁷ González Miranda, S. (2002b). *Op. cit.*, p.213

³⁰⁸ Revisar Romer, M. (2006). "Algunos enfoques teóricos para el estudio de la identidad étnica individual en el medio urbano". *Dimensión antropológica*, 37 (13), 127-150

³⁰⁹ El Pueblo, 28 de Enero de 1905

obrero, y poco a poco se ha ido expulsando de las oficinas al elemento chileno, substituyéndolo por gente peruana y boliviana que por millares ha invadido esta provincia"³¹⁰. Los pampinos juzgaban que la disminución de sus salarios y el aumento de la carga laboral en las distintas faenas de la industria, estaba siendo propiciado por la presencia indígena³¹¹. Más aún, la abundancia de este tipo de mano de obra circulante fue interpretada como un aliciente para la sustitución y expulsión del obrero pampino desde las tierras salitrales:

Se puso el grito en el cielo cuando veíamos que en cada vapor que llegaba del Norte venían ochenta o más trabajadores para las distintas oficinas salitreras, de tal manera que los diarios grandes (lo que nos extrañó) también hablaron pidiendo se pusiera coto a esa internación de gente arrancada de sus patrios hogares con falaces promesas; pero las autoridades, que oían esto como quien oye llover hicieron caso omiso de esta prudente advertencia y las cosas siguieron como los salitreros lo habían dispuesto, es decir, trayendo gente que, pagándoles menos sueldo, aumentándoles las horas de trabajo y que obedeciendo ciegamente y sin réplica sus órdenes se prestaran, inconscientes, a ser los verdugos de sus compañeros estableciendo la competencia en el trabajo cuando en alguna oficina quisieran los *rotos insolentes* reclamar por lo poco de sus jornales.

De ese modo y con este propósito trajeron a Tarapacá más de cuatro mil trabajadores las diferentes casa salitreras mientras que los trabajadores chilenos vagaban ociosamente sin saber en qué ocuparse ni cómo ganar el cotidiano pan para sus familias.

Los chilenos emigraron al Sur en busca de suelo más hospitalario y los peruanos y bolivianos, no acostumbrados a las rudezas del trabajo en las faenas salitreras regresaban a su país natal.

Los más afectados con la internación eran los chilenos que tenían que ceder sus puestos a los peruanos y bolivianos que trabajaban más horas por menos precios que ellos³¹².

Las causas que legitimaban el rechazo hacia el mundo indígena, se hundían en consideraciones culturales que interpretaban a los "indios" como sujetos acostumbrados a la pobreza y proclives a la sumisión, emergiendo como un grupo humano susceptible a la

³¹⁰ El Pueblo, 28 de Enero de 1905

³¹¹ Respecto a la presencia indígena en las salitreras, ver: González Miranda, S. (1996). "Quechuas y aymaras en las salitreras de Tarapacá". En Albó, X. (et. al). *Integración Sur Andina Cinco Siglos Después* (pp.353-361). Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos de las Bartolomé de las Casas, TEA, UCN; Díaz, A. y Tapia, M. (2013). "Los Aymaras del Norte de Chile entre los siglos XIX y XX. Un recuento histórico". *Atenea*, 507, pp.190-193

³¹² El Trabajo, 14 de Marzo de 1903

explotación³¹³. En este sentido, un obrero de la Oficina Buen Retiro se quejaba amargamente de los abusos cometidos por los correctores, afirmando que "aun tienen el decir, de que se han propuesto hacer salir de la oficina a todos los trabajadores antiguos, porque sólo desean tener indios, de los que abundan tanto, y con quienes hacen lo que les da la gana"³¹⁴. Ciertamente, se identificó una mano de obra martirizada, venida de otras tierras y con la que los salitreros podían "hacer y deshacer"³¹⁵. No obstante, la figura del indígena quedaba sumergida en la dualidad víctima/enemigo, puesto que las manifestaciones obreras reconocían el engaño y el abuso de que éstos eran objeto por parte de los capitalistas, pero al mismo tiempo percibían cómo su presencia desdibujaba —a través de la miseria que les era adjudicada— un supuesto cuadro de bienestar previo:

Se trata de que los chilenos no se dejan meter el dedo en la boca, como lo toleran los indígenas que los capitalistas están importando del Perú y Bolivia.

Quieren bestias de carga, dóciles al látigo del caporal.

Quieren esclavos indios, sumisos a la ración de hambre que les dan.

El chileno es atrevido dicen, sin pensar que ese desgraciado roto, paria en su misma tierra, protesta sólo cuando ya le han colmado la medida³¹⁶.

Constatamos que las páginas de los periódicos obreros nos iluminan respecto a un emplazamiento, desde donde los indígenas aparecen bajo la categoría de víctimas del capitalismo, principalmente a causa de los pesares que implicaba constituirse en un "enganchado". En consecuencia, la victimización del sujeto denota una suerte de sintonía con las miserias de ese otro desconocido, a quien la violencia de la explotación y la pobreza le azotó por igual. No obstante, esta representación del boliviano como víctima de la voracidad salitrera, se presentó usualmente de manera concatenada con la imagen del inmigrante como una amenaza a la estabilidad del obrero chileno. En esta línea, la condición inicial de desamparo y engaño que le fue concedida a este conjunto de hombres recién llegados a las pampas salitreras, parece supeditarse a una figura mucho menos inofensiva que nos remite al temor hacia lo extraño. Desde esta perspectiva, el indígena fue reconocido como un peligro a la posición labrada en el tiempo y, por lo mismo, emergió

³¹³ El Pueblo, 9 de Febrero de 1905

³¹⁴ El Pueblo, 18 de mayo de 1905

³¹⁵ El Pueblo, 2 de Diciembre de 1902

³¹⁶ El Pueblo, 29 de Enero de 1903

como un sujeto de competencia al que la comunidad exacerbó sus defectos, o incluso los construyó al decir de la habladuría³¹⁷.

La falta de carácter de este grupo cultural se fue convirtiendo en la gran crítica del sector obrero pampino, pues se vio en este rasgo una de las causas de la predilección de los salitreros por los indígenas bolivianos, en desmedro de los trabajadores chilenos. En esta línea, los trabajadores se preguntaban "¿Por qué van los oficineros a buscar gente al interior, cuando abundan aquí los brazos nacionales?", y respondían que se debía a que "el indígena, de suyo sumiso, no tiene la altivez del obrero chileno, y se presta fácilmente a servir de instrumento dócil del Capital"³¹⁸. La lógica de esta imagen es que se podía pagar menos salario y aumentar la carga laboral sin que existiese oposición alguna sino, por el contrario, una obediencia ciega e inconsciente que los convertía en verdugos de sus propios compañeros chilenos. En este sentido, los escritos nos hablan de los indígenas bolivianos como sujetos susceptibles de ser violentados, pues "como esta pobre gente no sabe defender sus derechos [se] ha encontrado en ellos una mina de explotación"³¹⁹.

Para justificar esta inquietud ante un componente foráneo, la figura de la amenaza se rodeó de percepciones negativas respecto a las costumbres del inmigrante y se fomentó con la representación de la inferioridad del indígena boliviano. En relación a esto, en el contexto de los enganches son numerosas las referencias que aluden a alegorías como "mercancía humana", "cargamentos de manadas de cordero" o "reses al Matadero", expresiones que nos remiten al otorgamiento de una cierta condición de desvalimiento, pero siempre enmarcada en un tono discursivo desdeñoso³²⁰. De este modo, la vinculación con el mundo indígena fue entendida como una asociación desfavorable tanto en el escenario social como en el laboral. Así lo evidencia, por ejemplo, una carta remitida desde la oficina San Esteban, en donde un desencuentro entre dos trabajadores da lugar al despido de uno de los implicados. El operario desfavorecido recalca en su narración que "el carretero fue a quejarse al administrador, quien me llamó, tratándome como un indio cualquiera, ignorando

³¹⁷ Sobre la discriminación étnica en el período salitrero, ver: Mamani, J. C. (2005). *Los rostros del aymara en Chile: el caso de Parinacota*. La Paz, Bolivia: Plural Editores, pp.91-94

³¹⁸ El Pueblo, 27 de Noviembre de 1902

³¹⁹ El Trabajo. Iquique, 4 de marzo de 1905

³²⁰ El Trabajo, Iquique, 21 de febrero de 1906; El Trabajo. Iquique, 5 de mayo de 1906; El Pueblo. Iquique, 11 de noviembre de 1902

tal vez que yo era chileno"³²¹. En otra carta pampina que versaba sobre la disminución en el pago por carretada de caliche, el remitente se quejaba amargamente de que él no era "indio ni esclavo para trabajar de balde" y por eso se retiraba de la oficina³²². Por consiguiente, advertimos que los trabajadores se resistieron a ser interpretados o confundidos con los indígenas, percibiendo como una afrenta la circunstancia de ser tratados como "indios" y como una humillación la imposición de tener que vivir en "inmundas pocilgas propias sólo para indígenas"³²³. Palpablemente, el mundo indígena se presentaba hacia sus ojos como un espacio cargado de significados negativos, cuyas repercusiones podían percibir en las faenas y los campamentos.

Dentro de este escenario de temores, las frecuentes inmigraciones de indígenas provenientes de Bolivia y Perú comenzaron a ser identificadas como la causa de algunos sucesos desagradables ocurridos en la pampa. En particular, se esgrimía que, como consecuencia de la internación de gente, en 1903 existían dos mil operarios chilenos sin trabajo y que esos "hombres, sin tener con que comer, están fermentando una catástrofe, que tal vez haga tambalear el orden y tenga funestas consecuencias"³²⁴. De este modo, se acusaba que el desarrollo de una serie de asaltos en la pampa, constituía el "efecto del plan de los señores oficineros, de despedir a los chilenos, para reemplazarlos por indígenas", agregando que "la culpa de esto la tienen los salitreros, porque han dejado sin trabajo a miles de operarios que vagan por la pampa, y que al no tener un pan con qué comer, hacen cualquiera barbaridad"³²⁵.

El acento estaba en que no se trataba de los simples robos acostumbrados en los pueblos del interior o en las cercanías de las oficinas, sino de hechos de gran violencia que mantenían consternada a la sociedad del salitre y que tenían como principal víctima a la "gente de pueblo". Se insistía en que la acción de "arrancar el pan de la boca a los chilenos", representaba una hostilización que estaba "lanzando al bandalaje" a muchos pampinos³²⁶. De este modo, la inmigración propiciada por los oficineros emergió como el

³²¹ El Pueblo, 3 de Septiembre de 1904

³²² El Pueblo, 31 de Enero de 1903

³²³ El Pueblo Obrero, 19 de Enero de 1907

³²⁴ El Pueblo, 17 de Enero de 1903

³²⁵ El Pueblo, 5 de febrero de 1903

³²⁶ El Pueblo, 10 de febrero de 1903

origen profundo de diversas situaciones delictivas, permitiendo generar desde ahí respuestas ante un estado incrementado de violencia. Asimismo, la presencia boliviana se representó no sólo como la raíz de una seguidilla de convulsiones sociales, sino también como un agente transgresor, principalmente a través de la asociación de bolivianos con el tráfico de licores. Se exigía que la vara con que se medía la ley fuera igual "tanto para los chilenos, como para los indios bolivianos, que están trayendo para despojar del trabajo a los hijos de Chile", denunciando que era "el caso de que los indios entran de noche un burro, cargado con damajuanas de huachucho, que es un veneno, y es necesario que el jefe de pulpería, no permita ese descaró"³²⁷. De modo que, a pesar de las conocidas quejas frente al control de ingreso de mercancías a las oficinas, los trabajadores solicitaban se declarara la infracción de contrabando.

En efecto, la inmigración de indígenas se asomará como un problema social tempranamente, sin embargo, pensamos que es en fechas posteriores a la inflexión obrera de 1904, cuando emergen con mayor claridad sus lineamientos. Acerca de esto, los periódicos obreros se preguntaban si: "¿Acaso no comprenden esas autoridades que, eso es una sangrienta burla que se hace a las leyes del país, dentro de la esfera del orden público, por cuanto es el germen de muy posibles perturbaciones internas y quizás internacional? [...] ¿Acaso se cree que es fácil que un hombre, se mantenga en los límites de la prudencia, cuando la miseria lo estrecha entre sus zarpas, famélico, truncadas sus ilusiones, y que se suicide, dejándose morir de hambre?"³²⁸. Socialmente, se construía entonces, un chivo expiatorio y se alentaba la antipatía hacia los nuevos inmigrantes llegados desde las vecinas Repúblicas³²⁹.

En torno a lo anterior, una inserción dentro del periódico *El Trabajo* aseveraba que "nadie ignora que se abrió una verdadera campaña en contra de la internación de gente peruana y boliviana para reemplazar a los obreros chilenos que exponían sus justas

³²⁷ El Pueblo, 31 de Enero de 1905

³²⁸ El Pueblo, 15 de noviembre de 1904

³²⁹ Sergio González ha indicado que "en aquellas oportunidades, cuando la categoría étnica entró en contradicción con la obrera fue duramente reprimida: como la crítica obrera a los indígenas rompehuelgas o «crumiros», que en algunos casos llevó a actos violentos como ponerle polleras por la fuerza, con el propósito de humillarlos para que «tomaran conciencia». González Miranda, S. (2006b). *Op. cit.*, p.39

reclamaciones"³³⁰. No obstante, diversos antecedentes nos permiten colegir que esta animosidad no representó sencillamente una opinión levantada por una intelectualidad obrera, ubicándose más bien al interior de un campo de fuerzas de influencias mutuas. Al respecto, observamos que los comicios de Iquique, celebrados en diciembre de 1902 para protestar, entre otras cosas, por los enganches de bolivianos y peruanos, demuestran una discordancia entre el afán de justicia esgrimido por sus organizadores y la conducta impulsiva acusada por las bases. El periódico señalaba que la intención estaba en la defensa de los intereses de los trabajadores "pero resultó que algunos fonógrafos sacaron los pies fuera del plato, o la lengua fuera de la boca, y se largaron a insultar a los peruanos y bolivianos por solo el hecho de ser víctimas de engaño de los usureros del capitalismo"³³¹.

Por su parte, la pampa no estuvo exenta de estos episodios y varias noticias nos hablan de la "germinación de ciertas hostilidades por ambas partes" y de sucesos anormales "con motivo de los desórdenes que se suscitan entre bolivianos y chilenos"³³². En esta línea, el periódico *El Pueblo* señalaba que "un rumor muy hostil está circulando por la pampa, que es presagio tal vez de funestos acontecimientos, que desde luego rechazamos", agregando que esas murmuraciones que recorrían varias oficinas se podían traducir en las siguientes palabras: "Sólo cuando toquemos a degüello, cesará esa inmigración y esta hostilización a los chilenos"³³³. Así, entre las referencias que aluden a predisposiciones contrarias a los inmigrantes bolivianos, encontramos un caso de robo en Catalina en donde algunos bolivianos fueron despojados de "una bolsa de coca, cuatro carabinas de oro y dos o tres anillos". Añadiendo que "los que robaron, repetían al retirarse: Vamos a robarle a todos los bolivianos"³³⁴. Asimismo, destacan algunas reuniones espontáneas de pampinos que discurrieron sobre la necesidad de tomar medidas frente al reemplazo:

El administrador de Primitiva quiere indios bolivianos, que le saquen caliche todo el día en pago de dos onzas de coca.

Ya tiene tela para cortar, el administrador, con su plan anti-chileno.

³³⁰ El Trabajo, 14 de Marzo de 1903

³³¹ El Pueblo, 30 de Diciembre de 1902

³³² El Pueblo 25 de Diciembre de 1902; El Pueblo 20 de Octubre de 1904

En torno al conflicto entre chilenos, peruanos y bolivianos durante la segunda mitad del siglo XIX, revisar: Osorio, C. (2001). *Op. cit.*

³³³ El Pueblo, 13 de Enero de 1903

³³⁴ El Pueblo, 15 de Enero de 1903

En la Estación de Primitiva, fue donde oí una conversación entre varios trabajadores, sobre la expulsión que se está haciendo de los chilenos, en lugar de gente que extraiga caliche gratis, sin darle ni la comida.

Entre los múltiples planes de venganza que se hacían esos pobres hijos del trabajo, figura el siguiente, compendiado en estas palabras:

- Hay que prender fuego, compañeros, a dos oficinas. Sólo entonces dejarán los gringos de hostilizarnos³³⁵.

A tal punto había llegado la aversión que ante la llegada de una enganche de 35 bolivianos con sus respectivas mujeres, los trabajadores exclamaron: "Llegó la bubónica". La misma noticia señalaba que "los comentarios que se hacen acerca de estos nuevos habitantes son muchos"³³⁶, mientras que un mes después, en la misma oficina Pan de Azúcar, el arribo de 45 bolivianos y 25 bolivianas suscitó que fueran "silbados estrepitosamente"³³⁷. En esta línea, la inmigración boliviana —aunque también se aludía a la peruana y aún a la chilena del sur— se tornaba tan exasperante que constituyó una de las razones esgrimidas para explicar las acciones vengativas iniciadas por los trabajadores y que se expresaron a través de la explosión de dinamita en edificios de administraciones y pulperías³³⁸.

Sobre lo dicho, podemos señalar que si bien los registros que denotan algún grado de desdén o abierta animadversión son abundantes, lo cierto es que también encontramos llamados a la fraternidad sin excepción de nacionalidades. En este sentido, las celebraciones de las fiestas patrias de Perú, Bolivia y Chile se configuraron en instancias de unión y entusiasmo general. Así, lo demuestran, por ejemplo, los festejos del 28 de Julio en la Oficina Constancia en donde "un amigo boliviano se resintió de que no se avivara a su patria y se quejó de este olvido, a lo que la concurrencia le contestó con entusiastas vivas a Bolivia, con lo que quedó muy complacido el hijo de la altiplanicie"³³⁹. Sin embargo, estos aniversarios tampoco estuvieron libres de disputas y en algunos casos su organización

³³⁵ El Pueblo, 24 de Enero de 1903

³³⁶ El Pueblo 11 de Febrero de 1905

³³⁷ El Pueblo 02 de Marzo de 1905

³³⁸ El Pueblo, 12 de Septiembre de 1905

Sobre la utilización de la dinamita en un contexto de "autodefensa obrera", revisar: Goicovic Donoso, I. (2003). *Op. cit.*; También revisar Godoy Sepúlveda, E. (2016). *Op. cit.*

³³⁹ El Pueblo, 3 de Agosto de 1901

generó algunos conflictos³⁴⁰. Ahora bien, creemos que estos emplazamientos refieren a un discurso que —en su apelación a la unidad entre chilenos, peruanos y bolivianos— no está incluyendo el elemento indígena, razón por la que estos antecedentes de compañerismo entre nacionalidades no serían, en rigor, contradictorios a la protesta contra la inmigración de "indios". De todos modos, la posición hacia los bolivianos de mantuvo en una ambivalencia permanente que por momentos expresó total camaradería, mientras que en otros manifestó una clara hostilidad:

En Chile viven tranquilos y considerados peruanos y bolivianos sin que pensemos en molestarle aún cuando en varios casos algunos de ellos han hecho uso de las armas ultimando a uno de los nuestros.

Pero en aquellas naciones no toman ejemplo de esta actitud francamente benévola y fraternal que usamos con los residentes en nuestro suelo.

No hace mucho un empleado de la legación chilena en Bolivia fue mutilado y otro asesinado con alevosía, dándose por excusa cualquier causa aparente, para cambiar el carácter verdaderamente responsable del gobierno boliviano ante esos crímenes imperdonables de ese pueblo. [...]

Que paguen la hospitalidad que les brindamos, o procederemos a las represalias³⁴¹.

En suma, creemos constatar que el indígena boliviano se construyó socialmente como un "otro enemigo", que tuvo la función social de explicar ciertos males y hacer más comprensible la realidad en coyunturas de especial insatisfacción e inseguridad. Lo anterior, puesto que las situaciones de frustración social propiciaron la creación de un objeto exterior a través del cual canalizar estas impresiones, razón por la que la otredad se convirtió no sólo en la causante de los problemas, sino que permitió "la descarga de pulsiones agresivas directas o simbólicas"³⁴². Más aún, el prisma de la competencia económica generó antagonismos particulares en cuanto la estratificación social y la étnica se vieron solapadas³⁴³. De este modo, los distintos períodos de crisis presentaron la figura del inmigrante boliviano, particularmente del indígena, como una amenaza a la estabilidad del obrero chileno. Una amenaza que se expresaba primordialmente en el ámbito laboral,

³⁴⁰ El Pueblo, 14 de Junio de 1902

³⁴¹ El Trabajo, 12 de diciembre de 1906

³⁴² Tortosa, J. M. (2003). "La construcción social del enemigo". *Convergencia*, 33, p.186

³⁴³ *Ibidem*, p.187

pero que también tocaba esferas como la salubridad pública y el equilibrio político-social de la provincia de Tarapacá.

Si bien persistieron algunas protestas que aludieron al componente étnico, tratándose de una manifestación discursiva que se extendió incluso hasta unos pocos meses antes de la matanza de Santa María de Iquique, lo cierto es que en el transcurso de 1906 disminuye la intensidad de las reclamaciones y hacia fines de ese año se mostraba patente que el acarreo de grandes cantidades de gente, tanto la extranjera del Norte como la que venía desde el Sur del país, estaba generando desastrosas consecuencias para "el elemento trabajador nacional y extranjero de la pampa". En relación a esto, se exponían los funestísimos resultados que el problema de la inmigración traía a los operarios establecidos con anterioridad —y sin distinción de nacionalidades—, sentenciando que "las grandes partidas de trabajadores chilenos, peruanos y bolivianos, que semanalmente se distribuyen en las faenas salitrales y que son engañados miserablemente por esos importadores de carne humana, para entregarlos en brazos de la explotación más inicua, no tiene cuando concluir"³⁴⁴. Se difuminaba lentamente el tema indígena y se vinculaba en un mismo problema migratorio tanto la afluencia de trabajadores proveniente desde Bolivia y Perú, como la que se gestaba desde el Sur de Chile. De modo que, en cuanto se asentaba progresivamente el bosquejo de una identidad arraigada en un proyecto de transformación social, también se reconocía en el cosmopolitismo una condición inherente a la realidad pampina, admitiéndose, en consecuencia, que las adversidades económicas y laborales concertaban la protesta conjunta de todo el elemento trabajador:

Desde luego, si es innegable que la altivez y el indomable espíritu de la independencia, priman en el carácter chileno, no es menos cierto que en las salitreras se ocupa una cantidad de individuos que, en la mitad por lo menos, son de nacionalidad extranjera y no tienen por característica la que es peculiar de los chilenos.

Y sin embargo, las reclamaciones por escasez de salario, por tratamientos poco benignos, por el pago en fichas, por la irresponsabilidad de los patrones de los accidentes del trabajo y por muchas otras causas, cien veces repetidas, tales reclamaciones, decimos, no las hace el trabajador chileno, sino todos los trabajadores, sin distinción de nacionalidades.³⁴⁵

³⁴⁴ El Pueblo Obrero, 29 de Diciembre de 1906

³⁴⁵ El Pueblo Obrero, 12 de Septiembre de 1907

Hacia fines de 1907 emerge entonces —y de manera paradigmática—, la solidaridad de clase mostrada por peruanos y bolivianos en el contexto de la huelga que terminaría en la masacre de la Escuela Santa María. Al respecto, la historiografía ha destacado la negativa de los obreros de estas nacionalidades de abandonar el conflicto, marcando el punto culminante de un movimiento social popular con trayectoria internacionalista³⁴⁶. En esta línea, se ha afirmado que peruanos y bolivianos habrían acompañado de forma voluntaria a los chilenos, interpretando como un acto de traición abandonarlos a "la hora del sacrificio"³⁴⁷. Sin embargo, también existen antecedentes provenientes de las comunicaciones consulares de Bolivia, que señalan que "los bolivianos tomaron parte por compañerismo y amenazados"³⁴⁸.

En cualquier caso, el aquejamiento generalizado de las consecuencias de la explotación y el surgimiento de un nuevo chivo expiatorio, reforzaron momentáneamente un discurso internacionalista acotado al margen latinoamericano, abriendo con ello una nueva trinchera de lucha. En este sentido, advertimos que la dinámica de exclusión discursiva que afectó a los indígenas comenzó a ser eclipsada por el ingreso repentino y enérgico de un flujo migratorio asiático, de suerte que, conforme se iba asentando el conflicto por la "inmigración amarilla", se producía un progresivo amenguamiento del discurso contrario a la internación de indígenas bolivianos. Mientras que, paralelamente, emergían alocuciones que apelaban a la cohesión del elemento trabajador nacional y extranjero que casi por tradición compartían en suelos tarapaqueños. De esta manera, se constituía un argumento similar, al señalado años anteriores cuando se iniciaba la inmigración boliviana y el sector obrero intentaba justificar sus aprehensiones defendiendo el derecho de los pampinos antiguos, independiente de la nacionalidad.

Bajo estas consideraciones es que podemos contextualizar el emplazamiento de un calichero de North Lagunas que, desde las páginas de la prensa obrera, insistía en que resultaba imperativo "que los obreros chilenos, peruanos, bolivianos y argentinos, ocupados

³⁴⁶ González Miranda, S. (2007b). *Op. cit.*, pp.232-242; Sobre el internacionalismo obrero, también revisar Artaza, P. y Godoy, E. (2013). *Op. cit.*

³⁴⁷ De acuerdo a la narración de Nicolás Palacios citada en Devés, E. (1997). *Op. cit.*, pp. 186-188

³⁴⁸ Calderón Jemio, R. (2008-2009). "Bolivianos/as en las salitreras de Tarapaka y el papel del Cónsul Arístides Moreno, 1905-1911". *Anuario de Investigación*, pp.230-231

en las pampas del salitre, desde Tarapacá a Taltal", estuvieran alerta para esperar a los "robustos y fornidos asiáticos" con que se les pretendía expulsar de su suelo³⁴⁹. En este escenario, los trabajadores hacían un llamado general —tanto a chilenos como a peruanos y bolivianos—, para dejar atrás las rencillas y "hacer causa común en la defensa de sus debilitadas fuerzas y estómagos"³⁵⁰. Años más tarde, continuaba esta apelación discursiva, y una nueva oleada de inmigraciones asiáticas ubicaba en un mismo frente de peligro "a los robustos obreros chilenos, peruanos y bolivianos, ya connaturalizados con esas rudas faenas" del salitre³⁵¹.

Si bien en un principio los móviles de la inmigración boliviana fueron relacionados con la llamada inmigración amarilla —apareciendo como dos situaciones relativamente equiparables en cuanto a consecuencias laborales y económicas—, lo cierto es que en un segundo momento, la internación de asiáticos desconcentró la preocupación en torno a los indígenas, originando llamados de unión del elemento nacional y extranjero ya asentado en la pampa, lo que probablemente pueda estar indicando una asimilación del componente indígena en el ámbito laboral y político³⁵². Sin duda, podemos hallar el problema boliviano con total claridad hasta 1906, diluyéndose en el transcurso de 1907 y esfumándose casi totalmente luego de la inflexión obrera de ese año. Y a pesar de los antecedentes existentes en torno a nuevas migraciones bolivianas en el período posterior a la matanza de Santa María de Iquique, lo cierto es que las páginas de la prensa obrera se silencian al respecto³⁵³.

II.2.- De la construcción social del inmigrante boliviano a la discriminación étnica

En una comunicación remitida desde la Oficina Ramírez se manifestaban quejas por "los indios bolivianos llamados Cambas" y los "bullicios de bombos y otros instrumentos"

³⁴⁹ El Pueblo Obrero, 25 de Abril de 1907

³⁵⁰ El Pueblo Obrero, 25 de abril de 1907

³⁵¹ El Pueblo Obrero, 10 de Junio de 1909

³⁵² Sobre el proceso de aculturación y chilenización del mundo indígena, revisar: Tudela, P. (1993-1994). "Chilenización y cambio ideológico entre los aymaras de Arica (1883-1930). Intervención religiosa y secularización". *Revista Chilena de Antropología*, 12, 201-231; Van Kessel, J. (1985). "Los aymaras contemporáneos de Chile (1879-1985): su historia social". *Cuaderno de Investigación Social*, 16, 1-33

³⁵³ Sobre las migraciones bolivianas posteriores a la huelga de 1907, revisar González Miranda, S. (2002b). *Op. cit.*, p.47; González Miranda, S. (2006a). *Op. cit.*

que los reclamantes calificaban "propios de los indígenas"³⁵⁴. La reclamación reflejaba no sólo una presencia boliviana diversa, venida desde las más recónditas provincias de la vecina República, sino también la demarcación de una diferencia que apuntaba hacia un carácter y un comportamiento asimilados como extraños³⁵⁵. La referencia explícita a este grupo étnico no la volveremos a hallar en la prensa, pero nos introduce a una situación que marcará la relación de asimetría entre pampinos e indígenas. En este sentido, si bien las protestas en contra de la introducción del elemento indígena incluyó frecuentemente a peruanos y bolivianos, lo cierto es que son bastantes las referencias que ponen el acento o bien se dirigen de forma exclusiva a éstos últimos. Más aún, es posible sospechar que se produjo una determinada homologación entre la categoría "indígena" y "boliviano", mientras que por otro lado es factible pensar que un importante número de inmigrantes bolivianos habrían sido catalogados como peruanos al ser reclutados en las provincias meridionales del Perú, situación que habría tenido lugar particularmente durante el transcurso del año 1905³⁵⁶.

Diversos antecedentes proporcionados por la prensa obrera nos permiten fundamentar esa última conjetura. Al respecto, es preciso mencionar —primeramente—, que ya a inicios de 1903, algunas composiciones del Poeta Sagasquino publicadas por *El Pueblo*, proporcionaban antecedentes de reclutamientos de gente en Arequipa y Tacna para las faenas salitreras³⁵⁷. No obstante, a partir del último trimestre de 1904, se anunciaban formalmente "enganches de indios" provenientes desde el interior de Arequipa y de los cuales no se indicaba generalmente la nacionalidad, pero se informaba que el enganchador

³⁵⁴ El Pueblo 23 de Junio de 1900

³⁵⁵ Respecto a la presencia indígena en Bolivia, revisar: Calderón Gutiérrez, F. (1978). "Los pueblos quechua y aymara en la formación y desarrollo de la sociedad boliviana". En UNESCO. *Raza y clase en las sociedades post-coloniales: un estudio sobre las relaciones entre los grupos étnicos en el Caribe de lengua inglesa, Bolivia, Chile y México* (pp.185-226). París, Francia: Editorial de la Unesco; Albó, X. (1998). *Quechuas y Aymaras*. La Paz, Bolivia: Ministerio de Desarrollo Sostenible y Planificación. Viceministerio de Asuntos Indígenas y Pueblos Originarios. Programa Indígena-PNUD

³⁵⁶ Tal como ha señalado Sergio González, "durante el ciclo de expansión del salitre las comunidades andinas fueron vistas como un todo homogéneo, no se advertían aún sus peculiaridades internas; incluso en el imaginario popular se confundía al hombre andino chileno con el boliviano". González Miranda, S. (2002a). *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino 1880-1990*. Santiago, Chile: DIBAM, p.60

³⁵⁷ "También en esta oficina [California] / han encontrada peguita / traer gente de Arequipa / para que se haga pampina / les meten diez mil pampinas / hasta que son engañados / dándoles unos pocos cobres / y ahora están estos pobres / bastante desesperados." El Pueblo, 8 de Enero de 1903

"Según andan los rumores / ya por angas o por mangas / que en la provincia de Tacna / hay varios enganchadores. / ¿Qué querrán estos señores / que el roto se haga matar?". El Pueblo, 31 de Enero de 1903

era "un tal Cáceres", a quien se sindicaba de estar continuamente en búsqueda de indígenas para trasladar a las distintas oficinas de la pampa³⁵⁸. En segundo lugar, verificamos que a partir de Enero de 1905 el periódico *El Pueblo* anunciaba el inicio de una sección de noticias bolivianas, espacio análogo al ya constituido para Perú y que tenía por finalidad "satisfacer el natural deseo de los numerosos suscriptores" que se tenían de esa nacionalidad. Se aclaraba más adelante que las informaciones serían tomadas de los canjes que se poseían con *La Nación* de La Paz, *El Comercio* de Cochabamba y *El Obrero Nacional* de Oruro³⁵⁹.

De esta manera, algunas semanas más adelante se comunicaba que en ese país los agricultores estaban "justamente alarmados con la larga e inusitada suspensión de lluvias", declarando ser un "año verdaderamente excepcional" debido a "la esquivez del cielo"³⁶⁰. No se indicaba con exactitud la provincia afectada, pero presumimos que en razón de esa sequía, unas semanas antes *El Diario* de La Paz protestaba porque su "indiada de la altiplanicie emigra al Perú, y que el resto se encuentra vagando sin trabajo"³⁶¹. Si bien la crónica que informaba sobre el éxodo de indígenas hacia el Perú se ubicaba en la sección "provincias", sólo indicaba que esta "indiada" era originaria de la "altiplanicie" y se solicitaba que el gobierno prohibiera la emigración hacia el exterior, en vistas de la necesidad de brazos en la provincia de Yungas, perteneciente al departamento de La Paz. En relación a esto, no era la primera vez que los indígenas se disponían a emigrar por problemas de escasez de lluvias y las subsecuentes malas cosechas, por lo que deducimos que la excepcionalidad vivida hacia 1905 se hallaba en la magnitud del problema y en la consiguiente emigración masiva desde Bolivia³⁶².

³⁵⁸ *El Pueblo*, 22 de Septiembre de 1904

³⁵⁹ *El Pueblo*, 7 de Enero de 1905

³⁶⁰ *El Pueblo*, 28 de Febrero de 1905

³⁶¹ *El Diario*, 6 de Febrero de 1905

³⁶² "Personas llegadas de la vecina República boliviana, nos dicen que hay pánico entre los habitantes de los centros agrícolas a causa de lo mal que se presentan las cosechas.

En varias partes grandes heladas han quemado las plantaciones, y en otras, la escasez de lluvias, hace temer que no será mucho lo que recojan los agricultores.

Los víveres han subido a las nubes; así el arroz se vende a 35 centavos libra, el maíz a 20 bolivianos el quintal y todo por el estilo.

La falta de pastos ha perjudicado el ganado y los que se dedican a la fabricación de charqui ven que este año no podrán obtener los buenos beneficios que otros.

Una carta proveniente de Puno y publicada por *El Pueblo* de Iquique, parece confirmar el mencionado flujo migratorio boliviano desde los pueblos peruanos del sur, dando a conocer que "debido a la hambruna que existe en Bolivia, han llegado allá más de dos o tres mil indios, tan andrajosos que da asco verlos". Se informaba además que estos indígenas se habrían distribuido entre Arequipa y Moquegua, información que se aseguraba sería aprovechada por "el célebre Decaseres, para traernos esa gente, e infestarnos más de lo que estamos"³⁶³. Este último personaje parece ser el mismo enganchador "Cáceres" aludido anteriormente y corresponder igualmente al agente "señor de Cassers", a quien se adjudicaba un enganche "revuelto" de bolivianos y peruanos, de los cuales se afirmaba venían "más andrajosos que Adán, y sin más capital que el hambre, la desnudez y la coca", subrayándose que estos casos se repetían en todos los vapores³⁶⁴.

Al finalizar el primer semestre de 1905, la situación parece haber empeorado en las regiones bolivianas, pues se anunciaba que las cosechas del Altiplano serían pésimas, "esperándose que la hambruna se declare entre esos indígenas"³⁶⁵. En consecuencia, durante los meses siguientes siguieron llegando vapores desde Perú con "enganches de indios de Puno y lugares vecinos"³⁶⁶, una situación que vemos se extendió hacia 1906:

La casa enganchadora de Federico Bokenham, que tiene analogía con aquellos negreros que traficaban del África a América, con carne humana, trajo por el último vapor, un cargamento de Tacna.

Se compone éste 27 indios y 4 mujeres, recolectados al interior de Tacna, entre Calana, Salma y Pachía.

Estos desgraciados que son bolivianos en su totalidad, subieron ayer lunes a la oficina Virginia.

Van allá, a ser miserablemente explotados, y a servir de instrumentos contra el elemento chileno, pues lo reemplazarán. Estos indios, pueden fácilmente soportar los abusos de los oficineros, porque están acostumbrados a pasar el día con un poco

Entre los indígenas, unos culpan de estos males al ferrocarril que se ha introducido a Bolivia, mientras otros dicen que la culpa de todo la tienen los que acompañaron al general Pando en su última revolución, que hoy reciben el castigo celeste por las tropelías cometidas en esa época.

Como consecuencia de esto, muchos se aprontan a emigrar a esta provincia, es decir, a aumentar el número de gente desocupada, que tanto abunda hoy en la pampa". *El Pueblo*, 20 de Junio de 1903

³⁶³ *El Pueblo*, 18 de Marzo de 1905

³⁶⁴ *El Pueblo*, 11 de Febrero de 1905

³⁶⁵ *El Pueblo*, 10 de Junio de 1905

³⁶⁶ *El Pueblo*, 12 de Diciembre de 1905

de coca, y por eso los traen los salitreros, para arrojar a los hijos del país, que son altivos y protestan de sus injusticias.³⁶⁷

La mencionada agencia de enganches administrada por Federico Bokenham la hemos localizado en la prensa obrera a partir del segundo semestre de 1905, embarcando trabajadores desde Valparaíso por una parte, pero destacando por los reclutamientos indígenas realizados en las regiones sureñas del Perú³⁶⁸. En este sentido, la investigación arrojó un gran número de inserciones que comunicaban el arribo —a los puertos de Iquique y Pisagua, aunque principalmente a éste último—, de inmigrantes provenientes de diversos pueblos del Sur peruano y llegados en los "vapores del Norte". En ocasiones se aludía genéricamente a éstos como indígenas y en otras se hablaba de indígenas de Perú y Bolivia, esclareciendo con esto únicamente el lugar de procedencia pero no su nacionalidad. Asimismo, se registran algunas referencias que indican la llegada de "indígenas peruanos y bolivianos", y una cantidad no menor de antecedentes que nos revelaban la llegada de un contingente que era, mayoritariamente o en su totalidad, de indígenas bolivianos como lo describe la cita precedente. Acerca de esto último, gran parte de las observaciones provenían del periódico *El Pueblo*, sin embargo, en *El Trabajo* también hallamos registros que denunciaban los desembarques de "partidas de indios bolivianos" procedentes del Norte³⁶⁹.

Complementando lo anterior, con la serie de datos que nos hablan de una emigración de indígenas desde las regiones septentrionales de Bolivia hacia las provincias sureñas del Perú —como consecuencia de sequías y hambrunas—, podemos colegir que, si bien una proporción relevante de bolivianos arribó a la zona salitrera de Tarapacá por tierra desde el interior, lo cierto es que un número no menor lo hizo por mar, a través de los puertos peruanos, confundiéndose en algunos casos con esta nacionalidad. De todas formas,

³⁶⁷ *El Pueblo*, 13 de Febrero de 1906

³⁶⁸ "Una agencia de enganches, dirigida por don Federico Bokenham, pasó el jueves una nota al Prefecto de Policía, avisándole que el vapor Perú, traía del Norte 38 trabajadores enganchados.

¿Cuál es el objeto de esa comunicación? Misterios del organismo, que nunca la ciencia explica.

Los 38 llegaron ayer. Los vimos; eran unos pobres, que daban compasión por lo flacos, sucios y cohibidos". *El Pueblo*, 19 de Agosto de 1905; Sobre enganches desde el Sur, revisar *El Pueblo*, 5 de Septiembre de 1905.

³⁶⁹ "En las propias barbas del señor Riesco descargaron una partida de indios bolivianos ayer, procedentes del Norte. No los descargaron en Pisagua por hallarse infestado, según hemos oído decir. A la vez se embarcaba un enganche de chilenos para Taltal.

Unos por otros; se internan cien bolivianos del Norte y se despiden cien chilenos para el Sur". *El Trabajo*, 22 de Febrero de 1905

es preciso enfatizar que la equivocación pudo circular recíprocamente, pues una rectificación publicada en el periódico *El Trabajo* intentaba aclarar que la víctima de un accidente en Tres Marías no era boliviano, como se había expresado inicialmente, sino que "el extinto era peruano, natural de Puno, que se había familiarizado con los bolivianos"³⁷⁰. Situación que nos ilumina sobre la permeabilidad de las distinciones nacionales en cuanto a indígenas se trataba, mientras que nos aporta otro dato en torno a la vinculación de los inmigrantes bolivianos con los pueblos peruanos del Sur.

No obstante, lo cierto es que la presencia boliviana fue asentándose progresivamente en la provincia de Tarapacá, marcando una notoria figuración dentro de la prensa obrera de la época³⁷¹. Acerca de esto, un artículo de *El Pueblo* titulado "La Coca" y publicado en 1905, sostiene que este producto se convirtió en un elemento de primera necesidad al interior de las oficinas salitreras, debido a la gran inmigración boliviana suscitada en esos años³⁷². Como prueba de esa afirmación se documenta el valor de esta mercancía, señalándose que en "1899, 1900 y 1901, costaba el tambor de 47 libras, 36 a 40 pesos. De 1902 a 1903, valía de 48 a 55 pesos. De 1903 a 1904, de 55 a 65 pesos", subiendo súbitamente a 70 pesos a fines de 1904 y no pudiendo encontrarse por un valor inferior a 78 pesos a comienzos de 1905. A lo anterior, se agregaba un incremento considerable del consumo mensual que demostraba que "los hijos de la altiplanicie, están cubriendo la pampa del Tamarugal"³⁷³. En este sentido, si bien se trataba de un producto consumido preponderantemente por indígenas en su generalidad, es dable pensar que en el mundo del salitre se hizo una identificación directa con los bolivianos. En relación a esto, una queja dirigida en contra del pulpero de Campamento Verdugo, parece confirmar estas sospechas, pues se indicaba que la coca era vendida "escandalosamente, a los pobres bolivianos, a los que la necesitan para remedio y a algunos otros que, sin ser bolivianos, también la mascan"³⁷⁴. Se reconocía de esta forma, la utilización de la hoja de coca por

³⁷⁰ El Trabajo, 12 de Agosto de 1905

³⁷¹ Sergio González indica que "a partir del siglo XX la pampa salitrera, a nivel obrero, fue una sociedad compuesta preferentemente por tres nacionalidades: chilena, boliviana y peruana, en ese orden de importancia poblacional". González, Sergio. (2009). *Op. cit.*, p.77

³⁷² Revisar, González Miranda, S. (2016). "La hoja transfronteriza. El consumo de coca en las faenas mineras salitreras en el Norte Grande de Chile (1900-1930)". *Historia Crítica*, 59, 101-121

³⁷³ El Pueblo 11 de Febrero de 1905

³⁷⁴ El Pueblo, 15 de Marzo de 1902

otros grupos sociales y culturales, pero se tendió a realizar un vínculo explícito entre ésta y los bolivianos.

Ahora bien, volviendo a la temática del movimiento migratorio boliviano hacia la zona de Tarapacá, podemos aducir que de la revisión de prensa se ha podido establecer la conformación de dos períodos bastante claros de inmigraciones bolivianas —en relación al aumento de la protesta obrera—, registrándose el primero de éstos a fines de 1902 e inicios de 1903. En tanto, el segundo período se ha podido establecer finalizando el año 1904 y extendiéndose a lo largo de 1905. Aunque para 1906 y 1907 también existen antecedentes relevantes, a contar del segundo semestre de 1906 el tema "boliviano" pasa a un segundo plano, lo anterior debido a la alarma encendida ante la "inmigración amarilla". De todos modos, es preciso establecer que el punto más álgido de esta segunda oleada de migraciones bolivianas se presentó en el transcurso de 1905, período en que, el Cónsul boliviano en Iquique, contabiliza a cinco mil de sus compatriotas desempeñándose como trabajadores en la provincia de Tarapacá, cifra que tomó en cuenta "el incremento de trabajadores migrantes a partir de 1904"³⁷⁵.

Si bien para el primer momento también se encuentran alusiones del arribo de indígenas bolivianos a través de vapores del Norte, la circulación principal parece desarrollarse por tierra desde el interior³⁷⁶. Por el contrario, hacia 1905 se habría producido una doble circulación con una importancia numérica análoga. En suma, esta segunda oleada de inmigraciones se presentó con fuerza a lo largo de 1905 y se prolongó por lo menos hasta el primer semestre de 1907, siendo eclipsada —en parte— por la inmigración china a partir del segundo semestre de 1906. En relación con lo anterior, durante el primer lustro del siglo XX se publican con frecuencia artículos referidos a la inmigración boliviana, indicándose hacia 1902 a Catalina como la zona de arribo de "los buques bolivianos (léase burros) cargados con infelices indígenas, arrancados de sus hogares con falsas

³⁷⁵ Calderón Jemio, R. (2008-2009). *Op. cit.*, p.229

³⁷⁶ Considerando testimonios orales, Sergio González ha apuntado que "los cochabambinos que se trasladaron a lomo de mula desde el valle boliviano atravesando el altiplano y los valles precordilleranos de Tarapacá" se deben haber dirigido desde Cochabamba a Oruro, tomando luego "la ruta que va al salar de Coipasa, hasta Sabaya y entrar a Chile por el actual Colchane. Desde ahí podían seguir las rutas: (1) por Berenguela tomando la quebrada de Aroma hacia el Cantón Zapiga o Cantón Pisagua, (2) por Chiapa tomando la quebrada de Aroma hacia el Cantón de Negreiros y (3) por Sibaya tomando la quebrada de Tarapacá hacia el Cantón Huará o el Cantón Pozo Almonte". González Miranda, S. (1995a). *Op. cit.*, p.146

promesas"³⁷⁷. Así, dentro de las informaciones pampinas correspondientes al cantón de Catalina, se anunciaba que en la Oficina Reducto había ocurrido una "emigración madre" a causa de los bajos precios y que "para reemplazar a los que se han ido, han salido varios comisionados a esperar un arreo de infelices indios que vienen camino desde Bolivia, en los vapores de la Cordillera"³⁷⁸. La búsqueda de trabajadores en las sierras de Bolivia, por parte de comisionados salitreros, fue una situación constante del período y quedó continuamente plasmada en los registros de prensa:

El Miércoles de la semana pasada fue día de gran movimiento en la estación, a causa de la salida de un enganche de trabajadores bolivianos, que con camas, cajas, petacas, chanchos, burros y tutti quanti, se dirigían a Cataluña, según lo que pude averiguar.

Los enganchados fueron amontonados en los coches, carros y bodegas de animales, yendo muchos revueltos con los bultos, de igual modo que el que, según Edmundo de Amicis, se emplea en los puertos italianos con los inmigrantes que de allá nos mandan a los países americanos.

Para reemplazar a los que se han ido, se asegura que ya vienen en camino varios vapores de Bolivia con buena cantidad de nuevos emigrantes.³⁷⁹

La utilización persistente de la figura de "buques" o "vapores" representando la llegada de bolivianos vía terrestre nos parece notable, pues si bien advertimos un tono displicente, ciertamente se hacía alusión a la envergadura de este tipo de inmigración en relación a los enganches ingresados desde los puertos de la provincia. Como ya hemos enunciado, el arribo de bolivianos vía marítima parece llegar a su máximo a lo largo de 1905, no obstante, también constituyó uno de los medios por los que se canalizaron las primeras oleadas de internaciones masivas. Así, a fines de 1902, se notificaba que a través del "Imperial", habían llegado "cuarenta indígenas bolivianos para las salitreras de Tarapacá", agregando que "del muelle fue llevado el piño a la estación del ferrocarril; y de ahí embarcado para la pampa. He ahí nuevas reses para el matadero capitalista"³⁸⁰.

Un par de años más tarde, el panorama del flujo inmigratorio parecía ser similar. El punto de llegada de estos inmigrantes continuaba siendo el cantón de Catalina, pues hasta

³⁷⁷ El Pueblo 27 de Noviembre de 1902

³⁷⁸ El Pueblo, 8 de Octubre de 1903

³⁷⁹ El Pueblo, 19 de Noviembre de 1903

³⁸⁰ El Pueblo, 29 de noviembre de 1902

ese lugar se dirigían principalmente "los bolivianos que vienen por tierra, y los peruanos, que desembarcan en Pisagua". Desde ahí se ejecutaba "el reparto del ganado, que es enviado por decenas o veintenas de cabezas, a las oficinas de Zapiga, Dolores o Negreiros, y que representa otro número igual de chilenos que tiene que emigrar a otros cantones en busca de labor"³⁸¹. Estos últimos antecedentes confirman que la presencia boliviana fue singularmente notoria en los cantones del norte, encontrando oficinas salitreras —como Ángela en Catalina y San Patricio en Dolores— que poseían una población boliviana preponderante³⁸². Ahora bien, por lo que constatamos, no se habían operado cambios en el centro de arribo y distribución de los diversos contingentes de indígenas llegados a Tarapacá, sin embargo, los enganches provenientes desde el sur de Perú habían adquirido una relevancia análoga a las conocidas caravanas procedentes desde el interior de Bolivia:

Hace dos años, los salitreros, probablemente con el objeto de hacer risibles economías y encontrar peones sumisos, en lugar de los conscientes trabajadores chilenos, apelaron al recurso de traer indios bolivianos, para las diferentes faenas salitreras.

El número de los enganches fue grande. Venían, en caravanas de 50 a 100, de a pie, como si fueran ganado [...]

Desde el año pasado, esos enganches, se han extendido al Perú y constantemente llegan a Pisagua, en las cubiertas de los vapores, partidas inmensas de mocetones de 18 a 25 años, que proceden del interior de Arequipa o Tacna "³⁸³.

No obstante, como lo habíamos enunciado anteriormente, no se trataba de un cambio sustancial en la composición de los inmigrados, pues los bolivianos continuaban llegando a pie y en burro a través de la cordillera, mientras que simultáneamente se presentaban de forma numerosa en los enganches por mar. En concreto, sospechamos que se estaba produciendo un espontáneo y constante flujo de bolivianos hacia el Perú que luego ingresaba a Chile mediante los distintos vapores que desembarcaban fundamentalmente en Pisagua —aunque también en menor medida en Iquique—. Por esta razón, a pesar de la procedencia, la extensión de los enganches hacia los pueblos peruanos del sur no implicó que éstos estuvieran constituidos exclusiva, ni tampoco

³⁸¹ El Pueblo 7 de Febrero de 1905

³⁸² González Miranda, S. (2009). *Op. cit.*, pp.76-77

³⁸³ El Pueblo 7 de Febrero de 1905

mayoritariamente por gente de ese país. Situación que pareció coincidir con un giro argumentativo más agresivo por parte de los periódicos obreros, el que fue adoptado hacia 1905 y que denotó una violencia discursiva, en donde las representaciones de la alteridad indígena boliviana dieron paso precipitadamente a la discriminación étnica³⁸⁴.

En este sentido, observamos que desde los periódicos obreros se dejaron entrever algunos juicios sobre los inmigrados que nos presentan un bosquejo sobre los temores suscitados ante su presencia. En particular, los trabajadores pampinos pretendieron justificar sus aprehensiones señalando las inconveniencias que presentaba la inmigración boliviana. Entre uno de los argumentos esgrimidos, se destacaban los efectos negativos que se palpaban sobre el comercio en los pueblos del interior, así como en las mismas pulperías de las oficinas. En esta línea, los trabajadores se preguntaban acerca de los beneficios que obtenían los oficineros con los inmigrantes, afirmando que "mientras ahorran en pagarles menos salario, no ganan nada en las pulperías, que son los tentáculos más grandes del pulpo oficinero"³⁸⁵. En torno a esto, una narración que relataba la situación en Catalina, apuntaba lo siguiente:

La invasión boliviana era grande. Lo habían infestado todo los hijos de la altiplanicie.

El clamoreo del comercio era inmenso. Se quejaban los despacheros del ningún negocio que hacían.

Por todas partes oíamos:

- La comida se pierde. Estos indios no comen más que coca. Con un puñado de esa yerba tienen para pasar todo el día.

- Los licores se están consumiendo en las botellas. Estos indígenas no beben ni siquiera cerveza. Agua y alcohol son sus bebidas favoritas. Y aunque el alcohol esté con pintura no les importa.

- Hace días que no corto un terno. Estos bolivianos no gastan en vestirse. Con un pedazo de jerga se hacen un pantalón y una chaqueta, y tienen ropa para un año.

Hasta los mismos oficineros salen, en parte, perjudicados con esta inmigración, porque si es verdad que les pagan como les da su gana, también es cierto que esa gente no gasta un cobre en nada. Los jefes de pulpería están, pues, quejosos porque no venden nada.

³⁸⁴ En esa dirección, Sergio González ha indicado que "conocida fue la actitud —casi racista— del movimiento obrero chileno contra los enganches bolivianos en los momentos de crisis y, peor aún, en los momentos de huelga". González Miranda, S. (1995b). "El poder del símbolo en la chilenización de Tarapacá. Violencia y Nacionalismo entre 1907 y 1950". *Revista de Ciencias Sociales*, 6, p.33

³⁸⁵ El Pueblo, 7 de febrero de 1905

Otro dato. Los operario se rascaban mucho, y averiguándoles sobre esa nueva costumbre, me respondieron:

- ¿Qué quiere que hagamos? Estos indios tienen la culpa³⁸⁶.

De lo anterior, podemos percibir que los indígenas bolivianos son caracterizados como sujetos al margen del comercio regular, una situación que no es descrita en términos de una abstención a consecuencia de la falta de recursos pecuniarios, sino en relación a las propias costumbres culturales. Al respecto, "se puede afirmar que, si bien la pampa salitrera introduce al indígena al mundo del salario —convirtiéndolo en obrero— y lo familiariza con otra lengua (español) y otras costumbres, no necesariamente produjo en él una transformación ontológica"³⁸⁷. Gran parte de los indígenas bolivianos llegaron a trabajar de forma estacional a tierras tarapaqueñas, conservando sus costumbres en los campamentos, lo que se evidenciaba a través de la participación en cofradías pero también en la alimentación, porque "a pesar de la rigidez de las pulperías, adquirían mercaderías de los arrieros que bajaban de los valles y quebradas a los pueblos y en tambos más cercanos de la provincia"³⁸⁸. De este modo, "las carencias" de estos inmigrados fueron entendidas como una de las particularidades propias del modo de vivir indígena.

Respecto a lo anterior, las referencias de prensa obrera constantemente nos hablan de "epidemias de indios bolivianos" de las cuales se quejaban los trabajadores, pero también los pulperos debido a la baja en las ventas, pues se aducía que los indígenas se alimentaban con "la gracia del Espíritu Santo"³⁸⁹. A causa de esto, se veía afectado tanto el rubro de alimentos y licores como la actividad de sastres y zapateros, quienes esgrimían que la falta de trabajo se explicaba porque la mayor parte de los vecinos que quedaban en los pueblos y oficinas eran bolivianos³⁹⁰. En esta línea, no son escasas las narraciones que nos hablan del tipo de comida, bebida o vestimenta para discriminar entre distintos modos de vida. Más aún, las pautas de consumo fueron el modo persistente mediante el cual se representó a los indígenas bolivianos de la época:

³⁸⁶ El Pueblo, 22 de Enero de 1903

³⁸⁷ González Miranda, S. (1995a). *Op. cit.*, p.136

³⁸⁸ *Ídem*

³⁸⁹ El Pueblo, 13 de diciembre de 1904

³⁹⁰ El Pueblo, 26 de Febrero de 1906

Hemos visto la región salitrera, desde Zapiga hasta Negreiros, y visto que las pulperías, no hacen los negocios de antes. Los inmigrantes no comen bien, ni beben vino o cerveza, ni se visten con decencia. Los hombres, se conforman con la ropa, traída de sus tierras, y las mujeres, con las seis o siete polleras de castilla, unas encima de otras, con que llegan. Los trabajadores chilenos, comen conservas y toman vino; los inmigrantes, se conforman con mascar coca y beber huachucho de pésima calidad, introducido por las mujeres, entre los pliegos de las polleras. Hoy día, el mejor negocio es la coca, y por eso, hay muchos que se han dedicado a él. Las fondas, al igual que las pulperías, están sumamente decaídas. Ya no presentan el aspecto animado de otros tiempos, a la hora del almuerzo o la comida, cuando las mesas se veían rodeadas de obreros que engullían las viandas. Ahora, están desiertas, y cinco o seis pensionistas, reemplazan a los 30 o 40 de hace tres años. Los de la invasión, se aprietan el estómago, y se contentan con una marraqueta de diez centavos y un plato de chupe de a veinte³⁹¹.

Las quejas en torno al "mezquino vivir" de los indígenas abundan. Desde la pampa se acusaba que el comercio agonizaba a consecuencia de la inmigración, dándose por concluidos "los días de extraordinario movimiento que demostraban la holgura en que vivía el trabajador de aquellos tiempos, generoso y desprendido"³⁹². Y esto se explicaba porque "el trabajador a jornal apenas gana para comer, viviendo el dócil boliviano en increíble miseria para juntar algún ahorro y sin que jamás tienda la mano al comercio"³⁹³. Evidentemente los trabajadores utilizaron este argumento para evidenciar los prejuicios que conllevaba la inmigración boliviana, sin embargo, creemos reconocer en este recurso discursivo un intento de auto-descripción comparativa a través del consumo y no necesariamente una literal defensa del comercio. De este modo, los patrones de alimentación e indumentaria, así como las costumbres asociadas a estos ámbitos se convirtieron en una de las primeras barreras que distinguieron a los pampinos dentro de la oficina. Fue a través de la discriminación de estas diferencias que el trabajador de la faenas salitreras fue construyendo una imagen prejuiciada del indígena boliviano y que enfatizaba primordialmente en las carencias materiales de este grupo.

En definitiva, se utilizaron una serie de tácticas semánticas para comprender al otro en el contexto pampino. Hablamos de estrategias simbólicas que recurrieron a lo ya existente para nombrar y comprender, razón por la que la alteridad nunca llegó a ser tal,

³⁹¹ El Pueblo 7 de Febrero de 1905

³⁹² El Trabajo, 4 de Febrero de 1905

³⁹³ El Trabajo, 4 de Febrero de 1905

pues las construcciones partieron de paradigmas que impidieron el reconocimiento de lo verdaderamente otro³⁹⁴. Vinculado a esto, otra de las premisas que se levantaron en contra de la inmigración boliviana, se relaciona con la proclamación de la incompetencia de los nuevos trabajadores en las faenas salitreras, sosteniendo que se traía "gente de otra parte, la que no aguanta o, mejor dicho, no resiste las duras faenas, haciendo perjuicio a los chilenos de la provincia, y a los desgraciados que engañan en la sierra"³⁹⁵. Entre los argumentos que sostenían esta apreciación pampina estaba la afirmación de que los indígenas carecían de las aptitudes físicas necesarias y que al mismo tiempo no poseían familiaridad con el tipo de labores que se les encomendaban:

Se trata de los enganches de indígenas peruanos y bolivianos, arrancados de las chozas o lomas del interior, para venir a servir de verdugos, de los viejos operarios pampinos.

Esos desgraciados, criados entre los corderos y la nieve, no han podido aclimatarse en este país árido, donde el calor y lo rudo del trabajo los afiebra, los asesina paulatinamente.

El serrano no puede acostumbrarse a vivir, y mucho menos a manejar el combo y la barreta pampina. Su temperamento es frío, huraño y tímido.

Allá, en la puna, ha vivido, pasteando el ganado, durmiendo todo el día mientras el activo perro vigilaba los animales.

Acá es muy distinto, no puede echarse a la bartola. Tiene, forzosamente, que estirar sus entumidos músculos y salir de su actitud conservadora.

Aburridos con este repentino cambio de vida, después de conocer el engaño en el pago, con lo que se les hipnotizó esos indígenas han abandonado las faenas, para volver a sus países o vagar en caravanas por la pampa, buscando una labor más débil³⁹⁶.

De la cita anterior, advertimos que los trabajadores construyeron una imagen bucólica que idealizaba la vida pastoril de los indígenas, presentando la meseta de Los Andes como un lugar apacible y reduciendo el esfuerzo invertido por estos pueblos en sus actividades. Los inmigrantes se presentaban como sujetos que "no sirven para la maldita cosa, pues el trabajo rudo de las calicheras, no es como sembrar maíz y pastar ganados, que es a lo que ellos se dedican en sus terruños"³⁹⁷. Por maniobra de contrastes, la pampa

³⁹⁴ Chanady, A. (1996). *Op. cit.*, p.84

³⁹⁵ El Pueblo, 15 de Enero de 1903

³⁹⁶ El Pueblo, 17 de Enero de 1903

³⁹⁷ El Pueblo, 12 de diciembre de 1906

emergía trágica y selectiva, mientras que —por extensión—, sus legítimos habitantes aparecían como individuos valientes e incansables, pareciendo justo que se otorgara preferencia a los chilenos "cuando su empeño y pujanza produce un trabajo superior a tres o cuatro hombres de cualquiera otra nacionalidad"³⁹⁸. La estrategia comparativa se alzó entonces, como un mecanismo de definición del "nosotros" que en muchos aspectos tomó un tono abiertamente tendencioso, pues se afirmaba que los indígenas traídos por los oficineros eran "por lo general raquíticos, y de un temperamento que no encuadra con el clima rudo de la pampa, resistente sólo para los hijos del país"³⁹⁹.

Los trabajadores advertían constantemente que las "partidas de indios" que frecuentemente llegaban de Bolivia y también de Perú, constituían "gente inútil, incapaz para los trabajos" y que se encontraban en las pampas salitreras "haciendo número; pero nada práctico"⁴⁰⁰. En relación a esto, a lo largo de nuestra revisión de prensa obrera, encontramos innumerables antecedentes de bolivianos accidentados, datos que podrían otorgar asidero —en cierta medida— a la opinión pampina, que recalca la falta de experticia que poseían éstos trabajadores en labores peligrosas. Así, en la notificación de un accidente en la Oficina Camiña, se indicaba que un particular boliviano había sido mortalmente herido en la cabeza, a causa de una costra desprendida de un tiro. Intentando explicar lo sucedido, se señalaba que la desgracia había sido originada porque "cuando Vidal dio la voz de «¡Con fuego, tiro grande!» Rodríguez no se movió y siguió trabajando en la calichera". Agregándose, como sentencia, que este operario "era uno de los que traen enganchados los oficineros, y ha perecido, por no conocer el trabajo, y no haber escapado, cuando se anunció que se iba a tronar el tiro"⁴⁰¹.

Hacia inicios de 1907 se seguía insistiendo en la falta de idoneidad presentada por ese inmigrante que, prácticamente a diario llegaba del "Norte", argumentándose que una vez establecido "en la faenas, sufre las consecuencias de sus escasos conocimientos para el trabajo y principia el martirologio a que está condenado por sus pocas aptitudes como

³⁹⁸ El Trabajo, 6 de Agosto de 1904

³⁹⁹ El Pueblo 07 de Febrero 1905

⁴⁰⁰ El Pueblo, 12 de diciembre de 1905

⁴⁰¹ El Pueblo, 4 de Abril de 1905

trabajador de la pampa"⁴⁰². Los periódicos hablaban de una importación de gente que se caracterizaba por su "ineptitud y poca pericia para el trabajo", un negocio que era sustentado por la Combinación Salitrera y que diariamente tenía como resultado a trabajadores malográndose en las faenas, mientras que algunos habían "pagado con sus vidas la antojadiza disposición de los capitalistas". Acerca de esto, se argüía que "en las estaciones son esperados por capataces o mayordomos que los llevan a oficinas donde se les entrega la herramienta correspondiente con que han de dar principio a sus trabajos y el sitio que deben ocupar, pero no se les da la más remota idea de cómo se hace extracción de caliche"⁴⁰³.

Otro relato nos entrega más antecedentes sobre estas reiteradas desgracias que ocurrían a los trabajadores reclutados en los países vecinos, aportándonos además un panorama más completo de cómo se efectuaba el despliegue de estos operarios en las faenas salitreras:

Los peruanos y bolivianos trabajan en cuadrillas, al mando de capataces, quienes tienen que pasar muchas incomodidades, para enseñarlos. No saben manejar las herramientas, y cuando oyen el conocido grito de: "con fuego", se apartan lentamente del lugar de peligro, y toman asiento ahí cerca, sin darse cuenta de lo que pasa. Después, los capataces, tienen que llamarlos, para que reanuden la faena. Quiere decir, pues, que los oficineros, ahorran con pagarles menos salarios a los peruanos y bolivianos; pero, tienen que pagar enganchadores, pasajes, capataces, el tiempo perdido, por causa de no saber trabajar, y las pulperías, languidecen⁴⁰⁴.

Constatamos que los contingentes de indígenas que llegaban a los establecimientos industriales del salitre, no pasaban necesariamente por un proceso de aprendizaje que les permitiera habituarse a las labores y a las condiciones de trabajo de la pampa, sin embargo, se hallaban en continua supervisión, lo que de todos modos no evitó que muchos sucumbieran ante el desconocimiento o lo excesivo de las faenas. Asimismo, diversos datos nos indican que trabajaban de forma colectiva, probablemente para ir reforzando grupalmente algunas procedimientos, pero también porque es presumible que existiesen obstáculos lingüísticos que hicieran necesario el empleo de una suerte de intérprete que

⁴⁰² El Pueblo Obrero, 5 de Enero de 1907

⁴⁰³ El Pueblo Obrero, 17 de Enero de 1907

⁴⁰⁴ El Pueblo, 7 de Febrero de 1905

transmitiera las instrucciones, en tanto los inmigrados se iban acostumbrando al nuevo ambiente social y laboral. Al respecto, la noticia de una desgracia que conmovió al cantón de Huara al dejar tres trabajadores muertos por asfixia, entre ellos dos bolivianos, revelaba la imposibilidad de saber la edad de uno de los accidentados "porque sus parientes, no entienden el castellano"⁴⁰⁵. Circunstancias que —junto a otros antecedentes similares—, nos permiten deducir que un número importante de estos inmigrantes poseía un español rudimentario, existiendo casos en que no se poseía siquiera un nivel elemental.

Por otra parte, resulta sugestivo que la población indígena —aymara o quechua— fuese requerida para faenas de pampa o de gran esfuerzo físico. Al interior de las oficinas salitreras fueron principalmente indígenas bolivianos quienes desempeñaron las tareas de mayor riesgo, tales como las labores subterráneas y los trabajos en las calicheras⁴⁰⁶. Evidentemente no se trataba de las únicas faenas que suscitaron peligros para los trabajadores, no obstante, las cuevas y calicheras parecieron constituir ocupaciones que no requirieron necesariamente de sujetos avezados. Además, se sumaba el hecho de que los trabajadores antiguos parecieron preferir otras actividades, pues el trabajo de pampa estaba sujeto a gran cantidad de abusos, en tanto que se constituía en una faena agobiante debido, entre otras razones, a su desempeño en la intemperie⁴⁰⁷.

Volviendo a los accidentes laborales, indudablemente los obreros manifestaron pesar por los accidentes que ocurrían a sus compañeros bolivianos. Sin embargo, logramos avizorar que el empleo de esta situación —como argumento al interior de discursos que protestaban contra la inmigración—, terminó por convertirse en otra estrategia simbólica para enfatizar la inferioridad del indígena boliviano, dejando entrever simultáneamente, la imagen que los trabajadores iban construyendo sobre sí mismos:

⁴⁰⁵ El Pueblo, 5 de Diciembre de 1905

⁴⁰⁶ Ortiz Letelier, F. (2005). *Op. cit.*, p.79; González Miranda, S. (2002b). *Op. cit.*, p.159

⁴⁰⁷ "La casi totalidad de los trabajadores chilenos son de las provincias del sur. Por su físico robusto y bien musculado, su habilidad, su inteligencia y su resistencia para soportar el sol ardiente y el polvo de la pampa, son muy superiores a los peruanos, por lo general de constitución débil, y también a los bolivianos, que, a pesar de ser resistentes, son menos inteligentes.

En el Norte de Tarapacá se emplea a los mineros bolivianos, principalmente en trabajos subterráneos y en calicheras muy profundas, porque los chilenos nos se prestan tan fácilmente a esta clase de trabajos."

Semper, E. y Michels, E. (1908). *Op. cit.*, p.100

Se ve, pues, que el pensamiento de los oficineros de reemplazar a los chilenos por indios semi salvajes no resulta. Es un error del Capital.

Parece que la Providencia se encargará siempre de poner las cosas en su verdadero lugar, y que en el presente caso ha castigado el complot de los salitreros, empeñados en ganar el dinero a manos llenas, sin pagar con justicia a la gente que elabora el salitre.

Los capitalistas, que no conocen de la industria salitrera más, que recibir las libras esterlinas con que pagan el nitrato en Europa, han creído la cosa más sencilla sustituir al viejo operario por otros bisoños e ignorantes.

Señores burgueses: vuestro plan ha fallado, porque en las duras faenas de las calicheras se necesita gente esforzada, robusta y sufrida. En una palabra, gente de costa⁴⁰⁸.

El alegato recién expuesto nos permite vislumbrar cómo los trabajadores elaboraron un discurso que, desde la apelación a la impericia de los inmigrantes bolivianos, pasa a la configuración de una realidad dicotómica en donde los indígenas representan una serie de atributos desfavorables, mientras que los pampinos se elevan como los portadores de diversas cualidades virtuosas. De este modo, entre las múltiples reflexiones que hacían los operarios de la pampa, éstos se preguntaban: "¿Por qué esta hostilización sin nombre? ¿Es que el obrero chileno es menos apto para la labor? ¿Es que sus músculos, con los fuertes soles de la Pampa, se han ablandado, matando su fuerza? No se trata de eso. Se trata de que los chilenos no se dejan meter el dedo en la boca, como lo toleran los indígenas que los capitalistas están importando del Perú y Bolivia". Acotando luego, que "a sufridos, nadie compete a los chilenos. Por eso, en todas partes del mundo, donde se vean empresas colosales, lo más común es ver a nuestros connacionales, compartiendo de la rudeza del trabajo con los hombres de otras razas"⁴⁰⁹.

Así, a través de un incesante juego de contrastaciones con la propia realidad, en donde se contraponían aptitudes físicas y singularidades del carácter, comienza a traslucirse que este proceso de construcción del otro implicó también el asomo de la mismidad. Es decir, se produjo una simultaneidad entre las representaciones que los pampinos proyectaron sobre los otros y aquellas que se adjudicaron a sí mismos. Así lo demuestra, por ejemplo, una noticia, cuyo título "El Imperial. Lo que trajo y lo que se llevó" es bastante ilustrativo al respecto:

⁴⁰⁸ El Pueblo, 17 de Enero de 1903

⁴⁰⁹ El Pueblo, 29 de Enero de 1903

Estos inmundos indios, como ya lo hemos repetido varias veces, vienen sucios, hediondos, harapientos y cochinos, y los traen enganchados para las oficinas salitreras.

Estos presentes, nos trajo el Imperial; y, en cambio, se llevó de aquí, más de cien chilenos con sus esposas e hijos; chilenos fuertes para el trabajo, jóvenes, aseados y con sus ropas bien limpias⁴¹⁰.

Juntamente con apreciaciones idiosincráticas y otras vinculadas a las competencias físicas de los indígenas bolivianos, vislumbramos que también se destacó su fisonomía, reparando principalmente en el tipo de vestimenta y en las condiciones sociales que de ellas se podían deducir. Acerca de esto, la comunicación de una nueva "remesa de indios" desembarcada en Pisagua indicaba que "esos individuos, mal vestidos y al parecer peor alimentados, a juzgar por el aspecto de su rostro, acompañados de mujeres niños, fueron enviados a la pampa en el tren de pasajeros que todos los días sale para Iquique"⁴¹¹. De otro enganche de indios se decía que venían "todos en cueros" y que mientras "los mejor parados y más fuertes, vienen con sandalias", "las mujeres no han conocido los zapatos"⁴¹². Las referencias son constantes y nos hablan no tan sólo de la pobreza de estos individuos, sino además de la asociación entre éstos y algunos hábitos sociales: "Su aspecto era muy desfavorable, pues es bien sabido que los indígenas, son enemigos del agua y del jabón. De las ropas, no se diga nada, y baste señalar que usaban sandalias de cuero, en lugar de calzado"⁴¹³. Subsiguientemente, entendemos que los indígenas bolivianos fueron interpretados a través de una sinfín de atributos estereotipados que les fueron marcando como grupo a lo largo del tiempo, impidiendo que éstos pudiesen ser vistos como sujetos individuales⁴¹⁴. Más aún, quedaron encerrados en rótulos étnicos que no atendieron simplemente a una determinada afiliación cultural, añadiendo una particular carga emocional a la categoría "indio" o "indígena", cuya utilización implicó casi inequívocamente la intención de rechazo e incluso desprecio.

⁴¹⁰ El Pueblo, 4 de Febrero de 1905

⁴¹¹ El Trabajo, 21 de Marzo de 1906

⁴¹² El Pueblo, 22 de Septiembre de 1904

⁴¹³ El Pueblo, 7 de Febrero de 1905

⁴¹⁴ Allport, G.W. (1971). *Op. cit.*, p.77

Progresivamente, se va dando paso a un discurso mucho más áspero, que suma una nueva preocupación a esa especial insistencia en los temores relacionados con la soberanía nacional. Las menciones reiteradas de los primeros años a una supuesta empresa antipatriótica, que buscaba eliminar al elemento nacional, se va diluyendo en favor de la representación del indígena boliviano como una amenaza a la salubridad pública. Las apreciaciones sobre su aspecto físico determinaron juicios en torno a sus prácticas de higiene, lo que indudablemente permitió fundamentar las numerosas reacciones frente a la bubónica. De este modo, el estado presentado por la indumentaria permitía discriminar las condiciones de los nuevos inmigrantes, a quienes se les hacía portadores de "gérmenes de enfermedades infecciosas", en tanto que se les condenaba porque "la limpieza ni de nombre la conocen"⁴¹⁵. En este sentido, los trabajadores afirmaban que era "voz pública que la epidemia ha venido con motivo de la internación de gente del Norte, que llega a este puerto [Pisagua] en un estado lamentable de pobreza"⁴¹⁶, agregando que, tenían certeza de que "los infelices de las serranías de la vecina república" eran los que traían el contagio, prevenidos de las advertencias que se hacían en Pisagua respecto a "las condiciones en que venía aquella gente, sin nociones de higiene y en un estado de desaseo repugnante"⁴¹⁷.

Hacia principios de 1905, las alusiones acerca del estado "rotoso y desaseado" de los inmigrantes son realmente abundantes. Por lo general, se subrayaba este aspecto para justificar la alarma ante la peste y el consiguiente rechazo a la internación de estos inmigrantes, aconsejando que fuesen "fumigados al llegar aquí o por lo menos alojados en algún lugar apartado de la ciudad y no permitirles que se alojen en esos cafetines que hay en la calle A. Prat, en la parte más central de Pisagua". Los periódicos obreros sugerían además, que "en época de epidemia, la Empresa del Ferrocarril, debiera echar desinfectantes en los coches en que se llevan esos descamisados"⁴¹⁸. La inquietud manifestada en las distintas noticias era evidente y aumentaba continuamente su tono:

Los diarios burgueses dicen que a esta inmundicia, que llegó anteayer, se le ha hecho bañar y desinfectar, por orden del Intendente ¡Bien resuelto, cuando miles de

⁴¹⁵ El Trabajo, 18 de Febrero de 1905

⁴¹⁶ El Trabajo, 1 de Marzo de 1905

⁴¹⁷ El Trabajo, 4 de Marzo de 1905

⁴¹⁸ El Pueblo, 21 de Febrero de 1905

indios en peores condiciones que éstos, traídos de las serranías del Perú, los han desembarcado en Pisagua, y con todas sus inmundicias que traen, los han transportado a los diferentes pueblos pampinos, Catalina, Zapiga, Huara, etc!

Agregan los diarios burgueses, que eso indios, han venido en busca de trabajo.

¡Mentira! ¡Hipocresía! ¡Villanía!

Esos individuos no vienen a buscar trabajo, como dicen los diarios paniaguados del capital. Los van a buscar a sus chozas, los enganchadores, para traerlos a esta provincia, y arrojar a los chilenos⁴¹⁹.

Poco a poco, se fueron acumulando una serie de prejuicios y reclamaciones contra los indígenas bolivianos, que les hicieron pasar rápidamente desde la posición de víctimas de la voracidad capitalista, hasta quedar encapsulados bajo el halo de la desconfianza y la inculpación. Si bien nunca dejó de sostenerse que la responsabilidad última recaía sobre los salitreros, escalonadamente comenzó a proyectarse en los inmigrantes la irritación por las privaciones económicas, el temor por la desocupación, entre otros aspectos, que configuraban un escenario de humillaciones que se presentaba insoportable para los trabajadores. De este modo, pensamos que la experiencia de crisis no generó categorías discriminadoras, pero sí hizo aflorar las que ya estaban presentes en tiempos "normales", aunque de una manera solapada⁴²⁰. Fueron las circunstancias de especial frustración, las que hicieron emerger estas tensiones en aumento y en donde salitreros, autoridades e inmigrados parecían encaminarse en un mismo objetivo de hostigamiento:

La prensa local ha dicho que el personal llegado del Norte, y que el intendente hizo llevar a un restaurant, era compuesto de peruanos, chilenos y bolivianos que venían de Arica.

Esa prensa miente.

Todos ellos eran bolivianos y peruanos de las serranías, víctimas de la insaciable voracidad salitrera.

Como bolivianos son los que han seguido llegando y que hoy desembarcan con precaución de tres o cuatro en cada bote escoltados por la policía secreta puesta al servicio de los salitreros.

La prueba es que en el Hospital el doctor repudió a uno de ellos que había sido puesto en una cama del establecimiento por el enganchador mismo.

El médico lo repudió porque venía lleno de sarna y lepra.

⁴¹⁹ El Pueblo, 4 de Marzo de 1905

⁴²⁰ Allport, G. W. (1971). *Op. cit.*, p.78

Siguen pues, llegando esos enganches como sucedía en Pisagua, faltando sólo que la epidemia se declare oficialmente en Iquique⁴²¹.

Apreciamos que, asiduamente, la apariencia física dio paso a consideraciones sobre la higiene y las costumbres de los indígenas bolivianos, los que emergieron precipitadamente como acarreadores inequívocos de epidemias, y en consecuencia, como un peligro inminente dentro de la sanidad pública. De este modo, las aprensiones respecto a los inmigrados no se redujeron al ámbito individual, sino que se proyectaron a la esfera social a través de la estratificación socio-laboral y la segmentación sociocultural al interior de las oficinas salitreras. En esta línea, ya a principios de siglo XX, se indicaba que la "desdichada" calle Cochabamba de la Oficina Constancia, en donde habitaban los bolivianos, era la más desatendida de la oficina⁴²². De la Oficina Francisco, cuya casi totalidad de los trabajadores estaba constituida por "la pacífica gente boliviana", se decía que tenía un campamento que junto con el de la Oficina Jazpampa, eran considerados de los más descuidados en toda la pampa, debido a un reinante "desaseo general", en tanto que "por todas partes se ve montones de basura, carpas inmundas y piezas estrechas que hasta carecen de techo". No se comprendía "cómo puede vivir tanta gente en ese desaseado campamento", agregando que Francisco es "una de las oficinas en que la vida se hace más difícil para el trabajador, y por eso no van buenos trabajadores a ella"⁴²³. Unos años después, entre anuncios de refacciones dentro de la Oficina Jazpampa, se comunicaba que "los hijos de la coca" tendrían su campamento aparte⁴²⁴.

Percibimos entonces, que los espacios que evidenciaron una mayoritaria presencia boliviana fueron adquiriendo connotaciones negativas, que apuntaban fundamentalmente a la falta de limpieza, así como a un mayor grado de abusos por parte de administradores, pulperos y serenos. En este contexto, una nota publicada en Santiago y que pretendía dar cuenta de los supuestos beneficios encontrados en las oficinas salitreras, fue objetada rotundamente por los operarios pampinos, quienes replicaron que "ese articulista de El

⁴²¹ El Trabajo, 15 de Marzo de 1905

⁴²² El Pueblo, 22 de Abril de 1902

⁴²³ El Pueblo, 6 de Noviembre de 1902

En torno a esto, Semper y Michels mencionan que "los trabajadores bolivianos se encuentran en un grado de cultura sumamente bajo: sus habitaciones están atestadas de inmundicias y bichos". Semper, E. y Mitchels, E. (1908). *Op. cit.*, p.103

⁴²⁴ El Pueblo, 10 de Diciembre de 1904

Mercurio, ha hablado por boca de ganso, porque de seguro que no tuvo la ocurrencia de pasar por el campamento, ni de visitar el barrio de Cochabamba, donde viven los inmundos indios, traídos para reemplazar a los trabajadores chilenos; solo repite, como el loro, lo que le contaron en la administración y la pulpería. Habla de la escuela, de la banda; pero calla lo feo, nada dice de la gran inmigración de indios bolivianos"⁴²⁵.

En consecuencia, las calles, barrios o campamentos con población boliviana predominante, se transformaron en "lo feo", en el punto ignominioso dentro de las oficinas o incluso de la pampa. Al comienzo, sólo se trató de una inquietud por el desaseo pero pronto se convirtió en una indignación por un apremiante problema de salubridad pública. Uno de los puntos más álgidos en este sentido parece haber sido 1905, período en que el discurso adquiere un tono explícitamente ofensivo y en donde encontramos pasajes en que se sostenía que: "los salitreros, sedeando humillar a los chilenos, por medio de la abundancia de obreros, traen del Perú y Bolivia, los detritus de esas naciones, lo que, allá, arroja la ola social"⁴²⁶. A este respecto, es preciso consignar que se trató de un tipo de alegato que se extendió incluso hasta unos pocos meses antes de la matanza de Santa María de Iquique:

¿De dónde diablo sale tanto indio? Esta pregunta nos hacemos todos acá, incluso hasta ña Catita, que en días pasados cuando llevó el carrito cargado de chascones, se persignó por duplicado con un talón, al ver tanto pajarraco.

Parece que los volcanes de las sierras del país de la coca, estuvieran vomitando individuos, en lugar de lava.

¡Qué fecundidad!

Efectos de tantas polleras quizás. O de pretinas quise decir.

Últimamente han llegado dos gruesas lanchadas de estos pájaros malos agüeros, y es de esperar que no traigan más, porque entonces aclaro las cosas.

También sería bueno que a estos habitantes, poco decentes como son, se les separara una parte del campamento, porque hablando en plata, apestan de los lindo⁴²⁷.

De lo anterior, podemos desprender que hacia fines de 1907 la presencia indígena boliviana era particularmente numerosa y que aún en fecha cercana a uno de los acontecimientos paradigmáticos de la solidaridad obrera, se sostenían alocuciones que

⁴²⁵ El Pueblo, 18 de Marzo de 1905

⁴²⁶ El Pueblo, 28 de Febrero de 1905

⁴²⁷ El Pueblo Obrero, 5 de Septiembre de 1907

marginaban a este segmento específico. En esa línea, para justificar la inquietud ante un elemento social considerado ajeno en términos idiosincráticos —particularmente hacia el indígena boliviano—, la figura de la amenaza reforzó percepciones negativas concernientes a características del temperamento y aptitudes físicas de los inmigrantes, pero también hacia su apariencia y costumbres. De este modo, el rechazo a ciertas singularidades del aspecto exhibido por los indígenas así como la atribución de determinados hábitos culturales y prácticas de higiene considerados reprobables, se manifestó tan reiterativo como las alusiones a la explotación de la naturaleza dócil del boliviano y a su incapacidad de adaptación a las rudezas del trabajo en las salitreras.

Considerando lo expuesto, creemos reconocer la aplicación de un racismo diferencialista o de segundo orden, que subrayó las distancias culturales más que algún tipo de manifestación fenotípica⁴²⁸. Sin embargo, lo singular no estaría simplemente en la defensa de la fronteras culturales, sino además en una práctica emanada desde abajo y que hizo aparecer a los sectores populares como sujeto y objeto de un mismo fenómeno. Nos referimos a un racismo de clase, cuya violencia no surgió espontáneamente en los períodos de crisis, pues se hallaba inscrita en las estructuras⁴²⁹. En consecuencia, la estratificación social permanente dio paso a coyunturas de exclusión y hostilidad, en donde lo característico no fue tanto el rechazo como la explicación de cualquier problema social mediante la figura de los inmigrantes bolivianos, quienes actuaron como causantes o agravantes de esta misma conflictividad.

Ahora bien, como hemos manifestado con anterioridad, en tiempos posteriores a los sucesos de 1907 no volveremos a encontrar alusiones al problema boliviano-indígena, situación que parece coincidir con una serie de cambios obrados en el movimiento social popular luego de esa inflexión obrera⁴³⁰. En este sentido, creemos advertir que el discurso etnizador dirigido hacia los trabajadores bolivianos constituyó una categoría de diferenciación que afectó tanto a la universalidad del movimiento obrero como al carácter inclusivo del mundo pampino, y en cuyo tránsito es posible dar cuenta de categorías discriminadoras que se adelantaron al proceso de desestructuración del movimiento obrero

⁴²⁸ Balibar, E. (1991). "¿Existe un nuevo neorracismo?". En Wallerstein I. y Balibar, E. *Op. cit.*, pp. 37-40

⁴²⁹ Balibar, E. (1991). "Racismo y crisis". En Wallerstein I. y Balibar, E. *Op. cit.*, pp. 338-339

⁴³⁰ Revisar, Artaza, P.(2006b). *Op. cit.*

internacionalista⁴³¹. Así, previo al inicio del movimiento nacionalista en Tarapacá, ya a partir de 1907, observamos que se estaban gestando discursos segregacionistas que se movieron en el ámbito de "lo étnico" y que se convirtieron en un precedente para la seguida exclusión racial desplegada contra los asiáticos, así como para la persecución nacionalista ejecutada a través de las Ligas Patrióticas, y cuyo eje lo constituyeron los ciudadanos peruanos⁴³².

II.3.- Otras aristas de la presencia boliviana

La presencia boliviana no se redujo únicamente a un contingente masculino de indígenas reclutados para las labores del salitre, pues muchas mujeres y niños también llegaron en esos enganches, siendo posible registrar su comparecencia en las tierras tarapaqueñas incluso mucho antes del inicio de esas migraciones masivas desde Bolivia. Al respecto, una comunicación temprana proveniente de la oficina San Jorge indicaba que los trabajadores estaban "mejorados un tantico porque se han despedido algunos indios que viven a costa de las ventas de las pobres bolivianas", y si bien se celebraba la apertura de una recova "a cargo de una señora peruana rica de la calle Ramírez de Iquique", no se manifestaba especial resistencia a las bolivianas⁴³³. Por el contrario, de las referencias halladas en los periódicos obreros podemos vislumbrar una cierta simpatía por parte de los trabajadores, quienes se quejaban de los administradores por prohibir el ingreso de las bolivianas verduleras, las que representaban un verdadero alivio en comparación a los excesos de la pulpería y las recovas⁴³⁴. Así, respecto a una ordenanza que permitía el ingreso "a las bolivianas que hacen el negocio de verduras, a pesar de las quejas de la recovera que llegó hasta cerrar la recova, porque con esta medida era muy poco lo que vendía", los trabajadores festejaban que tenían "frutas y verduras frescas y baratas"⁴³⁵.

⁴³¹ Ver: González Miranda, S. (1995b). *Op. cit.*; González Miranda, S. (1999). *Op. cit.*; Artaza, P. (2004-2005). "Del internacionalismo clasista a la xenofobia nacionalista. Participación popular en las Ligas Patrióticas de Tarapacá en 1911". *Revista Dimensión Histórica de Chile*, 19, 113-148

⁴³² Consultar, González Miranda, S. (2004). *El dios cautivo. Las ligas patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922)*. Santiago, Chile: LOM Ediciones

⁴³³ El Pueblo, 13 de Enero de 1900

⁴³⁴ El Pueblo, 15 de Julio de 1902

⁴³⁵ El Pueblo, 24 de Marzo de 1903

No obstante, se denunciaba que en la mayoría de las oficinas salitreras se les cobraba una suma mensual para obtener autorización de venta, teniendo que "expende sus artículos a todo sol" porque no se les daba siquiera una ramada, mientras que en otros recintos además del cobro, el jefe de pulpería confiscaba "de lo mejor que tienen éstas"⁴³⁶. Asimismo, se acusaba que, aprovechando la prohibición de ingreso de estas vendedoras, algunos serenos se tomaban atribuciones inadecuadas, cometiendo grandes abusos con ellas y sus hijos⁴³⁷. Por consiguiente, la imagen de las bolivianas verduleras surgió generalmente vinculada a los abusos de que eran objeto, aunque también aparecieron inculpadas de algunas malas prácticas⁴³⁸. Empero, el negocio de verdulería incorporó tanto a mujeres de origen boliviano como a las provenientes de algunos valles de precordillera, por lo que considerando la abierta asociación entre el mundo indígena y el mundo boliviano —además de la documentada participación aymara en el arrieraje y comercio con la pampa—, es factible pensar que muchas de estas "verduleras bolivianas" fuesen en realidad indígenas de los valles andinos de Chile⁴³⁹.

Las mujeres bolivianas residentes en las oficinas salitreras también sufrieron los frecuentes atropellos que serenos y pulperos cometían con la generalidad del mundo femenino, aunque de algunos registros periodísticos advertimos un especial empeñamiento con las primeras. Por ejemplo, de la oficina Santiago se comunicaba que el pulpero manifestaba una "fiebre contra las bolivianas, a quienes hostiliza, llegando hasta prohibir que se les despache en la pulpería", obligándolas a servirse de otras personas para

⁴³⁶ El Pueblo, 16 de Octubre de 1902; El Pueblo, 13 de Noviembre de 1902

⁴³⁷ "El sereno de esta oficina ha dado en encontrarse con una pobre boliviana vendedora de verduras sin motivo justificado y el muy mal hombre se desquita azotando a un hijo de la pobre mujer como si fuera él el padre del niño. Aparte de que usa un lenguaje tan obsceno que no se puede estampar en el papel". El Trabajo, 5 de Agosto de 1905

⁴³⁸ Por ejemplo, desde la oficina Lorenzo se informaba que además de la plaga del agua mala, "la chicha de jora, que era muy buena, se ha puesto pésima, debido a que una boliviana que la hace, emplea el pan quemado en lugar de la jora". El Pueblo, 13 de Febrero de 1904

⁴³⁹ González Miranda, S. (2002b). *Op. cit.*, p.202

Al respecto, Sergio González ha indicado que los aymaras de Tarapacá y los aymaras de fronteras fueron cruciales en "el abastecimiento de frutas y verduras frescas tanto en los pueblos como en los campamentos del desierto". González Miranda, S. (2002a). *Op.cit.*, p.31

Por otra parte, se ha señalado que los "aymaras de los valles altos y del altiplano difícilmente «se ganaban» derecho a «ser chilenos» en los campamentos de la pampa, eran simplemente bolivianos para el obrero venido del sur". González Miranda, S. (1995b). *Op. cit.*, p.33.

Asimismo, se ha indicado que los registros que apuntaban la notoria importancia de la población de origen boliviano "incluía a veces a los aymaras chilenos del altiplano". González Miranda, S. (2002a). *Op. cit.*, p.36

comprar lo necesario para el sustento⁴⁴⁰. De este modo, la imagen de estas mujeres estuvo persistentemente vinculada a la persecución que las oficinas hacían del ingreso de mercaderías, inspeccionando sus "ataditos" y "quitándoles a las pobres bolivianas hasta un diez de frangollo", el que desenvueltamente se catalogaba de contrabando⁴⁴¹. Frente a este acosamiento particularizado muchas "bolivianas se defendieron notablemente" de empleados y administradores, pero otras debieron soportar "indecentes registros" de sus vestimentas o violentos despojos de sus pertenencias⁴⁴².

En relación a esto último, comunicaciones de la pampa denunciaban que una boliviana que no hablaba el idioma español se había dirigido a la oficina Napried "con el objeto de comprar algunas cositas de alimentos; en efecto, compró 40 centavos de papas y 20 de coca" pero al regresar al Campamento Abra salió a su encuentro el sereno, quien "a viva fuerza le quitó los artículos llevándolos a la pulpería"⁴⁴³. En ese lugar se habrían vaciado "las papas a los cajones y lo mismo la coca, en medio de viles expresiones que ella no entendía sino por el aspecto de odio que expresaban sus malhechores en el rostro y sus movimientos", agregándose que "nadie pudo amparar a la débil mujer que lloraba como una guagua, sin poder expresar sus sentimientos"⁴⁴⁴. La injusticia de la escena narrada había conmovido a los pampinos, pues se hicieron dos inserciones de esta noticia, una entregando los primeros antecedentes y la otra ampliando algunos detalles del suceso, entre los que se destacaba como desgracia mayor que la boliviana no hablara español, dejando entrever que se trataba de una mujer indígena aunque sin enunciarlo directamente. En este mismo sentido, encontramos otras alusiones implícitas al mundo indígena que se podían desprender de las actitudes y prácticas de las mujeres bolivianas:

⁴⁴⁰ El Pueblo, 3 de Enero de 1901

⁴⁴¹ El Pueblo, 11 de Septiembre de 1902

⁴⁴² "El otro día, [el pulpero] vio a unas bolivianas que pasaban por delante de la pulpería, y saltó por la ventana, armado de un palo, a tratar de registrarlas. Las bolivianas se defendieron notablemente, siguiéndolas el pulpero hasta el campamento". El Pueblo, 15 de Marzo de 1902

"En Aragón, el administrador don Manuel Dastres, ha fijado un cartelón prohibiendo los famosos contrabandos. Ahora días llegó una boliviana de Zapiga, y el administrador en persona la salió a registrar, tocándole el cuerpo y levantándole las polleras.

Cómo sería de indecente la manera del registro, que la señora del administrador le dijo:

¡Jesús, Manuelito! ¿No tienes vergüenza? ¡Qué escándalo y en día claro con sol!" El Pueblo, 6 de noviembre de 1902

⁴⁴³ El Trabajo, 5 de Julio de 1905

⁴⁴⁴ El Trabajo, 12 de Agosto de 1905

En días pasados hubo una pelea entre dos bolivianos de apellido Crespo y Escalera, en la que salieron a relucir los cuchillos, dando por resultado que Crespo dio tres puñaladas a Escalera, una en la sien derecha que le ocasionó la muerte al segundo día a las 10P.M.

La mujer del extinto también recibió una herida en la mano derecha, por haberse metido en la pelea haciendo uso de muchas palabras mitad en quichua y mitad en español, en las que predominaba la palabra tatai.

Fue atendida por ocho paisanas que la rodearon y empezaron a hacerle varios remedios a cuál de todos más extravagantes.

Una encendía pedazos de trapos para hacer yesca, la que aplicaban en la herida de la paciente; otras tomaban le efigie de la virgen de Andacollo y se la daban a besar a la herida; otras imploraban a la santísima virgen de Chululaya, y otras hacían cataplasmas de coca con aceite de linaza.

Todo esto alumbrado por unas antorchas de que estaban provistas cada una de las paisanas.

Pero todos los remedios aplicados no sirvieron para nada y la herida siguió lo mismo que antes, por más que se implorara a todas las vírgenes de la corte celestial y se aplicara el celeberrimo bálsamo.⁴⁴⁵

Fuera de proporcionarnos antecedentes acerca de algunos incidentes suscitados entre los mismos connacionales del país altiplánico, la referencia citada nos presenta un retrato íntimo y espiritual marcado por el comportamiento femenino, lo que simultáneamente nos permite ilustrar algunas costumbres que caracterizaron la presencia boliviana en las oficinas de la pampa. En este sentido, se describían algunos usos alternativos de la coca que remitían al conocimiento medicinal indígena, mientras que, al mismo tiempo, se revelaban las imágenes religiosas veneradas por estos grupos de inmigrantes, constatando que ambas vírgenes eran de raigambre indígena, siendo la primera de origen chileno y la segunda boliviana, particularmente del pueblo de Chululaya ubicado al norte del Departamento de La Paz. De todos modos, la referencia más explícita se refiere al uso combinado del idioma en que se discriminaba el empleo de vocablos quechuas, destacando particularmente la voz "tatai". Identificación que permite suponer que frente al desconocimiento de la lengua indígena, ésta fue distinguida y caracterizada en relación a la percepción de ciertos sonidos idiomáticos.

Otro escenario en que se traslucía indirectamente el componente indígena estaba marcado por las celebraciones del 6 de agosto en la pampa, fecha que correspondía al

⁴⁴⁵ El Pueblo, 24 de Diciembre de 1901

"aniversario de los hijos de la altiplanicie". Esta fiesta se celebraba como era "costumbre en las oficinas, prendiendo dinamita y cohetes, y elevando globos", agregándose que se consumía "como agua la tradicional chicha de muco, con acompañamiento de charango y baile de tierra", peculiaridades que habían transformado el barrio Cochabamba de la Oficina Ramírez en una verdadera "Babilonia"⁴⁴⁶. Estas tradiciones festivas, con raíces indígenas que distinguieron a la colonia boliviana en los recintos salitreros, no parecían causar rechazo en los pampinos sino, por el contrario, una tácita simpatía. Por su parte, las celebraciones del carnaval también dejaban entrever hábitos culturales que eran atribuidos como propios de los bolivianos. Así, y como efecto de las celebraciones, una nota periodística informaba que habían "corrido puñetes entre peruanos y bolivianos" de lo que se desprendía que "como los bolivianos tienen la costumbre de cocinar en las calles del campamento, más de un caldero con cazuela de gallina cayó al suelo"⁴⁴⁷.

Estas breves referencias que escapaban del contexto inmediato de las migraciones y sus consecuencias laborales, si bien fueron escasas, nos permitieron vislumbrar otras aristas de la presencia boliviana en la pampa, configurando un cuadro más complejo en donde las mujeres bolivianas no constituyeron sencillamente un número más dentro de los anuncios de arribo de "remesas indígenas". En torno a esto, la imagen de las bolivianas verduleras se delineó con bastante independencia de ese fenómeno migratorio, aunque siendo imposible encontrar referencias durante el segundo quinquenio del 1900. Por su parte, las bolivianas residentes en las oficinas no fueron totalmente silenciadas en el discurso, siendo posible hallar a principios de siglo algunos registros que daban cuenta del abuso que se cometía con éstas, pero también de la continua resistencia que ejercieron ante el sometimiento de las pulperías, puesto que fueron persistentemente asociadas a la figura del "contrabando" en el escenario pampino. Un punto que parece conformar un cuadro dicotómico al interior de la representación indígena boliviana: lo femenino vinculado a la resistencia cotidiana y lo masculino a la docilidad laboral, respectivamente.

Finalmente, una serie de circunstancias y prácticas culturales develaron una conexión con el mundo indígena que no se manifestó conflictiva al interior de las oficinas

⁴⁴⁶ El Pueblo, 12 de Agosto de 1902

⁴⁴⁷ El Pueblo, 26 de Febrero de 1903

salitreras, marcando un punto de distancia respecto a las protestas circunscritas a las internaciones masivas de indígenas en las faenas del nitrato. No obstante, es preciso enfatizar que a partir de 1904 el fenómeno migratorio satura los registros de prensa obrera, no siendo posible hallar información significativa de estos aspectos mencionados en fechas posteriores a la matanza de Santa María de Iquique.

Capítulo III

"El peligro amarillo": inmigración asiática en Tarapacá

"En esta nueva campaña
No me mostraré mezquino
al fustigar al indigno
salitrero sin entrañas
que con su ruin artimaña
han pedido al presidente
para hacernos guerra a muerte
con la emigración asiática
esa humillación fantástica
se alza hoy de repente"⁴⁴⁸.
Poeta Sagasquino
Oficina Recuerdo

En términos significativos, la presencia china en Tarapacá comienza durante el período peruano, con las migraciones forzosas de culíes desde la segunda mitad del siglo XIX, transcurso en el que se mantuvieron bajo un régimen de semiesclavitud. No obstante, estos trabajadores chinos ven modificada su condición con la Guerra del Pacífico, en donde prestan algunos servicios a las tropas chilenas, obteniendo la libertad tras el término del conflicto⁴⁴⁹. Por otro lado, a partir de 1885, los chinos que habían sido reclutados por empresarios de Atacama y Coquimbo para el trabajo en las minas, se dirigen hasta las provincias de Tarapacá y Antofagasta atraídos por el ciclo salitrero, iniciándose una fase de reducción de la cantidad de obreros chinos en favor de los comerciantes de la misma nacionalidad⁴⁵⁰. En este contexto, se observa un crecimiento considerable de la población china, registrándose en 1895 un total de 714 individuos de esa nacionalidad, que en 1907 alcanza la cifra de 1335⁴⁵¹. Esta larga y sostenida residencia en territorio tarapaqueño no

⁴⁴⁸ El Pueblo Obrero, 14 de mayo de 1907

⁴⁴⁹ Segall Rosenmann, M. (1967). "Esclavitud y tráfico de culíes en Chile". *Boletín de la Universidad de Chile*, 65, p.56

⁴⁵⁰ Lin Chou, D. (2004b). "De culíes a profesionales". *Cuando Oriente llegó a América. Contribuciones de inmigrantes chinos, japoneses y coreanos* (pp.35-51). Washington, DC.: Banco Interamericano de Desarrollo, p. 36; Sobre algunos antecedentes del trabajo de chinos en las labores del guano, revisar Pinto Vallejos, J. (1990a). "La caldera del desierto. Los trabajadores del guano y los inicios de la cuestión social". *Proposiciones*, 19, 123-141; Respecto a la fuerte corriente xenófoba manifestada en Chile hacia fines del siglo XIX y que afectó de manera enardecida a los asiáticos, ver Sater, W.F. (1987). "Race and immigration during the War of the Pacific". *Historia*, 22, 317-318

⁴⁵¹ *Oficina Central de Estadística*. Séptimo Censo Jeneral de la Población de Chile. Santiago, 28 de Noviembre de 1895; *Comision Central del Censo*. Censo de la República de Chile. Santiago, 28 de Noviembre de 1907

implicó, sin embargo, una buena recepción y ya desde la década de 1890 se pueden documentar expresiones de antipatía frente a algunos comerciantes chinos⁴⁵².

Por otro lado, es preciso consignar que la presencia japonesa fue numéricamente bastante menos relevante que la china, en tanto que su desplazamiento hacia la provincia tarapaqueña se realizó de forma secundaria desde Perú o bien desde Bolivia, debido a que Chile no concretó tratados de inmigración con Japón⁴⁵³. De este modo, las aprensiones suscitadas en contra de la internación japonesa no nacieron de la confrontación con migraciones masivas, sino del temor de que un proyecto de esta naturaleza se concretara en Tarapacá. Lo cierto, es que los japoneses arribaron únicamente en pequeños grupos a principios del siglo XX, siendo atraídos probablemente por algunas oportunidades económicas asociadas a la Exposición japonesa-chilena realizada en Santiago en 1906⁴⁵⁴. Lo anterior, también explicaría que la activación de las alarmas ante una "pretendida inmigración" japonesa, se iniciaran a partir del segundo semestre de ese mismo año. De todos modos, lo concreto es que el censo de 1895 inscribió un total de 9 nipones, matriculando en 1907 una cantidad de 98 individuos de esa nacionalidad⁴⁵⁵.

De la revisión de prensa obrera, a principios de 1900 únicamente encontramos algunas protestas aisladas en contra de la presencia china en Tarapacá y vinculadas principalmente a una preocupación del comercio. No obstante, a partir del segundo lustro del siglo XX es cuando encontramos manifestaciones significativas de hostilidad, las que se articularon frente a la llegada de numerosos contingentes de inmigrantes chinos directamente desde Asia y también del Perú. En este sentido, observamos dos flujos marcados en la cronología y separados por un intervalo de tiempo de alrededor de un año.

⁴⁵² Pinto Vallejos, J. (2012). *Op. cit.*, p.131

⁴⁵³ Al respecto, Baldomero Estrada señala que la inmigración japonesa fue reducida y tardía, pues "los japoneses que llegaron a territorio chileno lo hicieron desde países limítrofes o a través de redes migratorias atraídos por las noticias o la gestión de otros japoneses". Particularmente, en Chile "no hubo migraciones planificadas de japoneses, como sí ocurrió en los casos de Estados Unidos, México, Perú, Brasil y Argentina". Estrada, B. (2004). "Los nikkei, agricultores y profesionales". *Cuando Oriente llegó a América. Contribuciones de inmigrantes chinos, japoneses y coreanos*. Washington, DC.: Banco Interamericano de Desarrollo, p.197

⁴⁵⁴ Masterson, D. y Funada-Classen, S. (2004). *The Japanese in Latin America*. Champaign, IL: University of Illinois Press, p.48

Por su parte, Baldomero Estrada menciona que la mayor parte de la población china "se concentró en el extremo norte, a donde llegó atraída por la actividad salitrera". Estrada, B. (2004). *Op. cit.*, p.197

⁴⁵⁵ *Oficina Central de Estadística*. Séptimo Censo Jeneral de la Población de Chile. Santiago, 28 de Noviembre de 1895; *Comision Central del Censo*. Censo de la República de Chile. Santiago, 28 de Noviembre de 1907

Un primer período que despunta en el segundo semestre de 1906 y que se extiende débilmente hasta los primeros meses de 1908, mientras que una segunda etapa se inicia a fines del primer semestre de 1909 y se prolonga hasta finales de ese año, encontrando algunas quejas incluso a mediados de 1910. Por su parte, la inquietud ante una inmigración japonesa se expresa usualmente concatenada a la alarma formulada por la internación de chinos, aunque esto lo verificamos sólo durante el primer ciclo ya definido.

III.1.- La protesta tarapaqueña y el resguardo del interés nacional frente a la presencia asiática

Las referencias en torno a la presencia asiática aparecen en números tempranos de los periódicos obreros revisados y principalmente a través de la representación del "chino vende guatas". Arrancando el siglo, los chinos circulaban numerosamente por la pampa ofreciendo diferentes productos entre los que destacaba la venta de mondongo, actividad que fue prohibida por la autoridad al considerarla antihigiénica⁴⁵⁶. Asimismo, los chinos tampoco obtuvieron el beneplácito de los oficineros, quienes obstaculizaron su ingreso en algunos establecimientos industriales, dando origen a varias situaciones de apresamiento bajo la figura del contrabando. Así, uno de los registros encontrados informaba sobre la arbitraria detención de un "hijo del Celeste Imperio" por parte de un sereno, quien al advertir la indiferencia del administrador, replicaba: "No, señor, cómo largar a un contrabandista ¿No ve Ud. que este pícaro viene a vender guatas cuando aún queda carne en la pulpería?"⁴⁵⁷. La noticia consignaba finalmente que el chino había quedado recluido en el calabozo, mientras el sereno esperaba la policía.

Tiempo después, el panorama no parece haber tenido modificaciones, pues se informaba que "el sereno de la oficina Puntilla, le dio de palos a un asiático que vende guatas del Camal de Constancia. El asiático vino a quejarse al juez, y éste, don Casimiro le sacó veintiún pesos de multa al sereno de Puntilla y veintiún pesos al apaleado". El

⁴⁵⁶ Al respecto, Diego Lin Chou señala que "al principio, algunos comerciantes chinos tuvieron por ocupación suministrar raciones a reos detenidos en el cuartel de policía de Pozo Almonte, en la zona rural; otros vendieron mondongo en poblaciones rurales como Alto San Antonio, trabajado considerado antihigiénico por la autoridad, por lo que se le prohibió (Archivo Nacional. Archivo Intendencia de Tarapacá, 1902 y 1903). Lin Chou, D. (2004b). *Op. cit.*, p.36

⁴⁵⁷ El Pueblo, 23 de Febrero de 1901

afectado, el asiático Antonio Ganosa, se presentó junto a testigos para replicar por la injusta sentencia pero, sin oírlo, el juez de Huara lo condenó a otros 31 pesos de multa. El periódico sentenciaba: "Si bien es cierto que don Casimiro ha escogido la colonia china para cometer sus bribonadas, también caen muchos que no son chinos"⁴⁵⁸. Estos antecedentes nos permiten constatar que los chinos fueron objeto de los mismos atropellos que los serenos cometían con otros vendedores ambulantes, no vislumbrando en los registros un ensañamiento particular. No obstante, pareció existir una determinada confabulación entre serenos y jueces, la que de todos modos, no fue restringida exclusivamente hacia los comerciantes orientales.

Los "chinos guateros" no fueron escasos en la pampa y múltiples referencias nos hablan de sus peripecias por ella, incluyendo prohibiciones de ingreso, detenciones arbitrarias, abusos y asaltos. Acerca de esto último, los chinos parecen haber tomado algunas medidas para reguardar sus mercancías y la integridad personal, por lo que ya en 1905 se documentan solicitudes a la autoridad respectiva para portar armas⁴⁵⁹. Indudablemente, los chinos no fueron los únicos perjudicados por robo, pero parecen haber constituido una presa fácil para los salteadores, quienes, a juzgar por las informaciones de la prensa, actuaron con algún grado de exceso. Así, sobre un asalto sufrido por un comerciante chino del cantón de La Noria, se señalaba que antes de robarle todo lo que llevaba, le habían "estropeado malamente"⁴⁶⁰.

Otra comunicación, informaba que a causa de la escasez de trabajo, una cantidad considerable de personas "pululaba" en los alrededores "cometiendo desmanes" y manteniendo a los habitantes de la pampa muy alarmados, escenario en el que un chino guatero había sido asaltado "en el camino a Ramírez, llevándole los asaltantes como doscientos pesos y dejándolo medio muerto a consecuencia de los golpes". Se agregaba que "en vista de la repetición de estos hechos, muchos guateros se alistan para no salir, lo que perjudicará a la gente pobre, que se alivia en algo con las mercancías que expenden esos negociantes"⁴⁶¹. De lo anterior, podemos advertir que el nivel de inseguridad y violencia

⁴⁵⁸ El Pueblo, 4 de Junio de 1915

⁴⁵⁹ Lin Chou, D. (2004a). *Op. cit.*, p.173

⁴⁶⁰ El Pueblo, 6 de Noviembre de 1902

⁴⁶¹ El Pueblo, 13 de Octubre de 1903

respirado en los pueblos y oficinas de la pampa, afectó de forma pareja a todos sus habitantes, entre los cuales, los comerciantes chinos no fueron la excepción sino que, por el contrario, se convirtieron en una de las víctimas más frecuentes. Asimismo, desglosamos que la labor de los chinos mondongueros fue estimada entre los pampinos, pues representaba un paliativo ante el complejo contexto económico de los trabajadores.

El comercio ambulante no fue la única imagen por la cual tenemos noticias de los chinos, pues éstos hicieron notar su presencia progresivamente a través de la puesta en marcha de pequeños negocios. Al respecto, ya a partir de 1901 se encuentran documentadas diversas solicitudes chinas para el arrendamiento de terrenos fiscales con la finalidad de establecer tiendas de provisiones, principalmente en zonas como Lagunas, Pozo Almonte y otras cercanas a oficinas salitreras del sur⁴⁶². Los comerciantes recibieron las acostumbradas fichas de parte de los operarios del salitre e incluso vales que sólo recibían con el 50% de su valor⁴⁶³. Aún así, los establecimientos chinos lograron afianzarse, instituyendo una férrea competencia con los negociantes nacionales y abriendo incipientes sentimientos anti-chinos dentro de algunos sectores de la sociedad pampina:

Día por día va invadiendo nuestro país esta lepra china, perjudicando al comercio y a la sociedad; debilitando la generación e infestando el aire puro de Chile con el opio y las emanaciones que salen de sus propios cuerpos.

La langosta china está entrando ahora por Caleta Buena y se extiende por los pueblos de la pampa; con tal motivo, los comerciantes nacionales y extranjeros piensan hacer una presentación al congreso, pidiendo que tome alguna medida salvadora. [...]

Los chinos, salvo que una u otra excepción, como el comerciante Losternau de Lagunas, viven aislados del resto de la sociedad, encerrados en sus cuevas como los conejos; forman solos sus garitos de juego apartes, pestilentes por el opio y sus exhalaciones: no contribuyen para nadie, ni para nada; sus costumbres, su idioma, sus figuras y su raza son de por sí repelentes; no favorecen al comercio, no comen más que arroz, no dejan un sólo centavo en las cantinas, no son aceptados en parte alguna, jamás dan un centavo para la beneficencia, forman, por tanto, una especie de ralea única, sola, aparte de la sociedad.

No es posible, entonces, que ellos vengán a invadir el país, con desmedro del comercio nacional y europeo.

⁴⁶² Lin Chou, D. (2004a). *Op. cit.*, p.171

⁴⁶³ El Pueblo, 11 de Enero de 1902

Estos razonamientos son los que exponen los comerciantes que piensan en una presentación al Congreso⁴⁶⁴.

La cita que antecede, corresponde a uno de los primeros registros identificados en la prensa obrera, que manifiesta de forma explícita y articulada una protesta en contra de los inmigrantes chinos. Observamos que estas primeras manifestaciones fueron resultado de las preocupaciones experimentadas por los negociantes chilenos y europeos ya establecidos en los pueblos del interior, esgrimiendo como argumento central, que la presencia china representaba una amenaza comercial y social para Tarapacá⁴⁶⁵. Nada se señala respecto a la competencia china ejercida en el comercio, por lo que el peligro ante un probable menoscabo de las ventas, se adjudica a la naturaleza mezquina de los asiáticos y no a la alternativa de expendio que éstos mismos comenzaron a simbolizar para los pampinos. Por otra parte, podemos deducir que la figura del peligro comercial se ve complementada con una serie de inconveniencias detectadas en torno a patrones de consumo, costumbres y características fisonómicas —entre otros asuntos— que permitieron justificar la alarma ante un riesgo de horizontes amplios. Un par de años más adelante, el discurso contrario a los chinos parece seguir levantado, fundamentalmente, desde el comercio pampino:

En los últimos tiempos se nos ha dejado caer una gran avalancha de chinos, que vienen desterrados de las repúblicas del Norte.

La plaga es peligrosa y desechada hasta entre los indios, y sólo aquí, en Chile, se tienen abiertos nuestros puertos para que esa inmigración nos invada.

[...] expulsados de otras naciones por inmundos, por importadores de epidemias, porque degeneran las razas, porque dañan el comercio, y lo peor de todo, porque es la casta más egoísta de la tierra.

Esta especie, no produce nada, acapara todo lo que puede, consume sólo su arroz que importa, y luego que ha atesorado, se lleva todo y más de lo que puede, para disfrutarlo en su celeste tierra, sin dejar aquí más que el recuerdo de inmundicias e indecencias.

Gente que es completamente inútil a la colectividad o la sociedad en que vive, no debe consentirse en el territorio; [...]

⁴⁶⁴ El Pueblo, 2 de Febrero de 1901

⁴⁶⁵ En torno al incremento del número de comerciantes chinos, su especialización laboral y formación de capitales en Tarapacá, revisar: Calle, M. (2014). *Op. cit.*, pp. 37-42; Para el caso ariqueño consultar: Díaz Aguad, A., Díaz Araya, A. y Sánchez Espinoza, E. (2014). "Comercio local y redes sociales de la población china en Arica y Tarapacá, Chile (1900-1930)". *Interciencia*, 39 (7), 476-482

No puede ser que estemos admitiendo aquí, todo lo que arroja la ola de los otros estados, considerándolo como inservible y perjudicial⁴⁶⁶.

De lo anterior, desprendemos que el flujo migratorio chino desarrollado en el primer lustro del siglo XX, responde principalmente al éxodo de distintos contingentes de inmigrantes asiáticos desde el Perú, país que comenzaba a gestar diversas convulsiones sociales directamente relacionadas con una colonia china numerosa y consolidada. Por otra parte, constatamos que se seguía insistiendo en el daño ocasionado al comercio y se realizaban los perjuicios que estos habitantes producían en el ambiente social en que se insertaban. Al respecto, creemos que, si bien diferentes antecedentes nos permiten vislumbrar que los prejuicios hacia los chinos existían tempranamente, lo cierto es que estos primeros síntomas de protesta pública parecen no haber sido tan transversales como los que veremos en años posteriores. En este sentido, los comerciantes fueron los primeros en reaccionar ante el elemento chino, pues se veían afectados de forma inmediata con una merma en las ventas, mientras que —como lo apuntamos previamente—, los pampinos se vieron beneficiados de algunas economías que hacían con la compra en negocios chinos o a comerciantes ambulantes de esa misma nacionalidad. El interés obrero no se veía afectado con el comercio chino y, en razón de ello, creemos se integraron consideraciones discriminatorias que buscaban abrir el conflicto hacia estos sectores.

Ahora bien, —como ya enunciamos— la falta de transversalidad de estas primeras protestas no significó la ausencia de reparos respecto a los inmigrantes chinos, y en este sentido, las fuentes nos hablan con elocuencia sobre los vicios y males morales con que se caracterizaba a estos habitantes. Si bien muchos chinos se dedicaban al negocio de provisiones, lo cierto es que un número no menor estableció negocios de "dudosa reputación" que afectaron la imagen general de la colonia, siendo asociados de forma permanente con actividades ilícitas⁴⁶⁷. Los periódicos cuestionaban que algunos chinos se dedicaran a la realización de rifas, pero atacaron principalmente a los llamados "cafetines asiáticos" en donde estimaban que los chilenos se "contagiaban con los *compales*" y aprendían los entretenimientos de éstos:

⁴⁶⁶ El Trabajo, 22 de Octubre de 1904

⁴⁶⁷ Lin Chou, D. (2004b). *Op. cit.*, p.36

En una especie de cobertizo frente al cuarto que se me había designado, pude ver a una veintena de compales, que revolían unas fichas, huesos o quien sabe lo que sería, y dos hijos del país, que hacían compañía a los asiáticos y que disfrutaban de sus juegos.

[...] pude sacar en conclusión que los cafés asiáticos son un peligro para nuestra clase trabajadora, porque no sólo se da albergue en ellos a mujeres de la última clase que le hacen gastar su dinero con caricias inmundas y con brebajes adulterados, sino que se le está insinuando en sus vicios; mañana se les hará fumar opio y adorar sus imágenes⁴⁶⁸.

Vislumbramos que el chino comenzó a ser encerrado discursivamente en una figura enigmática, en donde incluso el contexto de los juegos de azar se envolvía en un halo de superstición, lo que permitía sostener la banalidad de estas instancias y el mal que implicaban, al poner a los operarios del salitre en contacto con vicios foráneos. De este modo, el chino era representado como un reguero de malos hábitos que se esparcían por la pampa, degenerando en su camino la integridad de los trabajadores que les frecuentaban, razón por la que, en la misma comunicación analizada, se consignaba que "si los chinos han matado el comercio extranjero, que no corrompan a nuestro pueblo, que son suficientes las plagas que tenemos"⁴⁶⁹.

De lo expuesto, inferimos que los inmigrante chinos fueron vinculados en este primer período a una serie de apelativos que apuntaban a la ilegitimidad de sus acciones, tanto porque atentaban a un sentido de rectitud moral como porque eran contrarias a las normativas legales. En vista de esto, los chinos también comenzaron a ser analizados a partir de algunas malas prácticas observadas en sus negocios, razón por la que fueron equiparados a los pulperos de las oficinas, en cuanto al robo de mercaderías se refería. En este sentido, una denuncia indicaba que "si es verdad que en los negocios chinos se vende más barato que en los otros, los cigarros, el té, el jabón, y todo lo que no admite peso injusto, en cambio, en los que lo aguantan se sacan el clavo; porque siempre roban una cuarta parte de lo que les piden". Destacando luego, que ese era "el secreto de por qué hacen tan brillante negocio los chinos, a pesar de vender más barato que en otras partes"⁴⁷⁰.

⁴⁶⁸ El Pueblo, 25 de Noviembre de 1902

⁴⁶⁹ El Pueblo, 25 de Noviembre de 1902

⁴⁷⁰ El Pueblo, 27 de Noviembre de 1902

En relación a esto, durante los primeros meses de 1906 se palpaba un ambiente decaído en los pueblos de la pampa, se añoraba la "época floreciente de otros años" y se declaraba que únicamente los inmigrantes chinos lograban sostener sus negocios a causa del "modo de vivir de ellos"⁴⁷¹. Hasta este punto, el recelo hacia los asiáticos encontraba su eje alrededor del comercio, pues se miraba con desconfianza el rápido afianzamiento de sus negocios, en detrimento de los establecidos con anterioridad por el elemento nacional y europeo. Asimismo, se reconocían una serie de cualidades que los ligaban a actos y labores infames, sin embargo, estos antecedentes no fueron suficientes para alimentar un rechazo generalizado de la población tarapaqueña, quien además miró con algún grado de consentimiento a los comerciantes de origen chino. El punto de inflexión estaría marcado por el arribo masivo de estos inmigrantes, procedentes directamente desde el continente asiático, situación que generó la alarma común de los obreros frente a la visualización de un proceso de inestabilidad económica y menoscabo laboral.

Así, a partir del segundo semestre de 1906 corroboramos la articulación de un discurso abiertamente hostil, que se manifestó de forma intensiva y contemplando la representación de una amplia gama de intereses, entre los que destacan las preocupación del sector obrero de Tarapacá. En este sentido, el tenor de los periódicos revisados se traduce en una insistencia respecto al peligro que constituiría para el país la inmigración asiática, apreciando en esta acción una continuación del plan "anti-chileno" puesto en práctica por los salitreros para reemplazar al elemento nacional, estrategia que —como ya comentamos— tendría su arranque en el sistemático acarreo de indígenas bolivianos y peruanos durante el primer lustro del siglo XX. Ilustrativa, de este panorama que delineamos, resulta una editorial de El Pueblo titulada "Tarapacá en peligro. La Invasión china", de la cual extraemos un fragmento que nos resulta relevante:

Fastidiados éstos [los oficineros] porque los operarios pampinos, empezaban a protestar, pacíficamente, de tanta ignominia y explotación que soportaban hace muchos años, pensaron que podían sustituir al trabajador chilenos, por indios de la altiplanicie de Bolivia y las serranías de Perú.

⁴⁷¹ El Pueblo, 10 de Abril de 1906

El plan se llevó a cabo, y los que vivimos en Tarapacá, hemos presenciado la llegada de cargamentos de semisalvajes, que nos han traído los vapores, o que han llegado del interior, en grandes caravanas.

Esos infelices, verdadera carne de cañon social, han sido repartidos en las diversas oficinas, reemplazando a los trabajadores chilenos, que eran despedidos, y que tenían que vagar por la Pampa, en triste peregrinación, buscando labor en qué ocuparse.

De esta manera, con el abarrotamiento de brazos indígenas, los oficineros, han formado una masa flotante de operarios, que se mueve en todas direcciones, y que ha servido de punto de apoyo para la rebaja de salarios, pues se ha establecido la competencia obrera.

Hasta hace poco, esta era la faz del trabajo en las oficinas; pero, últimamente, la cosa ha cambiado, y ya no es un simple asunto de brazos, sino un problema inmigratorio, racial, sociológico, étnico y de grandes trascendencias para el porvenir.

El vapor japonés *Glenfarg*, que tocó hace poco en este puerto, desembarcó ciento sesenta chinos, destinados a las faenas salitreras, a servir de nuevo elemento de competencia obrera, en contra de los operarios chilenos, peruanos y bolivianos, a quienes empujarán hacia afuera, con más fuerza que los indios a los chilenos, puesto que los asiáticos ofrecen su trabajo casi de balde.⁴⁷²

Las líneas que anteceden resultan reveladoras en varios puntos. Primero, nos proporcionan un antecedente de cómo los trabajadores contextualizaron la nueva contingencia, relacionándola con procesos inmigratorios anteriores, que dieron asidero y continuidad discursiva al argumento del reemplazo. Recordemos que los obreros visualizaron el masivo arribo de indígenas bolivianos y peruanos como un plan predeterminado de los salitreros para conseguir, en breve, la reducción de los jornales y en el largo plazo, la eliminación del contingente de operarios chilenos. Constituyendo lo anterior un hecho comprobado para el sector obrero, la inmigración asiática se entendió como una nueva arremetida capitalista para establecer la competencia obrera y sacar de escena a los trabajadores antiguos.

Como un segundo aspecto, advertimos que, a pesar de que los trabajadores previeron la prolongación de una misma estrategia capitalista, lo cierto es que la nueva circunstancia es interpretada a partir de una amenaza inédita, que no plantea sencillamente un problema inmigratorio, sino que fundamentalmente incompatibilidades de carácter racial. Por consiguiente, y como tercer punto, comprendemos que si bien indígenas y

⁴⁷² El Pueblo, 23 de Junio de 1906

asiáticos compartieron una condición de competencia similar al interior del esquema obrero, lo cierto es que los inmigrantes de Asia fueron posicionados desde una categoría inferior. En este sentido, si los "indios" de Bolivia y Perú implicaron —en la práctica— un riesgo real y verificado de relevo, los inmigrantes chinos representaron una amenaza mucho menos efectiva —en términos concretos—, pero de un contenido aún mayor, en cuanto todas los defectos físicos, idiosincráticos y culturales atribuidos a los indígenas se presentaron acentuados en los orientales.

De este modo, comprendemos que la alerta suscitada entre los trabajadores tuvo como fundamento inicial la defensa del valor de los salarios y la estabilidad en los puestos de trabajo en un contexto de crisis generalizada. El sentimiento de frustración despertado ante las consecuencias palpables de la contracción económica y la inminente cesantía a causa de nuevas oleadas de inmigraciones, estimuló los cuestionamientos ante el reemplazo y desde ahí comenzaron a emanar una serie de prejuicios que vinieron a reforzar el discurso de defensa inicial. Lo anterior, contribuyó a nivelar la amenaza asiática con la de los "indios", pese a que los primeros no tuvieron una figuración cierta en el trabajo salitrero.

Por último, la cita que analizamos da cuenta de la actuación de embarcaciones japonesas en el contexto de la inmigración china, lo que eventualmente podría llevarnos a sospechar que se trataba realmente de japoneses, considerando la imprecisión del lenguaje utilizado en la época para referir a las distintas realidades asiáticas. Sin embargo, sabemos que no se concretaron migraciones niponas planificadas ni mucho menos numerosas, razón por la que los antecedentes aportados por el periódico *El Trabajo* esclarecen en parte las dudas⁴⁷³. Al respecto, el medio de prensa acusaba que sus preocupaciones en torno a la "pretendida inmigración" nipona se sustentaban en las relaciones suscitadas entre la Compañía de Inmigración Japonesa y el ex representante de Chile en Japón, señor Anjel C. Espejo, sindicando a éste último como representante de dicha institución y encargado de abrir los puertos a la inmigración china, esto a través del concurso de la nueva Compañía Japonesa de Vapores establecida directamente en Sudamérica⁴⁷⁴.

⁴⁷³ Estrada, B. (2004). *Op. cit.*, p.197

⁴⁷⁴ *El Trabajo*, 14 de Julio de 1906

Como lo hemos apuntado anteriormente, la presencia japonesa no fue sobresaliente en términos cuantitativos dentro de la región de Tarapacá ni fue originada por enganches masivos llegados a la zona⁴⁷⁵. No obstante, los periódicos obreros dieron cuenta de una insistente preocupación en torno a la "pretendida inmigración" nipona, un propósito salitrero y gubernamental que no se concretó pero que dejó decenas de impresiones registradas en las páginas de prensa. En un primer momento observamos una particular indeterminación al hablar en términos generales de "asiáticos" o "raza amarilla", sin embargo, es preciso consignar que el primer ciclo de manifestaciones contrarias a la inmigración asiática arranca, en gran medida, de los temores frente a un proyecto de internación japonesa, aprensión que gradualmente irá siendo dirigida únicamente a los inmigrantes chinos⁴⁷⁶.

Así, en una noticia publicada en la prensa mancomunal de Iquique y titulada "Falsa Actitud", se protestaba de la campaña iniciada por el periódico La Patria, en que se inducía a los operarios de Tarapacá a embarcarse hacia el sur con el pretexto de la ausencia de trabajo en la pampa. Se replicaba que "el verdadero motivo es hacer salir a la antigua gente para reemplazarla por chinos u otra gente barata, porque ya aquí no se puede comer por la carestía"⁴⁷⁷. De este modo, los problemas para proveerse de alimentos obligaron al operario a "aceptar mayor tarea sin mejorar el estipendio", razón por la que la inmigración china sólo podía significar el "desmejoramiento de las condiciones de los trabajos", que ya debían sufrir "el recargo de gabelas solo toleradas, en vista de la necesidad"⁴⁷⁸. En este contexto, los trabajadores de la pampa no podían visualizar un panorama más perjudicial, en la medida en que serían despojados no sólo de su trabajo, sino también de "sus aspiraciones a

⁴⁷⁵ Baldomero Estrada señala que "la importante migración de japoneses a los países limítrofes como Perú y Bolivia permitió que se produjeran algunos casos de reemigración desde esos países a algunas ciudades del norte de Chile. Es así que se observó, a comienzos del siglo XX, la presencia de algunos japoneses que se desempeñaban como trabajadores independientes en actividades vinculadas al comercio en ciudades como Arica e Iquique". Estrada, B. (2004). *Op. cit.*, p.197

⁴⁷⁶ Proyecto de inmigración nipona que, según Baldomero Estrada, habría sido frustrado por el ambiente xenófobo acusado en Chile hacia fines del siglo XIX. Estrada, B. (2004). *Op. cit.*, p.198; También revisar Sater, W.F. (1987). *Op. cit.*, pp. 313-323

⁴⁷⁷ El Trabajo, 24 de Julio de 1906

⁴⁷⁸ El Trabajo, 15 de agosto de 1906

mejorar de condición", pues los asiáticos "trabajarían por menos y en peores condiciones"⁴⁷⁹.

Esta inmigración sólo podía ser calificada como parte de una serie de "medios negativos" que los oficineros estaban implementando para solventar la crítica situación de la pampa, poniendo al pampino en un difícil dilema que les hacía optar entre aceptar salarios y condiciones humillantes o retirarse para vagar por la pampa con peligro de no poder ubicarse en otra faena. Razón por la que los trabajadores demandaban que no se les impusieran "estos medios de abaratar los jornales con inmigraciones inútiles, ya que ellos no justifican, ni su conveniencia ni su necesidad"⁴⁸⁰. Las páginas de los periódicos obreros se vieron inundadas de consignas y discusiones sobre la nueva inmigración, preguntándose "¿Qué sería de nosotros si llegáramos a vernos acosados por una inmigración amarilla numerosísima?", a lo que se respondía sin miramientos que "habría que hacerla desaparecer a cañonazos, porque es bien claro que solamente con medidas violentas puede ponerse remedio a males graves cuyo origen es difícil si no imposible remediar"⁴⁸¹.

En vista de estos razonamientos, los trabajadores iniciaron una activa campaña anti-asiática, en que se circunscribía a los chinos principalmente pero que también contemplaba en segundo grado a los japoneses. De todos modos, los trabajadores abrieron algunas posibilidades de contacto con el mundo asiático, expresando sólo un rechazo particular hacia la inmigración y anunciando que consideraban, que "muy bien pueden estar [los inmigrantes] por su Asia, y nosotros desde nuestro Sud América, mantendremos las relaciones comerciales y de sincera amistad que siempre se les ha manifestado"⁴⁸². A pesar de estos anuncios, que enfatizaban más en el problema de la inmigración que en algún conflicto explícito con los asiáticos, las reclamaciones mantuvieron su curso e incluso fueron subiendo de tono.

En este escenario, hacia fines del mes de abril de 1907, la Sociedad Gran Unión Marítima convocaba a deliberar en torno al "grave peligro" que implicaba la invasión de asiáticos con que amenazaban los salitreros. El medio de prensa El Pueblo Obrero, en una

⁴⁷⁹ El Pueblo Obrero, 5 de Diciembre de 1906

⁴⁸⁰ El Pueblo Obrero, 5 de Diciembre de 1906

⁴⁸¹ El Trabajo, 11 de Julio de 1906

⁴⁸² El Pueblo Obrero, 8 de Diciembre de 1906

comunicación que se titulaba "Contra los Chinos", hablaba del reemplazo del "obrero americano" por chinos y aseguraba que esa situación tendría insospechadas consecuencias para la estabilidad de las sociedades obreras⁴⁸³. Por su parte, el periódico El Trabajo, en una nota titulada "Fuera los Chinos" señalaba que frente a la invitación recibida para discutir respecto a la "introducción de canacas" declaraba que "no admitimos chinos en nuestro territorio; no queremos inmigración esclava; bastante tenemos con la miseria en que nos resolvimos los hijos del país, racionados en pago de nuestro trabajo diario". Se agregaba que los chinos eran "una amenaza, no solamente para la integridad de los derechos equitativos del trabajo honrado, remunerador y progresista", sino también "una amenaza a la integridad de nuestra sangre, de nuestra familia, de nuestra raza". En razón de ello, advertían que rechazarían esa inmigración en todos los planos posibles y que serían "chilenos para conservar lo que conquistamos con sangre el 79"⁴⁸⁴.

Las reacciones posteriores a la realización del encuentro estuvieron enmarcadas por un aire de entusiasmo y confianza. Al respecto, el periódico El Trabajo confrontaba en una misma página la discriminación y la camaradería pampina, publicando por un lado y con el título "Solidaridad Obrera", una misiva referente a las diversas reclamaciones laborales que se abrían en la pampa, y por otra parte, editaba informaciones sobre los resultados del mitin obrero, bajo el título "No queremos chinos". En este último apartado, se indicaba que el encuentro de protesta contra la inmigración de chinos y japoneses había resultado "solemne, majestuoso e impotente", haciendo hincapié en que unas "diez o doce mil almas de todas las categorías sociales" habían asistido "estrechamente unidas en un solo pensamiento", manifestando la "ninguna conveniencia para el país de invadirlo con una raza decrepita" y convertir la provincia en una "colonia de raza macaca". Asimismo, se advertía un rotundo rechazo hacia cualquier migración forzada y se declaraba que "el obrero chileno no acepta más inmigrantes que el que llega a Chile con sus propios recursos y sostendrá esa lógica, mientras en Chile no haya pan suficiente para los de casa"⁴⁸⁵.

Por su parte, El Pueblo Obrero informaba sobre una "brillante manifestación de protesta contra la inmigración china", abundando en referencias sobre la multitudinaria

⁴⁸³ El Pueblo Obrero, 1 de mayo de 1907

⁴⁸⁴ El Trabajo, 1 de mayo de 1907

⁴⁸⁵ El Trabajo, 8 de mayo de 1907

asistencia, los diversos oradores y "los frenéticos aplausos" producidos ante la serie de argumentos que objetaban resueltamente a la "enclenque raza asiática". El optimismo frente a la positiva respuesta de los habitantes de Tarapacá fue tal, que el periódico afirmaba que "el entusiasmo era delirante" y que "más parecía aquello, no una reunión para hacer una protesta enérgica contra los funestos inmigrantes, sino que un momento de expansión de solidaridad obrera"⁴⁸⁶.

Ciertamente, las manifestaciones contrarias a la inmigración asiática no fueron asimiladas como acontecimientos contradictorios a los ideales obreros abogados. Esto lo confirma también un alegato publicado en *El Trabajo*, que respondía a las impugnaciones expresadas por el periódico capitalino *El Ferrocarril*, esto en el marco del memorial obrero enviado al Presidente de la República para protestar por la inmigración china. Los trabajadores exponían que, hacían uso del derecho de libertad para solicitar la revocación del permiso que facilitaría el ingreso de "una cantidad de canacas a las faenas salitreras del norte". En tal contestación, se presentaba una defensa de la actitud obrera y se justificaba el rechazo bajo los siguientes términos:

Partidario de la fraternidad universal, no llega nuestro ardor por la igualdad de derechos sociales, a la ceguera de no reconocer que cada cual debe recogerse en su nido, adonde la realización del ideal nos retendría amorosamente, sin menoscabo de la felicidad de los hermanos de raza.

Si uno o dos millones de chinos están demás en su tierra, no se debe a que no quepan en su territorio, sino a la desigualdad en que lucha la masa pobre con la acomodada [...].

Por lo tanto, no somos los chilenos los obligados desde un extremo de la tierra a acoger o atraer a ese millón de desheredados que en su suelo mal viven o mueren, merced a las mismas razones que nos tienen a los chilenos recluidos en pobres chozas, faltos de la suficiente alimentación y medio de vida relativamente holgada.

[...] No hay pues justicia, no hay, en realidad, la urgencia de traer asiáticos para las faenas salitreras⁴⁸⁷.

El fragmento anterior nos ilumina, aunque aún de forma limitada, un pequeño pero sustancial ángulo de este amplio escenario de segregación discursiva, que puso a prueba la validez de algunas aspiraciones centrales del ideario obrero. De ahí que podemos

⁴⁸⁶ *El Pueblo*, 7 de mayo de 1907

⁴⁸⁷ *El Trabajo*, 1 de Junio de 1907

interpretar esta coyuntura inmigratoria como una oportunidad de la clase trabajadora para discutir en torno a sus propios conceptos y esbozar alguna salida frente a la experiencia contradictoria de la solidaridad y la exclusión. De esta suerte, observamos que las nociones de fraternidad universal e igualdad social son sometidas a un replanteamiento localista que acota su esfera de acción al espacio inmediato. Es decir, los trabajadores se mantenían alineados con una suerte de correspondencia en la lucha social, sin que esto eliminara las especificidades nacionales ni les exigiese solventar problemas sociales foráneos. Había un reconocimiento de conflictos sociales análogos pero se apelaba a la circunscripción de éstos a sus respectivas realidades nacionales o locales. Lo universal se expresaba primordialmente en la consideración del otro como un "otro igualmente explotado".

Por otra parte, la realización del encuentro obrero contra la inmigración asiática, permitió develar en términos prácticos los alcances que podía tener la iniciativa de los trabajadores, mientras que, de forma consecutiva, se verificaba la nula acción gubernamental en la resolución del conflicto inmigratorio. En este escenario, la labor discursiva de los periódicos obreros abandonó una posición estrictamente defensiva, comenzando a invocar una actuación más directa de los trabajadores en el resguardo de sus intereses:

Es muy conveniente señores obreros de Tarapacá, que pongáis atención a este pestilente contrabando humano, que nos están introduciendo los capitalistas. No es posible tener compasión a quien no la tiene a nosotros, que no obstante las miles explotaciones que nos hacen, tanto en los trabajos, como en los artículos de consumo, quieren arrojar individuos inútiles, a los establecimientos salitreros, para tener la ocasión de rebajar los precios de los salarios.

Esto lo conseguirán, porque nuestro gobierno no se preocupa del bienestar del obrero, ni de la degeneración de la raza, ni de las consecuencias que puedan sobrevenir, sino de las entradas fiscales, para saciar sus vicios entre la familia que nos gobierna.

No se debe permitir, que ninguno de esos coolíes, pise nuestras playas ni mucho menos que entren a las oficinas salitreras.

¡Basta con los que tenemos, con esos hay para que todo Tarapacá se convierta en un Celeste Imperio!

Mientras los capitalistas están haciendo gestiones para proveerse de chinos, como ya lo están haciendo en Antofagasta, el pueblo de Tarapacá debe estar listo para no permitir la entrada de los hijos de Confucio⁴⁸⁸.

El llamado no se prestaba para equívocos. Los tarapaqueños debían mantenerse alerta para reaccionar ante la arremetida capitalista, pues palpaban que el gobierno no intervendría y continuaría impertérrito aún frente a las catastróficas secuelas sociales y raciales que se podían prever desde el elemento trabajador. No sólo se incrementaba el tono de las reclamaciones, sino que también se comenzaba a abandonar la explícita interpelación a las autoridades —a quienes habitualmente se solicitaba la resolución de problemas—, iniciando encendidas exhortaciones que apelaron a la determinación de los propios trabajadores. Éstos últimos empezaban a comprender que las distintas escalas de la administración pública permanecerían sin atender a sus demandas, mientras que, por el contrario, se mostraban colaboradores con los propósitos de los salitreros.

De este modo, "a pesar de la protesta unánime del pueblo" contra la inmigración amarilla, los trabajadores denunciaban que los chinos continuaban arribando por cientos en los vapores provenientes del Oriente y del Norte de Perú, advirtiendo que la colonia asiática adquiriría una proporción considerable en Tarapacá y que cuando se tratara de "impedir el avance de esta verdadera invasión amarilla", se enfrentarían con "una colectividad fuerte y poderosa muy difícil de aniquilar"⁴⁸⁹. Debido a esa constatación, acusaban que desde hace tiempo se estaba introduciendo una raza enclenque e inútil que si bien debería haber sido prohibida por el gobierno, era "autorizada y fomentada por él mismo". Sentenciado que "el gobierno ha apoyado la introducción de macacos", constituyéndose "los flamantes representantes del pueblo en el Parlamento" en "los primeros macaqueros de la República"⁴⁹⁰.

Se insistía pues, en que "la inmigración de chinos y japoneses proyectada por los feudatarios salitreros es un sofisma apoyado maliciosa y directamente por el Gobierno de la República que no dicta leyes tendientes a prohibir la entrada de macacos en nuestro territorio, además de que por otro lado apoya esa funesta inmigración decretando la

⁴⁸⁸ El Pueblo Obrero, 30 de mayo de

⁴⁸⁹ El Trabajo, 17 de Agosto de 1907

⁴⁹⁰ El Trabajo, 28 de septiembre de 1907

inversión de grandes cantidades de dinero para introducir en Chile a tan estrambóticos y despreciables huéspedes"⁴⁹¹. De suerte que las autoridades gubernamentales además de aparecer como cómplices de la inmigración asiática, se convertían en promotores y en guardianes de ésta, así como en responsables últimos del despliegue de un atentado a la soberanía nacional. Si bien en las páginas de los periódicos obreros abundan en una proporción elevada las referencias al peligro racial implicado en los asiáticos, también encontramos inquietudes relativas al control territorial de Tarapacá y el poder efectivo de sus autoridades:

¡Es posible que los gobernantes miren impasibles esta emigración!
 En un probable ataque del extranjero, de qué gente dispondrá el gobierno para defender la integridad del territorio de la República, si por las proporciones que toma esta emigración, dentro de dos o tres años ya no se podrá organizar en Tarapacá un mal batallón de que disponer ni una mala compañía de cien hombres!
 ¿Cree el Gobierno que los asiáticos van a defender lo que no es suyo?
 ¿Creen los hombres de Gobierno que un asiático es capaz de levantar un fusil del suelo, bajo el sol abrasador del desierto?
 ¡Siga el Gobierno protegiendo la inmigración amarilla, el pueblo chileno tenga seguro que ya no volverá a protestar, no habrán reyertas ni revoluciones, pero en cambio, todos los hijos del país abandonarán el territorio dejando en cambio los simpáticos hijos del Celeste Imperio, y del Sol Naciente, únicos personajes dignos de la protección de los hombres del Gobierno [...]"⁴⁹²

Independiente del cruzamiento de razas y de un eventual abandono —por parte de los chilenos— de las tierras tarapaqueñas, los trabajadores manifestaban preocupación por el ejercicio de la soberanía nacional en un espacio, donde la memoria de la Guerra del Pacífico estaba frecuentemente presente en la prensa. De esta manera, frente a la hipotética preeminencia de una población inglesa y asiática en la provincia, los trabajadores manifestaban que "en lugar del pabellón glorioso de la Patria, flameará como un insulto grosero a los chilenos y como amenaza constante a la América Latina, la bandera de un protectorado de ultra océanos"⁴⁹³.

Finalmente, el meeting contra la inmigración asiática llevado a cabo en Iquique, dio lugar a que los chinos residentes de esa ciudad elevaran una contestación al Supremo

⁴⁹¹ El Trabajo, 2 de Octubre de 1907

⁴⁹² El Trabajo, 2 de Octubre de 1907

⁴⁹³ El Trabajo, 26 de Junio de 1907

Gobierno, intervención que El Pueblo Obrero publicó bajo el título "Los chinos se defienden. Envían un memorial a S.E. el Presidente de la República. Se consideran iguales a los ingleses. El Club Chino de Iquique" y desde donde extraemos el siguiente fragmento:

No nos correspondería a nosotros, los residentes asiáticos de esta provincia analizar en detalle las consideraciones que se hacen y los conceptos que se emiten en la recordada solicitud cablegráfica, porque si bien como connacionales de los referidos inmigrantes pudiéramos protestar, -por sentimiento patrio-, de la dureza innecesaria con que se quiere tratar a los asiáticos; como extranjeros residentes en este país queremos mantener en toda situación nuestra actitud respetuosa, aún en presencia de un movimiento obrero producido por la excitación transitoria de sentirse amenazados en lo que creen sus intereses primordiales, ante la sola perspectiva de una inmigración más o menos numerosa de obreros chinos que se destinarían a las faenas salitreras en las dos más importantes y ricas provincias de la República.

Para nosotros, lo único más digno de tomarse en la presentación de las sociedades de obreros, es la razón de interés material, lo que podríamos llamar la razón económica, o sea la competencia que el obrero asiático pudiera hacer al obrero nacional en los trabajos de explotación y elaboración del salitre; y sobre este particular se nos permitirá reservar nuestra opinión, porque en la ciencia y la experiencia aconsejan la libre concurrencia o la libertad en las relaciones y obreros, dentro del interés público o las conveniencias nacionales. [...]

Lo que nosotros queremos salvaguardar principalmente en esta respetuosa solicitud elevada a la consideración del recto juicio de V. E., es nuestra propia situación de antiguos residentes de las provincias, o de extranjeros domiciliados en el territorio de la República.

V. E. lo sabe, por ser público y notorio, que los asiáticos domiciliados en las ciudades y pueblos de Tarapacá, tienen residencia actual adquirida en largos años durante los cuales han incorporado al bien local, a la riqueza y al progreso públicos, los esfuerzos de su actividad y su trabajo en el comercio y las múltiples faenas a que se han consagrado⁴⁹⁴.

En la réplica elaborada por la colonia china de Iquique se impugnaba, aunque de manera bastante sutil, la actitud de desprecio y la campaña de desprestigio desplegada por los obreros tarapaqueños, señalando al respecto, que sólo consideraban como argumentos legítimos de atender a aquellos referidos a la competencia laboral que —teóricamente— instauraría la llegada de obreros chinos. No obstante, se defendían haciendo uso de la apelación a la libertad de concurrencia establecida por las leyes que regían al país y solicitaban que —al margen de la agitación popular contraria a su presencia—, se les

⁴⁹⁴ El Pueblo Obrero, 6 de Julio de 1907

respetara su situación de antiguos residentes, en vistas de los aportes sociales y económicos que realizaban a la comunidad a través de su desempeño laboral⁴⁹⁵.

Sin embargo, en fechas posteriores al meeting, los periódicos obreros denunciaban que los hijos del Celeste Imperio llegaban al país "de contrabando", esto es, mediante una introducción clandestina, pues cuando menos se esperaba, arribaba "una bandada, como aves de rapiña, sin anunciarse ni por la estación ni siquiera por un presagio"⁴⁹⁶. Posteriormente, y con motivo de una nueva corriente de internaciones hacia 1909, El Pueblo Obrero advertía que las últimas fiestas chinas —que habían contado con la asistencia de autoridades y algunos representantes de la prensa—, constituían una "astucia asiática" para frenar cualquier determinación prohibitiva a la inmigración, razón por la que el periódico obrero declaraba que iniciaba "una enérgica campaña contra la inmigración china"⁴⁹⁷. En este sentido, se reclamaba que "con el disfraz de comerciantes, viajeros y empleados chinos", se pretendía esconder la introducción de asiáticos a las oficinas salitreras —tal y como se había proyectado hacia 1907—, denunciando que en lugar de internar "violentamente 10.000 asiáticos, se ha obstado, al parecer, por introducirlos en pequeñas partidas, de manera lenta, paulatina, insensible". De tal forma, los trabajadores sospechaban que en varios años se sobrepasaría incluso la cifra de 10.000 inmigrados acordados en primera instancia, acusando que "en pequeña o en grande escala, la inmigración asiática a los puertos chilenos, con el transcurso del tiempo, en el fondo y en la forma, siempre entraña los mismo peligros"⁴⁹⁸.

Bajo este escenario, los trabajadores protestaban intensamente de la indiferencia manifestada por las autoridades, frente a las nuevas partidas de culíes que llegaban con "extrema frecuencia" a las costas de Tarapacá, erigiéndose en "un solemne desmentido a las promesas del gobierno y como un sangriento reto a la opinión pública que indignada los rechaza". Al respecto, la prensa obrera celebraba la "gran campaña de verdadero

⁴⁹⁵ En relación a esto, una vez que los asiáticos fueron consolidando su situación económica, comenzaron a realizar algunas erogaciones en dinero y también en artículos de consumo con la finalidad de conseguir la simpatía de la sociedad tarapaqueña. Lin Chou, D. (2004b). *Op. cit.*, p.37

Entre estos eventos, destacaron los donativos realizados en 1907 con motivo de un incendio que afectó a numerosos residentes así como los efectuados con motivo de la celebración de fiestas patrias en 1909 y la conmemoración del centenario de la independencia en 1910. Lin Chou, D. (2004a). *Op. cit.*, p.189

⁴⁹⁶ El Pueblo Obrero, 3 de agosto de 1907

⁴⁹⁷ El Pueblo Obrero, 18 de mayo de 1909

⁴⁹⁸ El Pueblo Obrero, 10 de Junio de 1909

patriotismo, progreso y virilidad nacional" que se llevaba a cabo para demostrar el tremendo peligro que entrañaba la internación de asiáticos, y señalaba que "en presencia de la musulmana indolencia del Gobierno para no tomar una pronta y radical medida que impida de que el país continúe infestándose de pestes mortíferas, y al pueblo se le siga arrebatando su escasísimo pan por falta de trabajo", se manifestaba la necesidad de que las sociedades obreras se organizaran nuevamente en un gran mitin de rechazo a la inmigración china⁴⁹⁹. En tal contexto, la colonia china de Iquique hizo público un cablegrama en que, vía Cónsul de Estados Unidos, se dirigía al Gobierno de China para solicitar el cese de la emigración desde ese país:

"Ministerio de Relaciones Exteriores y de Comercio.- Pekín.- Por vapor japonés viene muchos connacionales. Prensa combate inmigración. Opinión clase obrera también en contra. Situación desfavorable. Rogamos a sus excelencias prohibir emigración exceptuando comerciantes y personas de garantía para guardar el buen nombre de nuestro imperio y perjuicios de la colonia establecida.- Colonia China residente en Chile⁵⁰⁰"

Resulta interesante constatar que casi dos años después de la contestación elevada al Presidente de la República, la colonia china se manifestaba también en contra de la llegada de nuevos connacionales que no fuesen comerciantes de "sólida reputación", puesto que frente a los alborotos producidos en la clase trabajadora y los ataques de la prensa, a causa de la llegada de un nuevo contingente de inmigrantes asiáticos, procuraban la defensa de su integridad y bienes. Así también lo indican informaciones del Consulado estadounidense, que desde abril de 1909 se encargaba "de prestar protección a los ciudadanos chinos" y desde donde se reportaba que "los comerciantes chinos en la ciudad tampoco querían la llegada de más obreros chinos"⁵⁰¹. No obstante, —y pese a que se hacía reconocimiento a la iniciativa de la colonia china al "anticiparse a los movimientos populares"—, los trabajadores consideraron que la medida era insuficiente. Lo anterior, debido a que no se podía presentar ninguna obligatoriedad al "indolente y desquiciado gobierno chino", mientras que la gestión tampoco tenía ningún tipo de repercusión en el Perú, de cuyo país

⁴⁹⁹ El Pueblo Obrero, 29 de Julio de 1909

⁵⁰⁰ El Pueblo Obrero, 5 de Agosto de 1909

⁵⁰¹ Citado en Lin Chou, D. (2004a). *Op. cit.*, p.195

llegaban "con demasiada frecuencia numerosos grupos de coolíes". Desde esta perspectiva, y ante el presentimiento de levantamientos populares análogos a los efectuados en tierras peruanas, los trabajadores tarapaqueños apostaban que la única solución al conflicto estaba en manos del Gobierno, con la prohibición terminante de la inmigración asiática independiente de su procedencia.

III.2.- De la construcción social del inmigrante asiático a la discriminación racial

Hemos señalado con anterioridad, que la inmigración asiática fue entendida como una prolongación de la presunta estrategia concebida por los oficineros para sustituir a los trabajadores de la pampa, señalando al respecto, que a pesar de esta percepción de continuidad, existió la presunción de que se trataba de una coyuntura con consecuencias excepcionales. En este sentido, los trabajadores denunciaban que "dando oídos a los oficineros, que por tener peones baratos, no les importa su calidad, ni el mal étnico que pueden hacer a Chile, los dirigentes, han consentido en que se traiga para las labores pampinas, el excedente de colíes [sic] de que está pletórica la secular China"⁵⁰². Los periódicos obreros exhibían un discurso, que abandonaba los lindes de lo meramente defensivo para adoptar una campaña de abierta hostilidad, cuyo lenguaje evidencia un claro cisma en términos culturales y raciales. Ya no se trataba sencillamente de la defensa del interés obrero ante un nuevo evento inmigratorio, sino de la custodia de los fundamentos sociales de Tarapacá, y por extensión, de todo el conjunto nacional. De suerte que, el tenor de los periódicos revisados fue siempre el mismo, —a saber— una insistencia en el peligro que constituía para el país la denominada "invasión amarilla", haciendo especial hincapié en la necesidad de "seleccionar detenidamente" y evaluar la conveniencia de toda inmigración:

En todo país, medianamente civilizado, donde hay cerebros que piensan y se preocupan del futuro y del mejoramiento de la raza, la cuestión inmigración, no se resuelve de una plumada, aunque salte a la vista las conveniencias que reporte a la industria.

⁵⁰² El Pueblo, 23 de Junio de 1906

Se estudia, primeramente, las condiciones físicas de la raza que se va a introducir, si el cruzamiento con ella no debilitaría el vigor físico e intelectual de los nativos, si sus hábitos y costumbres son afines con los del suelo adonde se van a aclimatar y si saben practicar la higiene corporal y moral. [...]

Tratándose de la inmigración amarilla, no hay discusión posible, porque el tema ha sido discutido ampliamente y está probado hasta la saciedad que es pernicioso su introducción como elemento reproductivo. [...]

El chino, por su aislamiento del concierto mundial, por el espíritu conservador que lo domina, por su carácter huraño y tímido, por su pobreza física y por los vicios que lo corroen, es un factor desquiciable [sic] para el porvenir social de un país⁵⁰³.

Percibimos que los cuestionamientos en torno a la imprevisión, en materia de políticas inmigratorias, y la necesidad de establecer procedimientos de evaluación que otorgaran garantías a los connacionales, conformaron el preámbulo exculpatorio de las subsiguientes críticas a la introducción de asiáticos. Bajo ese concluyente diagnóstico, los trabajadores avizoraban que la internación de chinos podía traducirse en una "ruina etnológica" para el país, razón por la que tildaban esta inmigración de traición e incluso de crimen contra la patria en "grado superlativo", en vistas de la "prostitución de la raza" y de la "degradación sociológica", que presuntamente conllevaría. En consecuencia, las demandas por un mayor análisis y precaución en los proyectos de inmigración planificada, se convertían en meros artilugios justificadores, puesto que cualquier examen se tornaba irrelevante ante la convicción previa de su desventaja. Para los trabajadores, experiencias predecesoras habían aportado evidencia indiscutible de los estragos de la "invasión amarilla", por lo que sus inconveniencias se encontraban fuera de discusión.

A diferencia de las razones esgrimidas en contra de la internación de indígenas desde Bolivia y Perú, los argumentos presentados en contra de la inmigración asiática referían explícitamente a una incompatibilidad que no se hundía únicamente en consideraciones de orden cultural —como el idioma y las costumbres—, sino que de forma evidente en el peligro de un cruce de razas en detrimento de la propia. Los trabajadores manifestaban temor por la introducción de una "raza decrepita", cuyo contacto obligado devendría en el peligro de un cruzamiento de sangre al interior de las familias obreras, un asunto que se incrementaba ante la constatación de que los contingentes de asiáticos

⁵⁰³ El Pueblo, 23 de Junio de 1906

estaban conformados casi exclusivamente por el género masculino⁵⁰⁴. Así, este prejuicio racial se mantuvo vigente también durante la segunda corriente inmigratoria, aunque con mayor ahínco, pues las asonadas populares en rechazo a la colonia china residente así como a las nuevas migraciones, registradas de Lima durante 1909, marcaban un precedente para los trabajadores del norte chileno⁵⁰⁵. La magnitud de las manifestaciones determinó la prohibición de la internación asiática en los puertos del Perú, por lo que los "cargamentos de infelices coolíes" destinados al Callao fueron redirigidos hacia los puertos de Chile⁵⁰⁶.

En virtud de lo anterior, El Pueblo Obrero se cuestionaba si acaso el país era un receptáculo de la "escoria de las razas humanas, consideradas fisiológica, psicológica y económicamente", manifestando de forma seguida que, "en defensa de la unidad fisiológica y moral de nuestra raza, de la tranquilidad internacional, y muy principalmente en defensa de los sagrados derechos e intereses de la clase obrera", iniciaba una campaña decidida contra la inmigración asiática⁵⁰⁷. Esta impresión se repitió insistentemente, y con motivo de la internación de un grupo de 30 chinos que huían de Perú —y que posteriormente fueron distribuidos en diversos pueblos de la pampa—, el mismo periódico se lamentaba de que Tarapacá, la "viril y laboriosa provincia", estuviese "destinada a ser la cloaca de los desperdicios sociales del Celeste Imperio, y a ser en poco tiempo más un gran lazareto de pestes orientales, a ser la cuna de la degeneración física y mental de la raza chilena"⁵⁰⁸.

⁵⁰⁴ El Trabajo, 15 de Agosto de 1906; El Pueblo Obrero, 3 de Agosto de 1907

⁵⁰⁵ "Por noticias telegráficas de los diarios locales y las informaciones de nuestra edición anterior, es del dominio público, los graves acontecimientos populares ocurridos recién en Lima, contra la numerosa colonia asiática que infesta y rebaja la cultura de esa capital. [...]

Esos asiáticos maltratados y hostilizados por el pueblo limeño migrarán ¿A dónde? todas las probabilidades están que en su gran mayoría a Iquique, donde aquí ya son numerosísimos sus compatriotas.

[...] llamamos la atención de las autoridades hacia la urgente necesidad de que con tiempo tomen medidas previsoras, que impidan la inmigración china a los puertos de Tarapacá, que a estas horas se prepara en el Perú, en connivencia con los chinos residentes en Tarapacá. [...]

Además, deber de las autoridades es tomar muy en cuenta previsoras, las noticias de que el ministro norteamericano en Lima, presentará al Perú una reclamación diplomática por las zurras que el pueblo le ha dado a los asiáticos." El Pueblo Obrero, 13 de mayo de 1909

⁵⁰⁶ El Pueblo Obrero, 18 de Mayo de 1909; El Pueblo Obrero, 8 de Junio de 1909

En particular, el motín de Lima del 9 Mayo de 1909, tuvo su origen en una manifestación política, marcada por un escenario de crisis económica e intensa actividad electoral que, sumado a la reactivación de la inmigración asiática, produjeron una revuelta urbana en donde obreros y artesanos saquean establecimientos chinos y agreden violentamente a la colonia china de la ciudad. El 17 de Mayo de produce una segunda asonada que también refirió a los problemas de empleo y a la presencia china, desarrollándose una tercera el 29 de Mayo, cuyo móviles son más difusos. Al respecto, revisar: Ruiz Zevallos, A. (2000). "Los motines de mayo de 1909. Inmigrantes y nativos en el mercado laboral de Lima a comienzos del siglo XX". *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 29 (2), 175-188

⁵⁰⁷ El Pueblo Obrero, 8 de Junio de 1909

⁵⁰⁸ El Pueblo Obrero, 17 de Julio de 1909

Los persistentes llamados en defensa de la "pureza de sangre" que hallamos en la prensa obrera, nos remiten a las nociones que los trabajadores poseían respecto a una supuesta homogeneidad racial de la población chilena y frente a la cual los asiáticos representaron la "degeneración de la raza". Al respecto, los trabajadores explicaban los sucesos de Lima esgrimiendo que "por origen étnico, de lenguas, religiones, costumbres e idiosincrasias, no son afines los asiáticos, a las cualidades de la raza americana, similar a la blanca o europea", agregando que "el pueblo esta gran verdad la presiente instintivamente; de ahí su aversión a los asiáticos"⁵⁰⁹. Asimismo, en el contexto del primer flujo inmigratorio, un trabajador de la Oficina Compañía exhortaba a sus compañeros con las siguientes palabras:

¿Permitiremos que nuestra raza de titanes en un corto lapso de tiempo se convierta en raza de raquíticos y viciosos?

¡¡No, compatriotas proletarios!! El pueblo de Tarapacá, ha protestado enérgicamente de tal inmigración ante los hombres del Congreso, y si ellos, que son los que están llamados a salvaguardar los intereses de la Patria y mantener la puridad de la raza chilena, no hacen nada por detener el avance asiático, entonces nosotros levantémonos indignados ante tal proceder y por nuestra propia cuenta rechazamos enérgicamente al invasor, y hagámosle saber a los hombres del Gobierno que el pueblo chileno no admite que la sangre viciada y enclenque de los hijos del Celeste Imperio, venga a mezclarse con la noble sangre hispano-americana.

Defender nuestros intereses y que jamás decaiga el vigor de nuestra raza, es nuestro deber⁵¹⁰.

Nuevamente constatamos que las protestas contra la inmigración asiática se caracterizaron por la conjunción del interés obrero y el amparo de la unidad racial, siendo el primer tópico la "demanda legítima" y actuando el segundo como un argumento complementario, aunque trascendental. Ciertamente, los obreros temían por su estabilidad laboral y económica pero en ocasiones esa circunstancia pareció quedar eclipsada por la "afrenta" de ser sustituidos por una "raza inferior", con menoscabo además del pretendido equilibrio social y cultural con el que se reconocían. Ahora bien, las interrogantes surgen al intentar definir los límites bajo los cuáles los trabajadores entendieron "su propia raza". De

⁵⁰⁹ El Pueblo Obrero, 13 de mayo de 1909

⁵¹⁰ El Pueblo Obrero, 13 de Julio de 1907

las referencias citadas, podemos deducir que la reclamada pureza de la sangre chilena encontró su referente identitario inmediato en el mundo europeo, recalando su semejanza con la raza blanca y su ascendencia hispana.

En esta línea, El Pueblo Obrero hacía eco de un artículo publicado en el Mercurio de Valparaíso a sazón de la inmigración asiática y en donde se planteaba que la "cuestión de razas es un problema vivo y agudo, por más que les pese que así sea a los que, poseídos de un humanitarismo muy hermoso, pero muy utópico, proclaman la igualdad de todos los miembros de la especie humana", puntualizando luego que los "chilenos formamos una raza propia, con caracteres distintivos bien marcados, que se acerca más a los europeos que a otros pueblos de la tierra, y que con los europeos se funde y mezcla mejor que con los otros, sin exceptuar los mismos pueblos americanos, vecinos a nuestro país"⁵¹¹. Asimismo, y bajo el título de "Los asiáticos. Un proyecto encarpado", se publicaba una intervención de Malaquías Concha hacia mediados de 1906, en donde afirmaba que la "unidad de raza constituye una de las principales condiciones para la organización de las nacionalidades", agregando que "no sólo envuelve un grave inconveniente para la solidaridad social la mezcla de razas diferentes sino que pone obstáculos al crecimiento y desarrollo de los pueblos, enerva el vigor físico y deprime el carácter y la inteligencia de los habitantes de un país". Finalizando con el anuncio de un proyecto de ley que prohibía la inmigración "de individuos de las razas amarillas o mongólica y de la raza negra o etiópica"⁵¹².

Por su parte, El Trabajo protestaba de la inmigración asiática, señalando que "invadidos por una raza que toda nación cuidadosa de su origen y de su sangre, procura evitar llevando al máximo su espíritu previsor con la expulsión de los chinos, por

⁵¹¹ El Pueblo Obrero, 12 de diciembre de 1906

⁵¹² El Pueblo Obrero, 4 de junio de 1907

En torno a esto, Nicolás Palacios señala que "la inmigración asiática de cualquiera de las castas emigradoras —chinos, japoneses, etc. — tiene para los países europeos como para los derivados de ellos, el inconveniente gravísimo de que la cantidad de alimento necesaria a su subsistencia es mucho menor que la de los pueblos occidentales. Las demás necesidades de la vida individual y familiar con también menores, sus ambiciones personales, sus deseos de mejorar de condición son igualmente rudimentarios.

Esas condiciones fisiológicas son particularidades de raza, adquiridas en períodos milenarios, que llegan a constituir rasgos étnicos diferenciales de grande importancia.

De ahí que esos asiáticos puedan ejecutar un trabajo dado por menor salario que el exigido por un europeo, competencia en la que éste no puede triunfar por imposibilidad fisiológica, invencible.

Es por eso que su presencia alarma en primer lugar al operario y al artesano, que son los inmediatos amenazados." Palacios, N. (1918). *Raza Chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos, Tomo II*. Santiago, Chile: Editorial chilena, p.286

perjudiciales para el comercio y para la conservación de las energías que nos dan la nobleza de la sangre araucana y la altivez del hombre libre"⁵¹³. En otro artículo, los trabajadores expresaban que la inmigración china representaba la mayor de las afrentas, manifestando un descontento absoluto con la determinación de los salitreros de traer "de países pletóricos de hambre, razas degeneradoras [sic] que vengan a arrebatarse el pan de los productores libres", y agregando que no alcanzaban a "comprender adónde está la razón atendible que justifique la internación de chinos en cargamentos, para mengua de nuestro indómito carácter, descendiente de Lautaro y Caupolicán"⁵¹⁴.

De las referencias revisadas, podemos desprender que existieron dos matrices de identificación racial en donde la afirmación de una proximidad con la raza blanca, más que apuntar una similitud real, anunciaba un ideal de ascenso moral y prosperidad intelectual, mientras que la apelación a la "raza araucana" simbolizaba el vigor físico y el anhelo de libertad con que los trabajadores se representaban. Si los asiáticos personificaban la inmoralidad, el primitivismo cultural y un carácter débil y oprimido, los chilenos se alzaban caracterizados por su virtud, inteligencia e ímpetu. Por consiguiente, advertimos que el encuentro con la "raza amarilla", se configuró en una oportunidad de autodefinition, puesto que a medida que se delimitaba descriptivamente a los asiáticos, se afirmaba simultáneamente una distancia desde donde emergía el "nosotros". En tanto se atribuían características a los otros, se contorneaba con mayor claridad la propia especificidad.

En este sentido, los trabajadores argüían que de buen agrado aceptaban que se les reemplazara por operarios "de superiores condiciones física e intelectuales" que a través de la inteligencia mejoraran la industria. Sin embargo, la sustitución por asiáticos la asumían como "indigna" y manifestaron no tolerar ser desplazados de "tan vil manera"⁵¹⁵. Aducían que la falta de aptitud de la raza amarilla en el desempeño de faenas pesadas constituía un hecho reconocido ampliamente, por lo que acudir a los asiáticos para desplazar al hijo del país significaba no sólo un insulto para éstos, sino que además implicaría "un desmejoramiento de la condición general de los trabajos y la miseria general de los pueblos". Al respecto, se acotaba "si un chileno hace obra de cuatro chinos, es claro que a

⁵¹³ El Trabajo, 11 de julio de 1906

⁵¹⁴ El Trabajo, 20 de abril de 1907

⁵¹⁵ El Trabajo, 11 de Julio de 1906

éstos se les pagaría la cuarta parte del salario medio de un operario chileno; con tan mísero jornal el chino no podrá vivir sino como un infeliz esclavo, recluso en una choza y alimentándose de arroz"⁵¹⁶. De suerte, que la preocupación frente a la degeneración de la raza no se relacionaba sencillamente con un asunto de sangre, sino también con un miedo a descender hacia condiciones sociales y económicas aún más deplorables:

Los ricos, ya lo hemos dicho, no temen la cruz de su sangre, porque no irán los invasores a ocupar un asiento en el Club ni en la mesa regia que se regalan mediante las cuantiosas fortunas acumuladas con el esfuerzo del roto.

No; el pobre, el obrero, el hijo del pueblo tendrá que alojar y salvar del hambre en todo caso a los infelices que no podrán luchar con la rudeza de la labor, y habrán de aposentar al chino por humanidad.

El rico en Chile, como en todas partes, se mantendrá a respetable distancia de ese contacto, importándoles un comino el que esa gente sucumba de necesidad.

Y de esta manera, confundiremos nuestra miseria con la de los esclavos traídos para que se ocupen de nuestras faenas, para que el trabajo se deprecie aún más; y nos veamos obligados a aceptar la condición de los esclavos chinos.

¿Es esto tolerable, compañeros?

¡Nunca! no debemos admitir que, sobre reducirnos el corto jornal que hoy se nos paga, se nos invada el hogar con la plaga que hartó campo tiene en el Asia adonde nacieron, y de donde no debe salir a menoscabar la situación de otros seres nacidos en superior condición física porque no lo toleraremos!⁵¹⁷

A pesar del inmediato contexto de rechazo, del pasaje anterior podemos colegir que una parte de la denuncia de los trabajadores apuntaba a la obligatoriedad de un contacto dado no sólo por la contingencia de compartir el escenario laboral con los asiáticos, sino además por una suerte de "deber humanitario" que les impondría verles en necesidad. De modo que, la posibilidad del vínculo creaba alarma tanto ante la amenaza de un cruzamiento de razas al interior del hogar obrero, como también por la eventualidad de ser relacionados con los chinos y corresponder a una misma experiencia de explotación y miseria. En relación a esto, señalaban que eran notificados por los salitreros de que "al traer inmigrantes chinos en nada afectarían a los trabajadores actuales y que trabajarían aparte y

⁵¹⁶ El Trabajo, 20 de Octubre de 1906

⁵¹⁷ El Trabajo, 15 de Agosto de 1906

tendrían su campamento aparte", declaración que no objetaban del todo porque consideraban que "con hacerles un sólo corral vivirían todos juntos"⁵¹⁸.

En este sentido, se aseguraba que si bien era un asunto irrefutable que el asiático no podría ejercer competencia a "la energía productora del chileno en el trabajo", "dados los medios económicos y la ilusoria remuneración con que serán retribuidos, podrán poner media docena de chinos por un operario del país, y ganan plata, porque el chino tendrá que hacer la labor que se le asigne, pues, para eso está el caporal o verdugo con huasca en mano". De este modo, calculaban que "arregladas así las cosas, ya se verá como el chileno tendrá que someterse a las mismas o peores condiciones [y a salarios] tan económicos como los chinos, irán poco a poco gravando al obrero del país, y por cada uno que resista, internarán media docena de chinos más. Y tendrá que someterse el hijo del país"⁵¹⁹. Ciertamente, los inmigrantes asiáticos representaron una condición de inferioridad que se expresó en todos los ámbitos, generando un afán por mantener las distancias con motivo de evitar ser reducidos a una situación de subyugación, que los trabajadores pampinos interpretaron como ajena a ellos mismos, y es que la prensa obrera informaba incluso de la venta de chinos en el puerto de Iquique⁵²⁰. Por consiguiente, la introducción de los asiáticos significaba aceptar de forma automática la disminución de los jornales y con ello el menoscabo de la propia condición social, retrocediendo hacia estados inferiores de progreso material e intelectual.

Así también lo expresa otra crónica de El Trabajo, declarando que "aceptado el chino en las faenas, cualesquiera que ellas sean, no se les pagará el salario que puede ganar un obrero del país, más esforzado y capaz; y como el espíritu de lucro del capitalista no deja de trabajar por la economía, llegaría a ocurrir que reducirían el salario al nivel de un trabajo ejecutado por chinos"⁵²¹. Evidentemente el "nivel de chinos" consistía en un

⁵¹⁸ El Pueblo Obrero, 25 de Abril de 1907

⁵¹⁹ El Trabajo, 20 de Abril de 1907

⁵²⁰ "el cónsul, cuando llegó la última remesa de asiáticos, pensó que la ocasión es calva; pensó que los recién llegados venían con el ánimo deprimido, de su raza y de su pueblo, y meditó un fácil negocio: vender a los chinos. Los estudió, les puso precio y acometió la obra.

Cierto amigo nos contó ayer que en una cazuelería o picantería de suburbio, había uno de esos infelices, comprado a precio módico y tratado peor que chino.

El cónsul lo había vendido en la picantería por veinte pesos, no para que hicieran picante de chino, por supuesto, sino para que lavara platos y prestara bajos servicios, sin más retribución que los porotos". El Pueblo Obrero, 3 de Octubre de 1907

⁵²¹ El Trabajo, 20 de Febrero de 1907

horizonte de deterioro general, motivo por el que los trabajadores iniciaron una activa campaña de desprestigio que ponía en duda las aptitudes y reales intenciones de los asiáticos. En este sentido, se cuestionaba que éstos pudiesen resistir "la rudeza de los trabajos de las calicheras, el sol ardiente de la pampa y las vendavales tibios del desierto" y se afirmaba que "ninguna labor, ningún trabajo podrán ejecutar los asiáticos sin dejar patentizado su raquitismo y su inutilidad", agregando que sólo vendrían al país a establecer "cafetines y despachos de menestras al por menor"⁵²².

Acerca de esto, la revisión de prensa nos permite deducir que efectivamente arribaron chinos con el objeto de trabajar en los diversos establecimientos industriales, pero que en la práctica fueron escasos o nulos los obreros⁵²³. Algunos autores, como Nicolás Sánchez Albornoz, han señalado que "había peones chinos trabajando en las minas de nitratos del norte de Chile"⁵²⁴, mientras que Diego Lin Chou afirma que "los obreros chinos iban cambiando de profesión, y poco a poco se convirtieron en pequeños comerciantes"⁵²⁵. Sin embargo, de los antecedentes manejados sólo podríamos corroborar que existieron anuncios de internación de asiáticos para ocuparse en actividades del nitrato, pero que su inserción efectiva como obreros al parecer jamás se concretó. Un respaldo de lo enunciado son los diversos artículos publicados en la prensa obrera de Iquique, en donde la pregunta por la existencia de algún chino dedicado a las faenas del salitre se tornó reiterativa:

Ejemplos palpables tenemos, de no contar con un sólo macaco en los distintos trabajos de mar o de las salitreras.

¿Conocen ustedes algún hijo del Imperio Celeste, que trabaje en el embarque de salitre.

Han visto mis compañeros, a una sola momia de esas extraer caliche en la pampa, derripiar cachuchos, acendrar una fondada, o cargar una carreta de caliche?

⁵²² El Trabajo, 2 de Octubre de 1907

⁵²³ Al respecto, Marcos Calle afirma que los chinos se incorporaron tanto a la mano de obra, como a las actividades terciarias o de servicios, señalando que para 1895, los datos censales demuestran la existencia de 2 calicheros, 2 carretoneros, entre otros oficios. Calle, M. (2014). *Op. cit.*, p. 37

⁵²⁴ Sánchez, N. "La población de América Latina. 1850-1930", p.111. Citado en Lin Chou, D. (2004a). *Op. cit.*, p.177

⁵²⁵ Al respecto, se señala que "en 1907 se publicó que la oficina salitrera «Alianza» había traído cien chinos para los trabajos de sus faenas salitreras, pero «el chino no resiste el clima, pues mucho se enferman y algunos murieron»" Lin Chou, D. (2004a). *Op.cit.*, p.195. Asimismo, se inserta un cita de Francisco Ovalle Castillo describiendo a los braceros chinos empleados en las oficinas salitreras a principios del siglo XX: "Nos encontramos a cada instante con una infinidad de asiáticos, sobresaliendo los chinos que, por su eterna flacura y hábitos misteriosos, provocan el descontento y el terror entre las personas de costumbres diferentes... en cada estación donde se detiene el ferrocarril de la Pampa somos ingratamente sorprendidos por las figuras escuálidas y aterradoras de los asiáticos, que en vano tratan de disimular nuestro desencanto llamándonos *compales*". Citado en Lin Chou, D. (2004a). *Op.cit.*, p.201

Estoy seguro de que no, sólo se les ve negociando y basta solo dar una mirada en las calles comerciales de Iquique, como en las distintas estaciones de la pampa y se convencerán que todos esos grandes almacenes de chinos donde el obrero tiene que ir a dejar el dinero ganado con tantos sacrificios.

Y así dicen algunos desgraciados que los asiáticos suplirán la inventada escasez de brazos y darán impulso a las industrias minera, salitrera y agrícola⁵²⁶.

La referencia anterior es elocuente. Si bien los asiáticos arribaron tras pomposos anuncios que los destinaban al interior de las oficinas salitreras, lo cierto es que los datos recopilados los ubican principalmente en las diversas ramas del comercio y otros servicios. Para avalar esa constatación en territorio nacional, los periódicos obreros se apoyaron en experiencias extranjeras, afirmando desdeñosamente que en California ningún chino había cambiado labores de cocinería o zapatería para ir a dejar los pulmones a una mina, mientras que en Perú sólo amenazaban con una extensa red de garitos⁵²⁷. En este sentido, se aseveraba que los asiáticos no constituían ningún tipo de contribución a la producción y que la reducida colonia china residente en Valparaíso y Santiago únicamente se encargaba de la administración de "fétidos burdeles clandestinos", razones por la que se hacían vehementes llamados a impedir el desembarque de "macacos". Para ello se convocaba "en el muelle el día que llegue a Iquique, el vapor con los chinos, no dejándolos saltar a tierra, que regresen a bordo y que los vayan a arrojar a otras playas que no sean las de Chile, que no hacen falta aquí individuos enclenques y cochinos que es la más grande deshonra para nuestra patria", enfatizando que no quedaba otro medio que "rechazar personalmente a semejante raza que viene a Chile, sólo a enriquecerse y chuparnos la última gota de sangre que nos queda"⁵²⁸. De este modo, si bien se expresaba una constante preocupación ante la posibilidad de que los chinos ocuparan plazas de trabajo en industrias y minería, el apoderamiento del comercio y otros rubros afines emergía como un riesgo mucho más inmediato que amenazaba palpablemente con explotarles, mediante la venta usurera de diversos productos y servicios.

En esta línea, los trabajadores presumían que la inmigración asiática contemplaba no sólo una amenaza para la conservación de la raza sino también un "verdadero estorbo

⁵²⁶ El Pueblo Obrero, 13 de Junio de 1907

⁵²⁷ El Pueblo Obrero, 20 de abril de 1907

⁵²⁸ El Pueblo Obrero, 13 de Junio de 1907

para las industrias", de suerte que con la constante llegada de chinos a través de los vapores del norte o por medio de la pampa, los "trabajos o industrias pequeñas" se encontraban totalmente colonizadas por éstos. Se denunciaba que "su principal punto de mira para lucrar más cómodamente es la cocinería", derivando de ahí "la sección de cuartos de arrendamientos por hora, que constituye uno de los defectos más graves en los pueblos cultos". Criticaban además que "todo trabajo liviano apropiado para mujeres lo abarcan ellos, arrebatando el pan a las familias" y que, incluso se introducían resueltamente en el negocio de la costura y la lavandería, cercenando una alternativa de desempeño económico femenino, razón por la que los trabajadores se preguntaban: "¿Qué fruto, qué provecho deja al país ese elemento femenil dedicado a las tareas propias del sexo débil?"⁵²⁹. En este contexto, los periódicos obreros manifestaron de manera frecuente, su preocupación ante el abarrotamiento de chinos en sectores laborales que, usualmente eran asistidos por mujeres para complementar el ingreso familiar obrero, desprendiendo simultáneamente de esta constatación, un prejuicio racial que remite al supuesto carácter mujeril de los asiáticos:

La inmigración china es una amenaza en todo tiempo y para todo pueblo culto americano; por mucho que se alabe lo industrial del súbdito japonés, no es posible cerrar los ojos a la inutilidad de ese elemento en Chile, por ejemplo, adonde las faenas son arduas, necesitan constituciones especiales acostumbrados desde pequeños a las faenas mineras que son las que más riqueza dan al Erario, incluyendo por cierto el salitre en la minería.

En nuestros campos agrícolas la labor es igualmente ruda, al alcance de la gente nacida en este clima y de raza fuerte y sana.

No pueden compararse la industrias femeniles que desempeñan los asiáticos en ese país en el sedería, la pintura, el cultivo del arroz y otras por el estilo verificadas así en medio de esclavitud inaceptable en pueblo libres y viriles como América en general⁵³⁰.

Observamos que no se trató simplemente de una jerarquización laboral de acuerdo a criterios de adaptabilidad física, sino que fundamentalmente de la instalación de un prototipo femenil para explicar el despliegue económico de los chinos. El lenguaje utilizado por los periódicos obreros denota una patente presencia de metáforas de género, que confrontan la realidad cultural americana y asiática, en términos de una identificación por

⁵²⁹ El Trabajo, 24 de noviembre de 1906

⁵³⁰ El Trabajo, 15 de Agosto de 1906

sexos. De este modo, el elemento chileno era representado a través de caracterizaciones que remitían a la vigorosidad y la autonomía, mientras que chinos y japoneses quedaban recluidos en una imagen de debilidad y sometimiento. Por consiguiente, los chilenos eran apreciados desde la trascendencia de lo masculino, mientras que los asiáticos simbolizaban lo insustancial del mundo femenino.

Desde otro ámbito, constatamos que los trabajadores no hicieron mayores distinciones para hablar de chinos y japoneses, por lo que innumerables referencias nos hablan de la raza amarilla o asiática como una categoría global que consideró a ambas nacionalidades indistintamente —aunque en no pocos casos contempló sólo a una de ellas, en especial a la china—. Ciertamente, aquí también hemos hecho uso de esa ambigüedad para el período anterior a 1908, debido a que en ese primer momento son frecuentes las alusiones entrelazadas, mientras que después de eso no hallamos menciones explícitas a los inmigrantes nipones. De todas formas, localizamos algunas descripciones particularizadas de los japoneses que, si bien no distan demasiado de las elaboradas para los chinos, nos permitirán entender las conexiones que se hacían entre ambos, al interior del imaginario pampino.

Tal como se ha señalado en otro apartado, la intervención efectiva de vapores japoneses así como las supuestas vinculaciones de un alto funcionario público con los intereses del gobierno japonés, determinaron tempranamente protestas contrarias a un intento de internación de personas provenientes del país Nipón. La prensa obrera exhortaba a los trabajadores a mantenerse vigilantes y a combatir con ahínco la inmigración japonesa, expresando que los innumerables argumentos entregados eran insuficientes para evaluar los grandes perjuicios que traería al país, entre los que se señalaban inconveniencias para el mejoramiento de la raza, así como obstáculos a la "homogeneidad de nación libre"⁵³¹. En este sentido, y para ilustrar el peligro que se asomaba sobre la "raza chilena", se procedió a construir una imagen del potencial inmigrante, describiéndolo en los siguientes términos: "de condición raquílica y costumbres primitivas, de un vivir mezquino y sin aspiraciones, de un carácter dócil y sumiso". Este obrero japonés vendría a constituir entonces un valioso

⁵³¹ El Pueblo Obrero, 5 de diciembre de 1906

contingente económico para los industriales, quienes lo destinarían "a tareas penosas del trabajo seccionado para hacerlo adaptable a las escasas fuerzas físicas de los asiáticos"⁵³².

En relación a esto, se insistía que Chile poseía abundancia de brazos, pero no subyugados como los requerían los capitalistas, por ello advertían que de los inmigrantes japoneses no llegarían más que los "esclavos sobrantes del campo", quienes cumplirían el propósito burgués de "rebajar la dignidad del pueblo para así dominarlo sin contrapeso en las industrias, haciendo del obrero una bestia humana, una máquina de producción". El cuadro de prejuicios se complementaba con la atribución de "condiciones morales detestables" que llevarían a la sociedad tarapaqueña a un "caos de ignominia y mal vivir". Asimismo se afirmaba que el carácter de aquellos habitantes era "hipócrita, ladrón, embustero, vengativo, en fin"⁵³³.

Coincidiendo con las opiniones emitidas por un viajero chileno, el periódico El Trabajo asentía que la inmigración japonesa sería desastrosa y reiteraba los rasgos altaneros y rencorosos imputados al temperamento nipón, enfatizando en un singular "odio innato por todos los extranjeros", circunstancia que haría vivir a los inmigrantes japoneses "en constante guerra con los trabajadores del país, llegando a veces hasta el extremo de trabar verdaderos combates, en que hay grandes derramamientos de sangre". Conflictos inevitables que, según el periódico, traerían "complicaciones internacionales graves" que incluso pondrían en juego el ventajoso mercado del Japón⁵³⁴. En esta línea, El Pueblo Obrero también conjeturaba una suerte de incompatibilidad entre la proyectada inmigración y las relaciones comerciales con ese país, argumentando que los desórdenes producidos en el Perú presentaban "pruebas al canto" de la inadaptabilidad de los japoneses a las "costumbres que se les inculquen" y se agregaba:

El japonés es un sujeto modernizado artificialmente, sus costumbres íntimas, en nada son diferentes al chino, sus comidas, su vestir, sus vicios, en todo ello reina la forma más curiosa, y tienen su defecto tremendo: la insubordinación más completa, cuando se encuentran en colectividad forman sus motines, donde nadie los saca de sus acuerdos, sean o no racionales y ¡hay! de aquellos que fueran a contrariarlos, se

⁵³² El Trabajo, 11 de Julio de 1906

⁵³³ El Trabajo, 22 de Diciembre de 1906

⁵³⁴ El Trabajo, 22 de Diciembre de 1906

arman de cuanto encuentran y son capaces de hacer renacer un cuadro imaginario de la guerra ruso japonesa⁵³⁵.

El reiterado recurso discursivo que caracterizó al japonés como un sujeto conflictivo y jactancioso resulta, a primera vista, paradójico con la imagen de éste como un individuo sometido y por ende conveniente para los capitalistas. No obstante, creemos identificar la participación de dos representaciones simultáneas que reforzaron un mismo objetivo, a saber: el arraigo de una apreciación negativa de la inmigración nipona. En este sentido, creemos vislumbrar una primera figuración de carácter pasivo que permitiría demostrar los "riesgos laborales" implícitos en la inmigración, mientras que por otro lado, se articulaba una figuración más dinámica, que exponía los "desastres sociales" latentes en el talante mismo de los eventuales inmigrados. Desde dos veredas distintas, el discurso procuraba instalar los males que acechaban a la inmigración.

Por otra parte, advertimos la adjudicación de una correspondencia general entre japoneses y chinos a quienes se equiparó en términos físicos y culturales, situación que en el decir popular se expresó con la fórmula "el mismo fraile con distintas alforjas"⁵³⁶. Ciertos indicios nos permiten deducir que existió una determinada campaña o intención por consolidar al japonés como un sujeto "más avanzado" que el chino, sin embargo, los trabajadores afirmaban que no podrían "distinguir entre japoneses y chinos, si hubiera de alegarse que el carácter japonés supera al chino en sus costumbres sobrias y por la superioridad de su musculatura; siempre sean los asiáticos amarillos de aspecto poco agradable sino repelente"⁵³⁷. Indudablemente los rasgos físicos que los trabajadores reconocieron propios del "mundo asiático" posibilitaron que, progresivamente, algunas particularidades lingüísticas y otras referidas a hábitos y costumbres, fueran identificadas como un todo homogéneo. Acerca de esto, una editorial de El Trabajo titulada "El Gobierno Macaquero" nos parece esclarecedora:

La raza amarilla es una sola. El japonés y el chino están vinculados íntimamente por su origen étnico. La raza raíz es una sola.

⁵³⁵ El Pueblo Obrero, 8 de Diciembre de 1906

⁵³⁶ El Pueblo Obrero, 1 de Octubre de 1907

⁵³⁷ El Trabajo, 11 de Julio de 1906

Se pretende traer japoneses porque estos son hombres superiores. ¿Serán los superhombres de Federico Nietzsche?

No; son superiores a los chinos, es decir a los hombres bestias de la humanidad, enemigos, hasta ayer, de todo progreso y adelanto.

La raza japonesa (malaya como se pretende por los fisiólogos de las bibliotecas) es la misma raza mongola, modificada por la adaptación y el medio ambiente.

El hombre es superior al mono porque, en la escala de los seres la evolución de aquel ha modificado o influido notablemente en el desarrollo de la materia pensante (cerebro, por el materialismo; espíritu, por el espiritualismo). Así, también, los japoneses son superiores a los chinos. Estos han retrasado su evolución intelectual, (si no material), al paso que entre los japoneses se ha precipitado esa evolución, con la influencia del ambiente que invadió al Japón con más eficacia que a la China.

No hay, pues, superioridad de raza de un individuo sobre otro (japonés y chino).

Lo que hay es falta de criterio entre los gobernantes al fomentar la inmigración⁵³⁸.

De lo anterior, inferimos que no se contemplaron contrastes idiomáticos o singularidades de la tradición cultural, sino que las distinciones que se admitieron entre ambos pueblos sólo consideraron diferencias en términos de un sutil adelanto intelectual de un grupo sobre otro, el que, de todas formas, se adjudicó a los efectos de una influencia externa. Sin embargo, los chinos parecen haber aprovechado esta mínima ventaja otorgada a los nipones para granjearse más "respetabilidad" al interior de la sociedad tarapaqueña, por lo que "en vista del poco afecto y consideración con que algunos tratan a los pobres hijos de Confucio", la prensa obrera informaba que, "siendo chinos, reconocidamente chinos, pero reconociendo el valor del Japón que se ha ilustrado con su última guerra, los chinos se acogen bajo el nombre japonés". Agregando, con cierto tono desdeñoso, que al ser interpelados con el epíteto de "macacos", éstos respondían "yo no soy chino. Yo soy del *Capón*"⁵³⁹. Este testimonio nos demuestra que —en la práctica— sí existieron algunos criterios para discriminar entre estas dos naciones y hace admisible pensar que se guardaron ciertas consideraciones con el país nipón. No obstante, si bien los trabajadores podían convenir en algunas diferenciaciones, el clamor popular sentenciaba que la inmigración japonesa no superaba en nada sustancial a la importación de chinos. De ahí que el lenguaje manifestara casi una premeditada indeterminación en las denominaciones que se utilizaban para discriminar entre una nacionalidad y otra.

⁵³⁸ El Trabajo, 28 de Septiembre de 1907

⁵³⁹ El Pueblo Obrero, 10 de Septiembre de 1907

Ciertamente, los apelativos fueron el correlato de un esquema mental que en un intento por incorporar lo extraño redujo la diferencia a través de la homogeneización del mundo oriental. Este intento de estandarización no se redujo sencillamente a determinados rasgos físicos o del carácter, sino que también se hizo extensivo a ciertos males que unilateralmente fueron vinculados a los asiáticos. A diferencia de lo que hemos constatado para el caso de los indígenas de Bolivia y Perú, la asociación no respondió de forma exclusiva a particulares condiciones de higiene, sino fundamentalmente a la relación directa establecida entre raza y enfermedad. Si bien las referencias se encuentran diseminadas en diversos escritos contrarios a la inmigración, no son pocos los artículos que se abocan al tratamiento específico de esta situación, publicando de forma sugestiva títulos como "Chinos, epidemias y calamidades" o tomando derechamente el nombre de la enfermedad —v. gr. Tracoma, Beriberi—.

En particular, hacia fines de 1907 los periódicos obreros de Iquique demostraron gran intranquilidad ante un "cargamento" del vapor japonés Glenfard, proveniente directamente de China. Desde Arica se habían recibido telegramas que encendían las alarmas e informaban de dos enfermos de Beriberi y varios casos de Tracoma⁵⁴⁰. Algunos días después, se comunicaba la adopción de algunas medidas que impedían el desembarco de los chinos, razón por la que la embarcación se mantuvo anclada en la bahía del puerto por varias jornadas. Al respecto, se sostenía que el vapor se encontraba incomunicado "por ser portador de una calamidad", cuyas desastrosas consecuencias no se podían prever, sin embargo, era claro para los trabajadores que constituía una "amenaza a la salubridad pública" orquestada bajo el amparo de la Combinación Salitrera⁵⁴¹. En un tono mucho más agravante, el periódico de la mancomunal declaraba que "con frecuencia y con mucha razón, hemos protestado contra la funesta inmigración de asiáticos que, como pasto acuático vomitado por el cieno del Imperio Azul, nos está invadiendo con sus calamidades, sus miserias y sus epidemias de todo género"⁵⁴². Se conminaba a tomar medidas más drásticas que la cuarentena, y que se orientaran a impedir el ingreso permanente de los

⁵⁴⁰ El Trabajo, 16 de Noviembre de 1907

⁵⁴¹ El Pueblo Obrero, 23 de Noviembre de 1907

⁵⁴² El Trabajo, 27 de Noviembre de 1907

"cargamentos de carne azul" que continuamente se envalijaban para las oficinas salitreras de la pampa.

A partir de 1909, los graves acontecimientos populares ocurridos en Lima en contra de la colonia china, abrían posibilidades ciertas de que los asiáticos maltratados y hostilizados por el pueblo peruano optaran por emigrar a Tarapacá. Frente a esto, se advertía que "demasiado conocidas son las enfermedades leprosas, contagiosas y mortales del Oriente, que por herencia fisiológica nos importan su fácil prendimiento en nuestra sana y joven raza, los asiáticos"⁵⁴³. Asimismo, se imputaba a los inmigrantes chinos la causa de que la Bubónica poseyera el carácter de enfermedad endémica en Sudamérica, manifestando la necesidad de impedir la inmigración china en los puertos de la provincia. El periódico recalca las "repugnantes y antihigiénicas" condiciones en que vivían los asiáticos en Lima, asegurando que se trataban de "focos vivos de infección" y de "elementos de contagio y degeneración para los pueblos americanos", lo que constituía una "razón notable para rechazarlos".

A las vísperas de una nueva remesa de asiáticos traída por el vapor japonés "América Marú", El Pueblo Obrero manifestaba amargamente que "la ciudad y la pampa salitrera están completamente invadidas por el aborto amarillo y por consiguiente minadas por él las sólidas bases de cultura e higiene, sobre los que hasta ahora se ha descansado y sin embargo aún se consiente el desembarco de nuevos hijos del Oriente que nos traen el contagio mas tremendo de los lejanos países, donde la degeneración moral y material humanos llegan a su colmo"⁵⁴⁴. De este modo, las epidemias se convertían en otro apéndice más del conjunto de calamidades imputadas al mundo oriental, convirtiendo al Beriberi y la Tracoma en sinónimos de inmigración china y haciendo de estas enfermedades un mal congénito de la llamada raza amarilla.

Otro mal considerado inherente a los asiáticos fueron los vicios. En el período previo a las dos grandes oleadas de inmigraciones asiáticas, los periódicos ya criticaban algunas prácticas ilícitas observadas en el comercio chino así como el desarrollo de actividades consideradas licenciosas al interior de los "cafés asiáticos", entre las que

⁵⁴³ El Pueblo Obrero, 13 de mayo de 1909

⁵⁴⁴ El Pueblo Obrero, 30 de Octubre de 1909

encontramos el juego y la prostitución. Ambas circunstancias, se constituirían en antecedentes que los trabajadores no dudaron en utilizar para justificar sus reparos contra la internación de chinos, subrayando que estos inmigrados en nada contribuían a la producción del país y que, por el contrario, sobresalían por su rol en la depravación de las costumbres. En este sentido, los trabajadores afirmaban que aún ante las severas medidas tomadas por las autoridades, los negocios inmorales de los chinos no habían podido ser extirpados granjeándose de este modo la antipatía de la sociedad entera⁵⁴⁵.

El comercio chino continuaba siendo objeto de desconfianzas y un indicador de la poca probidad asumida por los asiáticos. De este modo, una noticia titulada "La balanza de los despachos chinos" denunciaba que "los asiáticos son individuos, que a pesar de su débil constitución física, poseen medios muy ingeniosos para ganarse la vida honradamente sin ser tildados de ladrones"⁵⁴⁶. Al respecto se continuaba describiendo la técnica utilizada por los chinos para engañar a los compradores en el peso de las mercancías, advirtiendo que muy probablemente los demás "compales" también participarían del invento, por lo que se exigía mayor fiscalización a esas "balanzas ladronas". Por otra parte, se acusaba que "los hijos del Celeste Imperio, desde que se han adueñado de casi todos los negocios de menestras de la localidad, han criado valor, y muchas veces, con hechos han probado ser atrevidos que el que más"⁵⁴⁷. De este modo, a través de distintas circunstancias asociadas al comercio, los trabajadores daban cuenta de la poca rectitud e insolencia que, de acuerdo a sus apreciaciones, caracterizaban a los asiáticos:

El chino es de un carácter rastrero y pérfido, que lo hace más temible, por cuanto su acción degeneradora es casi insensible y solo se manifiesta en toda la plenitud de su brutalidad cuando acosado por la abstinencia de los groseros hábitos que le dejarán sus progenitores, y que oculta para no llamar la atención del país en que vive, comete actos de salvajismo y repugnante inmoralidad.

Deslizado en el comercio, presenta otra fase de su natural engañoso y adulón; ahí están sus negocios en los que prospera surgiendo dueño de capitales de la noche a la mañana, y se vuelve insolente, con un atrevimientos sin límites.

Cómo realiza tales portentos? De manera muy sencilla y a la que contribuyen inconscientemente nuestros amigos proletarios que en la confianza más absoluta,

⁵⁴⁵ El Pueblo Obrero, 8 de Agosto de 1907

⁵⁴⁶ El Pueblo Obrero, 11 de Junio de 1907

⁵⁴⁷ El Pueblo Obrero, 23 de Julio de 1907

protegen al chino, proveyéndose en las pulperías de asiáticos, de los artículos alimenticios que allí se expenden.

Diez o cinco centavos menos que cobra el chino en los precios generales de esos artículos en el comercio, basta para que con la credulidad de los pobres confíen los obreros en que el astuto hijo del Oriente vende más barato y que aún le gratifica con una buena yapa en cada compra.

En cambio de esos diez o cinco centavos y la miserable yapa, el chino que con la más páfida intención ha engañado a su comprador, recobra treinta o cincuenta disminuyendo en el peso o la medida lo necesario para siempre ganar en el negocio.

He aquí explicado el secreto; he aquí porqué todos los negocios en competencia con los chinos, pierden siempre y aún se les afrenta con título de usureros.

Considérese todo esto y se verá que tenemos razón; que no es posible que sigamos soportando una inmigración abortiva de la humanidad y que de todas partes se ha expulsado, como degenerador moral y económicamente, cuyos únicos frutos para nosotros serán la tracoma, el beri beri y la purulencia material que corre su existencia⁵⁴⁸.

De este modo, a pesar del arraigado prejuicio racial que circulaba en Tarapacá, la cita precedente nos revela que paralelamente a esas impresiones, los trabajadores demostraron una determinada condescendencia respecto a la presencia asiática, pues los chinos representaron un alivio frente a la explotación comercial que se experimentaba en la provincia. No obstante, la existencia de esa delimitada tolerancia no frenó la continua proliferación de estigmatizaciones que afectaban a los inmigrantes asiáticos, siendo el caso que, hasta los más aislados hechos criminales protagonizados por chinos, comenzaron a ser utilizados como una forma de ratificar un imputado carácter envilecido. Así lo manifiesta una noticia referida a la denuncia en contra de un "coolí" por haber intentado ejecutar actos de sodomía con dos de sus hijos menores, acusándose que "estos malhadados entes contra quienes clama incesantemente la prensa y la opinión pública, por medio del asiático Eulojio Chin, han puesto de manifiesto los vicios de que están plagados", sentenciando que ese incidente reflejaba los "¡Frutos de la inmigración amarilla!"⁵⁴⁹. Otra crónica titulada "Siempre los asiáticos", informaba sobre un apuñalamiento cometido por el chino Alfonso Che en contra de Luis Castillo, fondero de la Oficina Democracia, y declaraba que "los

⁵⁴⁸ El Pueblo Obrero, 30 de Octubre de 1909

⁵⁴⁹ El Pueblo Obrero, 2 de Septiembre de 1909

maldecidos hijos del Celeste Imperio, que siguen invadiendo nuestro territorio, se hacen cada día más aborrecibles y repugnantes"⁵⁵⁰.

⁵⁵⁰ El Pueblo Obrero, 2 de Octubre de 1909

Capítulo IV

Civilización y barbarie en la pampa salitrera

"Soy carne fuerte por el sol tostada,
carne de pueblo en el taller vencida;
si por todos los yugos oprimida,
de todos los cansancios fatigada.

Llevo ante el mundo la cerviz doblada
por un negro atavismo de la vida,
cual pobre bestia con sudor unguida
sobre el árido campo maltratada."⁵⁵¹

La revisión de prensa obrera tarapaqueña nos entrega una constante que se relaciona con la dualidad civilización/barbarie y cuyo sentido debe enmarcarse en el contexto de un discurso dominante sobre el progreso. Al respecto, se ha señalado que hacia fines del siglo XIX se verificaba un predominio de ideas positivistas que tendieron a descartar el legado iberoamericano, situando las miradas sobre el modelo europeo y norteamericano como panacea para las atribuidas deficiencias de la región, apreciación que tuvo "connotaciones claramente racistas. América Latina tenía que ser civilizada y sus rasgos culturales atrasados y bárbaros erradicados"⁵⁵². En este sentido, las consignas sarmientinas resonaron en la época, particularmente ese sentido de refundación que llamaba a liberar a América de todos los elementos que obstaculizaban su modernización y en donde la otredad indígena, en concreto, quedaba determinada como "una no-realidad"⁵⁵³. Ese esquema categorial dicotómico enarbolado por Sarmiento, alcanzó especial relevancia en el discurso modernizador latinoamericano de la segunda mitad del siglo XIX, sin embargo, sus proyecciones alcanzaron el siglo XX⁵⁵⁴.

Para el caso chileno en específico, se ha indicado que la maniobra civilizatoria fue controlada en un primer momento por la elite, orquestando cambios desde arriba y en concordancia al orden institucional vigente. Sin embargo, la progresiva pluralidad del

⁵⁵¹ El Pueblo, 7 de marzo de 1903

⁵⁵² Larraín, J. (1994). *Op. cit.*, p.41

⁵⁵³ Ossandon, C. (1994). "Sarmiento o la modernidad radical". *Anuario de filosofía argentina y americana*, 10-11, p.171

⁵⁵⁴ Olalla, M. (2009). "Civilización y barbarie. La función de los intelectuales en la Argentina del Centenario: J. Ingenieros y R. Rojas". *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 11 (2), p.44

sector dominante primero y la subsiguiente diversificación social después, rompieron la estrategia de control generando distintas versiones sobre la modernidad⁵⁵⁵. En relación a esto, se ha planteado que, primeramente, la experiencia de la modernidad tuvo el carácter de proyecto para un reducido segmento social, mientras que para un sector mayoritario constituyó más bien una imposición que despreció las costumbres y representaciones populares e instaló un racismo sin disimulos⁵⁵⁶. No obstante, al finalizar el primer contacto, los sectores que habían emergido como víctimas y productos de la modernidad, iniciaron una apropiación de sus contenidos y un cuestionamiento respecto a la ilegitimidad e imposibilidades de la elite para implementarla⁵⁵⁷.

En esta línea, la cultura obrera ilustrada no habría emergido en oposición absoluta a la cultura dirigente, sino que se habría producido una asimilación parcial del ideario liberal del período⁵⁵⁸. Específicamente una reapropiación del discurso modernizador de la elite que alimentó las diversas líneas discursivas de raigambre obrera y que situaron al mundo popular desde su inferioridad⁵⁵⁹. Ahora bien, específicamente para el caso mancomunal nortino, se ha señalado que las valoraciones civilizado y bárbaro estuvieron claramente delimitadas, propiciando la distinción entre diversas formas de comportamiento cultural, aunque sin poder generar una identificación total con alguna de estas categorías, pues no se era "civilizado ni completamente bárbaro". Asimismo, esta polaridad permitió discriminar lo deseable de lo indeseable, bosquejando un cuadro en donde la miseria, la ignorancia, la explotación, indígenas y asiáticos, entre otros asuntos, representaban en el imaginario el mundo de la barbarie, mientras que, por otro lado, la educación, la conciencia social, la libertad y el mundo occidental, entre otros tópicos, simbolizaban las expectativas del mundo civilizado⁵⁶⁰. Por consiguiente, si bien esta división dicotómica constituyó "una

⁵⁵⁵ Jocelyn-Holt, A. (1991). "La crisis de 1891: civilización moderna versus modernidad desenfrenada". En Ortega, L. (Comp.). *La guerra civil de 1891. Cien años hoy* (pp.23-35). Santiago, Ediciones Universidad de Santiago

⁵⁵⁶ Pinto Vallejos, J. (2000, 6-13 Agosto). *De proyectos y desarraigos: la sociedad latinoamericana frente a la experiencia de la modernidad (1780-1914)*. Presentada en el 19th. International Congress of Historical Sciences, Universidad de Oslo, Noruega, p.14

⁵⁵⁷ Illanes, M. A. (2003). *Op. cit.*; Pinto Vallejos, J. (1999a). *Historia Contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento*. Santiago, Chile: LOM Ediciones, p.116

⁵⁵⁸ Grez Toso, S. (2007a). *Op. cit.*

⁵⁵⁹ Moyano, C. (2004). "Cultura política y universos discursivos del movimiento obrero ilustrado. Chile en los albores del siglo XX", *Revista de Historia y Ciencias Sociales Palimpsesto*, 1 (3).

⁵⁶⁰ Devés, E. (1981). *Op. cit.*, pp.148-155

mirada moderna «desde arriba» también fue asumida «desde abajo», producto de la acción hegemónica de los aparatos ideológicos del Estado"⁵⁶¹. De suerte que el universo pampino conformó una complejidad sincrética caracterizada por las contradicciones, en donde el elemento obrero representó el eje civilizatorio y el componente indígena el eje bárbaro.

IV.1.- La violencia como afrenta al ideal de modernidad y progreso humano

La explotación económica desmedida en las faenas del salitre y el abuso de poder desplegado en los confines de la pampa, configuraron un escenario complejo de iniquidades sociales que se transformaron en la principal reclamación de los trabajadores pampinos para el período en estudio. En este sentido, más allá del abierto propósito por patentizar las incontables injusticias sufridas tanto en las labores como en la vida cotidiana, identificamos otros estratos del discurso que ubican la experiencia de la violencia en oposición a las expectativas de progreso humano, de suerte que los diversos atropellos a las libertades y derechos de los trabajadores, fueron interpretados como un vestigio de barbarie que obstaculizaba el cumplimiento de los imperativos modernizadores de la civilización. En este contexto, el énfasis en el carácter bestial o el rigor inhumano de las actividades vinculadas a la extracción y elaboración del nitrato, constituyó uno de los recursos más invocados para describir el aprovechamiento abusivo que se hacía del esfuerzo de los trabajadores.

Al respecto, un artículo de la prensa obrera, que versaba sobre las condiciones laborales de los pampinos, argüía que las "leyes de la civilización" establecían criterios racionales en la relación entre el capital y el trabajo que los industriales de Tarapacá se negaban a instituir. Se afirmaba que al operario se le exigía un "penoso y excesivo trabajo" a cambio de un reducido salario que terminaba cabalmente en la pulpería, por lo que el único fruto que obtenía de su sacrificio eran "las penalidades y amargas, increíbles si no fueran reales". Incalculables artimañas se empleaban para arrebatarse "todavía más un resto de fuerza al pobre operario", modelando simultáneamente dolores morales" o fatigas del

⁵⁶¹ González, Sergio. (2002b). *Op. cit.*, p.37

espíritu, que superaban cualquier sufrimiento físico y explicaban el "fatal decaimiento que abate a los pueblos débiles, o las grandes conmociones sociales que retrasan su progreso natural". Finalmente, el artículo concluía citando "una frase terriblemente gráfica, y que caracteriza admirablemente la triste condición del obrero en esta provincia tan rica", la cual provenía de "un hombre que no pudiendo más con una pesada pieza de fierro a cuestas, la arrojó al suelo y exclamó, «donde hay pobres como nosotros no se necesitan bestias de carga» y el hombre apretaba los puños y sacudió nerviosamente su cabeza cubierta de sudor"⁵⁶².

De esta forma, se planteaba un escenario laboral verdaderamente desfavorable, cuyas repercusiones iban más allá de lo netamente palpable, pues el debilitamiento corporal causado por la extenuante labor y el abatimiento anímico derivado del abuso, conformaban un clima poco propicio para la consecución de un mejoramiento general de las condiciones de vida del obrero, repercutiendo negativamente en las posibilidades de desarrollo social que se consideraban consustanciales a la modernización económica de la época. En este sentido, se reprochaba que en las oficinas sólo miraban a los trabajadores como una "tropa de carga, inservible para cualquier otra cosa que no fuera transportar sobre sus hombros, de un punto a otro, pesos de verdad abrumadores", agregando que si bien era cierto "que los obreros de las pampas han tenido siempre nombradía de fuertes y resistentes, no están exentos, sin embargo, de caer vencidos en las luchas del trabajo"⁵⁶³. Ya fuera en el marco de las calicheras o en el de las máquinas, el trabajo siempre se representaba como una actividad malsana, que siendo superior a las fuerzas humanas dañaba la salud y condenaba prematuramente al hospital⁵⁶⁴.

De esta manera, se argumentaba que el trabajo brutal y riesgoso, ese que desgastaba fuerzas físicas y mataba hombres diariamente, se entregaba premeditadamente a los operarios nacionales, pues los extranjeros se mostraban incapaces de ejecutarlo⁵⁶⁵. En cualquier caso, la barbaridad no se hallaba únicamente en la cualidad misma de las labores, sino también en los excesivos horarios que convertían a algunos carreteros en verdaderos

⁵⁶² El Pueblo, 18 de Agosto de 1900

⁵⁶³ El Trabajo, 5 de Abril de 1902

⁵⁶⁴ El Trabajo, 15 de Agosto de 1903

⁵⁶⁵ El Trabajo, 2 de Julio de 1904

esclavos con jornadas que, en ciertas oficinas se iniciaban a la una de la mañana y concluían a las seis de la tarde⁵⁶⁶. Así, respecto a una cuadrilla de desrripiadores, se indicaba que trabajaba desde las dos de la mañana hasta las once de la noche, sólo con pequeños intervalos de descanso que hacían de éste, un "trabajo bestial, porque esos pobres hombres, trabajan a matarse, como si fueran irracionales", mientras que el "trabajo brutal" de los ascendadores se realizaba "en medio de cachuchos abiertos, a los que como por mofa, se les ha colocado unos cordeles, que llaman barandas, a modo de los corrales de animales, que es el trato que dan los burgueses a los trabajadores"⁵⁶⁷. Por consiguiente, mediante la extensión de la jornada y la intensidad inhumana que se imponía a los operarios al reducir o suprimir cuadrillas, el trabajo era forzado continuamente "como si se tratara de apurar bestias"⁵⁶⁸.

Esta última analogía fue duramente condenada por parte del elemento trabajador, que consideraba un serio atentado que los salitreros se prevalieran de los pampinos como de un artilugio mecánico y les dieran "el tratamiento de verdaderas bestias"⁵⁶⁹. Así, en una composición titulada "Tarapacá Obrero" —escrita por Roberto Herrera y galardonada en un certamen del periódico El Pueblo—, se podía leer que "el obrero para el patronal, a pesar de ser la máquina humana, que elabora sus múltiples fortunas, es un ser abyecto, una bestia de carga, a quien mantienen a ración de hambre"⁵⁷⁰. Esta equivalencia práctica entre el operario y la condición animal, fue interpretada como la violenta consecuencia del aprovechamiento capitalista, reiterándose a este respecto, que los obreros de la pampa poseían justificada razón para "quejarse continuamente de los vejámenes de que son víctimas, pues allí no se les considera como a cristianos, sino como a bestias de carga nacidas para vivir siempre bajo el yugo esclavizador de la explotación más inicua"⁵⁷¹. Juzgado como un "ser despreciable", la necesidad de subsistir había obligado al pampino a trabajar solamente por la alimentación, reduciendo así su condición de hombre⁵⁷².

⁵⁶⁶ El Pueblo, 26 de Mayo de 1904

⁵⁶⁷ El Pueblo, 23 de Junio de 1904

⁵⁶⁸ El Pueblo, 1 de Octubre de 1904

⁵⁶⁹ El Trabajo, 17 de Octubre de 1903

⁵⁷⁰ El Pueblo, 22 de Septiembre de 1904

⁵⁷¹ El Pueblo Obrero, 8 de Enero de 1907

⁵⁷² El Pueblo Obrero, 17 de Agosto de 1907

Despojados de su naturaleza humana e insertos en un ambiente alienante, los trabajadores se contemplaron a sí mismos como una suerte de apéndice mecánico o un mero impulso animal al interior de las faenas salitreras, cuya distancia abismal con cualquier tipo de adelanto moral o social, vulneraba las propias perspectivas identitarias que los pampinos venían moldeando a lo largo de su trayectoria por la pampa. No obstante, la displicencia salitrera determinó que en ocasiones los obreros se juzgaran, inclusive, inferiores a una máquina o un animal, denunciando que eran tratados "peor que a las bestias", puesto que los salitreros estimaban más "una mula, que avalúan en ciento cincuenta pesos, que un trabajador, que no vale un centavo para ellos"⁵⁷³. Por consiguiente, se estimaba que hasta "los animales domésticos son más felices", pues recibían cuidados, tenían su alimentación asegurada y no eran forzados a trabajar más allá de sus capacidades. Por el contrario, el operario no sólo no tenía resguardos de ese tipo, sino que debía soportar el peso de un sinnúmero de imposiciones: "al hombre se le obliga a trabajar de cuatro de la mañana hasta las seis de la tarde, se le hace redoblar su esfuerzo mezquinándole la ración del día, y se le explota siempre, sin que nunca se le dé lo que legítimamente le corresponde por su brutal empeño en satisfacer patrones y llevar una migaja a la familia"⁵⁷⁴.

Asimismo, frente a la asiduidad de los accidentes laborales ocurridos en las oficinas salitreras, los trabajadores acusaban que se les atendía "peor que a los perros, en pago de los inmensos sacrificios y sufrimientos" sobrellevados en los trabajos brutales del salitre⁵⁷⁵, recriminando a los salitreros la persistencia de los peligros en las faenas y sosteniendo que, así actuaban "los burgueses, cuando se trata de la existencia de los operarios, a quienes estrujan de todas maneras, tratándolos peor que a las bestias, porque éstas, siquiera, representan para ellos un valor efectivo"⁵⁷⁶. Desde esta apreciación esbozada por la prensa obrera, la fuerza animal representaba un valor económico concreto y transable, mientras que los trabajadores sólo personificaban una fuerza de trabajo abundante y sustituible fácilmente, porque en la práctica no existía obligación económica sobre los operarios heridos o fallecidos, derivándose de ahí que su reemplazo no poseía valor pecuniario

⁵⁷³ El Pueblo, 21 de Mayo de 1902

⁵⁷⁴ El Trabajo, 15 de Octubre de 1904

⁵⁷⁵ El Pueblo, 3 de Noviembre de 1903

⁵⁷⁶ El Pueblo, 17 de Febrero de 1906

alguno. Ahora bien, si desde alguna arista podía sugerirse que los obreros representaban algo menos ventajoso que las bestias de trabajo, lo cierto es que cualquier parangón con éstas últimas tenía una connotación ostensiblemente negativa.

En este sentido, la impasibilidad que demostraban los administradores por las desgracias ocurridas en los recintos salitreros, estaba marcada no sólo por una ausencia de empatía frente al sufrimiento ajeno, sino además, por la omisión de cualquier acción tendiente a mitigar los padecimientos de la víctima "como si hubiera sido un bruto cualquiera"⁵⁷⁷. Al igual que animales, una vez que el operario se inhabilitaba para el trabajo, los oficineros intentaban deshacerse de ellos lanzándolos a la pampa rasa⁵⁷⁸. Así, los hechos pasaban desapercibidos merced a una indiferencia criminal que presenciaba cómo continuamente los obreros "se mutilan y desaparecen como muere o desaparece una bestia cualquiera"⁵⁷⁹, debido a las inseguridades de calicheras, maquinarias y líneas ferroviarias, develando a la par la poca estima que autoridades y salitreros tenían por la vida de los pobres: "morimos y nos miran como a animales", sentenciaban los trabajadores⁵⁸⁰. Sin embargo, esta privación de tratamientos dignos, también se revelaba en otras situaciones de infortunio para los trabajadores como lo era una enfermedad:

El Miércoles 5, fue atacado Robles de alfombrilla, y como el administrador, creyera que se trataba de la viruela, ordenó que fuera aislado en una calichera.

El infeliz fue llevado hasta una cueva, que existe en los cerros que quedan para el lado de Gallinazos, a 150 cuabras de las oficina, y colocado en una caverna, que taparon con una calamina.

Se procedió con él, lo mismo que con un perro. No se construyó un cuarto de madera o calamina, sino que se le arrojó al fondo de una caverna, para que se muriese de hambre y de frío.

Para más ironía, el cuidador que se le designó, fue un borracho, que solo atendió a beber y no a darle medicina alguna.

Sucedió lo que tenía que suceder. El Viernes, murió el infeliz Robles, solo y abandonado, en el fondo de una calichera, como una de esas bestias viejas e inútiles, que los burgueses arrojan a la Pampa, para que mueran.⁵⁸¹

⁵⁷⁷ El Pueblo, 28 de Junio de 1904

⁵⁷⁸ El Pueblo, 16 de noviembre de 1905

⁵⁷⁹ El Trabajo, 2 de Agosto de 1902

⁵⁸⁰ El Pueblo, 8 de Octubre de 1904

⁵⁸¹ El Pueblo, 11 de Julio de 1905

El periódico dictaminaba que el obrero había fallecido por negligencia de la oficina, pues ésta no sólo había soslayado los cuidados mínimos, sino que además le había condenado a una cruel muerte en soledad, una "salvaje conducta" que ponía en evidencia la más férrea inhumanidad de quienes regentaban estos recintos industriales⁵⁸². Ahora bien, la reducción de la condición humana a un estado de bestialidad, también se avizoraba en otros ámbitos, como los que se referían a las condiciones de vida de los habitantes de la pampa, subrayando por ejemplo, que las habitaciones de calamina eran "verdaderos hornos que no se atreverían a habitar ni las bestias"⁵⁸³, mientras que, en torno al agua, no se lograba comprender por qué se les obligaba a ingerir "un líquido que rechazan hasta los animales"⁵⁸⁴. Asimismo, el cercenamiento de las libertades al interior de las oficinas, también fue interpretado desde esta analogía con la animalidad, por lo que al cercarse un campamento, permitiendo un único acceso, los trabajadores se percibieron "acorralados como ganado"⁵⁸⁵.

Considerando igualmente las circunstancias que bosquejaron la vida en la pampa, los trabajadores recalcaron el carácter primitivo que envolvió a gran parte de las experiencias cotidianas desarrolladas en el desierto salitrero, indicando con ello las distancias que emergían entre la realidad pampina y el mundo civilizado. En este sentido, y en un intento por reflejar el diario vivir después de las intensas faenas, la prensa obrera narraba que "los pampinos, se encierran en sus covachas, a hacer hora hasta que llegue el momento de dormir, en medio del tedio y el aburrimiento de una existencia semi salvaje"⁵⁸⁶. Así, las palabras precedentes esbozaban una vivencia rutinaria marcada no sólo por la violencia de las carencias materiales, sino esencialmente por la monotonía que dictaba la ausencia de alicientes espirituales a través de los cuales sortear el drama de la explotación.

En este sentido, a partir de números tempranos de la prensa obrera se denunciaba que en algunas oficinas se frenaba cualquier tipo de instrucción o lectura, es decir, "todo lo

⁵⁸² De acuerdo con Sergio González, "las pestes eran la peor amenaza; nada podía ser más humillante a la dignidad humana que terminar los días en un lazareto del desierto, aislado y abandonado de toda solidaridad". González Miranda, S. (2007a). *Op.cit.*, p. 206

⁵⁸³ El Trabajo, 24 de Octubre de 1903

⁵⁸⁴ El Pueblo, 17 de Diciembre de 1903

⁵⁸⁵ El Pueblo Obrero, 30 de Mayo de 1908

⁵⁸⁶ El Pueblo, 21 de Octubre de 1905

que signifique progreso moral; allí se necesitan bestias de carga, se precisan brazos y pulmones para que entresaquen de la tierra el salitre revuelto con los sudores de sangre que vierte el roto chileno"⁵⁸⁷. Por consiguiente, el invocado sometimiento del operario a una condición de bestialidad o salvajismo no se reducía sencillamente al ámbito laboral y económico, sino que abarcaba necesidades de desarrollo personal y libertades sociales que reforzaban mutuamente esta suerte de infra condición humana, insistiéndose a este respecto, que los salitreros manifestaban no necesitar "en sus oficinas ni razón ni intelecto, sino únicamente hombres como autómatas que produzcan sin quejarse"⁵⁸⁸.

De esta manera, los pampinos interpretaron esa oposición como una guerra contra todo aquello que implicara "civilización y cultura", previniendo que estos tratamientos eran propios de esclavos y no de trabajadores⁵⁸⁹. Más aún, estimaban que tanto a los operarios chilenos como a los peruanos y bolivianos, se les trataba como si "fueran salvajes de las tribus de África" al prohibirse el ingreso de ciertos periódicos a las oficinas⁵⁹⁰, lo que simbolizaban como un verdadero "azote a su condición de hombre civilizado"⁵⁹¹. En este sentido, los periódicos obreros se lamentaban del estado de sujeción de los pampinos y reprochaban que éstos no tuvieran la forma de educarse y "estar a la altura de la evolución social con su intelecto", permaneciendo en un "estado bestial de ignorancia, de esclavitud moral, de embrutecimiento, en medio del ambiente de ilustración que les rodea"⁵⁹². No sólo existían escasos medios, sino que las limitadas iniciativas eran duramente obstaculizadas, por lo que abundaba la queja de que en la pampa "el obrero no puede pensar, ni asociarse ni leer diarios ni hacer nada que signifique adelanto, progreso, civilización, porque le está vedado por los salitreros", quienes pretendían la servidumbre absoluta de los trabajadores para luego "arrojar sus despojos lejos de sus feudos"⁵⁹³.

En cualquier caso, los trabajadores aducían que ni siquiera el contexto de la muerte estaba exento de infames conductas por parte de los salitreros, puesto que la mayoría de las oficinas demostraban franca indiferencia mientras que otras exhibían una total bajeza,

⁵⁸⁷ El Pueblo, 6 de Enero de 1900

⁵⁸⁸ El Trabajo, 2 de Noviembre de 1904

⁵⁸⁹ El Pueblo, 19 de Mayo de 1900

⁵⁹⁰ El Pueblo, 16 de Junio de 1904

⁵⁹¹ El Trabajo, 5 de Septiembre de 1903

⁵⁹² El Trabajo, 6 de Febrero de 1904

⁵⁹³ El Trabajo, 2 de Noviembre de 1904

negándose incluso a proveer auxilio para velar e inhumar los restos mortales. Frente a lo anterior, se expresaba con pesar que esto ocurría "en un país civilizado; pero que sólo sería propio de un pueblo bárbaro; sin embargo, no hay ejemplo entre los indios primitivos que procedieran con la indolente actitud con que procede el salitrero"⁵⁹⁴. Por su parte, los cementerios de la pampa se habían transformado en la "más fiel expresión de la incuria de las autoridades y de la inhumanidad y tacañería de los oficineros"⁵⁹⁵, ya que se trataba literalmente de la pampa rasa, sitios sin resguardo alguno que sólo se distinguían por señas que indicaban la presencia de otros cadáveres:

Cualquiera que haya pasado junto a esos panteones, habrá visto, en medio de la Pampa desolada, unas cuantas cruces, que indican que ahí reposan los restos de los obreros del desierto. Ninguna pared, ni un cerco de alambre, siquiera, resguardan esos sitios de la profanación, y los transeúntes, penetran a ellos, libremente; y los perros famélicos, acuden ahí, a saciar su hambre, en los cadáveres de los infelices parias.

¿Puede haber mayor abandono, mayor inhumanidad?

En todos los países, salvajes o civilizados, desde los tiempos prehistóricos, los muertos, han merecido y merecen, siempre, el respeto de los vivos, y sus tumbas, han sido y son construidas en parte segura y respetada. En esta Siberia Caliente, no sucede lo mismo. Los llamados, por sarcasmo, cementerios de Pozo Almonte y La Noria, no son otra cosa que lugares de enterrar cadáveres, abiertos a todos los vientos, y olvidados de la mano de Dios y el Diablo; ni las autoridades administrativas, ni las locales, han hecho nada por cercarlos.

Hay que reconocer, dolorosamente, que en esos humildes Campos de la Muerte, no se entierra sino los despojos de los infelices hijos del trabajo, los que ni en vida, son dignos de la protección gubernativa.⁵⁹⁶

Las desventuras pampinas no se agotaban con la muerte. El absoluto descuido de los cementerios de la pampa emergía como otro ícono de la condición cruel a la que habían sido reducidos los trabajadores a causa de la opresión salitrera, subrayándose que, indistintamente si se trataba de un escenario civilizado o bárbaro, el respeto a la muerte constituía un mínimo inviolable que en la pampa era vulnerado igualmente. Por consiguiente, se patentizaba que la voracidad capitalista no tenía miramientos con la vida ni con lo sagrado, llegándose al "extremo bárbaro" de existir cementerios cubiertos por los

⁵⁹⁴ El Trabajo, 15 de septiembre de 1906

⁵⁹⁵ El Pueblo, 8 de Abril de 1905

⁵⁹⁶ El Pueblo, 29 de Abril de 1905

ripios de las máquinas, esto es, sepultados por la avaricia salitrera⁵⁹⁷. Esa desconsideración por lo muertos y su destino sólo podía ser propia de "fieras sin nociones de racionalismo", como irracional era la condena capitalista que constreñía a los trabajadores a llevar una vida signada por el salvajismo y la trashumancia, pues la inicua apropiación de su trabajo le obligaban a cambiar periódicamente de residencia⁵⁹⁸. En consecuencia, los pampinos se habían transformado por imposición estructural en "verdaderos nómades que vagan por la pampa, sin poder ni siquiera huir del centro de la explotación"⁵⁹⁹, alejándose en cada paso de la posibilidad de cimentarse en algún lugar y vivir de modo civilizado.

En cualquier caso, el nomadismo forzoso al que se encontraba supeditado el pampino representaba una arista más del conjunto de situaciones y prácticas consideradas incivilizadas y es que, siendo víctimas de la opresión y vejación constantes, los trabajadores habían devenido en testigos de "espantosos atentados a la humanidad" y de una "barbarie consumada". Acerca de esto, se aseveraba que en Tarapacá "las voces de reclamo y protestas, son acalladas con prisiones arbitrarias, con violaciones de domicilio, con el azote que representa un vestigio de barbarie, y con matanzas de obreros indefensos"⁶⁰⁰, siendo puntos comunes, la denuncia de la extrema violencia desatada en la represión de los más mínimos atisbos de descontento así como de los "salvajes atropellos", "ensañamientos brutales" y "hechos bárbaros" ejecutados por serenos y policías bajo las órdenes de los administradores:

Sólo la contextura férrea con que la naturaleza ha dotado a los individuos, puede hacerlos sobrevivir a tan bárbaros suplicios.

No hay pues condición más vil que a la que están sometidos los esclavos de la pampa.

Hay escenas desgarradoras que no pueden describirse, porque cuanto se diga es poco a este respecto.

Es necesario presenciar como lo hemos hecho nosotros para convencerse y protestar indignado del trato inquisitorial y bárbaro de que es objeto el elemento productor de vigentes riquezas.

⁵⁹⁷ El Pueblo Obrero, 29 de Abril de 1909

⁵⁹⁸ El Trabajo, 19 de Noviembre de 1903

⁵⁹⁹ El Pueblo Obrero, 9 de Septiembre de 1909

⁶⁰⁰ El Trabajo, 16 de Noviembre de 1904

En nombre de la humanidad ultrajada protestamos de tanto salvajismo y lo agregamos a la larga cadena de abusos, arbitrariedades infinitas que comete y siguen cometiendo los mayores omnipotentes puestos al servicio del capital.⁶⁰¹

El azote y el guascazo se habían convertido en símbolos de una bárbara coerción que ataban día a día al obrero al "carro de la esclavitud". Particularmente, la imagen del pampino no se correspondía con la de un hombre libre, puesto que la generalidad de sus derechos estaban siendo continuamente "pisoteados por la burguesía" y con la anuencia de las autoridades⁶⁰². Se entendía entonces, que la condición calamitosa del obrero constituía un problema nacional que, sin embargo, se manifestaba de forma especial en la provincia de Tarapacá a causa del olvido político y la "criminal tolerancia de los vergonzosos abusos cometidos por la mayor parte de los industriales salitreros". En este sentido, si bien existían marcos legales que condenaban "la usura y la avaricia como medios reprobados de lucro", lo cierto es que esas leyes dejaban "de ser tales, a las puertas de un establecimiento salitrero". Impunidad que abría amplio trecho a los salitreros, existiendo oficinas en "donde todo obrero, desde el peón jornalero hasta el inteligente y laborioso artesano, es considerado poco menos que un esclavo; es decir, no como un ser racional, amparado por leyes de protección y libertad, sino como una máquina insensible, como una cosa, de la cual es necesario servirse sin escrúpulos en beneficio del capitalista"⁶⁰³.

La pampa salitrera parecía emerger como una refutación de la justicia y la modernidad, "un pedazo de tierra de una nación civilizada" en donde, sin embargo, habían "unos miles de hombres que, siendo libres, son esclavos; siendo ciudadanos, son parias infortunados de su patria". Más aún, la provincia de Tarapacá se alzaba como un triste paradigma de esclavitud moderna, "en donde gime desesperado un pueblo entero, desde hace más de veinte años, bajo el yugo infame con que lo sujetan sus reyes llamados oficineros". De esta manera, la aberrante pobreza, el nomadismo, la ausencia de amparo legal y la privación hasta de una tumba digna, sobresalían como una cruel paradoja en medio de tiempos de progreso social y económico:

⁶⁰¹ El Pueblo Obrero, 23 de Mayo de 1908

⁶⁰² El Pueblo, 22 de Septiembre de 1904

⁶⁰³ El Pueblo, 11 de Agosto de 1900

Y esos ciudadanos que forman el pueblo trabajador, en las pampas del salitre, vagan náufragos y hambrientos, por extensos arenales como si estuvieran cruzando un continente desconocido [...]

Y allí están, desde hace veinte años, cargados con sus monos a las espaldas, que les sirven de hogar, errantes, nómades, sin protección, sin artes, sin nombre, sin guía, sin patria, sin sepultura! ...

Sus patrones les roban y los hostilizan como a fieras. El gobierno, las autoridades, todos, todos los reconocen como a compatriotas, como a ciudadanos, y se les deja, sin embargo, vivir de esa manera! [...]

Oh, Intendentes, Prefectos y señores jueces, ¿cómo no os horrorizáis y llenáis de rubor, al pensar que en Tarapacá, circundado por pueblos civilizados, o cuando menos constituidos en sociedad, hay un pueblo hostilizado, escarnecido, befado y que vosotros no hacéis nada por mejorarlo?

Se comprende el estado brutal del groenlandés, que vive en los límites del mundo, en una montaña de hielo, inaccesible a los hombres de otra raza; se comprende, también, en el negro, que vive enterrado en las arenas aún no exploradas de la zona tórrida...

En una y otra parte, puede haber hombres fuera de la ley!

Pero que lo haya en el centro del mundo civilizado, lindando por todas partes con pueblos cultos, y que el Gobierno y las autoridades, dejen vivir y morir a estos hombres como a bestias, es indigno, es sacrílego, es infame, es abominable!⁶⁰⁴

A pesar de las adversidades que representaba la pampa del Tamarugal, no estaba en la concepción de los obreros salitreros que ésta constituyera un tipo de enclave o un espacio inaccesible, que justificara la apatía política y la concomitancia de tanta barbaridad. Al contrario, se recalca que Tarapacá se ubicaba en el seno mismo de la civilización, siendo sus extensos arenales, quizás, una característica que interrumpía la sensación de continuidad con el resto de la sociedad, pero que no le marginaban de los imperativos del mundo civilizado. En este escenario, los trabajadores notaban que sus reclamaciones no obtenían atención alguna y que en muchos sentidos estaban destinados a "ser la mengua de la humanidad". Les resultaba insultante el nulo interés que merecía la pampa salitrera, en donde la esclavitud y la humillación soportada por los trabajadores emergía como negación absoluta de toda justicia y libertad, pues los pampinos estaban condenados a la barbarie en vida, durante su muerte e incluso después de ésta.

En la contraparte de la opulencia económica y social, el pueblo pampino se contemplaba oprimido y miserable, pareciendo inconcebible que en tierra civilizada

⁶⁰⁴ El Pueblo, 4 de Junio de 1904

ocurrieran situaciones de ese nivel de indiferencia y brutalidad, perpetrándose una serie de "barbaridades sin miramientos de personas civilizadas". De este modo, la aflictiva situación que afectaba a los obreros de la pampa podía explicarse porque "supeditado el poder legal de las autoridades por la influencia aplastante y decisiva de los grandes capitalistas; neutralizada la misión civilizadora, perdida la independencia de acción de la prensa grande, por la índole misma de su espíritu comercial, los patrones salitreros, han quedado dueños absolutos de explotar y tiranizar a los obreros de la pampa, como mejor les plazca"⁶⁰⁵. Una percepción que no parecía mutar con los años, pues se continuaba insistiendo hacia fines del período en estudio, que los salitreros se rehusaban a proceder de acuerdo a las pautas de un país civilizado y actuaban como si estuvieran en "un pueblo de salvajes, en un pueblo de tiranos, donde no hay conmiseración para los esclavos que tienen bajo su dominio"⁶⁰⁶.

IV.2.- La incivildad de los "otros" en el mundo del salitre

La apelación a la inestabilidad laboral y económica de los pampinos de Tarapacá, constituyó la manifestación más visible en contra de la internación de indígenas bolivianos y el argumento que permitió investir de mayor legitimidad las demandas de los trabajadores. No obstante, fuera de este nivel manifiesto de exculpación, es posible identificar otros estratos más profundos, en donde hallamos la problemática de la etnicidad posicionada como un elemento demarcador. En este sentido, a partir de la presentación de una incompatibilidad étnica, se dejó traslucir un substrato que comenzó a delinearse progresivamente como un problema civilizatorio, en donde el progreso humano y la ilustración obrera, en tanto ideales, se enfrentaban a la barbarie representada por los indígenas.

Tempranamente los periódicos obreros se refirieron a la inmigración proveniente de Bolivia en términos de "verdaderos rebaños de indígenas bolivianos, de a pie y a burro", que recorrían "la pampa del Tamarugal, buscando las oficinas para las que han sido traídos a fin de reemplazar a los chilenos", aduciendo enseguida que "si se tratara de gente

⁶⁰⁵ El Pueblo Obrero, 17 de Julio de 1908

⁶⁰⁶ El Pueblo Obrero, 27 de Julio de 1910

civilizada, como los bolivianos que hace años viven en esta provincia, nada habría que decir; pero en el caso presente se trata de gente semi-salvaje que no conoce el trabajo de la pampa y que se dejará someter fácilmente a los abusos de los oficineros"⁶⁰⁷. De esta manera, se presentaba una diferencia cualitativa insalvable que no se vinculaba a un sentido de pertenencia nacional, sino que fundamentalmente a un grado de desarrollo material e intelectual considerado insuficiente y a cuyas características se le atribuían una serie de consecuencias negativas en el campo laboral. El asunto entonces, no se zanjaba en la constitución de una otredad cultural, sino en la estigmatización de ese grupo étnico en vistas de su grado de adaptación a la modernidad, así como a las demandas y aspiraciones que comenzaba a articular el movimiento obrero tarapaqueño⁶⁰⁸.

El fuerte flujo inmigratorio desarrollado en el curso de 1905 intensificó este discurso, siendo constante la representación del indígena, que era trasladado a la pampa, como un sujeto de aspecto y hábitos precarios, asegurándose que se trataba de personas que en absoluto habían "conocido la limpieza, ni cómo vive la gente civilizada"⁶⁰⁹. En la misma línea y frente a la "descarga" de una partida de "indios bolivianos" procedentes del Norte, los trabajadores reclamaban que no tenían "a quien recurrir en demanda de una medida de respeto, al derecho de los hijos del país, sin peligro de ser despedidos y reemplazados desventajosamente para la cultura misma del país, puesto que se trae gente que ni aún el idioma conoce y sí conduce gérmenes de enfermedades infecciosas por su falta de civilización, para adoptar las reglas de aseo personal"⁶¹⁰. De suerte que, además del perjuicio cultural materializado, entre otros asuntos, en una presencia lingüística foránea, los indígenas representaron también una transgresión de los patrones de comportamiento categorizados como civilizados, destacando de forma particular las prácticas de higiene. Los "infelices de las serranías de la vecina república" se convirtieron en los portadores indiscutibles de la bubónica y a partir de este criterio fueron interpretados como gente de "condición inferior" respecto de la población nacional⁶¹¹.

⁶⁰⁷ El Pueblo, 13 de Enero de 1903

⁶⁰⁸ De acuerdo con Juan Carlos Mamani, "la actitud despectiva hacia el aymara se expresa en el calificativo de «indio» o «indígena» con las connotaciones de extranjería, atraso y «primitivismo»". Mamani, J. C. (2005). *Op. cit.*, p.93

⁶⁰⁹ El Pueblo, 21 de Febrero de 1905

⁶¹⁰ El Trabajo, 22 de Febrero de 1905

⁶¹¹ El Trabajo, 4 de Marzo de 1905

Ahora bien, como hemos señalado, el carácter incivilizado no se atribuía únicamente de acuerdo a principios de profilaxis personal, sino también conforme a pautas conductuales que si bien continuaban refiriendo al tema de la salubridad pública, lo cierto es que apuntaban a la censura de determinadas costumbres culturales. Así lo manifiesta una comunicación registrada en El Pueblo que, versando sobre los adelantos materiales concretados en la oficina Jazpampa, proseguía aludiendo a las nuevas condiciones a que estaban siendo sometidos los indígenas bolivianos, ilustrando la situación en los siguientes términos:

Tengo que comunicar otro adelanto que noté de puertas adentro en las habitaciones, y relacionada con la vida privada de la bolivianada. Se trata de que la administración se ha propuesto civilizar a su gente, que es en su mayor parte indígena, haciéndolos vivir como gente y no como perros o chanchos.

Se les ha ordenado no mantener ni un solo animal en las habitaciones, así es que algunos están de pesar por no dormir junto con la chancha y algunas paisanas no se conforman con vivir sin perros o los demás animales que acostumbran tener en sus viviendas.

Limpieza completa, nada de cáscaras, tarros y basuras se ven ahora. Se hacen visitas domiciliarias cada dos o tres días, obligándolos a practicar el aseo.

Se les ha hecho comprar catres, mesas y bancas; de modo que la bolivianada ya no come ni tiene sus lechos en el suelo, o sobre tarros llenos de inmundicias.

Da gusto ver las habitaciones de las paisanas, con buenas camas; eso sí que muchos todavía no se pueden acostumbrar, a dormir en alto, ni a comer sentados en bancas.

Me contó un *cicerone* con quien yo andaba, que unas paisanas gordas se caían continuamente del catre; otras veces botan al hombre para el suelo, y algunas, principian a comer sentadas en las bancas y concluyen bajándose para donde es su práctica comer.

Parece que estos accesorios les incomodan; pero ya se irán civilizando y después tendrán que agradecer a la administración esos adelantos en su favor. Falta ahora que se les civilice respecto al traje y se les haga quitar esas polleras amarillas y verdes, con tantas pretinas, y reemplacen esos sacotes por vestidos de los que usa la gente civilizada⁶¹².

Podemos desprender que la utilización del vocablo "bolivianada", ciertamente denotaba un tono despectivo que respondía a la concepción de un grupo humano considerado irracional, de ahí la contraposición entre civilización y la pretendida animalidad de los hábitos indígenas. En este sentido, la cohabitación con animales al

⁶¹² El Pueblo, 22 de febrero de 1906

interior de las viviendas, fue considerado de forma temprana un acto incomprensible que ponía en evidencia el carácter primitivo de quienes se "mezclaban" o "vivían revueltos" con las bestias⁶¹³. De manera que la coexistencia con perros y chanchos no sólo asimilaba a los indígenas con éstos en el discurso, sino que además se les imputaba una serie de efectos desagradables en los campamentos que justificaban la exigencia de una supervisión constante. Por consiguiente, el escaso ajuste al estilo concebido como civilizado, consintió una actitud paternalista que procuró reformar y reglamentar el modo de vida de los indígenas, ingresando en la privacidad de sus habitaciones y reprimiendo aquellas costumbres estimadas reprochables. Una situación que se solicitaba hacer extensiva también a la apariencia indígena, pues la vestimenta constituyó otro de los símbolos básicos de civilización. Desde esta perspectiva, las señales de resistencia fueron descifradas en el marco de un proceso de adaptación, cuya culminación implicaría un progreso en los indígenas, sin embargo, se desconocía con esto la identidad cultural de este conjunto social y se desestimaban sus tradiciones en tanto remitían al escenario de lo bárbaro.

Hacia inicios de 1907, los periódicos obreros informaban sobre caravanas que, casi a diario, arribaban principalmente desde el Norte, apuntando al respecto que "la mayor parte de esa pobre gente semi civilizada, por sus hábitos todavía en pañales de la civilización" sólo era considerada como bestia de carga y que, luego de arrojarles sin recursos y dejarles pasar hambre en Iquique, eran enviados en carros de carga en dirección a la pampa a experimentar los rigores de la explotación⁶¹⁴. Sólo un par de días después se comunicaba de un asalto perpetrado por un grupo de trabajadores en la Oficina Santa Elena, "que hartos de sufrir apelaron a este medio de salvación para vengar en algo siquiera los sufrimientos de la explotación". Acerca de esto, si bien no se amparaba la medida de presión adoptada por los operarios, se censuraba "la actitud de esa oficina para con los trabajadores, en su totalidad bolivianos, pues no porque esa gente sea semi civilizada sea acreedora al mayor desprecio y con ella se trate de cometer tremendos abusos, hasta obligarla a cometer actos vandálicos". Señalando enseguida, que estos lamentables acontecimientos aportaban "una triste idea de lo que sufrirán esos desgraciados trabajadores

⁶¹³ El Pueblo, 19 de Febrero de 1903

⁶¹⁴ El Pueblo Obrero, 5 de Enero de 1907

que tienen fama de no ser muy exigentes en el pago de salarios, y que a tal extremo llegará su desesperación que tienen que asaltar y emigrar"⁶¹⁵.

De los antecedentes registrados, verificamos que los indígenas bolivianos fueron representados en ocasiones como sujetos carentes de todo signo de civilización, mientras que en otros casos la representación se vio matizada y expresada en términos de un proceso inacabado, en tanto sujetos civilizados de forma insuficiente. Estas apreciaciones si bien estaban cargadas de prejuicios que estigmatizaban a este grupo social, no necesariamente se transformaron en condiciones que legitimaban el nivel de abusos ejecutados por los salitreros. Ciertamente la atribuida falta de civilización constituía un factor que explicaba desde el elemento trabajador, las continuas arbitrariedades hacia los indígenas, circunstancia que generaba el temor de los pampinos de verse reducidos a esa misma situación de injusticia, no impidiendo lo anterior, que por momentos se expresara algún grado de conmiseración y empatía por éstos. Sin embargo, independiente de si eran descritos como gente incivilizada o parcialmente civilizada, ambas situaciones remitieron visiblemente a un estado de inferioridad en el que se seguía insistiendo en fechas posteriores:

Hay carencia de sueldos, hay carencia de generosidad, para compartir con el operario los productos ingentes del trabajo brutal del operario. Hay carencia de hombres justicieros y valerosos entre los capitalistas. Hay en ellos carencia de voluntad y de conciencia para oír las reclamaciones del trabajador y atenderlas. Hay en los capitalistas carencia de afecto, de amor, siquiera de simpatía o consideración para el altivo roto chileno. Y por eso desde hace tiempo se le está expulsando, arrojándosele, en condiciones miserables, de la pampa, y sustituyéndosele por individuos de razas primitivas, desentrañados de las espesuras de las selvas y desde las regiones más incultas de la sierra.

Estos sustituyentes del roto, muy inferiores a él en todo y por todos, sin la décima parte de su vigor físico, intelectual y moral, trabajan en las oficinas como simples partes materiales de las maquinarias elaboradoras del salitre. Tienen la sumisión absoluta del ser inconsciente. Y aunque amengüen los caracteres de virilidad de nuestra población, los grandes industriales los ocupan, los solicitan y los van a buscar porque con ellos hacen en silencio su acaparación de millones. [...]

Para probar que los sustituyentes de nuestros compatriotas arrojados son inferiores a ellos en grado superlativo, recuérdese que el ex-Intendente don Agustín Gana Urzúa, en el patriótico cumplimiento de sus deberes, se vio obligado a hacer llevar a

⁶¹⁵ El Pueblo Obrero, 10 de Enero de 1907

unos corrales a una partida de gente importada, para que tal gente fuera desinfectada y zahumada en aquellos corrales, y así no acrecentaran la peste bubónica que con otra de esas partidas había llegado a Chile⁶¹⁶.

El texto citado es una de las escasas referencias que utiliza la noción de raza para referirse a los indígenas, pues lo habitual fue referirse a ellos como un pueblo diverso pero que, sin embargo, compartía la misma raíz americana que los habitantes de Chile. Por el contrario, la alusión al carácter primitivo, inculto o incluso semisalvaje de estos inmigrantes, fue más bien una constante que hacía alusión a la contemplación de modales rústicos, la carencia de todo tipo de instrucción y un escaso desarrollo socio-cultural. No obstante, esta inferioridad también se representó en un plano idiosincrático, por lo que desde este punto, la falta de vigor atribuida a los indígenas se descifró como una presencia que degradaba el distintivo varonil del mundo del salitre. Por su parte, el temperamento sumiso se interpretó como una suerte de apéndice de la voluntad salitrera, de modo que la analogía que los equiparaba a la parte material de una máquina apelaba, precisamente, a la imputación de un carácter autómatas que, por debilidad o ignorancia, hacía que los indígenas se dejaran manejar sin objeción alguna. Por último, y como ha sido indicado anteriormente, la condición inferior develada por el supuesto primitivismo indígena se expresaba de forma paradigmática en la esfera de la salubridad pública, al emerger como portadores inequívocos de enfermedades calamitosas ajenas a todo territorio civilizado.

Ahora bien, la cita analizada previamente, corresponde al extracto de un artículo titulado "Inmigración Asiática", en donde se concluía tajantemente que no existía escasez de brazos en la pampa que justificara, primero, el ya establecido acarreo de indígenas, ni segundo, la pretendida importación masiva de chinos. Al respecto, el periódico se preguntaba: "¿Para qué queremos individuos enclenques, perfectamente incapaces del trabajo material y desgraciadamente tan prolíficos como lo acredita la fabulosa población del Celeste Imperio?", denunciando más adelante que la concurrencia de ambas inmigraciones demostraba que los señores de Tarapacá estaban desnacionalizando la

⁶¹⁶ El Pueblo Obrero, 20 de Abril de 1907

provincia a modo de querer "segregarla de Chile como hay que segregar por amputación un músculo gangrenado"⁶¹⁷.

Al respecto, la revisión de prensa obrera nos permite constatar que indígenas bolivianos y asiáticos fueron asimilados conjuntamente en Tarapacá como inmigrantes de menor categoría, encontrando entre las referencias más tempranas un artículo de *El Trabajo* titulado "Protección a los Obreros", en cuyas líneas se declaraba si sería acaso una cuestión de transigencia "la del chileno que soporta la humillación de ser despedido de su trabajo para ser reemplazado por bolivianos o chinos". Enseguida se replicaba que con tal afirmación no se pretendía "lastimar la nacionalidad de nadie", sino "establecer, y decir claro a todos los vientos que conocemos nuestro mejor derecho, y solo toleramos tan sangrienta humillación del salitrero"⁶¹⁸. De este modo, el relato periodístico revelaba que la afrenta no estaba configurada únicamente por la internación de extranjeros como categoría global, sino de forma particularizada por bolivianos y chinos, quienes por su atribuida inferioridad representaron una ofensa mayúscula al interior del segmento trabajador.

Indudablemente la mera sustitución laboral constituía un agravio para los pampinos, el que podía verse acrecentado ante un relevo por operarios juzgados como inferiores. De este modo, advertimos que la cualidad, tanto de indígenas como de asiáticos, fue equiparada en cuanto sus hábitos y apariencia no encuadraban con el ideal civilizatorio, razón que los ubicó en una posición similar de desmedro al interior del escenario obrero. En este sentido, no son escasas las referencias que nos hablan del tipo de comida y vestimenta para discriminar entre una forma de vida civilizada o no, más aún, es el modo constante mediante el cual se representaba a estos inmigrantes en las páginas de la prensa obrera. Considerando esos parámetros, se presenta con asidua insistencia la caracterización de éstos a través de una indumentaria pobre y una alimentación deficiente, realidad que, en el caso de los indígenas bolivianos, fue caricaturizada recurriendo a la imagen de polleras multicolores y al hábito de mascar la hoja de coca.

Dentro de este escenario se recalca que el salitrero "así como explota la docilidad y mezquino vivir de los indios de las fronteras bolivianas, haciéndolos trabajar sin horario

⁶¹⁷ El Pueblo Obrero, 20 de Abril de 1907

⁶¹⁸ El Trabajo, 13 de Agosto de 1904

fijo, y abasteciéndolo con alcohol y hojas de coca como único salario, igual cosa haría con operarios japoneses pagándole su escaso contingente de trabajo con un puñado de arroz"⁶¹⁹. Tomando como referencia las características de los indígenas, los periódicos exageraron algunos rasgos asiáticos que demostraban, desde su perspectiva, una condición de atraso cultural, representándolos como "gentes sin aspiraciones de ninguna especie que pueden entregarles el fruto de sus esfuerzos por un mísero sancochado de arroz por comida, y un algodón de mezclilla, del pescuezo a los talones, por toda indumentaria y conformes con aceptar corrales o galpones por toda vivienda"⁶²⁰. En este sentido, la inmigración asiática se resistía no sólo por la especulación y la opresión que significaba para el pueblo, sino porque el curso de las cosas llevaría a una "época en que el trabajador se verá privado de ponerse un terno de casimir de regular calidad, comer un mal plato de porotos teniendo que volver a sus tiempos primitivos a vestir casineta y mezclilla"⁶²¹.

Por consiguiente, la homologación de ambas realidades inmigratorias —indígena boliviana y asiática—, tenía que ver con la identificación artificial de similitudes en el carácter y el consumo. Estas características se constituyeron en signos de un estado inferior de civilización, dejando entrever simultáneamente los peligros inminentes que representaban para la estabilidad laboral de los veteranos pampinos de Tarapacá, así como la amenaza que acechaba sobre los fundamentos culturales de la región y el país:

[...] pronto presenciaremos el triste espectáculo de encontrar las oficinas ocupadas, solamente, por chinos e indios. Los antiguos trabajadores chilenos, peruanos y bolivianos, habrán sido arrojados, por la invasión amarilla, que por un jornal miserable, laborará desde el alba al amanecer.

Cuando tal suceda, cuando los bravos hijos del desierto, los patriarcas de la industria salitrera, sean ejemplares raros en la pampa del Tamarugal; cuando el chino, el quichua y el aimará, hayan reemplazado la dulce música del habla castellana, cuando la debacle de nuestra raza esté consumada, entonces, los salitreros y los famosos hombres públicos de Chile, se sentirán satisfechos y orgullosos de su obra⁶²².

⁶¹⁹ El Trabajo, 11 de julio de 1906

⁶²⁰ El Trabajo, 12 de Junio de 1907

⁶²¹ El Pueblo Obrero, 17 de Enero de 1907

⁶²² El Pueblo, 23 de Junio de 1906

De lo expuesto, podemos extraer antecedentes que nos permiten insistir en el planteamiento de un conflicto que no se circunscribió forzosamente a un antagonismo de nacionalidades, sino más bien a discrepancias culturales que se situaron en pugna con el modelo civilizatorio adherido por los pampinos en tiempos de ascenso del obrerismo. De manera que indígenas y asiáticos emergieron coincidentemente como competencia laboral en el contexto de las faenas salitreras, pero más concretamente como adversarios en el plano de los ideales. La presencia de estos inmigrantes tropezaba con el proceso de reformulación identitaria que se operaba en los sectores populares de la pampa, reflejando las disparidades e instalándose como una advertencia respecto del ansiado progreso social y económico. Un escenario hipotético dominado por las lenguas indígenas y asiáticas se imaginaba como una catástrofe para el proyecto obrero, pues éstas representaban el atraso cultural y material de la barbarie que se pretendía superar.

Este tipo de inmigrantes fue interpretado entonces, como un obstáculo al crecimiento y desarrollo del país, un elemento que disminuía el vigor físico propio de sus habitantes y que deprimía su carácter e inteligencia⁶²³. En esta línea, la inmigración asiática fue interpretada como una situación de desprestigio para "una nación civilizada" como la chilena. Más aún se le consideraba "la invasión de una raza degeneradora a la que se resiste todo el mundo civilizado", convirtiéndose en una amenaza global que podía terminar "con la vuelta al antiguo estado de la raza primitiva"⁶²⁴. En este contexto, el peligro amarillo imponía como imperativo de todo país civilizado, rechazar abiertamente la introducción de una raza semi-esclava que, en este caso particular, venía a sustraer a la raza sudamericana⁶²⁵. A pesar de estas reiterativas aseveraciones se intentó encubrir la protesta, arguyéndose que no se trataba de un asunto racial, sino de la defensa del interés obrero. De cualquier forma, las justificaciones sólo dejaron traslucir una vez más los prejuicios que rodearon a los inmigrantes de Asia, particularmente a los chinos:

⁶²³ "y respecto al trabajo, con unirlos a todos les pondrían un caporal al frente con una guasca en la mano, los harían trabajar como bestias y los pobres como estarían lejos de su país natal, tendrían que hacerlo con las orejas gachas". El Pueblo Obrero, 25 de Abril de 1907

⁶²⁴ El Trabajo, 20 de Abril de 1907

⁶²⁵ El Trabajo, 1 de Junio de 1907

[...] Mientras nos está llegando de los confines del Asia una cantidad de hombres raquíticos e inútiles, están emigrando de Chile los trabajadores fuertes, los hombres laboriosos, orgullo de América y de su raza.

Si esta emigración sigue su curso llegará un día en que en nuestro territorio no habrá ningún chileno, pero en cambio habrá una colonia de asiáticos que mantendrá el monopolio de la industria y del comercio en estas regiones.

Pero nosotros no atacamos la emigración amarilla por orgullo de raza ni por egoísmo comercial. La atacamos porque en los momentos actuales nuestro país atraviesa por una situación económica bien triste y esa emigración contribuye a hundirnos más en la miseria en que vivimos.

Con todo atacamos la llegada de chinos a nuestras costas, porque los americanos que hay en ellas son más que suficientes para el desarrollo de la industria del país, además de que no queremos ahora ni en ningún tiempo vernos invadidos por una legión de hombres inferiores que indudablemente tendrán que hacernos retrogradar en nuestro progreso comercial e intelectual⁶²⁶.

De las líneas precedentes podemos constatar que, a partir de la configuración de la imagen del asiático, se desprendía por oposición la propia identidad, pues mientras se definía a los inmigrantes chinos como sujetos raquíticos e inútiles, sincrónicamente emergía la representación del pampino en términos viriles e industriales. La presencia china se transformaba entonces no simplemente en un elemento que amenazaba la esfera económica-social, sino que se constituía fundamentalmente en una provocación identitaria. Ciertamente, este asunto se enmascaraba discursivamente invocando la desgracia en que se encontraba sumido el trabajador nacional y la sarta de secuelas laborales que traería la internación de operarios chinos. Sin embargo, más allá de la reivindicación del derecho y suficiencia de los obreros "americanos", estas declaraciones no hacían más que evidenciar el desafío que se planteaba para el proyecto identitario en construcción. La convivencia cotidiana con gente catalogada inferior se traducía como un riesgo a los adelantos ya concretados en términos materiales y mentales, retroceso que no estaban dispuestos a admitir.

En este escenario, la llegada de un vapor con un contingente de asiáticos a las costas de Tarapacá y la circulación de un rumor que divulgaba la existencia de inmigrantes contagiados de Beriberi y Tracoma, causó exaltadas protestas en los periódicos obreros. Acerca de esto, los trabajadores se preguntaban enardecidamente "¿Por qué, como los

⁶²⁶ El Trabajo, 17 de Agosto de 1907

países civilizados, no dicta [el gobierno] una ley para impedir la inmigración asiática, y con ella las pestes y calamidades que asolaron la Tartaria, el Thibet y el Afganistán en el siglo pasado?", dictaminando luego que correspondía a los gobernantes chilenos "seguir con la civilización europea, al adelanto y al positivismo del siglo; debe ver el peligro y detenerlo a tiempo. Hacer lo contrario es retroceder, es marchar al abismo, e infestar todo el continente americano con la lava putrefacta de los montes del Himalaya"⁶²⁷. De este modo, advertimos que el discurso demarcaba con claridad los lindes de lo "civilizado" y lo "bárbaro", emergiendo como categorías de consenso que no dieron cabida a ambigüedades: los países de la Europa occidental, y por extensión los norteamericanos, eran los referentes de la civilización, el resto no podía ser clasificado más que como "inculto", "inferior" e incluso "salvaje". La lectura parecía ser unívoca, evidenciando a su paso el peso cultural que poseía el modelo occidental en el pensamiento obrero pampino frente al desprecio por el elemento indígena, africano y oriental en general.

Dentro de esta línea, las páginas de los periódicos obreros albergaron ácidos cuestionamientos en torno al valor intrínseco del mundo oriental, impugnándose al respecto: "¿Qué progreso material, moral, artístico, científico o intelectual nos aporta la inmigración asiática, que defienden los interesados en ciertas especulaciones, con la vida de infelices seres humanos, arrancados por el engaño de un ambiente que por religión, costumbres sociales y domésticas; idioma y origen de raza no tiene similitud con nuestra joven nacionalidad?". La respuesta era categórica: francamente no era posible atisbar progreso alguno y, por el contrario, se temía que el ingreso de chinos implicara, con el tiempo, que la zona norte se transformara en una "debacle de conflictos sociales e internacionales; una babel de lenguas y religiones, lazareto de enfermedades leprosas orientales, de vicios desconocidos, del injerto de una antiquísima raza, que necesita una renovación completa"⁶²⁸. Por consiguiente, verificamos que la dicotomía civilización/barbarie constituyó una categoría clave para asimilar la otredad cultural de los asiáticos y fundamentar el rechazo de ésta, otorgando un marco legitimador, en donde las descalificaciones parecían no entrar en conflicto con las declaraciones de humanismo y

⁶²⁷ El Trabajo, 27 de noviembre de 1907

⁶²⁸ El Pueblo Obrero, 10 de Junio de 1909

solidaridad obrera, precisamente, porque "indios" y "chinos" constituían un freno para la consolidación de "lo obrero".

Tal como hemos indicado más arriba, la resistencia opuesta a la internación de chinos obedecía, en el plano más literal, a la inestabilidad laboral y a la reducción de los salarios que ocasionarían. En este sentido, se sugería que el escaso jornal demandado por los asiáticos se explicaba por el ínfimo gasto en alimentación y vestuario, así como por la inexistente inversión en medios de desarrollo artístico e intelectual, asegurándose por lo demás que aquello interfería considerablemente en el óptimo funcionamiento de la industria y mercados americanos y europeos. Considerando estos razonamientos como un preámbulo, es que podemos contextualizar la editorial publicada en El Pueblo Obrero bajo el título "La inmigración asiática III", que constituía el apartado final de un extenso alegato y de donde extraemos un ilustrativo fragmento:

[...]los obreros europeos y americanos, en igualdad de minimum de salarios, jamás podrán competir con los asiáticos, no porque carezcan de salud, fuerza, vigor y competencia profesional, sino porque el pequeño salario, les reduciría al papel de esclavos, sin ninguna aspiración de progreso y de cultura.

El alma del oriental está cristalizada, petrificada por una civilización más que ninguna otra conservadora de milenarias, costumbres, tradiciones y creencias político-religiosas patriarcales; mientras que el alma popular occidental, está henchida de vida, de aspiraciones progresistas, de expansión de todas las manifestaciones del progreso humano.

El obrero occidental, tiende cada vez a mejor alimentación y vestuario, a rodear de mayores comodidades el hogar, da vida a la prensa, a los teatros, conoce el sendero que conduce a la escuela, a las bibliotecas y a los centros de cultura moral y social; necesita mantener asociaciones de defensa y socorro mutuo.

Todo esto origina un poderoso reguero de cultura y de grandes progresos que forman la síntesis de la magnífica civilización europea americana.

Somos la vida en continua gestación y movimiento, y no la quietud e inanición oriental. [...]

La caduca civilización oriental no ha creado los progresos materiales que hoy principia a gozar, sino que la fuerza de los acontecimientos los ha hecho asimilarse, lo que en 50.000 años no fue capaz de crear.

En cambio, el occidente ha comenzado a infestarse de mortíferas epidemias como el cólera y la bubónica y seguirán muy pronto la tracoma y el beri beri. A esto hay que agregar el vicio embrutecedor del opio, el juego y la prostitución en su forma más aguda y escandalosa.

Todo esto, inherente a la civilización y a la naturaleza oriental, de la cual debemos precavernos.

Nuestro porvenir y engrandecimiento está en el desarrollo y expansión de nuestras propias fuerzas vitales, en el trabajo de nuestras grandes riquezas naturales y en el saber aprovechar todo lo grande y bueno que encierra la vieja Europa⁶²⁹.

El texto que antecede nos permite continuar insistiendo en que la noción de civilización fue definida de acuerdo a un conjunto de aspectos referidos al consumo, es decir, entendida como una sociedad moderna inclinada al estímulo de la producción y uso de bienes materiales, pero también de medios culturales y sociales tendientes a la ilustración y regeneración moral. Esta amalgama de adquisiciones y formas de sociabilidad determinaban no sólo la construcción de un patrimonio elemental, sino que caracterizaban paralelamente los propios rasgos identitarios así como los contornos del mundo civilizado, de manera que estos factores se constituían en aspiraciones y hechos consumados a la par. En este marco, la cultura occidental se convertía de manera patente en el único referente civilizatorio investido de legitimidad, en tanto simbolizaba una entidad dinámica y progresista que se contraponía a la realidad anquilosada del mundo oriental. Las alegorías en torno al tiempo y el movimiento se convirtieron en los principales ejes de representación, de donde se sigue que occidente se mostraba a través del prisma de la vitalidad y las transformaciones, mientras que oriente simbolizaba la atrofia cultural y el estancamiento social.

De esta forma, el continente asiático fue interpretado como un mundo en esencia primitivo, cuyos escasos signos de adelanto, únicamente eran prueba de una modernización artificial a consecuencia de la influencia occidental. Si bien en el artículo analizado se hacía mención a la "civilización oriental", sólo podemos colegir que se utilizaba como sinónimo de sociedad o cultura, puesto que no se le reconocía mérito alguno y toda constatación de adelanto era atribuido al aprovechamiento de progresos foráneos, particularmente europeos. Asia emergía entonces como un pasivo receptor de los beneficios materiales y culturales del occidente civilizado, al tiempo que se convertía en una formidable fuente de pestes y vicios, perjuicios que se consideraron inherentes a los orientales.

La internación de chinos era interpretada entonces a modo de indigna conspiración en contra de la modernidad, alzándose como un "grosero y safo ataque a la moral", además

⁶²⁹ El Pueblo Obrero, 12 de Junio de 1909

del "peor y más afrentoso estigma con que puede distinguirse entre la infamia gubernativa universal"⁶³⁰. Implicando a su vez un oneroso riesgo para el porvenir, pues se afirmaba que estos inmigrantes vendrían a vivir maquinalmente al país, desdiciendo con esto un "presente de adelanto y civilización"⁶³¹. En este sentido, la coexistencia con inmigrantes asiáticos representaba un proceso de involución que inevitablemente llevaría a la región hacia sistemas políticos y culturales obsoletos.

⁶³⁰ El Pueblo Obrero, 28 de Octubre de 1909

⁶³¹ El Pueblo Obrero, 30 de Octubre de 1909

Consideraciones Finales

Resistencias y proyectos en la identidad pampina

"Con la evolución social
que día a día progresa,
para el proletario empieza
la emancipación parcial".⁶³²

Rosario Calderón
Oficina Esmeralda

"Pero aquel sol que calcina
vuestro suelo y vuestro ambiente,
no logra extinguir la fuente
de justicia y libertad.
Ni puede extinguir tampoco
los purísimos ideales,
políticos o sociales
que esculpiera la igualdad".⁶³³

Si bien el término "violencia" no obtuvo una asidua figuración en las páginas de los periódicos obreros revisados, lo cierto es que la noción de violencia sí estuvo presente casi en la totalidad de los números publicados. Al respecto, el discurso mancomunal —mediante su órgano de difusión *El Trabajo*—, exhibió una utilización más recurrente del vocablo, equiparado en su generalidad como sinónimo de los abusos sobrellevados por los obreros de la pampa. Desde esta tribuna, se exhortaba a transformar la "violenta situación creada por la inercia o desidia de los unos y por la ambición de los otros", atestiguando que las provincias del norte atravesaban por un período caracterizado por dificultades y violencias⁶³⁴. Más aún, se afirmaba que diariamente ocurrían "casos de violencia en que la víctima es el obrero", en tanto se advertía que "al obrero que presentó un memorial sobre su estado de violencia a que se halla sometido en las rudas y peligrosas faenas de Tarapacá, a ese, no se le hizo caso"⁶³⁵. Por su parte, el periódico *El Pueblo* y, posteriormente, *El Pueblo Obrero* —ambos vinculados al ala demócrata de Iquique—, revelaron un empleo escaso de la palabra o en cualquier caso con asociaciones diversas. No obstante, a través de conceptos

⁶³² El Pueblo, 6 de Mayo de 1904

⁶³³ El Pueblo, 27 de Septiembre de 1904

⁶³⁴ El Trabajo, 6 de julio de 1901; El Trabajo, 30 de mayo de 1903

⁶³⁵ El Trabajo, 31 de marzo de 1906; El Trabajo, 2 de Febrero de 1907

como abuso, represión, explotación e injusticia social, entre otros, accedimos en todos los casos a esa ubicuidad de la violencia que emergía junto a los inicuos escenarios de la cotidianidad.

Por consiguiente, los capítulos precedentes se han constituido en un intento por develar "otros" espacios de despliegue histórico de la violencia, que impregnaron la construcción de la alteridad e influyeron en la configuración de la identidad en el contexto salitrero. En esta línea, el punto de partida de esta investigación no se ha establecido únicamente en la constatación reiterativa de circunstancias y procedimientos violentos en los márgenes de la pampa salitrera. También se ha definido por los recovecos oscurecidos, por una parte, ante la prolijidad de estudios historiográficos centrados en los procesos huelguísticos y reivindicativos del movimiento obrero tarapaqueño, y por otra, a causa de la insistencia en el fenómeno de integración sociocultural —modelado por las continuas migraciones— que hicieron de la provincia de Tarapacá una zona marcada por la convergencia de numerosos componentes nacionales y culturales. Frente a esto, se ensayó un análisis distinto de la problemática que, reconsiderando una conceptualización amplia de la noción de violencia, integró al examen histórico de la identidad situaciones que anteriormente habían sido vislumbradas tangencialmente, mientras que al ubicar el ejercicio analítico en el nivel de las representaciones sociales, profundizó en los procesos de asimilación e interpretación de la propia realidad.

De esta manera, nuestra conjetura inicial —a saber, que las representaciones de la violencia tuvieron un importante rol en el proceso de configuración de la alteridad y la identidad pampina—, se vio apoyada por los datos históricos recabados, pues los antecedentes anteriormente expuestos nos parece que ayudan a esclarecer, en qué medida el habitual encuentro y ejercicio de la violencia, se convirtieron en referentes identitarios en un período marcado por las conflictividades sociales. Al respecto, inferimos que la vivencia y representación sincrónica de la violencia directa y estructural, reforzaron una experiencia general de conflicto y posibilitaron perfilar un tipo de alteridad que se vinculó a la esfera socio-económica, permitiendo explicar desde ahí la propia condición social. De este modo, mediante las representaciones asociadas a la violencia directa, se perfilaba una alteridad concreta, que admitía la identificación de una responsabilidad individualizada a través de la

figura de administradores, agentes de policía, entre otros. En la contraparte, de las representaciones derivadas de la violencia estructural, se bosquejaba, paralelamente, una alteridad abstracta que hacía insostenible su personificación y más bien modelaba un "algo" sin rostro, que orquestaba diversas situaciones de injusticia social. Particularmente, nos referimos del aparato institucional —estatal y/o económico—.

Desglosando un poco, a partir de los cuatro escenarios discursivos desde donde se estructuraron las representaciones de la violencia directa y estructural, se apuntaba primeramente, que la necesidad obligaba a los trabajadores a trasladarse a un ambiente adverso —geográficamente hablando—, circunstancia en donde no existía un responsable individualizable, sino una situación apremiante que constreñía a los trabajadores a aventurarse en tal empresa. Lo anterior, a diferencia de lo sucedido en los campamentos salitreros, donde la adversidad material e higiénica, se experimentaba como una imposición emanada directamente desde los salitreros y amparada por las autoridades. Asimismo, la alta tasa de accidentes laborales se adjudicaba, por una parte, a la acción concertadamente ineficaz de administradores y empleados, no obstante, también emergía una explicación de fondo que se sustentaba en el olvido político e institucional que daba rienda suelta a la explotación. Por otro lado, jueces y policías aparecían como protagonistas de distintos atropellos que, progresivamente configuraron la percepción de un clima de injusticia social, en donde el aparato judicial y policial resultaba inoperante para los habitantes de la pampa. Finalmente, un palpable panorama de inequidades, determinaba previamente la resignación pampina ante los abusos. Empero, la amenaza directa del salitrero —a través de su poder económico y social— forzaban, además, la aceptación de la miseria y sus inefables secuelas.

De esta manera, las diversas experiencias de la violencia y su posterior representación vinculada a los escenarios de la explotación capitalista, posibilitaron la visualización simultánea de una alteridad social y también de un "nosotros". Imagen identitaria que, sumada al contenido conflictivo verificado —precisamente— en las representaciones de la violencia directa y estructural, impulsaron la conceptualización de un "otro" sobre quién proyectar las frustraciones del segmento obrero pampino. Hablamos de un ambiente tensionado por la sensación de crisis, en donde la otredad cultural fue

identificada como la causa de los problemas sociales y económicos acusados en la pampa salitrera, lo que paralelamente conformó un marco legitimador para la segregación —al menos en el plano discursivo—.

Por lo tanto, podemos colegir como corolario, que toda construcción social de la otredad deja entrever los contenidos y disputas de la propia identidad. En este sentido, la violencia patentizada a través de la desigualdad económica y social —y concretizada en los abusos y miserias de la cotidianidad—, reveló las fronteras delineadas entre los distintos sectores sociales de la pampa —existentes aún al interior del campo popular—, evidenciado a partir de ahí, los conflictos identitarios derivados de la distinción de clases. Asimismo, la violencia discursiva revelada hacia inmigrantes indígenas y asiáticos en la pampa salitrera, dejó traslucir las fronteras culturales insertas al interior de un grupo diverso que permitió, sin embargo, una amplia identificación social.

En tal escenario, las contracciones económicas y los conflictos obreros acusaron un rápido cambio social, que favoreció el surgimiento de prejuicios étnicos y raciales, lo cual se pudo comprobar para el caso boliviano entre los años 1902 y 1907, mientras que para el caso asiático se verificó entre los años 1906 y 1910. En ambas circunstancias, constatamos distintas escalas al interior del conflicto entre grupos, las que traslucieron el papel de las representaciones sociales en la secuencia de la violencia cultural. Así, los primeros enganches de indígenas bolivianos, sólo suscitaban algunas preocupaciones derivadas de la rebaja salarial y el aumento de la carga laboral, situación que progresivamente dio cabida a distinciones étnicas y a la defensa del espacio social y laboral construido a lo largo de años de labor. Concluyendo en una serie de prejuicios referidos a las costumbres culturales, a la falta de idoneidad física y desconocimiento de las faenas del salitre, así como aprehensiones en torno a hábitos de higiene, que terminaron por asociar a los indígenas con un problema de salubridad pública. Por su parte, los asiáticos gozaron de una delimitada aceptación inicial en el primer lustro del siglo XX, lo anterior al representar una alternativa económica frente a las pulperías. Sin embargo, este mismo rol en el comercio comenzaría a generar reticencias en la población tarapaqueña, que acabaron por desembocar en un conflicto racial, en donde se destacaron vicios y epidemias, así como retrasos sociales y morales atribuidos al mundo oriental.

En consecuencia, la investigación dio cuenta de una serie de categorías discriminadoras que monopolizaron la construcción social del otro y determinaron un tránsito, desde la conceptualización de la alteridad representada por indígenas y asiáticos, hasta la segregación discursiva de "indios" y "amarillos" en el mundo del salitre. En cualquier caso, constatamos que ambos procesos se desarrollaron fundamentalmente en un plano de circulación discursiva, que modeló más bien una actitud social —expresada mediante esquemas de pensamiento, formas de sentir, entre otros aspectos—, antes que un comportamiento concreto con consecuencias sociales más serias —agresión directa, por ejemplo—.

Por consiguiente, el segundo capítulo demostró que la protesta pampina en contra de la inmigración indígena-boliviana, si bien apeló a determinadas referencias de orden nacionalista como las alusiones a la protección de la soberanía nacional o la invocación de las glorias de la Guerra del Pacífico, lo cierto es que patentizó una fuerte identificación local, que reclamó los derechos de los pampinos que por tradición habían contribuido en la construcción social de la pampa salitrera, independientemente del origen nacional de éstos. De todas formas, el desarrollo de la investigación puso en relieve que el argumento central de las reclamaciones estuvo en la variable étnica de los inmigrados, por lo que —además de la tensión entre universalismo y localismo— observamos el enfrentamiento entre clasismo y etnización, lo que nos llevó a sospechar que si bien la identidad pampina se antepuso a diferenciaciones nacionales, ese accionar no fue tan claro en el ámbito de las distinciones étnicas. Por otro lado, en el tercer capítulo, el estudio de las demandas contrarias a la inmigración asiática, arrojó que estos eventos migratorios fueron interpretados como una profundización de la estrategia de reemplazo iniciada con los enganches indígenas, evidenciando que los trabajadores se ubicaron, eminentemente, desde la vereda del interés nacional en el plano económico y la preocupación racial en el contexto americano. Asimismo, las manifestaciones contrarias a los chinos fueron valoradas como momentos de "expansión" de la solidaridad de clase y una oportunidad para reflexionar en torno en las distancias que separaban el discurso de universalidad de la realidad particular.

Por lo tanto, aventuramos que en un primer momento, vinculado a las inmigraciones indígenas bolivianas —principalmente durante el primer quinquenio del siglo XX—, la

discriminación se mantuvo en el ámbito de lo étnico y los intereses en el margen de lo local, sin afectar el sentimiento plurinacional —al menos en el discurso—. Sin embargo, en el transcurso de 1906 y 1907 se produciría una transición que trasladaría las aprehensiones hacia los asiáticos, profundizando en la estigmatización cultural y cambiando el eje en torno a una discriminación racial y a un interés nacional. Antecedente que —creemos— nos permitirían explicar el posterior contexto de xenofobia dirigida a los peruanos, no como una irrupción sin precedentes de nacionalismo, sino como culminación de un paulatino afianzamiento de categorías discriminatorias que pusieron en tensión —a lo largo del decenio 1900-1910— la universalidad del movimiento obrero y el carácter inclusivo del mundo pampino.

Por último, el análisis concerniente a la operatividad identitaria de la dualidad Civilización/Barbarie, nos permitió situar en un mismo eje de análisis las tres dimensiones de la violencia, esclareciendo desde ahí sus puntos de encuentro. Al respecto, mediante el simbolismo de la bestialidad y el salvajismo, en cuanto condiciones de vida y trabajo impuestas por "el capital" —y obradas por administradores y empleados—, fue posible visualizar la interpretación de la violencia directa y estructural como una afrenta en contra del ideal de progreso y modernidad. Constituyéndose en elementos que definieron, por un lado, una condición presente de miseria y explotación, y al mismo tiempo, posibilitaron delimitar por oposición una voluntad de ser y hacer diferente. En este sentido, frente a la constatación de un ambiente general sellado por la conflictividad, lo que más caló en la percepción de los pampinos fueron las situaciones que le redujeron a una condición de animalidad, que negaban su humanidad y le remitían a la barbarie.

Por estas razones, los trabajadores de la pampa enarbolaron continuamente sus protestas en contra de los tratamientos que le obligaban a soportar condiciones y labores bestiales, rehusándose —al mismo tiempo— a ser comparados con indígenas o asiáticos, a quienes consideraron inferiores en términos culturales, pero también en cuanto a aptitudes físicas para el desarrollo de las faenas. En esta línea, la interpretación del carácter incivilizado de la otredad, representada por indígenas bolivianos e inmigrantes chinos, se convirtió en una suerte de advertencia a los trabajadores, que les conminaba a resistir a los abusos que experimentaban en carne propia.

El estado de atraso material y cultural atribuido a ambos grupos sociales, configuraron una red de prejuicios "civilizatorios" que traslucieron los propios temores y frustraciones del segmento obrero pampino. En consecuencia, "lo bárbaro" se concibió como un estado de experiencia de la violencia —que fue resistida férreamente en el discurso—, mientras que la civilización se alzaba como una proyección nacida de la comprensión y superación de esa violencia. De este modo, se vislumbra tenuemente el paso hacia una identidad proyecto —inclusiva pero excluyente a la vez—, que apeló a una transformación social de carácter universalista y utilizó el recurso de exclusión para separar los elementos culturales que desarticulaban este ideal modernizante.

En suma, mediante la aplicación de un enfoque de las representaciones sociales, esta investigación ha pretendido contribuir en el esclarecimiento de los mantos que cubrían la temática de la violencia, sus percepciones e influencias en el proceso identitario. No ha sido un objetivo caracterizar en su totalidad la identidad pampina —un campo temático amplio que, por lo demás, ha sido bastante desarrollado por Sergio González, entre otros—, sino que develar otros intersticios que se podían transparentar a través del estudio de los significados ocultos y entretejidos de los mensajes sobre violencia que circularon en la pampa salitrera. Asimismo, tampoco ha sido intención de este trabajo describir la totalidad de los fenómenos de violencia, sino bosquejar sus interpretaciones desde la mirada popular, obrera, pampina, que es el segmento que vivió en primera persona estos acontecimientos. Acerca de esto, cabe preguntarse aún por el campo de influjos que se orquestaron "desde arriba", transmitiendo imágenes, creencias y prejuicios. ¿Cuál es el grado de concordancia manifestado "desde arriba" y "desde abajo" en torno a la conceptualización de la alteridad y la identidad pampina? Cotejar las representaciones de la violencia a partir de estos dos escenarios contrapuestos, nos puede abrir nuevas claves comprensivas para entender cómo y por qué los sujetos aprehendieron la violencia como un referente identitario más.

Referencias

Fuentes

El Pueblo, Iquique. 1899-1906

El Pueblo Obrero, Iquique. 1906-1910

El Trabajo, Iquique. 1901-1908

Bibliografía General

Allport, G. W. (1971). *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA

Albó, X. (1998). *Quechuas y Aymaras*. La Paz, Bolivia: Ministerio de Desarrollo Sostenible y Planificación. Viceministerio de Asuntos Indígenas y Pueblos Originarios. Programa Indígena-PNUD

Apey, M. A. (1985). "El trabajo en la industria del salitre 1880-1930". *Dimensión Histórica de Chile*, 2, 63-141

Araya, S. (2002). *Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión*. San José de Costa Rica: Cuadernos de Ciencias Sociales, FLACSO

Arias Escobedo, O. (1970). *La prensa obrera en Chile (1900-1930)*. Chillán, Chile: Universidad de Chile

Aróstegui, J. (1994). "Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia". *Ayer*, 13, 17-55

Artaza, P. (1998). "El impacto de la matanza de Santa María de Iquique. Conciencia de clase, política popular y movimiento social en Tarapacá". *Cuadernos de Historia*, 18, 169-227

Artaza, P. (2003). "Un aporte de la minería del salitre a la historia social. La matanza de Santa María de Iquique y la formación de la conciencia de clase". *Si somos americanos*, 4 (3), 25-37

- Artaza, P. (2004-2005). "Del internacionalismo clasista a la xenofobia nacionalista. Participación popular en las Ligas Patrióticas de Tarapacá en 1911". *Revista Dimensión Histórica de Chile*, 19, 113-148
- Artaza, P. (2006a). "La Mancomunal de Obrero de Iquique: su propuesta de vinculación entre movimiento social y politización popular, 1900-1909". *Espacio Regional*, 1 (3), 9-18
- Artaza, P. (2006b). *Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900-1912*. Concepción, Chile: Ediciones Escaparate
- Artaza, P. (2007). "Santa María de Iquique en la identidad obrera: la radicalización de la conciencia de clase". *Espacio Regional*, 2 (4), 109-117
- Artaza, P. (2008-2009). "Movilización y asociatividad popular: dos facetas del papel de la clase en la configuración de la identidad pampina (Tarapacá, 1890-1907)". *Travesía*, 10-11, 45-72.
- Artaza, P. (2014). "De lo social a lo político en el movimiento social salitrero: El caso de la mancomunal de obrero de Iquique". *Atenea*, 509, 139-158
- Artaza, P. y Godoy, E. (2013). "Hermanos en el trabajo: El internacionalismo del movimiento social tarapaqueño en la huelga y masacre obrera de 1907". En González, S. y Parodi, D. (Comps.). *Las historias que nos unen. Episodios positivos en las relaciones peruano-chilenas, siglos XIX y XX* (pp.239-269). Santiago, Chile: RIL Editores
- Artaza, P., González, S. y Jiles, S. (Eds.). (2009). *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique*. Santiago, Chile: LOM Ediciones
- Baeza, M. (2000). *Los caminos invisibles de la realidad social. Ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales*. Santiago, Chile: RIL Editores
- Baeza, M. (2003). *Imaginarios sociales. Apuntes para la discusión teórico y metodológica*. Concepción, Chile: Editorial Universidad de Concepción
- Baeza, M. (2008). *Mundo real, mundo imaginario social. Teoría y práctica de sociología profunda*. Santiago, Chile: RIL editores
- Bahamonde, M. (1973). *Pampinos y Salitreros*. Santiago, Chile: Quimantú

- Balibar, E. (2005). *Violencias, identidades y civilidad. Para una cultura política global*. Barcelona, España: Gedisa
- Barría, J. (1953). *Los movimientos sociales de principios del siglo XX*. (Memoria de Título). Universidad de Chile, Santiago de Chile
- Barría, J. (1971). *El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico-social*. Santiago, Chile: Ediciones de la Universidad Técnica del Estado
- Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica
- Bauman, Z. (2011). *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica
- Blair, E. (2009). "Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición". *Política y Cultura*, 32, 9-33
- Blakemore, H. (1977). *Gobierno chileno y salitre inglés 1886-1896: Balmaceda y North*. Santiago, Chile: Editorial Andrés Bello.
- Bravo, P. (1983). *Los enganchados en la era del Salitre*. Madrid, España: Ediciones Literatura Americana Reunida
- Bravo, P. (1986). *Cultura y teatro obreros en Chile: 1900-1930 (Norte Grande)*. Madrid, España: Ediciones Michay
- Bravo, P. (1993). *Santa María de Iquique 1907: documentos para su historia*. Santiago, Chile: Ediciones del Litoral
- Bravo, P. (2005). *El Iquique salitrero (1830-1930). Salitre y sociabilidad*. Iquique, Chile: Editorial Pino Oregón
- Bravo, P. y Berry-Bravo, J. (2007). *Saga de los Pampinos. Antología Crítica del Teatro Salitrero*. Iquique, Chile: Ediciones Campus
- Bravo, P. y Berry-Bravo, J. (2012). *Era chilena del salitre. Tras la ruta del trabajo 1880-1979*. Iquique, Chile: Editorial Ricaaventura
- Bravo, P. y Guerrero, B. (2000). *Historia y ficción literaria sobre el ciclo salitrero en Chile*. Iquique, Chile: Universidad Arturo Prat
- Bermúdez, O. (1984). *Historia del Salitre. Desde la Guerra del Pacífico hasta la Revolución de 1891*. Santiago, Chile: Ediciones Pampa Desnuda

- Bermúdez, O. (1987). *Breve historia del salitre. Síntesis histórica desde sus orígenes hasta mediados del siglo XX*. Santiago, Chile: Ediciones Pampa Desnuda
- Boivin, M., Rosato A. y Arribas, V. (comps.). (2004). *Constructores de Otriedad. Una Introducción a la Antropología Social y Cultural*. (3ª ed.). Buenos Aires, Argentina: Antropofagia
- Calderón Gutiérrez, F. (1978). "Los pueblos quechua y aymara en la formación y desarrollo de la sociedad boliviana". En UNESCO. *Raza y clase en las sociedades post-coloniales: un estudio sobre las relaciones entre los grupos étnicos en el Caribe de lengua inglesa, Bolivia, Chile y México* (pp.185-226). Paris, Francia: Editorial de la Unesco
- Calderón Jemio, R. (2008-2009). "Bolivianos/as en las salitreras de Tarapaca y el papel del Cónsul Arístides Moreno, 1905-1911". *Anuario de Investigación*, 227-236
- Calle, M. (2008). "Peruanos, bolivianos y argentinos en Tarapacá según sus pautas matrimoniales: ¿Pluralismo cultural o crisol de razas? 1885-1910". *Revista de Ciencias Sociales*, 21, 29-59
- Calle, M. (2014). "Hijos del Dragón: inmigrantes chinos y su inserción socioeconómica en la provincia en la provincia de Tarapacá, 1860-1940". *Revista de Ciencias Sociales*, 23 (32), 25-61
- Cariola, C., y Sunkel, O. (1982). *Un siglo de historia económica de Chile 1830-1930. Dos ensayos y una bibliografía*. Madrid, España: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana
- Carmagnani, M. (1998). *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*. Santiago, Chile: DIBAM
- Castells, M. (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen II, El poder de la identidad*. México D. F.: Siglo XXI Editores
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Argentina: Tusquets Editores
- Castro, L. (1998). "Las mujeres y su realidad en la industria salitrera". *Revista Camanchaca*, 6, 34-40

- Castro, L. (2004). "Una escuela fiscal ausente, una chilenización inexistente: la precaria escolaridad de los aymaras de Tarapacá durante el ciclo expansivo del salitre (1880-1920)". *Cuadernos interculturales*, 2 (3), 57-68
- Castro, L. (2008). "El Estado chileno, los agentes fiscales y el temprano ordenamiento administrativo del espacio andino de la provincia de Tarapacá (1880-1930)". *Chungara*, 40 (2), 219-233
- Cavieres, E. (1989). "Nuevas perspectivas para una siempre vigente reflexión: los trabajadores del salitre y el movimiento sindical chileno a comienzos del siglo XX". *Cuadernos de Historia*, 9, 167-174
- Chanady, A. (1996). "Nuestra América mestiza y la conceptualización de la especificidad latinoamericana". En Theosodíasis, F. (comp.). *Alteridad ¿La (des)construcción del otro? Yo como objeto del sujeto que veo como objeto* (pp. 83-104). Santafé de Bogotá, Colombia: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Clastres, P. (2004), "Entre silencio y diálogo". En Boivin, M., Rosato A., y Arribas, V. (comps.). (2004). *Constructores de Otredad. Una Introducción a la Antropología Social y Cultural* (pp. 14-15). Buenos Aires, Argentina: Antropofagia
- Correa, M. (2000). *El teatro obrero en el escenario pampino*. (Tesis de Licenciatura). Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile
- Coady, C. A. J. (1986). "The Idea of Violence". *Journal of Applied Philosophy*, 3 (1), 3-19
- Corsi, J. y Peyrú, G. (coords.). (2003). *Violencias sociales*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Ariel
- Cruzat, X. (1981). *El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907. Tomo I, El movimiento mancomunal: organización y funcionamiento*. Santiago, Chile: CLACSO
- Devés, E. (1981). *El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907. Tomo II, La visión de mundo del movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907*. Santiago, Chile: CLACSO
- Devés, E. (1991). "La cultura obrera ilustrada en tiempos del centenario". *Mapocho*, 30, 127-136

- Devés, E. (1992). "La fotografía histórica como fuente para el estudio de la sociabilidad: la cotidianidad del trabajador salitrero a comienzos de siglo". En Agulhon, M. (et al.). *Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940* (pp. 97-103). Santiago, Chile: VIVARIA
- Devés, E. (1995). "Luz, trabajo y acción: el movimiento trabajador y la ilustración audiovisual". *Mapocho*, 37, 191-204
- Devés, E. (1997). *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907*. (3ª ed.). Santiago, Chile: LOM Ediciones
- Devés, E. y Díaz, C. (1987). *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*. Santiago, Chile: Ediciones Documentas
- Díaz Aguad, A., Díaz Araya, A. y Sánchez Espinoza, E. (2014). "Comercio local y redes sociales de la población china en Arica y Tarapacá, Chile (1900-1930)". *Interciencia*, 39 (7), 476-482
- Díaz, A. y Tapia, M. (2013). "Los Aymaras del Norte de Chile entre los siglos XIX y XX. Un recuento histórico". *Atenea*, 507, 181-196
- Domenach, J. M. (et al.). (1981). *La violencia y sus causas*. Paris, Francia: Editorial de la Unesco
- Durán, S. (1990). "El drama de los enganchados en la era del salitre". *Revista Camanchaca*, 12-13, 11-18
- Elías, N. (1994). "Civilización y Violencia". *Reis*, 94 (65), 141-151
- Estrada, B. (2004). "Los nikkei, agricultores y profesionales". *Cuando Oriente llegó a América. Contribuciones de inmigrantes chinos, japoneses y coreanos* (pp.197-214). Washington, DC.: Banco Interamericano de Desarrollo
- Fernández Canque, M., (1981). "El enclave salitrero y la economía chilena, 1880-1914". *Nueva Historia*, 3, 2-36
- Fernández Canque, M. (1988). *Proletariado y salitre en Chile, 1890-1910*. Londres: Monografías de Nueva Historia
- Fernández Labbé, M. (2004). "Ansias de tumba y de la nada: prácticas sociales del suicidio en el mundo pampino. Chile, 1874-1948". En Fernández Labbé, M. (et al.). *Arriba quemando el sol. Estudios de historia social chilena: experiencias populares de*

- trabajo, revuelta y autonomía (1830-1940)* (pp. 195-223). Santiago, Chile: LOM Ediciones
- Galdames, L. A. (2001-2002). "Chinos en Tarapacá o la cuestión del otro (y de uno): dos documentos oficiales inéditos del Archivo de la Intendencia de Tarapacá". *Diálogo Andino*, 20/21, 133-138
- Galtung, J. (1969). "Violence, peace and peace research". *Journal of Peace Reserch*, 6 (3), 167- 191
- Galtung, J. (1981). "Contribución específica de la irenología al estudio de la violencia: tipologías". En Domenach, J. (et al.). *La violencia y sus causas* (pp. 91-106). Paris, Francia: UNESCO
- Galtung, J. (1990). "Cultural violence". *Journal of Peace Reserch*, 27 (3), 291-305
- Galtung, J. (1995). *Investigaciones Teóricas. Sociedad y cultura contemporáneas*. Madrid, España: Tecnos
- Garcés, M. (1991). *Crisis social y motines populares en el 1900*. Santiago, Chile: Ediciones Documentas
- Giménez, G. (1992). "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología". *Versión*, 2, 183-205
- Giménez, G. (1997). "Materiales para un teoría de las identidades sociales", *Frontera Norte*, 9 (18), 9-28
- Glocer, L. (Comp.). (2008). *Los laberintos de la violencia*. Buenos Aires, Argentina: Lugar Editorial, Asociación Analítica Argentina
- Godoy Orellana, M. (2016). "La ley es una moneda en el desierto: Agentes estatales, empresarios mineros y conflictos de intereses en la periferia del Estado nacional chileno: Taltal, 1850-1900". *Estudios Atacameños*, 52, 31-48
- Godoy Sepúlveda, E. (2016). "Discurso y práctica sobre la violencia en el anarquismo argentino a comienzos del siglo XX. (La venganza de Radowitzky y Wilckens)". *Palimpsesto*, 6 (9), 69-90
- Goicovic Donoso, I. (2002). La insurrección del arrabal. Espacio urbano y violencia colectiva. Santiago de Chile, 1878". *Revista de Historia social y de las Mentalidades*, 6 , 39- 65

- Goicovic Donoso, I. (2004). "Consideraciones teóricas sobre la violencia social en Chile". *Última Década*, 21, 121-145
- Goicovic Donoso, I. (2006). "Los escenarios de la violencia popular en la transición al capitalismo". *Espacio Regional*, 1 (3), 75-80
- Goicovic Donoso, I. (2003). "El Discurso de la violencia en el movimiento anarquista chileno (1890-1910)". *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 7, 41-56
- González Miranda, S. (1987a). "La cosmovisión obrera en los memoriales de 1904: el caso del obrero-particular salitrero". *Revista Camanchaca*, 5, 25-30
- González Miranda, S. (1987b). "Los Aymaras de Tarapacá en el ciclo del salitre". *Revista Camanchaca*, 5, 39-44
- González Miranda, S. (1990). "La identidad regional en Tarapacá: el caso salitrero a modo de ejemplo". *Diálogo Andino*, 9, 75-82
- González Miranda, S. (1994). "La escuela en la reivindicación obrera salitrera (Tarapacá, 1890-1920). Un esquema para su análisis". *Revista de Ciencias Sociales*, 4, 19-37
- González Miranda, S. (1995a). "Cochabambinos de habla quechua en las salitreras de Tarapacá (1880-1930)". *Chungara*, 27(2), 135-151
- González Miranda, S. (1995b). "El poder del símbolo en la chilenización de Tarapacá. Violencia y Nacionalismo entre 1907 y 1950". *Revista de Ciencias Sociales*, 6, 42-56
- González Miranda, S. (1996). "Quechuas y aymaras en las salitreras de Tarapacá". En Albó, X. (et. al). *Integración Sur Andina Cinco Siglos Después* (pp.353-361). Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos de las Bartolomé de las Casas, TEA, UCN
- González Miranda, S. (1998). "La compleja y conflictiva identidad del obrero pampino en el ciclo del salitre: la presencia indígena". *Valles*, 4, 37-45
- González Miranda, S. (1999). El proceso de chilenización de la región de Tarapacá: Ligas patrióticas y escuela fiscal, 1907-1950, *Travesía*, 3, 55-68
- González Miranda, S. (2001). "Una aproximación a la mentalidad del obrero pampino: Identidades locales y movimiento obrero salitrero". *Monografías de Cuadernos de Historia*, 1

- González Miranda, S. (2001-2002). "Violencia en los Andes de Tarapacá: una reflexión teórica". *Diálogo Andino*, 20/21, 9-35
- González Miranda, S. (2002a). *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino 1880-1990*. Santiago, Chile: DIBAM
- González Miranda, S. (2002b) *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*. Santiago, Chile: LOM Ediciones
- González Miranda, S. (2002c). "La presencia indígena boliviana y chilena en el enclave salitrero de Tarapacá. Una reflexión en torno a la fiesta de La Tirana". *Si Somos Americanos*, 3, 121-146
- González Miranda, S. (2003a). "Habitar la pampa en la palabra: creación poética del salitre". *Revista de Ciencias Sociales*, 13, 53-65
- González Miranda, S. (2003b). "Visibilidad e invisibilidad en la identidad pampina". *Si somos americanos*, 4, 151-163
- González Miranda, S. (2004a). *El Dios Cautivo: Las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922)*. Santiago, Chile: LOM Ediciones
- González Miranda, S. (2004b). "La lixiviación cultural del hombre y el desierto (1830-1930): la transformación del desierto en pampa y del enganchado en pampino". *Polis*, 9, 1-11
- González Miranda, S. (2006a). Cruzando los Mallkus. Las migraciones bolivianas pendulares durante las grandes crisis salitreras (1914-1933). *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 2 (10), 155-192
- González Miranda, S. (2006b). "La presencia indígena boliviana y chilena en el enclave salitrero de Tarapacá. Una reflexión en torno a la fiesta de La Tirana". *Chungara*, 38 (1), 35-49
- González Miranda, S. (2006c). *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*. Santiago, Chile: DIBAM
- González Miranda, S. (2007a). "El mundo de las casas de lata. La vida en la pampa salitrera". En Sagrado, R. y Gazmuri, C. *Historia de la vida privada en Chile. Tomo II: El Chile moderno de 1849 a 1925* (pp.187-213). Santiago, Chile: Taurus

- González Miranda, S. (2007b). *Ofrenda a una masacre. Claves e indicios históricos de la emancipación pampina de 1907*. Santiago, Chile: LOM Ediciones
- González Miranda, S. (2008). "La pluma del barretero. La cultura obrera ilustrada en Tarapacá antes de la masacre de 1907. Una reflexión en torno a la figura de Osvaldo López Mellafe". *Universum*, 1 (23), 66-81
- González Miranda, S. (2009). "La presencia boliviana en la sociedad del salitre y la nueva definición de la frontera: auge y caída de una dinámica transfronteriza (Tarapacá 1880-1930)". *Chungara*, 41(1), 71-81
- González Miranda, S. (2011). "Las históricas relaciones entre Tarapacá y Oruro: la frustrada tentativa de integración transfronteriza durante el ciclo de expansión del salitre (1864-1928)". *Revista de Geografía Norte Grande*, 50, 63-85
- González Miranda, S. (2013a). "Las combinaciones salitreras: el surgimiento del empresariado del nitrato en Chile (1884-1910)". *Diálogo Andino*, 42, 41-56
- González Miranda, S. (Comp.). (2013b). *La sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos*. Santiago, Chile: RIL Editores
- González Miranda, S. (2015). "«Normalización» de la crisis y posición estratégica empresarial durante la expansión de la economía del salitre". *Polis*, 40
- González Miranda, S. (2016). "La hoja transfronteriza. El consumo de coca en las faenas mineras salitreras en el Norte Grande de Chile (1900-1930)". *Historia Crítica*, 59, 101-121
- González Miranda, S., Illanes, M.A., y Moulian, L. (1998). *Poemario popular de Tarapacá 1899-1910*. Santiago, Chile: DIBAM
- González Miranda, S., Maldonado, C. y McGee, S. (1993). "Las Ligas Patrióticas: un caso de Nacionalismo". *Revista de Investigaciones Científicas y Tecnológicas*, 1 (2), 37-49
- González Miranda, S. y Rodríguez, G. (2008). "Cochabamba y Tarapacá en el ciclo del salitre: dos regiones y una economía (1880-1930)". En Cavieres, E. y Cajías de la Vega, F. (Coord.). *Chile-Bolivia, Bolivia-Chile:1820-1930. Desarrollos políticos, económicos y culturales* (pp.227-256). Valparaíso, Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso.

- González Miranda, S., Ovando, C. y Breton, I. (2016). *Del hito a la apacheta. Bolivia-Chile: Otra lectura de cien años de historia transfronteriza (1904-2004)*. Santiago, Chile: RIL Editores
- González Pizarro, J. A. (1983). "Breve bosquejo de la pampa y del hombre nortino en la literatura chilena". *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 12, 81-97
- Grez Toso, S. (1995). "Movimiento popular urbano en Chile entre el cambio de siglo y la época del Centenario (1890-1912). Avances, vacíos y perspectivas historiográficas". *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, 109, 37-45
- Grez Toso, S. (1998) "1890-1907: De una huelga general a otra. Continuidades y rupturas del movimiento popular en Chile". En Artaza, P. (et al.). *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp. 131-137). Santiago, Chile: LOM Ediciones, DIBAM
- Grez Toso, S. (2000). "Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)". *Historia*, 33, 141-225
- Grez Toso, S. (2001). "La guerra preventiva: Santa María de Iquique. Las razones del poder". *Revista Mapocho*, 50, 271-280
- Grez Toso, S. (2005). "Escribir la historia de los sectores populares ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX)". *Política*, 44, 17-31
- Grez Toso, S. (2007a). *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. (2ª ed.). Santiago, Chile: RIL Editores
- Grez Toso, S. (2007b). *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de "la Idea" en Chile, 1893-1915*. Santiago, Chile: LOM Ediciones
- Grimson, A. (2004, 25-30 Julio). *Fronteras, Naciones y Región*. Presentada en Fórum Social das Américas, Quito, Ecuador.
- Grimson, A. (2005). "Fronteras, Estados e Identificaciones en el Cono Sur". En Mato D. (Ed.). *Cultura, Política y Sociedad. Perspectivas Latinoamericanas* (pp.127-142). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.

- Grimson, A. (2010). "Culture and Identity: two different notions". *Social Identities*, 16 (1), 63-79
- Guerrero, B. (1996). "Pensamiento ilustrado, moral y religión en la novela Tarapacá". *Revista de Ciencias Sociales*, 6, 68-80
- Guerrero, B. (1997). "Los chinos, su identidad y su lugar en la literatura nortina". *Estudios Atacameños*, 13, 95-103
- Guerrero, B. (1998). "Tarapacá, la novela maldita". En Artaza, P. (et al.). *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp. 139-151). Santiago, Chile: LOM Ediciones, DIBAM
- Gundermann, H. (1998). "Comunidad aymara, identidades colectivas y estados nacionales en los albores del siglo XX". En Artaza, P. (et al.). *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp. 153-181). Santiago, Chile: LOM Ediciones, DIBAM
- Harambour, A. (2009). "Racialización desde afuera, etnización hacia adentro. Clase y región en el movimiento obrero de la Patagonia, principios del siglo XX". En Gaune, R. y Lara, M. (ed.). *Historias de racismo y discriminación en Chile* (pp. 369-394). Santiago, Chile: Uqbar Ediciones
- Hernández, R. (1930). *El salitre, resumen histórico desde su descubrimiento y explotación*. Valparaíso, Chile: Fischer Hermanos
- Illanes, M. A. (1990). "Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)". *Proposiciones*, 19, 90-122
- Illanes, M. A. (1998). "Lápiz versus fusil. Las claves de advenimiento del nuevo siglo. Santiago-Iquique, 1900-1907". En Artaza, P. (et. al.). *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp. 131-137). Santiago, Chile: LOM Ediciones, DIBAM
- Illanes, M. A. (2003). "La revolución solidaria. Las sociedades de socorros mutuos de artesanos y obreros: un proyecto popular democrático. 1840-1910". En Illanes, M. A. *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*. (pp.267-366). Santiago, Chile: LOM Ediciones

- Jobet, J. C. (1951). *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.
- Jobet, J. C. (1955). *Luis Emilio Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chilenos*. Santiago, Chile: Editorial Prensa Latinoamericana
- Jocelyn-Holt, A. (1991). "La crisis de 1891: civilización moderna versus modernidad desenfadada". En Ortega, L. (Comp.). *La guerra civil de 1891. Cien años hoy* (pp. 23-35). Santiago, Chile: Ediciones Universidad de Santiago
- Jodelet, D. (1985-1986). "La representación social: fenómenos, concepto y teoría". En Moscovici, S. (Ed.). *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales* (pp. 469-494). Barcelona: Paidós.
- Jodelet, D. (2008). "El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales". *Cultura y Representaciones Sociales*, 5, 32-63
- Keane, J. (2000). *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial
- Kosselleck, R. (2004). "Historia de los conceptos y conceptos de historia". *Ayer*, 53, 27-45
- Kosselleck, R. (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre historia*. Barcelona, España: Paidós
- La Parra, D. y Tortosa J. M. (2003). "Violencia estructural: una ilustración del concepto". *Documentación social*, 131, 57-72
- Larraín, J. (1994). "La identidad latinoamericana. Teoría e historia". *Estudios Públicos*, 55, 31-64
- Larraín, J. (1997). "La trayectoria latinoamericana a la modernidad". *Estudios Públicos*, 66, 313- 333
- Larraín, J. (2001). *Identidad Chilena*. Santiago, Chile: LOM Ediciones
- Leyton, I. y Toledo, F. (2012). *A propósito de la violencia: reflexiones acerca del concepto*. (Memoria de Título). Universidad de Chile, Santiago
- Lin Chou, D. (2004). *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)*. Santiago: DIBAM
- Lin Chou, D. (2004b). "De culíes a profesionales". *Cuando Oriente llegó a América. Contribuciones de inmigrantes chinos, japoneses y coreanos* (pp.35-51). Washington, DC.: Banco Interamericano de Desarrollo

- Mac Gregor, F. y Rubio, M. (1994) "Síntesis regional sobre violencia y pacificación en la región andina". En Echeverría, J. y Menéndez-Carrión, A. (Eds.). *Violencia en la Región Andina: El caso de Ecuador* (pp.215-258). Quito, Ecuador: FLACSO
- Mamani, J. C. (2005). *Los rostros del aymara en Chile: el caso de Parinacota*. La Paz, Bolivia: Plural Editores
- Masterson, D. y S. Funada-Classen. (2004). *The Japanese in Latin America*. Champaign, IL: University of Illinois Press
- Matus, M. (2012). *Crecimiento sin desarrollo. Precios y salarios reales durante el ciclo salitrero en Chile (1880-1930)*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria
- Méndez, L. M. (1995-1996). "Historiografía minera de Chile (1870-1996). Ensayo bibliográfico. *Dimensión Histórica*, 11-12, 67-89
- Milos, P. (1998). "Historia regional, identidad y memoria: la noción de vectores del recuerdo". En Artaza, P., (et al.). *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp. 209-223). Santiago: LOM Ediciones, DIBAM
- Mora, M. (2002). "La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici". *Athenea Digital*, 2, 1-25
- Moyano, C. (2004). "Cultura política y universos discursivos del movimiento obrero ilustrado. Chile en los albores del siglo XX". *Revista de Historia y Ciencias Sociales Palimpsesto*, 1(3)
- Muñoz, O. (1977). "Estado e industrialización en el ciclo de expansión del salitre". *Estudios CIEPLAN*, 6, 5-50
- Núñez, J. (1998). "Los sucesos de Santa María de Iquique en la poesía popular". En Artaza, P. (et al.) *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp. 225-235). Santiago: LOM Ediciones, DIBAM
- Olalla, M. (2009). "Civilización y barbarie. La función de los intelectuales en la Argentina del Centenario: J. Ingenieros y R. Rojas". *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 11 (2), 43-54
- Ortiz Letelier, F. (2005). *El movimiento obrero en Chile, (1891-1919)*. Santiago, Chile: LOM Ediciones

- Ossandon, C. (1994). "Sarmiento o la modernidad radical". *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, 10-11, 167-174
- Osorio, C. (1998). *Conflictos entre nacionalidades en el mundo salitrero: 1860-1880*. (Tesis de grado). Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago
- Osorio, C. (2001). "Chilenos, peruanos y bolivianos en la pampa: 1860-1880 ¿Un conflicto entre nacionalidades?". *Historia*, 34, 117-166
- Osorio, C. (2004). "Ser hombre en la pampa. Aproximación hacia los rasgos de masculinidad del peón chileno en las tierras del salitre, 1860-1880". En Fernández Labbé, M. (et al.). *Arriba quemando el sol. Estudios de historia social chilena: experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1830-1940)* (pp. 91-110). Santiago, Chile: LOM Ediciones
- Ostria, M. (2005). "Hacerse pampinos". *Anales de Literatura Chilena*, 6, 97-107
- Palacios, N. (1918). *Raza Chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos. Tomo II*. Santiago, Chile: Editorial chilena
- Palma, D. (2006). "«La ley pareja no es dura». Representaciones de la criminalidad y la justicia en la Lira Popular chilena". *Historia*, 1 (39), 177-229
- Palma, D. (2014). "«Una historia en verde»: Las policías en Chile. Balance y sugerencias para la investigación". *Revista Historia y Justicia*, 2, 1-27
- Palma, D. (Ed.). (2015). *Delincuentes, policías y justicias. América Latina, siglos XIX Y XX*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado
- Pinto Vallejos, J. (1982). "1890: un año de crisis en la sociedad del salitre". *Cuadernos de Historia*, 2, 73-93
- Pinto Vallejos, J. (1990a). "La caldera del desierto. Los trabajadores del guano y los inicios de la cuestión social". *Proposiciones*, 19, 123-141
- Pinto Vallejos, J. (1990b). "La transición laboral en el norte salitrero: la Provincia de Tarapacá y los orígenes del proletariado en Chile 1870-1890". *Historia*, 25, 207-228
- Pinto Vallejos, J. (1991). "El balmacedismo como mito popular: Los trabajadores de Tarapacá y la Guerra Civil de 1891". En Ortega, L. (ed.). *La guerra civil de 1891. Cien años hoy* (pp. 109-126). Santiago, Chile: Ediciones Universidad de Santiago

- Pinto Vallejos, J. (1994). "En el camino de la mancomunal: Organizaciones obreras en la provincia de Tarapacá, 1880-1895". *Cuadernos de Historia*, 14, 81-135
- Pinto Vallejos, J. (1998). "El anarquismo tarapaqueño y la huelga de 1907: ¿Apóstoles o líderes? En Artaza, P. (et al.). *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp.259-290). Santiago: DIBAM, LOM Ediciones
- Pinto Vallejos, J. (1999a). *Historia Contemporánea de Chile. Tomo II, Actores, identidad y movimiento*. Santiago, Chile: LOM Ediciones
- Pinto Vallejos, J. (1999b). "Socialismo y salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista". *Historia*, 32, 315-266
- Pinto Vallejos, J. (2000, 6-13 Agosto). *De proyectos y desarraigados: la sociedad latinoamericana frente a la experiencia de la modernidad (1780-1914)*. Presentada en el 19th. International Congress of Historical Sciences, Universidad de Oslo, Noruega.
- Pinto Vallejos, J. (2004). "Discursos de clase en el ciclo salitrero: la construcción ideológica del sujeto obrero en Chile, 1890-1912". *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 8
- Pinto Vallejos, J. (2007). *Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)*. Santiago, Chile: LOM Ediciones
- Pinto Vallejos, J. (2012). *Trabajos y rebeldías en la Pampa Salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*. (1ª reimp.). Santiago, Chile: Editorial Universidad de Santiago de Chile
- Pinto Vallejos, J., y Ortega, L. (1990). *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado (Chile 1850-1914)*. Santiago, Chile: Universidad de Santiago de Chile
- Pinto Vallejos, J., Valdivia, V., y Artaza, P. (2003). "Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890)". *Historia*, 36, 275-332
- Platt, T. (1992). "La violencia como concepto descriptivo y polémico". *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 132, 173-180

- Portal, M.A. (1991). "Diversas perspectivas en la construcción teórica de la identidad: una bibliografía básica". *Alteridades*, 1 (2), 122-125
- Poupeney, C. (1996). "El autóctono entre la construcción y la reivindicación de su diferencia". En Theodosiadis, F. (comp.). *Alteridad ¿La (des)construcción del otro? Yo como objeto del sujeto que veo como objeto* (pp. 59-82). Santafé de Bogotá, Colombia: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Ramírez Necochea, H. (2007). *Obras Escogidas Volumen I: Balmaceda y la contrarrevolución de 1891; Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, siglo XIX..* Santiago, Chile: LOM Ediciones
- Recabarren, F. (1954). *Historia del proletariado de Tarapacá y Antofagasta, (1884-1913)*. (Memoria de Título). Universidad de Chile, Santiago
- Reyes Navarro, E. (1971). "Desarrollo del ciclo salitrero y su influencia en el desenvolvimiento de la conciencia proletaria en Chile (Postguerra del Pacífico-crisis capitalista de 1929)". *Boletín de la Universidad de Chile*, 114, 15-27
- Reyes Navarro, E. (1973). *EL desarrollo de la conciencia proletaria en Chile: El ciclo salitrero*. Santiago, Chile: Editorial Orbe
- Reyes Navarro, E. (1991). "Los trabajadores del área salitrera, la huelga general de 1890 y Balmaceda". En Ortega, L. (ed.). *La guerra civil de 1891. Cien años hoy* (pp.85-107). Santiago, Chile: Ediciones Universidad de Santiago
- Reyes Navarro, E. (1994). *Salitre de Chile: apertura, inversión y mercado mundial*. Santiago, Chile: Universidad Católica Blas Caña, Dirección de Investigación
- Rodríguez, A. (2001). "Inmigración: Los miedos a la invasión cultural". *Nómadas*, 3
- Rojas Flores, J. (2000). "Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones". *Revista de Economía y Trabajo*, 10, 47-117
- Rojas, L. (1996). *Las semillas de la violencia*. Madrid, España: Espasa
- Romer, M. (2006). "Algunos enfoques teóricos para el estudio de la identidad étnica individual en el medio urbano". *Dimensión Antropológica*, 37 (13), 127-150
- Romero, L. A. (1987). "Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad". *Desarrollo Económico*, 27 (106), 201-222

- Romero, L. A. (1990). "Los sectores populares urbanos como sujetos históricos". *Proposiciones*, 19, 268-278
- Ruiz Zevallos, A. (2000). "Los motines de mayo de 1909. Inmigrantes y nativos en el mercado laboral de Lima a comienzos del siglo XX". *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 29 (2), 175-188
- Salazar Vergara, G. (2000). *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. (3ª ed.). Santiago, Chile: LOM Ediciones
- Sater, W.F. (1987). "Race and immigration during the War of the Pacific". *Historia*, 22, 313-323
- Scandroglio, B., López, J. y San José, M. C. (2008). "La Teoría de la Identidad Social: una síntesis crítica de sus fundamentos, evidencias y controversias". *Psicothema*, 20 (1), 80-89
- Segall Rosenmann, M. (1967). "Esclavitud y tráfico de culíes en Chile". *Boletín de la Universidad de Chile*, 65, 52-61
- Semper, E. y Michels, E. (1908). *La industria del salitre en Chile*. Santiago, Chile: Imprenta Barcelona
- Silva Castro, R. (1958). *Prensa y Periodismo en Chile (1812-1956)*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad de Chile
- Sodré, M. (2001). *Sociedad, cultura y violencia*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editorial Norma
- Todorov, Z. (2003). *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*. México D.F.: Siglo XXI
- Tortosa, J. M. (1994). "Violencia y pobreza: una relación estrecha", *Papeles*, 50, 31-38
- Tortosa, J. M. (2003). "La construcción social del enemigo". *Convergencia*, 33, 177-195
- Tudela, P. (1993-1994). "Chilenización y cambio ideológico entre los aymaras de Arica (1883-1930). Intervención religiosa y secularización". *Revista Chilena de Antropología*, 12, 201-231
- Van Dijk, T. (2003a). *Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina*. Barcelona, España: Gedisa
- Van Dijk, T. (2003b). *Racismo y discurso de las élites*. Barcelona, España: Gedisa

- Van Kessel, J. (1985). "Los aymaras contemporáneos de Chile (1879-1985): su historia social". *Cuaderno de Investigación Social*, 16, 1-33
- Vayssière, P. (1986). "Militantisme et messianisme ouvrier au Chili à travers la presse de la Pampa nitrière (1900-1930)". *Cahiers de Monde Hispanique et Luso-Brésilien*, 46, 93-108
- Vitale, L. (1992). *Interpretación marxista de la historia de Chile*. Santiago, Chile: Ediciones Ceta, Rucaray, Cronopios
- Vivanco, A. y Míguez, E. (1987). *El anarquismo y el origen del movimiento obrero en Chile: 1881-1916*. (Memoria de Título). Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, Chile
- Wallerstein, I. y Balibar, E. (1991). *Raza, nación y clase*. Madrid, España: IEPALA